

LA HIJA

DEL REY

DE

IP



3

TM

Digitized by Google

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

834Eb3

0aSPs

1908

v.2





LA HIJA DEL REY DE EGIPTO



ES PROPIEDAD

LA HIJA
DEL
REY DE EGIPTO

POR
JORGE EBERS

TRADUCCIÓN DE LA SEXTA EDICIÓN ALEMANA POR

D. GASPAR SENTIÑÓN

CON ILUSTRACIONES DE

ARTURO MÉLIDA

Y DIBUJOS Á LA PLUMA DE

APELES MESTRES

TERCERA EDICIÓN

TOMO SEGUNDO



BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
CASA EDITORIAL MAUCCI, *Calle Mallorca, 166*

1908

Microfilm Negative # 95-3658
Humanities Preservation Project

Establecimiento tipográfico de la CASA EDITORIAL MAUCCI

83463

Oa Sp

1908

v. 2



CAPITULO I

El mayordomo de palacio recibió á los convidados en la entrada y con ayuda de varios nobles maceros señaló á cada uno su asiento.

Apenas se hubo sentado el último, un toque de trompetas anunció la llegada del rey, y en cuanto entró en el salón, todos los convidados se levantaron de sus asientos recibiendo á su soberano con una repetida y atronadora salva de: ¡Vítor al rey!

Una alfombra de púrpura de Sardes que sólo podían pisar Kasandana y el rey, marcaba el camino á su sitial. La ciega madre del monarca, conducida por Kresos, precedió á su hijo y ocupó, á la cabecera de la mesa, un trono más elevado que el sitial de oro de Kambises que estaba al lado. A la izquierda del soberano sentáronse las esposas legítimas: Nitetis junto á él, luego Aotsa y al lado de ésta Fedima, vestida humildemente y con pintada palidez; al lado de la última esposa del rey sentóse el eunuco Bogues. Siguiéron después

el gran sacerdote Oropastes, varios otros magos distinguidos, los sátrapas de algunas provincias, el judío Beltsazar y gran número de persas, medos y eunucos que desempeñaban altos destinos.

A la derecha del rey se puso Bardiya, siguiendo luego Kresos, Histaspes, Gobrias, Araspes y otros ajemenidas, por orden de jerarquía y edad. Las concubinas estaban sentadas, unas al extremo inferior de la mesa, otras enfrente del rey para animar el festín con su canto y sus tocatas. Detrás de ellas, colocáronse los eunucos en gran número para prevenir que las mujeres mirasen á los hombres.

La primera mirada de Kambises fué para Nitetis que con todo el esplendor y majestad de una reina, pálida pero bella hasta lo indecible con sus nuevos vestidos de púrpura, se sentaba junto á él.

Las miradas de los novios se encontraron.

Kambises percibió que la de su novia le enviaba ardientes rayos de amor; mas con el delicado instinto de su amorosa pasión, observó al propio tiempo, que alguna contrariedad debía de haber sentido el objeto de ella; pues cierto rasgo de melancólica seriedad contraía su boca, y turbio velo, perceptible para él solo, empañaba su mirada siempre tan clara y serena.

—Más tarde le preguntaré qué le ha sucedido—pensó el rey;—mis súbditos no han de ver lo mucho que quiero á esta muchacha.

Luego besó la frente de su madre, sus hermanos y demás parientes cercanos, pronunció una breve oración dando las gracias á los dioses por su favor, y solicitando otro año feliz para él y los persas, mencionó la suma enorme que en este día regalaba á sus paisanos y mandó á los maceros que condujesen á su presencia á los que de esta fiesta de gracia esperasen la concesión de alguna súplica razonable.

Ninguno de los suplicantes salió descontento, puesto que ya el día anterior había debido explicar su petición al mayordomo para saber si era admisible. Asimismo las instancias de las mujeres, antes de permitirse que fuesen presentadas al rey, habían de pasar por la censura de los eunucos.

Terminada la revista de los hombres, Bogues hizo pasar

por delante del rey la procesión de las mujeres; sólo Kasandana permaneció sentada.

Atosa y Nitetis abrieron el largo séquito. Siguieron á las hijas de reyes, Fedima y otra beldad, esta última esplendorosamente ataviada por orden de Bogues, quien deseaba que resaltase visiblemente la casi mísera sencillez de la favorita caída.

Intafernes y Otanes miraron con ceño, como Bogues había presumido, á su nieta é hija viéndola parecer tan pálida y pobrementemente vestida en medio de tanto esplendor.

Kambises, que conocía de antiguo la gran afición al lujo de Fedima, cuando la tuvo delante contempló con enojo y al par con admiración, el humilde prendido y el pálido semblante de la ajemenida. Ceñudo y colérico dijo á la mujer, que se había puesto de hinojos:

—¿Qué significa este traje de mendiga en el convite y el día de mi cumpleaños? ¿Olvidaste la costumbre de nuestra nación de no comparecer ante el soberano sino en traje de fiesta? A fe que si fuese otro día ó no te estimara como hija de nuestros apreciables parientes, te haría llevar de nuevo al harén, para que en la soledad reflexionaras sobre lo que impone el decoro.

Estas frases facilitaron la tarea de la humillada. Echóse á llorar amargamente y de modo que fuese oída, y alzó los ojos hacia el irritado esposo con tal expresión de humildad y desconsuelo, que la ira del rey se trocó en compasión, y levantándola le dijo:

—¿Tienes que pedirme algo?

—¿Y qué puedo apetecer desde que mi sol me priva de su luz?—contestó balbuciente y sollozando Fedima.

Kambises se encogió de hombros y preguntó otra vez:

—¿Nada deseas para ti? En otros días pude enjugar tus lágrimas con regalos; pide, pues, también hoy que te consuele con oro.

—Fedima ya no desea más. ¿Qué falta le hacen las joyas, cuando su esposo y señor aparta de ella la luz de sus ojos?

—Entonces no hay remedio para ti—dijo Kambises, apartándose disgustado de la mujer arrodillada.

Buen consejo fué el de Bogues, de que Fedima se pintara

con blanquete, pues sus mejillas ardían de rabia y vergüenza. Dominó, sin embargo, su pasión, y cumplió la orden del eunuco haciendo una profunda reverencia á la madre del rey y á Nitetis, y derramando lágrimas, libre y abiertamente, á los ojos de los ajemenidas.

Otanes é Intafernes hicieron un esfuerzo por reprimir el enojo que les causaba la humillación de su hija y nieta. Más de un ajemenida miró con profunda simpatía á Fedima infeliz, y con secreto rencor á la bella extranjera preferida.

Cuando hubieron terminado todas las ceremonias, empezó el banquete.

Delante del rey estaba una cestita de oro, en la cual se veía rodeada elegantemente de otras frutas, una enorme granada del tamaño de una cabeza de niño.

En cuanto el rey reparó en ella, se puso á contemplar, como perito, la hermosura de aquella rara y enorme fruta, y luego preguntó:

—¿Quién ha cultivado esta maravillosa granada?

—Tu siervo Oropastes—contestó el gran mago con una profunda reverencia.—Muchos años há que me dedico á la horticultura, y hoy me atreví á deponer á tus plantas con esta soberbia fruta, el resultado de mis desvelos.

—Te lo agradezco—dijo el rey,—porque esta granada va á facilitarme la elección de regente para cuando marchemos á la guerra. ¡Por Mitra! el que sabe cuidar con tal esmero un pequeño árbol, será bueno también para cosas mayores. ¡Qué fruta! ¿Quién vió otra parecida? Mil gracias, te repito, Oropastes, y como la gratitud del rey no debe contentarse con palabras, te nombro hoy mismo regente de todo el reino para el caso de una guerra. Sí, amigos; no pasaremos mucho tiempo en perezosa ociosidad; el persa pierde su alegría sin el placer de la guerra.

Un murmullo de aplauso salió de las filas de los ajemenidas y sonó de nuevo el grito de: «¡Vítor al rey!»

Se echaba en olvido todo rencor por la humillación de la parienta. Los ensueños de batallas, de gloria impercedera y laureles de triunfo, los recuerdos de pasadas proezas, devolvieron el festivo humor á los convidados.

El mismo rey, más sobrio que de ordinario, les animaba á

beber y gozábase en la tumultuosa alegría y bélica exaltación de sus héroes, y más aun en la mágica belleza de la egipcia, que más pálida que de costumbre y rendida por las fatigas de la mañana y el insólito peso de la alta tiara, seguía á su lado.

Nunca se había considerado tan feliz como en este día.

Y en efecto, ¿qué le faltaba, qué más podía desear, cuando los dioses habían añadido la felicidad del amor á todas las dichas que su corazón apeteciera? Su rigidez parecía haberse trocado en tierna benevolencia, su severa austeridad en amistosa cortesía, cuando dirigió á Bardiya, que tenía á su lado, las siguientes palabras:

—Ea, hermano, ¿olvidaste mi promesa? ¿No sabes que hoy puedes pedirme lo que tu corazón apetece con la seguridad de alcanzarlo? Vamos, ámate con otra copia, y no te quedes corto en pedir, porque estoy de talante para hacer grandes regalos. ¡Ah! ¿quieres decirme en secreto lo que deseas? Acércate pues. Curioso estoy por saber lo que el más dichoso joven de todo mi reino puede anhelar con tal ansia que se sonroja como una niña, cuando se le habla de su deseo.

Bardiya, cuyas mejillas ardían en efecto de emoción, sonrióse é inclinándose hacia el oído de su hermano, le contó en voz baja y con pocas palabras, la historia de su amor.

El padre de Sappó había tomado parte en la defensa de su patria, Focea, contra los ejércitos de Kiros. El joven insistió en esta circunstancia, llamando á su amada, como era la verdad, hija de un guerrero heleno de noble alcurnia, callando, empero, que había adquirido grandes riquezas en empresas mercantiles. Bardiya describió á su hermano el donaire, la instrucción y el amor de su novia, y estuvo á punto de apelar al testimonio de Kresos, cuando Kambises le interrumpió y besándole la frente, dijo:

—No gastes más palabras, hermano mío, obedece al impulso de tu corazón. Conozco el poder del amor y te ayudaré á conseguir el consentimiento de nuestra madre.

Arrebatado por la dicha y la gratitud, Bardiya cayó de rodillas ante su real hermano, quien levantándole cariñosamente y dirigiéndose especialmente á Nitetis y Kasandana, dijo:

—Oíd, queridas, el trono de Kiros echará nuevas flores, pues

nuestro hermano Bardiya ha resuelto renunciar á la vida de soltero reprobada por los dioses. Dentro pocos días el enamorado joven partirá para tu país, Nitetis, y traerá á nuestras montañas la segunda perla de las riberas del Nilo.

—¿Qué tienes, hermana?—exclamó Atosa antes que Kambises hubiese terminado.

Y mojó con vino la frente de la egipcia que tenía desmayada en sus brazos.

—¿Qué has tenido?—preguntó la ciega Kasandana cuando al cabo de pocos momentos la novia del rey volvió en sí.

—El gozo, la dicha, Tajot...—balbuceó Nitetis.

Como su hermana, Kambises se había apresurado á asistir á la desmayada. Cuando ésta se hubo recobrado enteramente, la rogó se animara con un sorbo de vino, y mientras le presentaba él mismo la copa, prosiguió completando su noticia:

—Sí, Bardiya irá á tu país, esposa mía, para casarse allí en Náukratis, á orillas del Nilo, con la nieta de cierta Rodopis, hija de un noble guerrero, oriundo de la viril Focea.

—¿Qué es esto?—exclamó la ciega madre del rey.

—¿Qué tienes?—preguntó la vivaracha Atosa, como solícita y recriminándola al propio tiempo.

—¡Nitetis!—dijo Kresos á su pupila en tono de advertencia.

Pero la advertencia vino tarde, porque la copa que Kambises había entregado á su novia, se había escapado de las manos de ésta, cayendo al suelo con estrépito.

Las miradas de todos los presentes fijáronse con ansiosa expectación en el semblante del rey, quien pálido como la muerte, con los labios trémulos y el puño convulsivamente cerrado, se levantó de un salto de su sitial.

Nitetis alzó los ojos al rey suplicando indulgencia, mas éste temiendo el embeleso de su mirada, volvió el rostro y exclamó con voz ronca:

—Lleva á las mujeres á sus aposentos, Bagues. No quiero verlas más. Empiece el banquete. Descansa, madre mía, y guárdate de criar víboras con la sangre de tu corazón. Duerme bien, egipcia; ruega á los dioses que te concedan el dón de disimular mejor. Amigos, mañana iremos á cazar. Dame de beber, copero. Llena la copa grande, pero cáatala mucho,

mucho, porque hoy temo el veneno, hoy por primera vez. ¿Oyes, egipcia? Hoy temo el veneno, y todos los venenos y medicamentos... hasta los niños lo saben... todos... vienen de Egipto 4.

Nitetic salió de la sala tambaleándose más bien que andando. Bogues la acompañó y mandó á los pajes de litera que se diesen prisa. Llegados á los jardines pensiles, encargó la custodia de la egipcia á los eunucos que guardaban su casa. Despidiéndose de ella le dijo, frotándose las manos y con una risita nada respetuosa, en tono muy familiar y amistoso:

—¡Sueña con el hermoso Bardiya y su novia egipcia, mi blanca gatica del Nilo! ¿No tienes ningún recado que darme por el hermoso muchacho cuyos amores te asustan tanto? Piénsalo bien; el pobre Bogues hará de buena gana de mediador; el despreciado Bogues te quiere bien; el humilde Bogues se afligirá viendo caer la soberbia palmera de Sais; el adivino Bogues te anuncia un pronto regreso á Egipto, ó un tranquilo descanso en la negra tierra de Babilón; el bueno de Bogues te desea un sueño plácido. Pásalo bien, mi florecita ajada, mi víbora pintada que se mordió á sí misma, mi piña caída del árbol.

—Insolente—exclamó indignada la princesa.

—Gracias—contestó riéndose el eunuco.

—Me quejaré de tu conducta—dijo amenazante Nitetic.

—¡Qué amable eres!—replicó Bogues.

—Ea, apártate de mi vista—dijo la egipcia.

—Obedezco á tus gratísimas indicaciones—cuchicheó el eunuco como si hubiese de confiarle un secreto amoroso.

Disgustada y horrorizada por este escarnio, cuya terrible significación no se le ocultó, volvió las espaldas á Bogues, y dirigióse á sus habitaciones, mientras éste le decía:

—Acuérdate de mí, reina hermosa, acuérdate de mí; todo lo que te sucederá en los próximos días es un regalo cariñoso del pobre, despreciado Bogues.

En cuanto la egipcia hubo desaparecido, Bogues cambió de tono, y con voz severa, imperiosa, mandó á los guardias que vigilasen cuidadosamente los jardines pensiles.

—Quien permita á otro que á mí la entrada en este sitio, será castigado con la muerte; nadie, entendedlo bien, nadie

absolutamente, y menos aun algún recadero de la madre del rey, de Atosa, ó de otro grande del reino, puede poner el pie en estas gradas. Si Kresos ú Oropastes desean hablar con la egipcia, negádselo terminantemente. ¿Está entendido? Os repito que á todos os llegará el fin de vuestros días, si os dejareis inducir á la desobediencia con ruegos ó regalos. Nadie ha de penetrar en estos jardines sin mi permiso oral y explícito. Ya me conocéis. En recompensa de este mayor servicio, tomad estos estateres de oro, y os juro, por Mitra, que el descuidado ó desobediente no hallará perdón.

Los guardias saludaron, decididos á obedecer á su jefe, porque sabían que no amenazaba en chanza con tal severidad, y ya sospechaban que iban á suceder grandes cosas, porque el avaro Bogues no solía repartir sus estateres por pura diversión.

La misma litera que había llevado á Nitetis, condujo al eunuco á la sala de la fiesta.

Las esposas del rey habían salido; las concubinas permanecían aun en el sitio que les fué designado, repitiendo sus monótonas cantinelas sin que los bulliciosos hombres las escucharan.

Los bebedores se habían olvidado ya por completo de la mujer desmayada, y á cada nueva copa crecía el vocerío y alboroto de los borrachos; parecía puesta en olvido también la majestad del sitio y la presencia del soberano.

Aquí un hombre ebrio gritaba con la exaltación propia de la borrachera; allí abrazábanse dos guerreros en quienes el vino despertó el afecto; más allá á un novato completamente bebido, le sacaban en brazos dos robustos mozos, mientras otro, ya más experto y probado, empinando una redoma en lugar de una copa, la dejó vacía de un trago entre la algazara de los de su corro.

A la cabecera de la mesa estaba sentado el rey, pálido como la muerte y con los ojos fijos con indiferencia en la copa. Siempre que veía á su hermano, cerraba los puños convulso, evitaba el hablarle, y no respondía á sus preguntas.

Cuanto más reflexionaba, más se confirmaba en la idea de que la egipcia le había engañado fingiendo amarle, cuando su corazón pertenecía á Bardiya. ¡De qué infame juego ha-

bía sido víctima! ¡Qué profundas raíces debía de tener la perfidia de esta mañosa hipócrita, si la sola noticia de que el hermano amaba á otra mujer era bastante, no sólo á destruir sus usuales tretas, sino á privarla del conocimiento!

Apenas Nitetis salió de la sala, Otanes, el padre de Fedima, hubo de exclamar:

—Parece que las egipcias toman muy á pechos los amores de sus cuñados. Las persas se muestran menos pródigas de sus afectos, y los guardan para sus esposos.

El rey, harto orgulloso, no quiso darse por enterado, y cerró los ojos y oídos para que no llegasen á él los murmullos y miradas de la corte que confirmaba el engaño.

Bardiya no tenía parte alguna en la perfidia de Nitetis, la cual amaba seguramente al hermoso joven, tal vez con mayor pasión cuanto menos podía esperar que fuese correspondida. Si Kambises hubiese concebido la menor sospecha contra él, le hubiera matado en el acto. Mas si Bardiya era inocente de su engaño y desgracia, fué causa de ellos; por esta razón el antiguo rencor, apenas adormecido y sosegado en el pecho del monarca, despertó de nuevo y con doblada vehemencia, pues siempre la recaída suele ser peor que la enfermedad.

Kambises reflexionaba y discurría sin acertar con el castigo que debía imponerse á aquella hipócrita mujer. Su muerte no satisfacía su venganza: quería para ella un suplicio mayor. ¿La enviaría de nuevo á Egipto cubierta de ignominia y oprobio? ¡No! Nitetis amaba su país y sería recibida por sus padres con los brazos abiertos. ¿Debía encerrar á la pérfida en solitario calabozo, después que hubiese confesado su culpa (pues estaba decidido á obtener esta confesión,) ó la entregaría á Bagues para que sirviera de criada á sus concubinas? Eso, eso era lo más acertado: así quería castigar á la hipócrita que osó engañarle con tal infamia, y de quien, sin embargo, no quería separarse.

Luego dijo para sus adentros:

—Bardiya ha de salir de aquí, pues antes andarán acordes el fuego y el agua, que yo, el desgraciado, y él, el dichoso. Sus descendientes se repartirán mis tesoros y se ceñirán mi corona, pero soy todavía rey y quiero demostrárselo.

El recuerdo de su omnipotente soberanía le conmovió cual chispa eléctrica, y saliendo de sus cavilaciones, y despertando á nueva vida arrojó con salvaje violencia la copa de oro en medio de la sala, de modo que el vino cayó como un pequeño chaparrón sobre los que le rodeaban.

—¡Cese la ociosa charla y el estéril alboroto!—exclamó.—Tengamos consejo de guerra, aún estando borrachos, y meditemos qué contestación deba darse á los masagetas. Tú, Histaspes, el más viejo de todos, sé el primero en decir tu opinión.

El anciano padre de Daríos contestó:

—Me parece que los enviados de los nómadas no dejaron lugar á la elección. Contra las estepas desiertas no podemos guerrear ciertamente, mas como nuestros ejércitos están ya dispuestos, y nuestras espadas harto descansaron, echamos de menos la guerra. Para emprenderla necesitamos un enemigo fuerte, y hacerse enemigos es la más fácil tarea que conozco.

Estas palabras fueron acogidas con estrepitoso aplauso por los persas, pero apenas cesó la algazara, Kresos tomó la palabra, y dijo:

—Eres tan viejo como yo, Histaspes, mas á fuer de persa te imaginas que sólo en batallas y combates puedes sentirte feliz. El bastón que en tus manos fué antes emblema de poder, es ahora tu único sostén, y sin embargo, hablas como un joven de sangre ardiente. Concedo que es fácil hallar enemigos, pero me parece necedad quererlos tener por fuerza. Quien se granjea temerario enemistad alguna, es un loco que se mutila á sí mismo. Bien está que cuando tengamos enemigos los combatamos, como le está bien al sabio oponer al infortunio la firmeza. Mas guardémonos de cometer ninguna injusticia, amigos míos, emprendiendo una guerra inicua y odiosa á los dioses; mejor es esperar que la cometan con nosotros, y entonces venceremos ó moriremos con la conciencia limpia y gozosos de luchar por una causa justa.

Un murmullo de aplauso interrumpió el discurso del anciano, pero fué sofocado por algunas voces.

—¡Histaspes tiene razón! ¡Busquemos un enemigo!

El mensajero Prexaspes tomó también la palabra á su vez, y dijo sonriéndose:

—Sigamos á los dos nobles ancianos; á Kresos, aguardando á que nos injurien; á Histaspes, aguzando nuestra susceptibilidad y estableciendo este principio: «Quien no se someta gustoso á formar parte del grande imperio de nuestro padre Kiros, ha de contarse en el número de nuestros enemigos.» Preguntemos por ejemplo, á los indios, si estarían orgullosos de obedecer á tu cetro, Kambises. Si dicen que no, muestran que no nos quieren, y los que no nos quieren, son precisamente nuestros enemigos.

—Nada, nada—grió Zópiros,—queremos la guerra á toda costa.

—Yo voto con Kresos—dijo Gobrias.

—Yo también—apresuróse á decir el generoso Artabrazos.

—Nosotros opinamos como Histaspes—añadieron el héroe Araspes, el anciano Intafernes, y algunos otros viejos compañeros, contemporáneos de Kiros.

—No quiero la guerra contra los masagetas que huyen, pero quiero la guerra á toda costa—rugió el general Megabizos, padre de Zópiros, descargando tal puñetazo sobre la mesa que volcó algunas copas y resonaron los jarrones de oro.

—Nada de guerra contra los masagetas, en quienes los mismos dioses vengaron á Kiros—dijo el gran sacerdote Orpastes.

—¡La guerra! ¡la guerra!—aullaron en confuso tropel los persas borrachos. Frío y sereno Kambises, dejó por breve rato que sus guerreros dieran rienda suelta á su feroz entusiasmo. Luego, poniéndose en pie, gritó con voz de trueno:

—¡Silencio, y oíd á vuestro rey!

Estas palabras produjeron un efecto mágico en la embriagada turba. Aun el más bebido obedeció maquinalmente aquel mandato.

El monarca en más bajo tono, prosiguió:

—No os he preguntado si queréis la paz ó la guerra, porque hartó sé que todo persa prefiere el bélico ejercicio á la ingloriosa ociosidad; quise saber tan sólo qué contestaríais en mi lugar á los masagetas. ¿Consideráis vengada el alma de mi padre, el héroe á quien debéis vuestra grandeza?

Un sordo murmullo afirmativo, mezclado con pocas aunque vehementes negativas, respondió á la pregunta del rey.

También contestaron afirmativamente todos á esta otra:

—¿Hemos de aceptar las condiciones de la embajada que ha llegado hoy, concediendo la paz á esta nación diezmada y castigada por los dioses?

—He aquí lo que deseaba saber—continuó Kambises.—Mañana, según antigua costumbre, pesaremos estando serenos, lo que hoy hemos resuelto estando borrachos. Seguid divirtiéndoos, y os aguardaré en la puerta de Bel hasta que oiga el último canto de la sagrada ave Parodar *o*, para cazar con vosotros.

Con estas palabras, el soberano abandonó el salón seguido de un atronador «viva el rey.»

Bogues el eunuco se había escabullido de la sala antes que su amo.

En el zaguán encontró á un mozo del floricultor de los jardines pensiles.

—¿Qué buscas aquí?—le preguntó.

—Tengo algo que entregar al príncipe Bardiya.

—¿A Bardiya? ¿Ha pedido de tu amo unas semillas ó sarmiento?

El muchacho movió la cabeza tostada por el sol, con picaresca sonrisa.

—¿Entonces te ha mandado otro?—preguntó Bogues á quien la cosa llamó la atención.

—Sí, otra.

—¡Ah! la egipcia te mandó decir algo á su cuñado.

—¿Quién te ha revelado el secreto?

—Nitetis me habló de ello. Dame lo que tienes, lo entregaré inmediatamente á Bardiya.

—No puedo entregarlo á otro que no sea él mismo.

—Dámelo, yo puedo cumplir el encargo más seguramente que tú.

—No puedo.

—Obedece ó...

En este momento el rey se acercó á los que altercaban.

Bogues reflexionó un momento y luego llamó en voz alta



Fedima despedida por Kambises

á los porta-látigos, que estaban de guardia en el portal, mandándoles que detuviesen al muchacho asombrado.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó Kambises.

—Este atrevido—contestó el eunuco,—ha entrado en el palacio para remitir á Bardiya un recado de tu esposa Nitetis.

El muchacho, viendo al rey, se había hincado de rodillas, tocando al suelo con la frente.

Kambises palideció como la muerte, miró al infeliz emisario, y dirigiéndose luego al eunuco, preguntó:

—¿Qué quiere la egipcia de mi hermano?

—El mozo dice que le han mandado entregue su recado á Bardiya mismo.

Al oír esto el muchacho presentó al rey, mirándole con gesto de humilde súplica, un rollo de papiro.

Kambises le arrancó el rollo y dió una patada de rabia al ver unos caracteres griegos que no sabía leer.

Se contuvo y preguntó al muchacho, fija en él una mirada terrible:

—¿Quién te ha entregado esto?

—La camarera de mi señora egipcia, Mandane, la hija de mago.

—¿Para mi hermano Bardiya?

—Ella dijo que yo debía entregar esta hoja al hermoso príncipe antes del banquete, saludándole de parte de su señora Nitetis y diciéndole...

El rey pateaba de cólera é impaciencia, de lo que el muchacho se asustó tanto que la voz le faltó y sólo con gran trabajo pudo continuar:

—Como antes del banquete el príncipe iba á tu lado, me fué imposible dirigirle la palabra. Ahora le aguardo aquí, porque Mandane me prometió una moneda de oro si ejecutaba el encargo con habilidad.

—Esto no lo has hecho—gritó exasperado el hombre tan infamemente engañado al parecer,—esto no lo has cumplido. Satélites, prended á este mozo.

El muchacho alzó la voz y la mirada pidiendo perdón y misericordia, pero en balde, porque los latigueros le habían cogido con la rapidez del pensamiento, y el rey entrando pre-

cipitadamente en sus habitaciones, no oyó ya las súplicas ni el llanto del mozuelo.

Bogues siguió á su soberano, frotándose las gordas manos y riéndose para sus adentros.

Cuando los ayudas de cámara quisieron cumplir con su obligación, el rey de mal humor les mandó inmediatamente que se retirasen.

En cuanto hubieron salido, llamó á Bogues y le dijo á media voz:

—Desde ahora te encargo la custodia de los jardines pensiles y de la egipcia. ¡Guárdala bien! ¡Si recibe á una persona ó un recado sin mi autorización, perderás la vida!

—¿Pero si Kasandana ó Atosa se lo mandan?

—Rechazarás á los emisarios, encargándoles que digan á las señoras, que yo consideraré como una ofensa personal toda tentativa para verse con Nitetis.

—¿Puedo pedir una merced, mi rey?

—Mala hora escoges para esto.

—Me siento muy malo. Encarga para mañana á otro la custodia de los jardines.

—No. Déjame.

—Con intensa calentura arde mi sangre. Tres veces he perdido hoy el conocimiento, y si en semejante momento alguien...

—¿Quién podría ocupar tu puesto?

—El capitán de eunucos, el lidio Kandaules; es fiel como el oro, y de un rigor inflexible. Un día de descanso restablecerá mi salud. ¡Concédeme esta gracia!

—Nadie está tan mal servido como yo que soy el rey. Ocupe tu puesto Kandaules, pero dale órdenes severas, diciéndole que un solo descuido le costará la vida. Déjame.

—Otra advertencia, señor. Sabes que mañana por la noche florecerá en los jardines pensiles el raro lirio azul. Histaspes, Intafernes, Gobrias, Kresos y Oropastes, los más grandes floricultores de tu corte, quisieran verlo. ¿Podrán subir por breve rato? Kandaules cuidará de que no conversen con la egipcia.

—Que abra mucho los ojos si tiene en algo su vida. Vete.

Bogues hizo una reverencia y salió. A los esclavos que le

acompañaban con antorchas, arrojóles algunas monedas de oro. Estaba de muy buen humor. Todos sus planes le salían á las mil maravillas, porque la suerte de Nitetis parecía decidida y tenía en sus manos la vida de Kandaules su compañero, á quien odiaba.

Kambises se paseó por sus habitaciones hasta la madrugada, y cuando cantó el gallo se resolvió á arrancar á Nitetis la confesión de su culpa, y enviarla después al harén grande para que sirviera de criada á sus concubinas. Bardiya, el destructor de su felicidad, partiría inmediatamente para Egipto, y después le haría sátrapa de provincias muy lejanas. Repugnábale el fratricidio, pero hartó se conocía y él sabía muy bien, que era capaz de matar á su hermano en un momento de cólera, si no le ponía fuera del alcance de su furor.

Dos horas después de la salida del sol, Kambises con su jadeante caballo, dejaba atrás á su séquito armado de escudos, espadas, lanzas, arcos y lazos para cazar en el inmenso parque de Babilón las fieras ojeadas por más de mil perros 7.





CAPITULO II

Había terminado la cacería. Grandes carretadas de caza entre la cual figuraban algunos jabalíes enormes que Kambises mató con su propia mano, seguían á los cazadores de regreso.

Junto á las puertas de palacio se diseminaron y fuese cada cual á quitarse el antiguo traje persa de caza que era de sencillo cuero, y vestirse el espléndido de corte, que usaban los medos.

Tomo II.—2

Durante la cacería, el rey conteniendo apenas su agitación, dió á su hermano la orden, en apariencia benévola, de partir al día siguiente en busca de Sapfó y conducirla á Persia. Asignéle al propio tiempo para los gastos de su casa las rentas de las ciudades de Bactra, Ragas y Sinope, y á la novia, para alfileres, las contribuciones de su villa paterna Focea.

Bardiya dió las gracias á su liberal hermano con sincera efusión; mas Kambises permaneció frío como el hielo, y dirigióle unas pocas palabras de despedida, volviéndole las espaldas para perseguir á un onagro.

Al regresar de la caza, el joven héroe invitó á beber en celebración de su partida á sus amigos íntimos Kresos, Daríos, Zópiros y Giges.

Kresos prometió que se reuniría con ellos más tarde, porque había dado palabra á los distinguidos floricultores de asistir al momento de abrirse el lirio azul en los jardines pensiles, á la salida del Tistar.

Cuando por la madrugada quiso visitar á Nitet's, los guardias le negaron la entrada terminantemente. El lirio azul parecía ofrecerle, por tanto, la posibilidad de ver á su querida pupila cuya conducta de ayer no se explicaba, y cuya rigurosa custodia le inspiraba gran ansiedad.

Al obscurecer, los jóvenes ajemenidas estaban sentados bajo la sombría enramada de palacio, conversando alegremente, junto á unos límpidos surtidores y al grato murmullo del agua. Araspes, distinguido persa y amigo del malogrado Kiros, fué á reunirse también con los alegres jóvenes, y se deleitaba en beber el excelente vino del príncipe.

—¡Dicho tú, Bardiya!—dijo el viejo solterón.—Tú partes para un país de oro en busca de una esposa amada, mientras yo, pobre célibe, murmurando de todos, camino hacia la tumba sin dejar mujeres ni hijos que me lloren y rueguen á los dioses por mi alma.

—¡Vaya, qué ocurrencias!...—exclamó Zópiros, alzando la copa.—Créeme; quien se case, tendrá ocasión de arrepentirse de ello, por lo menos una vez al día. Regocíjate, pues, y considera que te lamentas de tu propia culpa, mejor dicho, de tu sensatez. Las mujeres se escogen como las nueces; por el aspecto de la cáscara. ¿Y quién puede saber si la pepita está

sana ó podrida, ó si la hay siquiera? Yo hablo por experiencia, pues aun cuando sólo cuento veintidós años, tengo en mi casa cinco bellas esposas y multitud de esclavas, lindas y no lindas.

Araspes se sonrió amargamente.

—¿Y quién te impide casarte hoy?—preguntó Giges.—Cierro que tienes sesenta años, pero á muchos jóvenes vences en arrogante presencia y en vigor y perseverancia. Eres, además, uno de los más nobles parientes del rey; en verdad te digo, Araspes, que aún puedes tener veinte mujeres jóvenes y guapas.

—Repara en la viga de tu propio ojo—contestó el solterón al hijo de Kresos.—En tu lugar no hubiera vivido sin mujer hasta los treinta años.

—A mí un oráculo me prohibió casarme.

—¡Necedades! ¿Cómo puede fiarse en oráculos un hombre racional? Sólo en sueños nos revelan el porvenir los dioses. Pensé que en tu propio padre tenías un ejemplo del modo infame con que engañan los sacerdotes griegos aun á sus mejores amigos.

—Nada entiendes de esto, Araspes.

—Ni quiero entenderlo, muchacho, pero tú mismo crees en los oráculos precisamente porque no los entiendes. Cuanto se halla fuera de vuestro alcance, lo llamáis milagro. Y lo que os parece milagro os inspira mayor confianza que la sencilla evidencia. El oráculo engañó y perdió á tu padre, pero el oráculo tiene algo de milagroso, y esto basta para que tú confíes en él y te dejes privar de tu dicha.

—Estás blasfemando, Araspes. ¿Tienen los dioses la culpa de que interpretemos mal sus palabras?

—Sin duda, porque si quisieran sernos útiles, nos darían, junto con las palabras, la necesaria inteligencia para entenderlas. ¿De qué pueden servirme los bellos discursos en lengua que no comprendo?

—Dejad esas inútiles disputas—dijo Daríos,—y explícanos, Araspes, ¿por qué permites, tanto tiempo há, que te censuren y posterguen en sus fiestas los sacerdotes, y te vilipendien las mujeres por seguir soltero, mientras felicitas, en cambio, á todo el que se casa?

Araspes miró al suelo pensativo, y luego desperezóse, alzó la copa, echó un gran trago, y dijo:

—Tengo mis motivos, compañeros, pero ahora no puedo comunicároslos.

—¡Cuenta, hombre, cuenta!

—No puedo, muchachos, no puedo. Brindo á la salud de tu linda Sappó, dichoso Bardiya; brindo á tu futura felicidad, mi caro Daríos.

—Gracias—dijo Bardiya llevando alegremente á los labios la copa.

—Tu intención es buena—balbuceó Daríos, clavando la hosca mirada en el suelo.

—Ea, ea, hijo de Histaspes—exclamó el anciano contemplando al grave joven;—tal seriedad sienta mal en un novio cuando se le invita á beber á la salud de su amada. ¿No es la hija de Gobrias la más distinguida de todas las jóvenes persas, después de Atosa? ¿No es bella?

—Aristone posee todas las prendas de una ajemenida—contestó Daríos sin desarrugar la frente.

—Pues, ¿qué quieres más, descontentadizo muchacho?

Daríos alzó la copa y miró el vino.

—El muchacho está enamorado ó no me llamo Araspes.

—¡Qué raros sois todos!—dijo Zópiros interrumpiendo estas exclamaciones.—El uno permanece soltero, contra todos los usos de los persas, el otro no se casa porque le imponen pavor los oráculos; Bardiya se contenta con una sola mujer, y Daríos pone cara de entierro, porque su padre le obliga á ser feliz con la más linda y distinguida muchacha de Persia.

—Zópiros tiene razón—dijo el vejete.—Daríos se muestra ingrato á la fortuna.

Bardiya miró con atención al increpado amigo. Comprendiendo que aquellas bromas le disgustaban, y como su propia felicidad le hacía más sensible, le dijo con un apretón de manos:

—Mucho siento no poder asistir á tu boda. Cuando vuelva, espero hallarte reconciliado con la elección de tu padre.

—Tal vez—contestó Daríos,—podré presentarte entonces al mismo tiempo mi segunda y tercera mujer.

—Así plegue á Anahita—exclamó Zópiros.—Pronto se ex-

tinguiera la raza de los ajemenidas, si todos hiciesen como Araspes y Giges. Tu única mujer, Bardiya, tampoco vale la pena; tu deber sería tomar tres mujeres á la vez, para propagar la estirpe de Kiros.

—Odio esta costumbre nuestra—contestó Bardiya,—porque nos pone en situación inferior á nuestras mujeres, á quienes exigimos eterna fidelidad mientras nosotros juramos amor inalterable, hoy á una, mañana á otra.

—¡Bah!—dijo Zópiros.—Antes perdiera la lengua que mentir á un hombre, pero nuestras mujeres son unas embusteras, y hay que pagarles en la misma moneda.

—Las helenas son de otra índole porque las tratan de un modo diferente—replicó Bardiya.—Hablóme Sápfo de una mujer griega llamada Penélope, que estuvo, según creo, veinte años seguidos aguardando con paciencia y fidelidad á su marido que tenían por muerto, aunque diariamente iban á su casa cincuenta galanes.

—Mis mujeres no me esperarían tanto tiempo—dijo Zópiros con alegre risa,—ni me pesaría tampoco, si he de hablar con franqueza, hallar la casa vacía tras una ausencia de veinte años. En el lugar de las pérdidas, que naturalmente habrían envejecido entre tanto, podría colocar jóvenes hermosas. Mas no todas encuentran quien cargue con ellas, y á ellas les parece mejor un marido ausente que ninguno.

—¡Ah! si te oyeran tus mujeres—dijo riéndose Araspes.

—Me declararían la guerra, ó lo que sería peor, harían las paces entre ellas.

—¿Cómo es eso?

—¿Cómo?... Bien se ve que no tenéis experiencia.

—Inicianos, pues, en los secretos de tu vida conyugal.

—Con mucho gusto. Ya podéis figuraros que cinco mujeres juntas en una casa no viven tan pacíficamente como cinco tórtolas en un palomar. Mis esposas, por lo menos, se hacen sin tregua una guerra á muerte. A esto ya me he acostumbrado y me divierto con su exaltación. Un año há, se pusieron de acuerdo por primera vez, y aquellos días de paz fueron para mí los más desgraciados de mi vida.

—¡Chancero!

—No, no; hablo formalmente. El bribón de eunuco que

guarda á las cinco, dejó entrar á un viejo joyero de Tiros. Cada una escogió un costoso aderezo. Llego á casa y se me acerca Sudabe pidiéndome el dinero para pagar la prenda; yo me negué porque era muy cara. Las cinco, una tras otra, vinieron con la misma petición, y á las cinco dí la misma negativa, y me fuí á palacio. De vuelta á casa me las encuentro bramando, abrazándose mutuamente, llamándose compañeras de desdicha y de infortunio. Las enemigas se levantan con enternecedora unanimidad y me llenan de improperios y amenazas; tanto, que las abandoné. Voy á acostarme y encuentro cerradas las cinco puertas. A la mañana siguiente otra vez los lamentos. Huyo también y me voy con el rey á cazar. Cuando regreso cansado, hambriento y aterido (aunque estábamos en primavera, vivíamos en Ecbátana, con el Orontes cubierto de una vara de nieve,) me encuentro sin lumbre en la chimenea y sin comida. La noble manada se había aliado para castigarme, y apagó el hogar, y prohibió á los cocineros que hicieran su deber. Lo peor de todo era que se habían quedado las alhajas. En cuanto hube mandado á los esclavos que encendieran la chimenea y preparasen la comida, parece de nuevo el impertinente joyero á reclamar la deuda. Otra vez me niego á pagarle, y paso otra noche separado de las mujeres, pero á la mañana siguiente, sacrifiqué por fin diez talentos por amor á la paz. Desde entonces temo la concordia de mis amadas como á los malos espíritus, y nada me gusta tanto como sus riñas y pendencias.

—¡Pobre Zópiros!—dijo Bardiya riéndose.

—¿Pobre?—replicó el marido de cinco mujeres.—Os digo que soy más feliz que vosotros. Mis mujeres son jóvenes y bellas, y cuando sean viejas, ¿quién me impedirá tomar otras más jóvenes que al lado de las ya marchitas parecerán doblemente hermosas? Ea, esclavo, trae luces. El sol se ha puesto y el vino sólo halaga el paladar cuando la mesa está bien alumbrada.

—Oíd qué bien canta bülbül—dijo á los amigos Daríos, saliendo de la enramada.

—Por Mitra, el hijo de Histaspes está enamorado—interrompió Araspes.—Quien deja el vino para escuchar á bülbül

bül, está herido por la florida flecha *s* del amor, tan cierto como soy Araspes.

—Tienes razón, padre—dijo Bardiya.—Filomele, como le llaman los griegos, á quien el amor inspira tan bellos cantos, es en todos los países el ave de los enamorados. ¿Con qué beldad soñabas, Daríos, al salir de la enramada para escuchar á bülbül?

—Con ninguna—repuso el aludido.—Pero ya sabes que gusto del cielo estrellado, y el tistar sale con luz tan viva y admirable, que dejé el vino por contemplarla mejor. A no haberme tapado los oídos, no podía menos de sentir á los ruiseñores que cantan alternativamente.

—Pues harto los aguzaste, los oídos; pruébalo tu exclamación de entusiasmo—dijo Araspes riendo.

—Basta ya—contestó Daríos;—á quien incomodaban estas chanzas.

—¡Imprudente!—díjoles entonces el viejo en voz baja;—ahora acabas de descubrirte. Si no estuvieras enamorado, lejos de enojarte lo echarías á broma. Mas no quiero que te enojes más. ¿Qué has leído en las estrellas?

Daríos volvió á mirar al cielo y fijó imperturbable la vista en una brillante constelación que subía sobre el horizonte. Zópiros observó al astrólogo y dijo á sus amigos:

—Algo importante estará pasando allá arriba. ¡Ea, Daríos! dínos qué ocurre en el cielo.

—Nada bueno—contestó éste;—he de hablar cont'go á solas, Bardiya.

—¿Por qué así? Araspes es discreto, y yo no tengo secretos para vosotros.

—Sin embargo...

—Habla francamente.

—No, te suplico que vengas conmigo al jardín.

Bardiya hizo una seña á sus compañeros, apoyó el brazo en el hombro de Daríos, y ambos salieron á la luz de la luna. Una vez solos, el hijo de Histaspes estrechó las manos de su amigo, diciéndole:

—Hoy por tercera vez pasa algo en el cielo que no presagia nada bueno para ti. Tu mala estrella se aproxima tanto á tu astro de salud, que no se necesitan grandes conociemien-

tos astrológicos para predecirte qué grave peligro te amenaza. Toma, Bardiya, tus precauciones; parte hoy mismo hacia Egipto, porque las estrellas me dicen que tu mala suerte te espera á orillas del Eufrates, no en tierra lejana.

—¿Pero crees tú con tal firmeza en el poder de los astros, por lo que se refiere á los pronósticos?

—Firmemente; las estrellas no mienten jamás.

—Entonces fuera locura querer escapar á lo que predicen.

—Cierto; el hombre no puede escapar á su destino. Mas la suerte se parece á los maestros de esgrima que estiman en más á los discípulos que luchan con ellos con más valor y habilidad. Parte hoy mismo hacia Egipto, Bardiya.

—No puedo; no me despedí de mi madre ni de Atosa.

—Mándales tus saludos por medio de emisario y encarga á Kresos que les explique el motivo de tu partida.

—Me creerán cobarde.

—Huir de un hombre, es vergonzoso, pero eludir la mala suerte es prudencia.

—¡Pero tú mismo te contradices, Daríos! ¿Qué diría el maestro de esgrima del discípulo que huyera?

—Se alegraría de la treta con que trata de defenderse de fuerzas superiores.

—Las cuales, sin embargo, acabarían por cogerle y aplastarle. ¿Cómo quieres que trate yo de aplazar un peligro que dices inevitable? Cuando me duele una muela me la hago extraer inmediatamente; sólo las mujeres y los cobardes sufren y se angustian semanas enteras por retardar todo lo posible la dolorosa operación. Yo aguardo el peligro con ánimo firme y deseo dar con él bien pronto, para pasarlo cuanto antes.

—No conoces su magnitud.

—¿Temes por mi vida?

—No.

—Dime, pues, lo que recelas.

—Aquel sacerdote egipcio de Sais, con quien observé las estrellas, hizo tu horóscopo conmigo. Era el hombre que más conocía el cielo de cuantos he visto; le debo muchos conocimientos y no quiero ocultarte que ya en aquel entonces me

llamó la atención, respecto de los peligros que se ciernen sobre tu cabeza.

—¿Y me lo callaste?

—¿Para qué inquietarte inútilmente? Ahora que el peligro se aproxima, te aviso.

—Te lo agradezco y seré cauto. Antes no habría hecho caso de tus advertencias, mas desde que amo, me parece que no puedo ya disponer libremente de mi vida.

—Comprendo este sentimiento...

—¿Me comprendes? ¡Entonces había observado bien Araspes! ¡No me dices que no!

—¡Un sueño sin esperanzas!

—¿Qué mujer podría desdeñarte?

—¿Desdeñar?

—No te entiendo. ¿A ti, el cazador más atrevido, el luchador más fuerte, el joven más sabio de toda la Persia, te falta valor enfrente de una mujer?

—¿Puedo confiarte una cosa que no me atrevería á confiar á mi propio padre, Bardiya?

—Sí, puedes.

—Amo á la hija de Kiros, tu hermana y la del rey, Atosa.

—¿Qué es lo que oigo? ¿Amas á Atosa? Pues entonces os doy gracias, amesha spenta 9 purísimos. Desde hoy no creo más en tus estrellas, pues en lugar de los peligros que me amenazan, me otorgan una dicha inesperada. Abrázame, hermano, y cuéntame la historia de tu amor, para que yo pueda ayudarte á convertir en verdad lo que llamas un sueño sin esperanza.

—Antes de nuestro viaje á Egipto, bien lo sabes, nos fuimos con toda la corte de Ecbátana á Susa. Yo mandaba entonces la división de los «inmortales» que había de proteger los coches de las mujeres del rey. En el paso angosto que conduce sobre el Orontes, los caballos del coche de tu madre y hermana resbalaron; el yugo á que estaban enganchados se rompió; y á mis ojos el pesado carruaje de cuatro ruedas se hundió en el abismo sin encontrar obstáculo alguno. Horrorizados al ver desaparecer el vehículo, hicimos correr nuestros caballos á escape, creyendo que al llegar al sitio de la desgracia, sólo veríamos destrozos y cadáveres. Mas

los dioses habían amparado á las tuyas con su omnipotente protección, pues el carruaje caído en el abismo yacía con las ruedas destrozadas, en los brazos de dos g'igantescos cipreses que agarrándose á las rocas de pizarra resquebrajadas con sus tenacísimas raíces, elevaban sus oscuros vértices hasta el borde de la carretera.

Con la rapidez del pensamiento me apeé del caballo y sin reflexionar me bajé por uno de los cipreses. Tu madre y tu hermana gritaban pidiendo socorro y tendiéndome sus brazos. Su peligro era inminente, pues las ligeras paredes del vehículo, desvencijadas por el duro choque, estaban á punto de partirse, y con esto las mujeres debían caer sin remedio en el precipicio, que hondo, negro, insondable, morada de los tenebrosos devas, parecía dispuesto á engullir en sus fauces á las bellas víctimas.

Agarrándome al tronco del ciprés, me coloqué delante del coche colgando y próximo á partirse. Allí me hirió por primera vez la suplicante mirada de tu hermana, y desde aquel momento amé á Atosa; mas entonces no sabía yo lo que pasaba en mi corazón, porque no había tiempo para pensar en otra cosa que en salvar á las mujeres. Con toda presteza saqué á las trémulas mujeres del carruaje, que un minuto después se hizo pedazos hundiéndose estrepitosamente en el abismo. Soy un hombre robusto, pero hube de concentrar todas mis fuerzas para sostenerme sobre el precipicio con las dos mujeres, hasta que me hubiesen echado cuerdas. Atosa colgaba de mi cuello; Kasandana, sostenida por mi brazo izquierdo, descansaba sobre mi pecho. Con la mano derecha até la cuerda alrededor de mi cuerpo, empezaron á tirar de ella, y al cabo de pocos minutos me hallé con las señoras sanas y salvas en la carretera.

Después que un mago hubo curado las heridas que la tirante sogá me había hecho en el costado, el rey me llamó, me regaló este collar y las rentas de toda una satrapía, y me presentó él mismo á las señoras, que me dieron las más expresivas gracias. Kasandana me permitió le besara la frente, y me hizo entregar para mi futura esposa el aderezo que llevaba en aquel momento supremo. Atosa sacó de su dedo una sortija, la puso en el mío y me besó la mano con la

viveza de su emoción de gratitud. Desde aquel día, el más feliz de mi vida, no he vuelto á ver á tu hermana hasta anoche cuando en el banquete del cumpleaños nos encontramos sentados frente á frente. Mis miradas chocaron con las tuyas. Yo no ví más que á Atosa y sé que no ha olvidado á su salvador. Kasandana...

—¡Oh! mi madre te llamará gustosa su yerno, esto te lo garantizo yo; al rey que se lo diga tu padre; es nuestro tío y tiene derecho á pedir para su hijo la hija de Kiros.

—¿Pero no recuerdas el sueño de tu padre? A causa de él, Kambises no ha dejado nunca de mirarme con recelo.

—Eso está olvidado, mucho tiempo há. Poco antes de su muerte, mi padre soñó que tenías alas, y ofuscado por los que interpretaron aquel sueño, creyó que tú, mozalbeta de dieciocho años, aspirases á la corona. Kambises recordaba aquella visión, hasta que Kresos, cuando tú salvaste á las mujeres, le explicó cómo el sueño se había cumplido, pues sólo un águila ó un Daríos alado era capaz de cernerse con tal destreza y vigor sobre un precipicio.

—Pero esta interpretación gustó poco á tu hermano. El quiere ser la única águila de Persia, y Kresos no ha adulado nunca su orgullo.

—¿Por qué tardará tanto?

—Está en los jardines pensiles. Tu padre y Gobrias le detendrán.

Oyóse en esto la voz de Zópiros.

—¡Vaya que es cortesía! Bardiya nos invita á beber, y luego por desembuchar sus secretos, deja que vaciemos las copas sin el huésped.

—Voy, voy--contestó el príncipe; y estrechando la mano de Daríos, le dijo:

—Tu amor por Atosa me hace dichoso; me quedo hasta pasado mañana aunque las estrellas me amenacen con todos los peligros posibles. Mañana exploraré el corazón de Atosa, y sólo cuando todo esté en buen camino, saldré de aquí para dejar que mi alado Daríos alcance la meta de sus deseos con sus propias fuerzas.

Y esto diciendo, Bardiya se fué hacia la enramada, mientras su amigo volvía otra vez los ojos al cielo. Cuanto más mi-

raba las estrellas, más sombrío se ponía su rostro. Cuando el Tistar desapareció, murmuró Daríos:

—¡Pobre Bardiya!

Llamáronle en esto los amigos, y en el mismo instante en que iba á apartar la vista del cielo para acudir á ellos, echó de ver una nueva estrella cuya posición le sorprendió mucho. Trocóse su seriedad en sonrisa de triunfo, pareció que crecía su estatura, irguiéndose arrogante, y llevándose las manos al corazón murmuraba para sus adentros:

—¡Oh! alado Daríos, despliega tus alas; tu estrella te asistirá.

Y fué á reunirse con los amigos que le esperaban.

Poco después vino Kresos. Los jóvenes se levantaron con presteza á saludar al anciano, quien se detuvo, como herido del rayo, cuando reconoció á Bardiya á la luz de la luna.

—¿Qué tienes, padre?—preguntó Giges cogiendo receloso la mano de Kresos.

—Nada, nada—balbuceó éste con apagada voz.

Dió de lado á su hijo, acercóse á Bardiya y le dijo al oído:

—¡Desgraciado!... ¿Aún estás aquí? No te detengas: huye... Los latigueros, enviados para prenderte, vienen detrás de mí. Créeme; si no te das prisa pagarás con la vida tu doble imprudencia.

—Pero, Kresos, yo he...

—Has infringido la ley de tu país y de esta corte, y lastimado, al menos en apariencia, la honra de tu hermano.

—Dices...

—Huye, huye, te digo. Porque aun cuando hayas estado en los jardines pensiles y con la egipcia sin mala intención, hay lugar á temerlo todo... Pero, ¿cómo conociendo el carácter colérico de Kambises, pudiste violar temerario sus órdenes expresas?

—No entiendo...

—Nada de disculpas... huye. ¿Ignoras que Kambises te mira hace tiempo con suspicacia y celos, y que tu visita nocturna á la egipcia...

—Desde que Nitetis está aquí, no he puesto el pie en sus jardines.

—No añadas al delito la mentira...

—Te juro...

—¿Quieres convertir en crimen con el perjurio, un acto de ligereza? Los latigueros van á llegar... huye... huye...

—Me quedo, porque persisto en mi juramento.

—Estás obcecado. Sabe, pues, que yo mismo, Histasper y otros ajemenidas te hemos visto en los jardines pensiles, aun no hace una hora.

En su asombro, Bardiya se había dejado llevar por el anciano casi maquinalmente; pero cuando oyó su última afirmación, se paró, llamó á sus amigos, y dijo:

—Kresos pretende haberme encontrado en los jardines pensiles hace cosa de una hora; vosotros sabéis que desde la puesta del sol acá, no me he separado de vosotros; asegúradle con vuestro testimonio que un mal espíritu debe de haber jugado una mala treta á nuestro amigo y sus compañeros.

—Te juro, padre—dijo Giges,—que Bardiya no ha salido de este jardín en muchas horas.

—Nosotros aseguramos lo mismo—exclamaron Araspes, Zópiros y Daríos.

—¿Queréis engañarme?—dijo Kresos exasperado dirigiendo una mirada de reprensión á cada uno.—¿Creéis que estoy ciego ó enajenado? ¿Os figuráis que vuestro testimonio invalidará las declaraciones de los más nobles ancianos, Histaspes, Intafernes y el gran sacerdote Oropastes? A pesar de vuestro falso testimonio que la amistad no puede disculpar, Bardiya es hombre muerto si no huye.

—Que Angramaiños me confunda—dijo el viejo Araspes interrumpiendo al angustiado anciano,—si el hijo de Kiros ha estado en los jardines pensiles en estas dos horas.

—No me llames más tu hijo—añadió Giges,—si nuestro testimonio es falso.

—Por los astros eternos—iba á decir Daríos, cuando Bardiya interrumpió á los alborotados, y dijo con voz firme:

—Allá entra en el jardín una compañía de la guardia del rey. Tendrán orden de prenderme y no puedo huir porque siendo inocente parecería culpable. Por el alma de mi padre, por los ciegos ojos de mi madre, por la pura luz del sol, te juro, Kresos, que no miento.

—¿He de creerte contra el testimonio de estos mis dos claros ojos que no me han engañado nunca? Quiero creerte, porque te quiero y te aprecio. No sé si eres culpable ó inocente, no quiero saberlo; lo que sí sé es que debes huir y aprisa. Conoces á Kambises. Mi coche te espera en la puerta; revienta los caballos, con tal de escapar. Parece que los soldados saben de qué se trata, porque no cabe duda que se acercan tan lentamente para dar tiempo á la fuga. Vete, vete ó estás perdido.

—Huye, huye—dijo también Daríos, empujando á su amigo;—piensa en el aviso que el cielo mismo te envió por las estrellas.

Bardiya movió las hermosa cabeza, y rechazando á los temerosos amigos, dijo:

—No he huído nunca y también hoy pienso quedarme firme. La cobardía me parece peor que la muerte. Prefiero la injusticia de otros que injuriarme á mí mismo. He aquí los soldados. Bienvenido, Vishen. ¿Tienes orden de detenerme? ¿Sí? Aguarda un momento á que me haya despedido de los amigos.

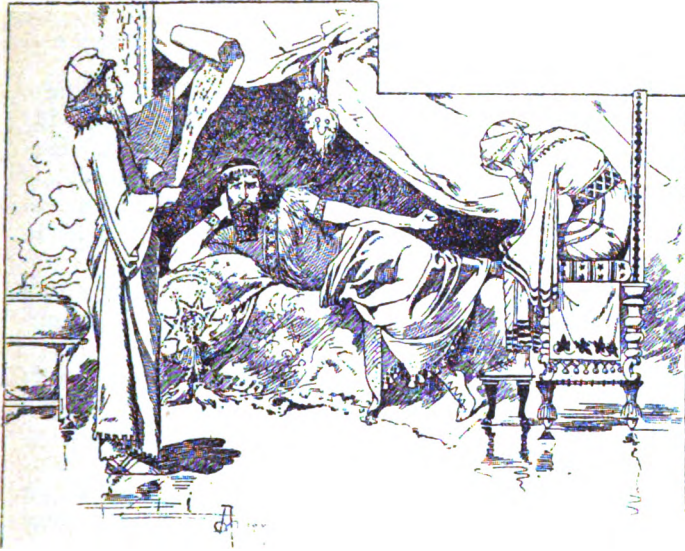
Vishen, antiguo capitán de Kiros, que había enseñado á Bardiya á tirar el arco y á manejar la lanza, que había combatido á su lado en la guerra de los tapuros y le quería como á su propio hijo, interrumpió al joven diciendo:

—No es necesario que te despidas de tus amigos, porque el rey que está rabioso como un loco, ha mandado que te prendan á ti y á todos los que se hallen contigo.

Luego añadió en voz baja:

—El rey está fuera de sí de rabia y amenaza tu vida. Debes huir. Mi gente me obedece á ciegas y no te perseguirá; soy viejo y poco perdería Persia con que yo muriese.

—Te doy las gracias, amigo—respondió Bardiya apretándole la mano,—mas no puedo aceptar tu sacrificio, porque soy inocente y sé que Kambises es iracundo, pero no injusto. Vamos, amigos; creo que el rey nos interrogará hoy mismo.



CAPITULO III

Dos horas más tarde, Bardiya y sus compañeros se hallaban en presencia del rey. Ese hombre gigantesco, sentado en su sitial de oro, pálido, ojeroso, tenía junto á sí dos médicos de la Real cámara, con varias vasijas é instrumentos en las manos. Hacía pocos momentos que Kambises había recobrado el conocimiento después de haber sido víctima, por espacio de una hora, de aquella terrible enfermedad que trastorna el alma y el cuerpo, y llamamos mal caduco ó epilepsia.

Desde la llegada de Nitetis quedó libre de aquel mal, pero á consecuencia de las terribles emociones que siguieron, volvió á presentarse con inusitada intensidad.

A haber dado con Bardiya pocas horas antes, le hubiera muerto con su propia mano. El accidente epiléptico no apaciguó del todo su cólera, pero le había calmado hasta el punto de hallarse bastante sereno para oír al acusador y al acusado.

A la derecha del trono estaban Histaspes, el anciano padre

de Daríos, Gobrias, su futuro suegro, el viejo Intafernes, abuelo de aquella Fedima que á causa de la egipcia había perdido el favor del rey; el gran sacerdote Oropastes, Kresos, y detrás de todos Bogue, el jefe de los eunucos. A la izquierda se veían Bardiya, con gruesas cadenas en los brazos, Araspes, Daríos, Zópiros y Giges. Ocupaban el fondo algunos centenares de funcionarios y nobles.

Tras largo rato de silencio, Kambises alzó los ojos y cual si quisiera anonadarle con la mirada, la dirigió al joven atado, y dijo con sorda voz:

—Gran sacerdote; dinos lo que espera al que engaña á su hermano, deshonra y ofende al rey, y anubla su corazón con negras mentiras.

Oropastes adelantándose, contestó:

—A ese tal, una vez convicto, le espera dolorosa muerte en ese mundo, y un juicio terrible en la puerta Sinvad *11*, pues infringió los más sagrados mandamientos, y como ha cometido tres crímenes á la vez, ha perdido el derecho que concede nuestra ley, la cual manda perdonar la vida á quien sólo una vez pecó, aunque sea un simple esclavo.

—Entonces Bardiya merece la muerte. Sacadle de aquí, guardias, y estranguladle; salid. Calla, miserable, no quiero oír más tu embaucadora voz; no quiero ver más tus ojos embusteros que engañan con adúlteras miradas... que debiste á los devas. A fuera, guardias.

El capitán Vishen se acercó para ejecutar la orden, pero en esto Kresos fuese hacia el rey, é hincando las rodillas y tocando el suelo con la frente, alzó las manos y dijo:

—¡Así Auramazda te conceda cada año, cada día, nuevas venturas y te depare todos los bienes del mundo! ¡Así los «amesha spenta» sean los guardias de tu trono! Mas no cierras tu oído al discurso de un anciano y acuérdate que Kiros, tu padre, me instituyó tu consejero. Quieres quitar la vida á tu hermano Bardiya, y yo te digo que no obedezcas á tu cólera, antes procura vencerte á ti mismo. Deber es de los sabios y los reyes examinar antes de obrar. Guárdate de verter sangre de hermano porque sus vapores suben al cielo y forman nubes que oscurecen los días del asesino, y lanzan por fin mil rayos de venganza. Yo sé que intentas pronunciar

un juicio, no cometer un asesinato. Obra, pues, según el uso de los que hacen justicia y oyen á ambas partes antes de fallar. Sólo después de esto, y cuando el criminal se convenza de su culpa y la confiese, sólo entonces no obscurecerá tu existencia la nube de sangre, antes te dará sombra, y en vez del castigo de los dioses, ganarás la gloria del juez justiciero.

Kambises escuchaba al anciano en silencio; hizo luego una seña á Vishen para que volviera, y mandó á Bogues que repitiese la acusación.

El eunuco, después de una profunda reverencia, dijo:

—Yo estaba enfermo, y hube de encargar la custodia de la egipcia á mi compañero Kandaules que pagó con la vida su negligencia. Al anoecer, como me sintiera mejor, subí á los jardines pensiles á ver si todo estaba en orden, y á contemplar la rara flor que en aquella noche debía abrirse. El rey, á quien Auramazda depare la victoria, había mandado vigilar á la egipcia más rigurosamente que antes, porque había osado escribir una carta al noble Bardiya...

—Calla—gritó el rey interrumpiendo al eunuco,—y no te salgas de la cuestión.

—Llegué á los jardines, en el punto en que salía el tistar, y estuve un rato con estos nobles ajemenidas, el gran sacerdote y el rey Kresos, cerca del lirio azul, que era, en efecto, de mágica belleza. Luego llamé á mi compañero Kandaules preguntándole, en presencia de estos nobles testigos, si había novedad. Me dijo que no, añadiendo que venía de ver á Nitetis, que había llorado todo el día, sin comer ni beber. Cuidadoso por la salud de mi noble señora, mando á Kandaules por un médico y me dispongo á despedirme de los nobles ajemenidas para ir á cerciorarme por mí mismo del estado de la señora, cuando á la luz de la luna veo á lo lejos una figura de hombre. Estaba yo tan enfermo y débil que apenas podía tenerme en pie. No tenía ningún auxiliar varón más que el jardinero. Mis inferiores estaban de centinela en las puertas, bastante lejos de nosotros. Dí algunas palmadas para llamarles, y como no venían, me acerqué á la casa, protegido por los nobles. El hombre se hallaba de

Tomo II.—3

pie junto á las ventanas de la egipcia, y al percibir nuestros pasos dió un ligero silbido. Al momento pareció una segunda figura perfectamente visible á los rayos de la luna; saltó al jardín por la ventana del dormitorio de la egipcia, y vino con su compañero hacia nosotros. Llamé mentirosos á mis ojos cuando reconocí al noble Bardiya en el intruso. Una maleza de higueras nos ocultaba á los fugitivos, pero como pasaban por delante de nosotros, apenas á cuatro pasos de distancia, pudimos distinguirlos perfectamente. Mientras estaba meditando si tenía derecho á detener á un hijo de Kiros, y Kresos llamaba á Bardiya, ambos desaparecieron de repente detrás de un ciprés. Sólo tu hermano podrá explicarnos la extraña desaparición. Cuando inmediatamente después allané la casa, la egipcia yacía desmayada en el diván de su dormitorio.

Todos los presentes escucharon con angustiosa atención. Rechinaban los dientes de Kambises, y preguntó con voz conmovida:

—Histaspes, ¿puedes confirmar las palabras del eunuco?

—Sí.

—¿Por qué no prendiste al criminal?

—Somos guerreros y no esbirros.

—Di más bien que estimáis en más á ese bribón que á vuestro rey.

—A ti te respetamos, y aborrecemos al criminal Bardiya, del mismo modo que antes quisimos al hijo inocente de Kiros.

—¿Habéis distinguido bien á Bardiya?

—Sí.

—¿Tampoco tú, Kresos, niegas mi pregunta?

—No. Creo haber visto á la claridad de la luna y tan distintamente como le veo ahora, á tu hermano; sin embargo, opino que alguna maravillosa semejanza debe de habernos engañado.

Bogues palideció al oír esto. Kambises, empero, movía la cabeza desaprobándolo, y dijo:

—¿A quién podría creer, si los ojos de mis héroes más probados pudieran equivocarse? ¿Quién quisiera ser juez, si testimonios como los vuestros fuesen nulos?

—Otros no menos válidos que los nuestros, te demostrarán que debemos de habernos equivocado.

—¿Y quién se atreve á declarar en favor de ese malhechor? —preguntó Kambises levantándose y pataleando.

—Nosotros... Yo... Nosotros—exclamaron á una Araspes, Daríos, Giges y Zópiros.

—¡Traidores!... ¡bribones!...—gritaba el rey.

Mas cuando sus miradas chocaron con las de Kresos, que parecían amonestarle, añadió en más bajo tono:

—¿Qué podéis decir en favor del reo? Reflexionad bien antes de hablar, y temed el castigo que aguarda á los testigos falsos.

—De sobra está el aviso—dijo Araspes;—podemos jurar por Mitra que desde que volvimos de la caza, no hemos abandonado un momento á Bardiya y su jardín.

—Y yo—añadió Daríos,—yo, el hijo de Histaspes, puedo demostrar particularmente la inocencia de tu hermano, puesto que junto con él he observado el tistar que, según pretende Bogues, alumbró su fuga.

Al oír esto, Histaspes miró á su hijo con asombro y como interrogándole. Kambises vacilante, miraba con ojo escudriñador, ora á estos, ora á aquellos, que acostumbrados á tenerse mutuamente por veraces, ahora no podían creerse.

Bardiya, que hasta entonces había callado contemplando tristemente sus cadenas, se aprovechó del silencio general, é inclinándose profundamente dijo:

—¿Me permites decir unas pocas palabras, señor?

—Habla.

—Nuestro padre nos dió el ejemplo de aspirar solamente á lo bueno y puro; por esto mi conducta fué siempre inmaculada. Si puedes imputarme un solo acto reprehensible, no creas lo que diga, mas si no hallas falta en mí hasta ahora, fiate de mis palabras y piensa que un hijo de Kiros prefiere la muerte á una mentira. Confieso que ningún juez se encontró en tan difícil situación como tú. Los mejores de tu reino, deponen en contra de los mejores, el amigo en contra del amigo, el padre en contra del hijo. Mas yo te digo que si Persia entera depusiera contra ti, y juraran todos que Kambises hizo esto ó lo otro, y tú por tu parte afirmaras: «no lo hice,» yo,

Bardiya, daría in mentís á Persia entera exclamando: Todos sois testigos falsos, porque antes echará fuego el mar que mentiras la boca de un hijo de Kiro. Tan alto nacimos los dos, que sólo tú puedes ser testigo contra mí, y tú solo contra ti mismo.

Cuando esto oyó Kambises, miró á su hermano con menos enojo, y éste continuó:

—Así, pues, juro por Mitra y todos los espíritus puros, que soy inocente. Si desde mi regreso á Persia estuve en los jardines pensiles, si mi boca miente ahora, muera yo y extíngase mi raza.

Bardiya había pronunciado este juramento con tal convicción y firmeza, que Kambises mandó desatarle. Luego dijo, tras breve instante de reflexión:

—Quiero creerte, porque me es imposible tenerte por el más malvado de los hombres. Mañana interrogaremos á los astrólogos, adivinos y sacerdotes. Tal vez sepan sacar á luz la verdad. ¿Ves algo en estas tinieblas, Oropastes?

—Tu siervo presume que algún deva debe de haber adoptado la figura de Bardiya para perder á tu hermano, y manchar tu alma real con la sangre del hijo de tu padre.

Kambises y todos los presentes movieron la cabeza contentos. El rey iba ya á estrechar la mano de su hermano, cuando un macero entró presentando al rey un puñal que un eunuco había encontrado bajo la ventana del dormitorio de Nitetis.

Kambises miró con atención el arma, cuyo precioso puño era todo de rubíes y turquesas, palideció, y de repente tiró el puñal á los pies de su hermano con tanta vehemencia, que partió las piedras.

—Este es tu puñal, miserable—gritó ardiendo en nueva ira. —Esta mañana en la caza diste con él el último golpe al jabalí que yo había alcanzado. También tú, Kresos, debes conocerlo, porque mi padre lo tomó de tu tesoro de Sardes. Ahora estás descubierto, mentiroso y embustero. Los devas no necesitan armas y una daga cual esta, no se halla en cualquier camino. ¿Buscas en tu cinturón? ¿Palideces? ¿Echas de menos tu cuchillo?

—No lo tengo, debo de haberlo perdido y un enemigo...

—¡Atale, Vishen! Al calabozo con el traidor y los falsos testigos. Mañana serán estrangulados. La muerte es el castigo del perjurio. Si se escapan, caerán las cabezas de los guardias. No quiero oír ni una palabra más; fuera, ¡bribones! ¡perjuros! Corre, Bogues, á los jardines pensiles y tráeme la egipcia. No, no; no quiero ver más á la víbora. Se aproxima el alba. Al medio día conducirán á la traidora por la ciudad á latigazos. Entonces quiero...

No puedo decir más, porque acometido de un nuevo ataque epiléptico, cayó sobre el mármoleo suelo.

Durante este horroroso espectáculo, entró la ciega Kasandana guiada por el encanecido general Megabizos. La nueva de lo ocurrido había llegado á sus solitarios aposentos; y quiso, á pesar de la hora avanzada de la noche, cerciorarse de la verdad y precaver á su hijo contra todo acto precipitado. Firme é imperturbable, creía en la inocencia de Bardiya y Nitetis, si bien no acertaba á explicarse lo sucedido. Repetidas veces había intentado ponerse en comunicación con la egipcia, sin lograrlo; porque los guardias tuvieron el descaro cuando ella misma fué á los jardines, de negarle la entrada.

Kresos corrió al encuentro de la augusta señora, comunicóle con delicadeza y tacto lo acontecido, confirmó su fe en la inocencia de los acusados, y condújola al lecho de su hijo, el rey.

Esta vez las convulsiones no duraron mucho tiempo. Pálido y exánime yacía en el lecho de oro bajo cubiertas de púrpura seda. A su lado estaba sentada su ciega madre, á los pies del lecho Kresos y Oropastes, y en el fondo del aposento cuatro médicos de la Real cámara ¹², deliberaban en voz baja, sobre el estado del enfermo.

Kasandana exhortaba á su hijo con cariñosas frases á guardarse de todo arrebato de ira, en razón á las tristes consecuencias que tenía para su salud.

—Tienes razón, madre—contestó el rey, sonriéndose amargamente.—Será preciso quitar de en medio todo lo que despierte mi cólera. La egipcia debe morir, y mi traidor hermano seguirá á su manceba.

Kasandana usó de toda su elocuencia para demostrar la

inocencia de los condenados y aplacar la ira del rey; pero ni ruegos, ni lágrimas, ni amonestaciones maternas, fueron bastantes á mudar la resolución de Kambises, que quería acabar con los asesinos de su felicidad y quietud.

Por fin interrumpió los lamentos de la anciana diciendo:

—Me siento sumamente extenuado y no puedo soportar más tus sollozos y quejidos. La culpa de Nitetis está probada. Un hombre salió de su dormitorio de noche y este hombre no era ningún ladrón, sino el más hermoso de los persas al que anoche se atrevió á mandar una carta.

—¿Conoces el contenido de la misiva?—preguntó Kresos acercándose al lecho.

—No, estaba escrita en griego; la pérfida elige para sus criminales recados unos signos que nadie en esta corte sabe leer.

—¿Me permites que te traduzca la carta?

Kambises señaló con la mano un estuche de marfil en que estaba el fatal escrito, y dijo:

—Tómalo y léelo; mas no me calles ni una sola palabra, porque mañana me haré leer otra vez esta carta por uno de los comerciantes de Sinope que viven en Babilón.

Kresos respiró con nueva esperanza y cogió el papel. Cuando lo hubo recorrido, sus ojos se llenaron de lágrimas y sus labios balbucearon:

—Verdad es la fábula de Pandora, y yo no puedo enojarme con los poetas que dicen mal de las mujeres. Todas, todas son falsas y pérfidas. ¡Oh, Kasandana! ¡cuán falaces son los dioses! Nos otorgan el regalo de la vejez, pero sólo para deshojarnos como árboles al acercarse el invierno; sólo para mostrarnos que cuanto teníamos por oro es cobre, y veneno aquello con que esperábamos refrescarnos.

Kasandana prorrumpió en llanto y rasgó su precioso vestido; Kambises cerró los puños, mientras Kresos leía con trémula voz las siguientes palabras:

«Nitetis, hija de Amasis de Egipto, á Bardiya hijo del gran Kiros. Tengo que decirte, pero á ti solo, una cosa de importancia. Mañana espero encontrarte en la habitación de tu madre. En tus manos está el consolar á un pobre corazón enamorado y concederle un momento feliz antes que se extinga.

Te he de contar muchas cosas tristes, y te repito que debo hablarte pronto.»

La desesperada risotada del hijo, lastimó el corazón de la madre. Inclínose sobre él para besarle el rostro, pero Kambises se defendió de sus caricias diciendo:

—Es un honor dudoso pertenecer al número de tus predilectos. Bardiya no se ha hecho llamar dos veces por la traidora, y se ha deshonrado con juramentos falsos. Sus amigos, la flor de nuestra juventud se han cubierto por él de ignominia imborrable, y tu «hija más querida» ha sido por él... Mas no, Bardiya no tiene culpa en la corrupción de ese monstruo con figura de príncipe. Hipocresía, mentira y engaño era su vida; su muerte os demostrará que sé castigar. Ahora dejadme; necesito estar solo.

En cuanto todos hubieron salido, Kambises se levantó. Corría como un furioso de una parte á otra, hasta que la sagrada ave «paródar» despertó al día. Cuando hubo salido el sol, Kambises se acostó otra vez en su lecho y cayó en un sueño profundo.

Entretanto los jóvenes presos y el viejo Araspes, estaban sentados juntos y bebiendo, después que Bardiya hubo dictado á Giges una carta de despedida para Sápfo.

—Alegrémonos—exclamó Zópiros,—pues creo que pronto se acabará la alegría para nosotros. Juro que he de matarme si mañana no somos muertos todos y cada uno de nosotros. ¡Qué lastima que los hombres sólo tengamos una cabeza! A tener dos, apostaba más de una pieza de oro por nuestra vida.

—Zópiros tiene razón; alegrémonos y abramos los ojos, que pronto los cerraremos para siempre.

—Quien va á morir inocente como nosotros, no tiene motivo para estar triste—añadió Giges.—Llena mi copa, copero.

—Ea, Bardiya y Daríos—dijo Zópiros á los amigos que conversaban en voz baja.—¿Aún duran los secretos? Venid acá y empinad la copa. Por Mitra que nunca deseé la muerte, pero hoy gustoso espero al negro Azis 13, porque se nos llevará á todos juntos. Zópiros prefiere morir con sus amigos á vivir sin ellos.

—Ante todo—dijo Daríos juntándose al propio tiempo que

Bardiya con los compañeros,—debemos procurar explicarnos lo ocurrido.

—A mí me es indiferente—añadió Zópiros,—morir con esta explicación ó sin ella. Me basta saber que soy inocente, y que no merezco la pena de los testigos falsos. Tráenos copas de oro, Voshen; en estas malas copas de cobre, el vino no me parece muy sabroso. Aunque Kambises prohíbe que nos visiten nuestros amigos y padres, no querrá, sin embargo, que pasemos las últimas horas entre privaciones.

—No es la calidad del metal, sino la gota de hiel de la muerte la que te amarga la bebida—dijo Bardiya.

—De ningún modo—exclamó Zópiros;—ya había olvidado que el garrote suele matar.

Luego tocando con el codo á Giges, añadió en voz baja:

—Alégrate, hombre. ¿No ves que á Bardiya le cuesta despedirse del mundo? ¿Qué decías, Daríos?

—Pensaba que sólo puede haber ocurrido, como presume Oropastes. Un malicioso deva habrá tomado la figura de Bardiya para acercarse á la egipcia y perdersnos.

—¡Tontera! No creo yo en estas cosas.

—¿No recordáis el cuento del rey Kavus, al que se acercó también un deva bajo la hermosa figura de un poeta?

—Ciertamente—dijo Araspes.—Kiros se hizo contar ese cuento tantas veces en el festín, que lo sé de memoria. ¿Queréis oirlo?

—Con mucho gusto; ¡canta, deja oír tu voz!—gritaron los jóvenes. Araspes recogió su memoria por un instante, y luego empezó medio recitando y medio cantando:

—Erase el rey Kavus que sucedió á su padre. Como le obedecía el mundo entero, y veía temblar ante él la ancha tierra, y se hallaba rodeado de grandes riquezas; contemplando los collares, el trono, las perlas, el oro, y las fulgentes piedras de la corona, y los corceles de Tasir robustos de pecho y lomos, se creyó sin igual en el mundo. Estaba un día en una enamada de rosas, embellecida con oro, y se regalaba con el dulce racimo de la uva, cuando á uno de sus cortesanos acercósele un deva envuelto en traje de juglar, pidiendo audiencia al Shah con estas palabras:—Soy un vate de Mazenderán 14. Ruego al Shah que si gusta de oirme, me conceda

audiencia. Y Kavus dice: Introdúcidle al instante y tome asiento entre mis juglares. Pulsa las cuerdas el deva y canta las bellezas de Mazenderán... ¿Queréis oír su canción?

—¡Sigue, sigue cantando!

«—Alabado sea mi país, Mazenderán, y así sonría la felicidad á sus campos y praderas, á sus jardines donde florece eternamente la rosa, á sus collados de tulipanes y anémonas, donde siempre es puro el aire y verde la campiña. Allí resuena siempre el canto del ruiseñor en el bosque, y la cierva brinca en la ladera sin descansar jamás; allí todo es colores y perfumes, y en los ríos corre agua de rosas, vertiendo aromas en el alma. En mayo, marzo, julio y abril florecen allí los tulipanes que nunca se marchitan. La orilla de los ríos, verdea todo el año; los halcones no se cansan de cazar; todo el país, tan grande como es, se halla cubierto de joyas, seda y oro. Los sacerdotes, de oro llevan las coronas; los grandes visten fajas doradas. Al que no puede vivir allí le falta la aptitud para la dicha *is*. Y Kai Kavus atendió á las palabras del deva, disfrazado de juglar y se fué á Mazenderán, donde los devas le acometieron y le privaron de la vista.

—Mas Rustem, el grande héroe—añadió Daríos,—acudió y batió á Ersheng y los demás malos espíritus, libertando á los presos. Luego devolviéles la vista, con destilar en sus ojos la sangre de los devas muertos. Lo mismo nos sucederá á nosotros, amigos. Nosotros los presos seremos libertados, y Kambises y nuestros padres que están obcecados ahora, abrirán los ojos y reconocerán nuestra inocencia. Oye, Vishen; si á pesar de todo nos matasen, ve á ver á los magos y caldeos y al egipcio Nebenjari, á decirles que dejen para siempre de mirar las estrellas, pues convencieron á Daríos de que son embusteras y engañosas.

—Ya dije siempre—dijo interrumpiendo Araspes,—que sólo los ensueños traen los buenos presagios. Antes de caer Abtrad en la batalla de Sardes, la incomparable Pantea le vió en sueños atravesado de una flecha lidia.

—¡Ah! hombre cruel—exclamó Zópiros,—¿por qué nos reuerdas que es más bello morir en el campo de batalla que agarrotado?

—Tienes razón—replicó el viejo.—Muchos modos de morir

he visto más apetecibles que el nuestro, y aun más que la misma vida. Sí, hijos, tiempo hubo que era mejor que éste.

—Cuéntanos algo de aquellos días.

—Confíanos por qué no te casaste nunca. No ha de perjudicarte en el otro mundo la divulgación del secreto.

—No es secreto, porque lo que deseáis saber, podría contároslo cualquiera de vuestros padres. Oíd. Cuando yo era joven, solía divertirme con las mujeres, pero burlábame del amor. Quiso un día la casualidad que cayera en nuestras manos Pantea, la más hermosa mujer que he visto. Como me jactaba de ser invulnerable, Kiros la puso bajo mi custodia. Con esto hube de verla diariamente, y entonces comprendí, ¡oh amigos! que el amor es más fuerte que nuestra voluntad. Ella rechazó mis pretensiones, indujo á Kiros á que me alejara y tomara por aliado á su esposo Abradat. Cuando partimos para la guerra, la noble y leal mujer atavió á su hermoso marido con todos sus aderezos, y le dijo que sólo con su amistad desinteresada y un valor heroico, podía agradecer la virtud de Kiros, quien le había tratado como hermana, siendo prisionera. Abradat fué del mismo parecer y cayó en el combate, luchando como un león por Kiros. Entonces Pantea se suicidó sobre su cadáver. Cuando lo supieron sus criados, también ellos pusieron fin á su vida sobre la tumba de su hermosísima señora. Kiros lloró á la noble pareja, mandándole erigir un monumento que todavía podéis ver hoy cerca de Sardes, en el cual se leen estas sencillas palabras: «A Pantea, á Abradat y á sus más fieles servidores.» Ya veis, hijos, que quien ha amado á semejante mujer, no podrá pensar jamás en ninguna otra.

Los jóvenes héroes escucharon silenciosos al anciano, y aun después que terminó, permanecieron largo rato en silencio. Por fin, Bardiya, alzando las manos al cielo, exclamó:

—¡Oh! grande Auramazda, ¿por qué no me dejas acabar como Abradat? ¿Por qué hemos de morir infamemente como asesinos?

En aquel mismo instante, entraba Kresos con las manos atadas y guiado por los latigueros. Sus amigos corrieron al encuentro del anciano, asediándole á preguntas. Gíges echóse

en brazos de su padre, y también Bardiya que se acercó al director de su juventud con los brazos abiertos.

El tranquilo semblante del anciano era austero y grave; sus por lo común plácidas miradas, sombrías, casi amenazadoras. Con frío é imperioso ademán, rechazó al príncipe y dijo con voz trémula y lastimado acento de reprensión:

—Suéltame, obcecado mancebo; no eres digno del afecto que te profesé hasta hoy. Cuatro veces pérfido, engañaste á tu hermano, sobornaste á tus amigos, has hecho traición á la pobre niña que te espera en Náukratis, y has envenenado el corazón de la desgraciada hija de Amasis.

Al principio Bardiya escuchaba tranquilo, mas cuando Kresos profirió la palabra «engañado,» cerró los puños y pateando furioso, gritaba:

—Tus años, tu debilidad, la gratitud que te debo, te escudan, buen anciano; de otro modo, tales ultrajes serían tus últimas palabras.

Kresos resistió con calma este arranque de justa cólera, y replicó:

—Kambises y tú sois de la misma sangre; tu necia rabia lo prueba. Mejor te fuera que arrepentido de tus malas acciones, me pidieras perdón á mí, tu maestro y amigo, antes que añadir la ingratitud á la más inaudita villanía.

Estas palabras aflojaron la ira del joven insultado. Sus puños alzados, cayeron sin fuerza, y sus mejillas palidieron cual las de un cadáver.

Creuyendo ver en tal mudanza una señal de arrepentimiento, la indignación del anciano se calmó. Su cariño era bastante vivo para comprender en él, así á Bardiya culpable, como á Bardiya inocente. Cogiendo con ambas manos la diestra del joven, le preguntó, como un padre preguntaría á un hijo, hallándole herido en el campo de batalla:

—¡Confíesame, pobre muchacho, cómo ha sido posible que tu puro corazón se entregara tan pronto á la maldad!

Bardiya se horrorizó al oír estas palabras. Encendióse de nuevo en ira, pero su alma se llenó de amarga pena. Por primera vez, le abandonaba la fe en la justicia de los dioses.

Llamábase á sí mismo víctima de un destino cruel, inextinguible, sentía lo que debe de sentir el inocente animal, de

caza, cuando en el ojeo se da por vencido, oyendo cómo se acercan la jauría y los cazadores. Su tierno infantil carácter, no acertó á resistir á estos primeros y pesados golpes de la fortuna. Lograron, sin duda, sus maestros robustecer su cuerpo y ánimo contra los enemigos visibles, pero ni á él ni á su hermano les enseñaron á defenderse de los golpes del destino; les había parecido que Kambises y Bardiya, estaban destinados á beber únicamente en la copa de la dicha y la alegría.

Zópiros no pudo resistir á las lágrimas de su amigo. Enojado contra el anciano, echóle en cara que era duro é injusto. Giges dirigía á su padre miradas de súplica, Araspes fuese á colocar entre el ofensor y el ofendido, Daríos acudió á ponerse enfrente de Kresos con serena superioridad, y después de observar breve rato á todos los interesados, dijo:

—Os ofendéis é insultáis mutuamente sin que el acusado sepa qué se le imputa, y sin que oiga el juez la defensa del acusado. Te ruego, Kresos, por la amistad que nos unió hasta hoy, nos digas qué te indujo á juzgar tan duramente á Bardiya, en cuya inocencia creías hace poco.

El anciano, satisfaciendo este deseo, contó que había leído una carta autógrafa de la egipcia, en la cual ésta solicitaba una entrevista secreta con el joven. Ni sus propios ojos, ni el testimonio de los primeros hombres del reino, ni tampoco el puñal encontrado delante de la casa de Nitetis, bastaron á convencerle de la culpa de su predilecto; mas el contenido de aquella carta cayó en su ánimo como tea destructora del último resto de fe en la virtud y pureza de la mujer.

—Dejé al rey firmemente convencido de la criminal inteligencia de vuestro amigo con esa egipcia, cuyo corazón había considerado yo como espejo de todo lo bueno y bello. ¿No os parece natural que recrimine al que con tal ignominia empañó aquel claro espejo, y la no menos inmaculada pureza de su propia alma?

—¿Cómo demostrarte mi inocencia?—exclamó Bardiya juntando las manos.—Si me quisieras, creerías mis palabras, si me tuvieras afecto...

—Hijo, para salvar tu vida me he jugado la mía hace pocos minutos. Cuando supe que Kambises había ordenado real-

mente vuestra muerte, fui á verle corriendo, le importuné con mis ruegos, y como mis súplicas eran estériles, me atrevi á dirigir amargos reproches al irritado príncipe. Entonces se rompió el tenue tejido de su paciencia, y furioso mandó á los soldados que me cortasen la cabeza. El jefe de latigueros Gir, me prendió, pero ha aplazado mi muerte hasta mañana. Me está obligado y podrá ocultar la tregua de la ejecución. Pláceme de no sobreviviros, hijos míos, y muero inocente al lado de vosotros los culpables.

Estas palabras provocaron una nueva tempestad de protestas.

Otra vez fué Daríos quien permaneció sereno y tranquilo ante la impetuosidad general, contando de nuevo al anciano todo el curso de la velada, y demostrando la imposibilidad de la culpa de Bardiya. Luego pidió que hablara el acusado de perfidia. Bardiya negó toda inteligencia con Nitetis con tal brevedad y de un modo tan contundente y explícito, y confirmó su declaración con tal terrible juramento, que la convicción de Kresos vaciló primero y cedió luego. Apenas hubo terminado Bardiya, abrazóle con profunda emoción, cual si se hubiese descargado de un enorme peso.

Por más que los amigos se afanaron por explicarse lo ocurrido, fué inútil todo discurso y reflexión. Por lo demás todos se persuadieron de que Nitetis amaba á Bardiya, y había escrito aquella carta con intención malévola.

—Quien la haya visto—decía Daríos,—cuando Kambises participó á los comensales que Bardiya había elegido esposa, no puede dudar de su amor. Cuando dejó caer la copa, oí decir al padre de Fedima que las egipcias parecían interesarse mucho por los amores de sus cuñados.

Durante estas conversaciones había salido el sol, y brillaba claro y apacible en la estancia de los presos.

—Mitra quiere hacernos sensible la despedida—baluceó Bardiya.

—No—contestó Kresos,—nos alumbra amistoso el camino de la eternidad.



CAPITULO IV

La inocente autora de esos lúgubres enredos había pasado horas tristísimas desde el cumpleaños del rey. Después de aquellas duras palabras, con que Kambises había echado del salón á la pobre mujer cuya conducta despertó sus celos, no había llegado á Nitetis ninguna noticia, ni de su enojado novio ni de la madre y hermana del mismo. Ni un solo día había pasado en Babilón que no le trajera la compañía de Kasandana y Atosa. Cuando quiso hacerse conducir á ellas para explicarles su rara conducta, Kandaules, su nuevo custodio, le prohibió en breves frases que saliera de casa. Hasta entonces creía que la franca relación de lo que leyera en la última carta de su país, aclararía todas estas malas inteligencias. Ya se imaginaba á Kambises, arrepintiéndose de su vehemencia y locos celos, y tendiéndole la mano, como pidiendo perdón. Luego llenóse su alma de alegría al recordar las siguientes palabras que oyó un día en boca de Ibikos: «Del modo que un hombre robusto es sacudido con más violencia de la calentura, que otro enclenque, asimismo los ce-

los atormentan con más intensidad al corazón vehemente, que á otro poco apasionado.»

Si el gran conocedor de la pasión amorosa tenía razón, Kambises cuyos celos se habían inflamado de un modo tan rápido y terrible, debía de sentir una gran pasión por ella. Con esta confianza mezclábanse continuamente los melancólicos recuerdos de su país y tétricos presentimientos á los que no acertaba á cerrar su corazón. Cuando el sol del mediodía brilló ardiente en el cielo, sin que viera llegar ninguna noticia de los que amaba, fué acometida de una inquietud febril que siguió aumentando hasta llegar la noche. Al obscurecer, Bogues entró contándole con amargo sarcasmo que el rey poseía su carta á Bardiya y que el mozo del jardinero encargado de remitirla, había sido ajusticiado. Los martirizados nervios de la princesa no pudieron resistir á este nuevo golpe; perdió el conocimiento y hubo de llevarla Bogues á su cama. Después el eunuco cerró el dormitorio por fuera y se marchó.

Pocos minutos más tarde, dos hombres, un joven y un viejo, salieron de la trampa que dos días antes había sido examinada con tanta atención por Bogues. El viejo se quedó arrimado á la pared de la casa, mientras el joven, obedeciendo á las señas que una mano le hacía por una ventana, entró de un brinco. Palabras amorosas y los nombres de Gaurmata y Mandana sonaron á media voz, cambiáronse besos y prestáronse juramentos. Finalmente el viejo dió algunas palmadas.

Obedeciendo inmediatamente el joven á esta señal, abrazó de nuevo á la sirvienta de Nitetis, y después de saltar otra vez por la ventana al jardín, pasó corriendo por delante de los admiradores del lirio azul que se acercaban, y entró con su compañero en la trampa abierta. Una vez dentro, cerróla cuidadosamente y desapareció.

Mandana por su parte se fué á la sala en que su señora solía pasar la velada. Conocía las costumbres de ésta, y sabía que cada noche al salir las estrellas, se sentaba al mirador que daba sobre el Eufrates y sin llamar jamás á ninguna sirvienta estaba horas enteras contemplando el río y la llanura. Así pudo esperar á su novio sin temor de ser descu-

bierta por Nitetis, y con la confianza en la protección del jefe de los eunucos.

En cuanto hubo encontrado sin conocimiento á su señora, oyó cómo el jardín se llenaba de gente, cómo se confundían las voces de hombres y de eunucos, y sonaba la trompeta destinada á llamar á los guardias. Al principio tembló pensando que habían descubierto á su novio, mas cuando Bogues pareciendo le dijo en voz baja, que se había escabullido felizmente, mandó á las sirvientas (que acudían en tropel desde la sala de las mujeres, á donde las metiera para que no estorbasen la cita,) llevasen á la señora á su dormitorio, y empleasen todos los medios para que Nitetis recobrará el conocimiento. En cuanto ésta abrió los ojos, vió entrar á Bogues acompañado de dos eunucos, los cuales á una orden del primero cargaron de cadenas los delicados brazos de la princesa.

Incapaz de proferir una sola palabra, Nitetis les dejó hacer, sin que acertara á contestar cuando Bogues al salir le dijo:

—Diviértete en tu jaula, pajarito prisionero. Ahora le están contando á tu señor que una marta se ha deleitado en su palomar. Guárdente los dioses, y piensa en el pobre, atormentado Bogues, cuando con este calor la húmeda tierra te refrescará. Sí, palomita mía; en la muerte se conocen los verdaderos amigos; por esta razón, no te mandaré enterrar en un saco de burda tela, sino en tejido de seda delicada. ¡Adiós, corazón mío!

La afligida mujer se estremeció oyendo estas frases, y no bien hubo salido Bogues, preguntó á Mandana qué significaba todo aquello. La muchacha, siguiendo el consejo del eunuco, le contó que Bardiya se había introducido en los jardines pensiles, y había sido descubierto por varios ajemenidas en el momento en que iba á saltar por una ventana; que habían comunicado á Kambises la traición de su hermano, y que todo se temía de los celos del rey. La casquivana niña, al referir estas cosas, derramaba abundantes lágrimas de amargo arrepentimiento que produjeron grata impresión en su señora, porque las creyó hijas de sincero interés y cariño.

Largo rato hacía que había terminado Mandana su relación,

Tomo II.—4

y aun Nitetis seguía contemplando desesperanzada sus cadenas, sin comprender la situación terrible en que se hallaba. Luego, después de leída de nuevo la carta de su país, escribió en una esquila las breves palabras «soy inocente,» y mandó á la sollozante doncella que entregara ambos escritos después de su muerte á la madre del rey. Y pasó velando toda la noche, que fué para ella interminable.

En el cofrecillo de los afeites tenía para hermosear el cutis, uno que tomado en cierta cantidad producía la muerte. Este veneno se lo hizo traer, y resolvió con tranquila premeditación darse ella misma la muerte en el momento de acercarse el verdugo. Desde entonces, contenta aguardaba su última hora diciéndose:

—Me mata, pero me mata por amor. Luego le ocurrió la idea de escribirle una carta, y confesarle cuánto y cuánto le amaba. Sólo después de su muerte debía recibirla para que no creyera que la había escrito por salvar su vida. La esperanza de que el inflexible esposo humedeciera tal vez este último saludo con sus lágrimas, llenó su corazón de doloroso placer.

A despecho de las pesadas cadenas escribió pues las siguientes palabras: «Kambises no recibirá estas líneas hasta que su autora habrá dejado de existir; ellas dirán á mi señor que le amo con más ardor que á los dioses, que al mundo, que mi propia vida juvenil. A Kasandana y Atosa ruego se acuerden de mí con afecto. Por la carta de mi madre conocerán que soy inocente y que quería hablar con Bardiya solamente en favor de mi pobre hermana. Bogues me ha dicho que mi suerte está decidida. Cuando el verdugo se acercará, daré fin á mis días cometiendo el crimen del suicidio para preservarte á ti, Kambises, de una acción ignominiosa.»

Entregó este escrito, junto con la carta de su madre, á la doncella que lloraba, rogándola que lo entregase á Kambises cuando ella hubiera cesado de vivir.

Luego se hincó de rodillas implorando á los dioses de su país y pidiéndoles perdón por haber renegado de ellos.

Cuando Mandana le instó para que se acostara porque debía de estar muy débil, contestó:

—No necesito dormir ya que me queda tan poco tiempo que velar.

Cuanto más fervorosamente rogaba y entonaba himnos egipcios, más sinceramente reconcilióse con los dioses de su país, á los que había abandonado tras brevísima lucha. Casi todas las oraciones que sabía, referíanse á la vida que la esperaba después de la muerte. En el reino de Osiris, en los infiernos, en donde los cuarenta y dos jueces de los muertos habían de juzgar del mérito ó demérito del alma según el veredicto de la diosa de la verdad, y por mediación del escribano celestial Tot, allí esperaba encontrar á sus parientes y amigos, con tal que su alma injusta no empezara su transmigración por los cuerpos de los animales, y siguiera siendo el suyo portador del alma 17. Esta condición la llenaba de inquietud febril. La doctrina que el bienestar del alma dependía de la conservación de la abandonada parte terrenal del yo, le había sido impuesta desde su niñez. Ella creía en dicha superstición que había construído las pirámides y excavado las rocas, y temblaba pensando que su cadáver, según la costumbre persa, sería entregado á los perros, aves de rapiña y demás potencias destructoras, quitándose con esto á su espíritu toda esperanza de la vida eterna.

Otra vez se le ocurrió renegar de sus antiguos dioses y prosternarse ante los nuevos espíritus de la luz. Estos devolvían el cuerpo á los elementos de que se componía, y no atendían sino al alma del difunto. Mas cuando elevó sus manos hacia el gran sol, que en aquel momento estaba venciendo con su espada de dorados rayos las nieblas que cubrían el valle del Eufrates, cuando quiso alabar á Mitra en canciones recientemente aprendidas, la voz le faltó y vió en vez del astro del día, al dios á quien había alabado tantas veces en Egipto, al gran Rá, y en lugar del himno de los magos, entonó el cantar con el cual los sacerdotes egipcios saludan al sol de la mañana: «Doblad les rodillas ante la gran deidad, el hijo del cielo, el sublime Rá, el que se engendra á sí mismo con su propia é innata fuerza, y á quien cada mañana contempla renovado. ¡Loor á ti que en el mar celeste, deparando prosperidad, caminas por la órbita azul! ¡Loor á ti que todo lo has creado, cuanto abarca en torno la vasta

bóveda del firmamento! Tú eres el protector, cuya luz suavísima concede dulce vida á todos los puros: ¡Llor á ti! Cuando en el valle celestial, tu fulgente huella serpentea por el espacio azul, todos los dioses, junto á ti, se conmueven con voluptuosidad dulcísima, ¡oh hijo del cielo! ¡oh Rá!» 18

Este canto fué para el corazón de Nitetis, rico bálsamo de consuelo. Con los ojos humedecidos por las lágrimas, y acordándose de su niñez, contempló la nueva luz, cuyos rayos no la deslumbraban todavía; luego miró al llano, donde semejante al Nilo, arrastraba el Eufrates sus ondas amarillentas. Numerosos pueblos, como en Egipto, asomábanse entre los lozanos sembrados y las matas de las higueras. Hacia el Oeste, extendíase con sus altos cipreses y nogales, el parque de caza del Rey, que cogía muchas leguas. En todas las hojas y tallos, brillaba el rocío matinal y en las matas del jardín del palacio que habitaba, sonaban los alegres píos de sinnúmero de pájaros. Luego levantóse ligero sople de aire, trayéndole dulces perfumes de rosas y jugueteando con las copas de las palmeras, que esbeltas y vistosas se elevaban en grupos innumerables en las márgenes del río, y en todos los campos de los alrededores.

Muchas veces había admirado estos hermosos árboles comparándolos con bailarinas, cuando agitados por el viento movían las gallardas copas, y mecíanse los esbeltos troncos á uno y otro lado. A menudo pensó que allí debía de estar la patria del Fénix, ave de la tierra de las palmeras, la cual según contaban los sacerdotes, acudía cada quinientos años al templo de Rá en Heliópolis, en el que se quemaba en las sagradas llamas de incienso para renacer más hermosa de sus cenizas, y volver á su país oriental al cabo de tres días, y mientras pensaba en el Fénix, deseando renacer como ella á nueva y más hermosa vida, de las cenizas del infortunio, un ave grande de brillantes plumas salió de los cipreses que ocultaban la morada de su amante que tan desgraciada la hacía, y cerniéndose cada vez más alto, vino finalmente á posarse en una palmera, delante de su misma ventana.

Nunca había visto Nitetis otra parecida. Tampoco podía ser un ave común, porque una cadenilla de oro pendía de su pie, y no parecía que tuviese la cola de plumas, sino de rayos de

sol. Era Benno, el ave de Rá. Llena de piedad se hincó otra vez de rodillas y recitó el antiguo canto del Fénix, sin apartar la vista del brillante morador de los aires.

«—Cerniéndome sobre las cabezas de los hombres, mi ala corta el etéreo mar. Crióme el poderoso, semejante á sí mismo en fúlgido resplandor. Delicado y tierno es mi aspecto cual corola de flor en campo florido. Fulgente reluzco con espléndido brillo. Mi esencia es misteriosa, y desconocida de ti. Mas yo lo sé todo, lo que fué y lo que será; soy el alma de Rá, dios eterno.»¹⁹

El ave moviendo la cabecita de uno á otro lado ornada de llameantes plumas, escuchó el canto y emprendió el vuelo apenas hubo concluído Nitetis. Ella seguía con la vista el Fénix supuesto. Este era simplemente un ave del paraíso que había roto la cadenilla con que estaba sujeto á un árbol del parque. Maravillosa confianza de salvación penetró en el pecho de Nitetis, pues creía que el dios Rá le había enviado el ave cuya figura habría de adoptar cuando fuera espíritu bienaventurado. Mientras se tienen deseos y esperanzas mucho se resiste el infortunio, pues aun cuando la dicha no llegue, la esperanza se prolonga y con ella la dulzura que la acompaña. Este especial estado de ánimo se basta á sí solo y encierra una especie de gozo que puede reemplazar la realidad. Con esta nueva esperanza, la fatigada Nitetis reclinóse en el diván, y bien pronto se quedó profundamente dormida sin soñar, y sin haber tocado el veneno.

A los infelices que pasan la noche llorando, les suele traer consoladora luz el sol naciente, así como á los culpables que buscan la obscuridad les causa ingrata impresión. Mientras Nitetis dormía, Mandana velaba, atormentada de terribles remordimientos. Gustosa hubiera detenido al sol que había de traer la muerte á su amabilísima señora por su culpa, y continuara viviendo en eterna noche, si con ello hubiese podido deshacer lo que había hecho.

La casquivana doncella, buena en el fondo, no se cansaba de llamarse vil homicida. Cien veces se propuso confesar la verdad y salvar á Nitetis, mas siempre el miedo, y el instinto de conservación, vencieron las buenas inspiraciones de su alma pusilánime. Si confesaba, era segura su muerte, y

ella se sentía creada para la vida; la horrorizaba la tumba, ¡esperaba tanta dicha del porvenir! Si sólo hubiese tenido que temer una reclusión perpetua, tal vez se habría decidido á revelar la verdad, pero ¡morir!... ¡no podía morir! Y al fin, ¿hubiera salvado á la condenada su confesión? ¿No tuvo ella misma el encargo de entregar al desgraciado mozo del jardinero un recado para Bardiya? Esta correspondencia secreta había sido descubierta, razón por la cual Nitetis estaba perdida aun sin la imprudencia de ella. ¡Nunca somos tan ingeniosos como cuando se trata de disculpar á nuestros propios ojos el mal que cometemos!

Cuando salió el sol, Mandana estaba arrodillada junto al lecho de su señora, llorando amargamente, y sin que pudiera comprender cómo Nitetis dormía con tan tranquilo sueño.

También Bagues, el eunuco, pasó la noche en claro, pero agradablemente entretenido. Su segundo y colega Kandaules, á quien odiaba, había sido ejecutado por orden del rey, en castigo de su negligencia, y tal vez de su corruptibilidad. Nitetis no había caído para levantarse acaso otra vez, sino condenada á muerte ignominiosa que la hacía inofensiva para siempre. La influencia de la misma madre del rey había sufrido notable mengua. Por fin, la idea de su superioridad y de la habilidosa ejecución de su difícil empresa le halagaba tanto como la esperanza de volver á ser el omnipotente valido de antes, con ayuda de su favorita Fedima.

También la muerte de Kresos, y de los jóvenes héroes le venía de molde, porque si hubiesen quedado con vida, no era imposible que se descubriesen sus artimañas.

Amanecía ya, cuando salió de la cámara del rey para ir á ver á Fedima. La orgullosa persa no se había acostado aún; esperaba al eunuco con impaciencia febril porque el rumor de lo sucedido había penetrado en la casa de las mujeres, y llegado hasta ella. Vestida únicamente de ligera camisa de seda, y calzada con chinelas amarillas, cubiertas de perlas y turquesas, estaba echada sobre el purpúreo diván del tocador, y tenía en torno veinte esclavas. En cuanto oyó los pa-

sos de Bagues las hizo salir, levantóse de un brinco, corrió al encuentro del eunuco é inundóle con un diluvio de preguntas incoherentes, relativas todas á su enemiga Nitetis.

—Despacio, palomita mía—dijo Bagues, poniendo la carnosa mano sobre el hombro de Fedima,—¡despacio! Si no puedes resignarte á oír mi relato, sin interrumpirme con tus preguntas, no sabrás hoy una sola palabra. Sí; mi reina de oro, tengo tantas cosas que referirte, que no acabaría hasta mañana, si te permitiese interrumpirme á tu antojo. ¡Ah, corderito mío! ¡Tantas cosas tengo que hacer hoy! En primer lugar, he de asistir á un paseo egipcio en burro; luego he de presenciar una ejecución á modo egipcio... pero no anticipemos los sucesos. Deja que te lo cuente todo desde el principio y podrás llorar, reír y gritar de alegría cuanto quieras; sólo que no debes preguntarme nada hasta que yo haya terminado. Bien las merezco estas caricias; ahora estoy cómodamente y voy á empezar. Vivía en Persia un rey poderoso que tenía muchas mujeres, y entre ellas, amaba muy especialmente á Fedima, distinguiéndola más que á las otras. Ocurriósele un día pedir la mano de la hija de Amasis de Egipto. Mandó, pues, una gran embajada con su propio hermano á Sais...

—¡Tonterías!—exclamó Fedima impaciente;—quiero saber lo que ha sucedido hoy.

—Paciencia, mi impetuoso viento de Marzo. Si vuelves á interrumpirme, me voy á contar mi historia á los árboles. Déjame el placer de gozar otra vez de mis victorias. Mientras voy narrando, soy como el escultor, que deja un instante el martillo para contemplar su obra acabada.

—No, no—interrumpió Fedima de nuevo;—no puedo oír lo que ya sé hace tiempo; me muero de impaciencia. Muchas horas há que aguardo en febril expectativa. Cada nuevo rumor que se apresuraron á traerme las sirvientas y los eunucos, acrecentó mis ansias. Estoy calenturienta y no puedo esperar más; pide de mí lo que quieras, pero libértame de esta terrible excitación. Más tarde te escucharé días enteros si te place.

Bagues sonrióse satisfecho, y dijo frotándose las manos:

—Cuando niño, no conocía mayor placer que contemplar

cómo un pez se agitaba prendido del anzuelo; ahora tú, la más hermosa dorada, cuelgas de mi caña y no puedo soltarte hasta que me haya cebado bastante en tu impaciencia.

Fedima saltó del lecho en que estaba con Bogues y pateó como una niña mal criada, lo cual parecía causar gran placer al eunuco, porque se frotó las manos con mayor viveza, y se reía tanto que las lágrimas regaban sus carnosas mejillas. Luego bebióse algunas copas de vino, una tras otra, á la salud de la beldad martirizada, hasta que por fin continuó narrando:

—No se me escapó que Kambises mandó contra los tapuros á su hermano Bardiya, portador de la egipcia, por celos. Mas la altiva mujer, que no había de estar bajo mis órdenes, me pareció que hacía tanto caso así del hermoso rubio, como un israelita hace de la carne de cerdo ó un egipcio de habas²⁰. A pesar de esto, resolví fomentar los celos del rey y aprovecharme de los mismos para perder á la insolente que iba á suplantarnos á los dos en el favor del soberano. Mucho tiempo estuve buscando en balde un plan idóneo.

Cuando llegó año nuevo, todos los sacerdotes del reino, reuniéronse en Babilón, y todo fué júbilo, banquetes y fiestas en la ciudad por espacio de ocho días. También en la corte hubo mucho trajín, y no me quedó tiempo para pensar en mis planes. En esto y cuando menos podía esperar su realización, los bondadosos «amesha spenta» me hacen dar con un joven á quien Angramaiñus mismo parecía haber creado para favorecer mis proyectos. Gaumata, el hermano de Oropastes, había venido á Babilón con el objeto de asistir al gran sacrificio del año nuevo. Cuando ví al joven por primera vez en casa de su hermano, á quien hube de visitar por encargo del rey, creí que se me presentaba una aparición; tan perfecta era su semejanza con Bardiya. Terminados mis asuntos con Oropastes, el mozo me acompañó al coche. Sin darle á comprender mi sorpresa, le colmé de bondades, y roguéle fuera á visitarme. Mandé traer el mejor vino, le obligué á beber y me convencí una vez más que la mejor propiedad del zumo de uva es la de hacer locuaz al más taciturno. El joven me confesó en su embriaguez, que más que por el sacrificio había venido á Babilón por una muchacha que estaba de ca-



Nitetis

marera mayor en casa de la egipcia. La amaba, decía, desde su niñez; pero su hermano tenía proyectos más ambiciosos con respecto á él, y para separarle de la bella Mandana proporcionó á ésta el puesto al lado de la nueva esposa del rey. Finalmente me rogó le facilitara una entrevista con su querida. Le escuché con amabilidad, pero opuse algunos obstáculos, y le dije que el día siguiente podía volver á presentarse. Vino y le dí á entender que se podía hacer algo, si él quería resolverse á obedecer á ciegas todas mis disposiciones. Gustoso se conformó con todo, regresó á Ragas á mis instancias, y no volvió á Babilón hasta anteayer, escondiéndole yo en mi habitación. Entretanto Bardiya había vuelto y era preciso despertar de nuevo los celos del rey para perder á la egipcia de un solo golpe. Con tu humillación excité el enojo de tus parientes contra nuestra enemiga, y lo preparaba todo para el mejor éxito de nuestra empresa. La suerte me favoreció extraordinariamente. Tú sabes cómo Nitetis se comportó en el banquete del cumpleaños, pero ignoras que aquella misma noche envié á un mozo jardinero á palacio con una carta para Bardiya. El torpe recadero dejóse sorprender, y fué estrangulado la misma noche por orden del rey que estaba furioso, y yo cuidé de que Nitetis quedara tan fuera de toda comunicación con sus amigos como si viviera en el nido de Simurg 27. Lo demás ya lo sabes.»

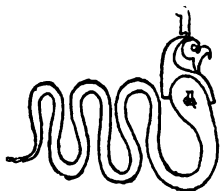
—¿Pero cómo escapó Gaumata?

—Por una trampa que no conoce nadie más que yo y que esperaba al fugitivo abierta y libre. Todo salió perfectamente; hasta había conseguido hacerme con un puñal de Bardiya que éste había perdido en la cacería, y lo puse debajo de la ventana de Nitetis. Para alejar al príncipe é impedirle durante este tiempo que viera al rey ú otros testigos importantes, había rogado al comerciante griego Koleos que actualmente vende paños milesios en Babilón, y que me hace cualquier favor, porque le compro todo el abasto de tejidos de lana para la casa de las mujeres, que me escribiera una carta en lengua griega solicitando de Bardiya en nombre de su novia que se llama Sappó, fuese solo á la salida del Tistar á la primera estación afuera de la puerta del Eufrates. Pero con esta carta

tuve desgracia, porque el recadero que debía remitirla desempeñó mal su cometido, pues si bien sostiene que ha entregado la carta á Bardiya mismo, es evidente que la habrá entregado á un extraño, probablemente á Gaumata. No fué pequeño mi susto cuando supe que Bardiya había estado toda la velada en compañía de sus amigos bebiendo. Pero lo hecho no podía ya deshacerse, y testigos como tu padre, Histaspes, Kresos é Intafernes contrarrestaban largamente las declaraciones de Daríos, Giges y Araspes. De un lado se dió testimonio en pro, del otro en contra. Finalmente, todo salió bien. Los jóvenes están condenados á muerte, y Kresos quien como siempre se atrevió á decir impertinencias al rey, habrá ya pasado su hora postrera. Con respecto á la egipcia, el escribano mayor ha debido redactar ahora mismo el siguiente documento. Escucha, paloma mía, y gózate en ello: «La adúltera hija del rey de Egipto, Nitetis, será castigada por su crimen con todo el rigor de la ley, á saber: Se la colocará á horcajadas sobre un burro, y se la conducirá por las calles de la ciudad para que el pueblo de Babilón vea que Kambises sabe castigar á la hija de un rey con el mismo rigor que sus jueces muestran contra una pobre mendiga. Cuando el sol se haya puesto, la infame será enterrada viva.—Esta orden se entregará al jefe de los eunucos Bogues, para su cumplimiento.—El escribano mayor, Ariabignes, por mandato del rey Kambises.»

Apenas hube metido estas líneas en mi manga, la madre del rey con los vestidos rasgados y guiada por Atosa entró en la sala. Hubo llantos, gritos, reproches, maldiciones, súplicas y execraciones, mas el rey permaneció firme y creo que Kasandana y Atosa hubieran sido enviadas al otro mundo tras Kresos y Bardiya, si el respeto al alma de su padre no hubiese impedido al furioso hijo sentar la mano en la viuda de Kiros. En favor de Nitetis, Kasandana no dijo ni una sola palabra. Parece que está tan convencida de su culpa como tú y yo. Al enamorado Gaumata, tampoco hemos de temerle ya. He alquilado á tres hombres que le proporcionarán un baño fresco en las olas del Eufrates antes que vuelva á Regas. Los peces y los gusanos tendrán algunos días alegres, ¡ja, ja, ja!

Fedima rióse con él, colmó al eunuco de nombres cariñosos que había aprendido de su boca y le puso con sus redondos brazos una pesada cadena de oro, cargada de piedras preciosas, alrededor del carnosos pescuezo en señal de gratitud.





CAPITULO V

La noticia de lo acontecido y de lo que iba á acontecer, cundió por toda la ciudad antes que el sol tocara al cenit. Pululaba en las calles inmenso gentío aguardando con impaciencia el raro espectáculo que prometía el cast'go de la pérfida esposa del rey. Los latigueros se veían obligados á usar de toda su autoridad para contener el empuje de los curiosos. Cuando más tarde se propaló el rumor de la ejecución de Bardiya y sus amigos, tomó otro cariz la algazara del pueblo, que embriagado por el vino de palmas distribuido largamente en los días del cumpleaños del rey, apenas sabía refrenar su excitación. Juntáronse algunos borrachos y empezaron á recorrer las calles gritando:

—Quieren matar á Bardiya, el buen hijo de Kiros. Hasta las mujeres, oyendo estas palabras en la quietud de sus aposentos, se escaparon de sus guardianes, y olvidando el acostumbrado velo, se lanzaron á la calle para seguir con lamentos y gritos á los revoltosos. El gozo de ver humillada á una hermana más feliz, se desvaneció ante el sentimiento por la próxima muerte en cadalso del príncipe querido. Hombres, mujeres, niños, alborotaban, gritaban, juraban y se entrega-

ban á manifestaciones de desagrado cada vez más violentas. Los talleres se despoblaron, los comerciantes cerraron las tiendas; escolares y dependientes, que solían disfrutar de ocho días de vacaciones por el cumpleaños del rey, se aprovecharon de su libertad para alzar la voz y quejarse y lamentarse sin saber muchas veces de qué se trataba. Tan grande llegó á ser el alboroto, que los latigueros no bastaron á restablecer la tranquilidad, y hubo de salir una división de la guardia real que despejara las calles. En cuanto el pueblo veía las brillantes armaduras y largas lanzas, retirábase á las calles laterales, para agolparse otra vez, apenas volvían la espalda los soldados.

En la puerta llamada de Bel, en la que desembocaba la carretera del Oeste, el gentío era mayor, porque se decía que la egipcia sería conducida vergonzosamente por esa puerta, por la que había entrado en la ciudad.

Con este motivo se apostó allí una sección más numerosa de latigueros, encargados de despejar el camino á los que querían salir de la ciudad ó entrar en ella. Por lo demás, bien pocos eran los primeros, porque la curiosidad era más fuerte que el afán de los negocios ó el deseo de pasear por el campo, y en cuanto á los que venían de fuera, se detuvieron casi todos en las cercanías, cuando supieron qué espectáculo había de ofrecerse á la multitud allí reunida.

El sol brillaba ya en lo más alto del cielo y faltaban pocas horas hasta el plazo fijado para el paseo en burro de Nitetis, cuando un convoy de viajeros se acercó con gran rapidez al portal. Formaba el convoy una harmámaxa de cuatro caballos, seguida de un carro de dos ruedas y una carreta tirada por mulos. En el primer vehículo, iba sentado un hombre guapo y bizarro de unos cincuenta años de edad, y en traje de corte persa, y junto á él un anciano con largas y blancas vestiduras. Ocupaban el siguiente, esclavos con simples camisas y el sombrero de fieltro de anchas alas sobre la cabeza rapada. Junto á ese carruaje iba montado un hombre de mediana edad, en traje de sirviente persa. Era tal el gentío, que el cochero de la primera cuadriga se veía en aprietos para abrir camino á sus caballos, adornados de borlas y campa-

nillas. Apenas estuvo junto á la puerta, tuvo que parar y llamar á los latigueros.

—A ver, si nos abres paso—gritó á un capitán de estos agentes de orden público, que se acercó con los suyos;—el correo real no tiene tiempo que perder y llevo á un señor distinguido que te hará pagar caro cada minuto de retraso.

—Poco á poco, hijo—repuso el capitán.—Bien ves que hoy es más fácil salir de Babilón que entrar en ella. ¿A quién llevas?

—A un caballero distinguido que tiene un salvo-conducto del rey. ¡Presto, despeja!

—¡Hum!... ¡El séquito no me parece regio que digamos!

—¿Qué te importa?... El salvo-conducto...

—He de verlo antes que os deje entrar.

Estas palabras la dirigió en parte á los viajeros, á quienes miraba con atención y suspicacia, y en parte al cochero.

Mientras el viajero vestido de persa, buscaba el pasaporte en la manga de su túnica, el latiguero dijo á un camarada que se acercó, mostrándole el escaso séquito de los recién llegados:

—¿Has visto jamás tan extraño convoy? Dejaré de llamarme Guir, si no traen algún misterio. El más pobre tapicero del rey, viaja con un séquito cuatro veces mayor que ese caballero que lleva un salvo-conducto y los vestidos de un comensal.

En esto el aludido, y tachado de sospechoso, presentó un rollo de seda que olía á almizcle²², y mostraba el sello del rey, con unos pocos caracteres.

Tomólo el agente y examinó el sello.

—¡Perfectamente!—murmuró, y fijándose en las letras, en cuanto hubo descifrado las primeras, miró al viajero cada vez más fijamente y acabó por coger las riendas de los caballos, exclamando:

—Aquí... acudid... rodead el coche... este hombre miente.

Después de convencerse que era imposible todo escape, acercóse otra vez y le dijo:

—Llevas un salvo-conducto que no te pertenece. Pretendes ser el hijo de Kresos, Giges, y ese está preso y será ajusticiado hoy mismo. Ninguna semejanza tienes con él; te arre-

pentirás de haberte fingido hijo de Kresos. Apéate y sígueme.

El viajero, lejos de obedecer á esta orden, rogó en mal persa al capitán que se sentara á su lado en el coche porque le había de confiar cosas de importancia. El oficial vaciló un momento, pero al ver que se acercaba una sección de los suyos, le mandó con una seña que se parasen delante de los caballos, que piafaban con impaciencia, y subió á la harmámaxa.

El desconocido miraba al capitán sonriéndose. Luego preguntó:

—¿Tengo yo cara de mentiroso?

—No, señor; aunque tu habla revela que no eres persa, tu porte es de caballero.

—Soy heleno, y vine á prestar un gran servicio á Kambises. El salvo-conducto de Giges, que es amigo mío, me fué entregado por él, cuando estuvo en Egipto para el caso en que yo fuera á Persia. Estoy pronto á justificarme ante el rey, y no tengo nada que temer; espero por el contrario grandes mercedes por las noticias que traigo. Ordena que me presenten ahora mismo á Kresos, si tu deber lo exige. Este saldrá fiador por mí y despedirá luego á tu gente que parece te hace falta hoy. Repárteles estas monedas de oro, y cuéntame lo que hizo mi pobre amigo Giges y qué significa este gentío y alboroto.

El viajero habló en mal persa, sin duda, pero con tal dignidad y tan imperturbable aplomo, y fué tal el regalo que le hizo, que el servidor del despotismo, acostumbrado á la sumisión, creyó habérselas con un príncipe, y cruzando los brazos con respeto, y excusándose con sus muchos quehaceres, empezó á referir lo ocurrido muy sucintamente. Había estado de guardia la noche anterior en la sala grande, durante el interrogatorio, de modo que su relación fué bastante exacta. El griego la escuchó por su parte con gran atención, moviendo á menudo la cabeza con gesto de incredulidad, especialmente cuando le hablaron de la perfidia de la hija de Amasis y el hijo de Kiros. Las sentencias de muerte, sobre todo la de Kresos, parecían afectarle mucho, pero pronto en su vivo semblante cedió el pesar á profunda reflexión, y luego á la alegría que hacía presumir que había discurrido algo bueno.

De repente le abandonó la gravedad, y echóse á reir alborozado. Dándose una palmada en la frente, cogió la mano del asombrado capitán, apretóla, y preguntó:

—¿Te alegraría saber que Bardiya podría salvarse?

—Lo que no es decible.

—Bien, te garantizo que tendrás por lo menos dos talentos, si me proporcionas la ocasión de hablar con el rey, antes de ejecutarse la primera de las dos sentencias.

—Pero, ¿cómo puedo yo... pobre capitán?...

—Es preciso, es necesario.

—No puedo.

—Bien sé que para un extranjero, es muy difícil, casi imposible, obtener una audiencia de vuestro soberano, pero mi mensaje no admite retardo, porque puedo demostrar la inocencia de Bardiya y sus amigos. ¿Oyes?... lo puedo... ¿Crees ahora que podrás facilitarme la entrada?

—Pero, ¿cómo es posible?

—No lo preguntes; obra. ¿No dijiste que Daríos es uno de los condenados?

—Sí.

—Me dijeron que su padre era un hombre muy distinguido.

—Es el primero del reino, después de los hijos de Kiros.

—Entonces llévame directamente á él; me recibirá, sin duda, con benevolencia, si se le dice que puedo salvar á su hijo.

—Eres un prodigio, extranjero. Tus palabras inspiran tal confianza...

—Que me puedes creer. Presto, presto; trae gente, que nos abran paso y que nos conduzcan á palacio.

Fuera de la duda, no hay nada más comunicativo que la esperanza de cumplirse un deseo muy vivo, sobre todo si nos viene de persona inspirada por el mismo sentimiento.

El capitán creyó al raro interlocutor; saltó del coche blandiendo su látigo y gritó á sus subordinados:

—Este noble caballero ha venido para demostrar la inocencia de Bardiya y es preciso conducirlo inmediatamente ante el rey. Seguidme, amigos, y abridle paso.

Entonces pareció una compañía de guardias montadas. El capitán se fué al comandante, y rogóle, secundado por las aclamaciones de los soldados:

maciones de la multitud, que acompañara al extranjero á palacio.

En tanto el extranjero montó el caballo de su criado y siguió á los persas que le abrieron camino.

Con la rapidez del viento cundió la esperanza por la gigantesca ciudad. Conforme fueron adelantando los jinetes, con mayor gusto fué echándose á un lado el gentío para dejarlos pasar, y más estrepitoso fué el aplauso, de modo que parecía su carrera una procesión triunfal.

En pocos minutos los jinetes llegaron al portal del palacio. Apenas se hubieron abierto las puertas de bronce, cuando pareció un segundo convoy, al frente del cual iba lentamente el encanecido Histaspes, con pardas y rasgadas vestiduras de luto, jinete en un caballo teñido de azul, con la cola y las crines cortadas ²³. Había venido á pedir gracia al rey por su hijo.

No bien divisó el capitán al noble anciano, con gritos de júbilo prosternóse ante el caballo y con los brazos cruzados, comunicóle cuantas esperanzas había despertado en él el extranjero.

Histaspes hizo una seña á éste, que en su caballo le hacía una graciosa reverencia, para que le confirmara lo que decía el capitán. También él cobró ánimos y rogó al extranjero que le siguiese. Condújole luego á palacio, y pidió al macero mayor que le llevase á presencia del rey, mientras suplicaba al griego que le esperara á la puerta del aposento.

Cuando su viejo pariente entró en la sala, Kambises estaba tendido en el diván de púrpura pálido como la muerte. A sus pies, su copero arrodillado, recogía los cascos de una preciosa copa de cristal egipcio que el rey arrojó porque no le gustó la bebida que le escanciara. Gran número de cortesanos rodeaba á respetuosa distancia al irritado señor; se notaba en el semblante de cada uno el miedo que les infundía la ira de aquél, y el deseo de alejarse de él todo lo posible. Profunda inquietud reinaba en el anchuroso salón, por cuyas ventanas penetraba la deslumbradora luz y el bochornoso calor de un día de Mayo en Babilón. Sólo se atrevía á interrumpir el profundo silencio, con lastimero aullido, un gran perro de noble raza epírota. Kambises rechazó al cariñoso animal con un tre-

mendo puntapié. Antes que el macero introdujera á Histaspes, el rey se levantó de su lecho; ya no podía soportar más el ocio y la inercia; su dolor y su cólera amenazaban ahogarle. El aullido del perro sugirió de súbito una idea á su cerebro martirizado y ganoso de olvido.

—¡A cazar!—gritó, á los asustados cortesanos, poniéndose en pie.

Los monteros, los caballeros, y el cuadrillero mayor de las jaurías se dieron prisa por obedecer la orden de su amo, quien gritó tras ellos:

—Quiero montar el indómito padre Reksh ²⁴ Prepárense los halcones, suéltense los podencos, venga todo dios que sepa manejar el venablo; ¡limpiaremos el parque!

Dicho esto se echó otra vez sobre el diván como si estas palabras hubiesen extenuado por completo las fuerzas de su gigantesco cuerpo. No echó de ver al recién llegado Histaspes, porque sus ceñudas miradas seguían sin cesar el polvillo que jugaba alegremente en los rayos del sol que penetraba por la ventana.

El padre de Daríos no se atrevió á dirigir la palabra al rey iracundo, pero se colocó junto á la ventana dispersando los revoloteantes átomos, y de esta manera llamó la atención de Kambises. Este, contempló la figura y los vestidos resgados del infeliz, primero con enojo y luego con amarga sonrisa, y preguntóle:

—¿Qué quieres?

—¡Vitor al rey! Tu pobre servidor y tío, viene á implorar la gracia de su soberano.

—Levántate y vete. Tú sabes que para perjuros y falsos testigos no hay perdón. Más vale tener un hijo muerto que deshonorado.

—Mas si Bardiya fuese inocente y Daríos...

—¿Te atreves á impugnar mi fallo?

—¡Dios me libre de ello! Lo que el rey hace, bien hecho está y no admite réplica; pero...

—¡Calla! No quiero que se hable más de esos negros delictos. Eres digno de lástima como padre, pero á mí tampoco me han divertido mucho estas últimas horas pasadas. Te com-

padezco, viejo, mas no puedo revocar el castigo de tu hijo, como tú no puedes hacer que no haya cometido su crimen.

—Mas, ¿si á pesar de todo, Bardiya fuese inocente? ¿Si los dioses...?

—¿Querrás suponer que los celestes protegen á embusteros y perjuros?

—No, mi rey, pero ha parecido un nuevo testigo que...

—¿Un nuevo testigo? A fe, de buena gana daría la mitad de mi reino con tal de poderme convencer de la inocencia de tantos hombres tan allegados á mi casa.

—¡Vitor á mi soberano, el ojo del imperio! Allí fuera hay un heleno que á juzgar por su figura y porte parece uno de los más nobles de su raza. Afirma que puede probar la inocencia de Bardiya.

El rey soltó una amarga risotada, y dijo:

—¡Un heleno! ¿Acaso un pariente de la hermosa á quien Bardiya amaba con tal lealtad? ¿Qué puede saber este extranjero de las cosas de mi casa? ¡Pero conozco estos jonios hambrientos! ¡Atrevidos y desvergonzados, se meten en todo y creen que pueden engañar á todos con su astucia y sus intrigas! ¿Cuánto has pagado por el nuevo testigo, tío? A los griegos les cuesta tan poco una mentira como á los magos una bendición, y sé muy bien que por oro se les induce á todo. Tengo curiosidad de ver á tu testigo. ¡Llámalo! Pero si quiere engañarme con mentiras, que se quede donde está y considere que cuando cae la cabeza de un hijo de Kiros, mil cabezas griegas no importarán nada.—Y diciendo esto centelleaban de cólera los ojos del rey.

Histaspes mandó llamar al heleno.

Antes de dejarle entrar en el salón, los maceros le taparon la boca con un pañuelo y le mandaron prosternarse ante el rey. El griego se acercó con noble dignidad al soberano, quien le echó una mirada penetrante, y prosternóse besando la tierra según la costumbre persa.

La graciosa actitud y la bella figura del extranjero que había resistido su mirada serena y modestamente, parecía gustar al rey, pues no le dejó postrado mucho tiempo y preguntóle con cierta afabilidad:

—¿Quién eres?

—Soy un noble heleno; mi nombre es Fanes, mi patria Atenas; durante diez años he servido, no sin gloria, como general y comandante de los mercenarios griegos de Amas's.

—¿Eres aquel á cuya habilidad los egipcios debieron sus victorias en Kipros?

—El mismo.

—¿Qué te trae á Persia?

—El esplendor de tu nombre, ¡oh, Kambises! y el deseo de dedicar á tu servicio mi espada y experiencia.

—¿Nada más? Sé sincero, y ten presente que una sola mentira puede costarte la vida. Nosotros los persas apreciamos más la veracidad que vosotros los griegos...

—También me es odiosa la mentira, aunque no fuera sino porque me parece desairada, siendo como es extorsión y mengua de lo natural que es la verdad.

—¡Habla, pues!

—Ciertamente hay otra tercera circunstancia que me ha llevado á Persia, la cual te comunicaré más tarde porque es de mucha importancia, y su exposición requiere mucho tiempo: hoy empero...

—Hoy precisamente me gustaría oír algo nuevo. Acompáñame á caza. Vienes como llamado á propósito. Cabalmente nunca he tenido más necesidad de distracción que hoy.

—Te acompañaré con mucho gusto, si tú...

—Al rey no se le ponen condiciones. ¿Eres diestro en la caza?

—A muchos leones he dado muerte en el desierto líbico.

—Entonces, ven conmigo.

Con la idea de la caza, el rey parecía haber sacudido su desidia y flojedad, é iba á salir cuando Histaspes se echó de nuevo á sus pies, exclamando con las manos alzadas:

—¿Mi hijo, tu hermano... han de morir inocentes? Por el alma de tu padre que solía llamarme su más leal amigo, te ruego escuches á ese noble extranjero.

Kambises se paró. Otra vez ceñudo, con voz amenazadora y echando rayos por los ojos, dijo al griego, levantando hacia él la mano:

—Dí lo que sabes, mas considera que con cada mentira vas pronunciando tu propia sentencia capital.

Fanes escuchóle tranquilamente y con graciosa reverencia, contestó:

—Al sol y á mi rey, nada puede quedarles oculto. ¡Cómo podría yo, pobre mortal, ocultar la verdad á los muy poderosos! El noble Histaspes dice que yo puedo demostrar claramente la inocencia de tu hermano; mas yo sólo me limito á esperar y desear resultado tan bello y grande. Es lo cierto que los dioses me hicieron dar con un vestigio que es probable arroje mucha luz sobre los sucesos de ayer. Juzga tú mismo si son temerarias mis sospechas y osadas mis esperanzas, pero considera siempre que es sincero mi deseo de servirte y mi error, si le hay, excusable. Piensa que nada hay cierto bajo el cielo, y que cada cual suele llamar á lo probable seguro.

—Bien dices. Con tus palabras me recuerdas... ¡maldito! Habla, y sé breve. Ya tenemos ladrando á los perros en el patio.

—Aún estaba yo en Egipto, cuando llegó tu embajada para llevar á Persia á Nitetis. En casa de mi excelente y célebre paisana y amiga Rodopis, conocí á Kresos y á su hijo, pero á tu hermano y á sus amigos sólo los ví ligeramente. A pesar de esto me acordaba muy bien del bello rostro del regio joven, pues, cuando más tarde en Samos visité el taller del gran escultor Teodoros, reconocí sus facciones...

—¿Le encontraste en Samos?

—No, pero Teodoros había ornado con las facciones de tu hermano la cabeza de un dios del sol que los alkmeonidas le habían encargado para el nuevo templo de Delfos. Grabadas se le quedaron en la memoria exactamente.

—Tu relación empieza á ser ya poco verosímil. ¿Cómo es posible reproducir con tal exactitud una cara que no se tiene delante?

—Pues Teodoros ha hecho esta maravilla. Si quieres probar su artística habilidad, te hará gustoso un segundo retrato de tu hermano.

—No tengo tal antojo. Prosigue.

—En mi viaje acá, que gracias á las excelentes instituciones de tu padre, hice con tal brevedad que parece increíble, y mudando el tiro cada cuatro leguas...

—¿Quién te permitió á ti, extranjero, hacer uso de las postas?

—El pasaporte extendido para el hijo de Kresos, que vino á mi poder por casualidad cuando por salvarme la vida, Giges me obligó á mudar de traje con él.

—Un lidio engaña á la zorra, y un sirio al lidio, pero un jonio á ambos—murmuró el rey sonriéndose por vez primera. Kresos me contó esa historia.

¡Pobre Kresos!

A estas palabras su semblante se puso otra vez ceñudo, y pasóse la mano por la frente como si quisiera quitarse las arrugas.

El ateniense prosiguió:

—Hice mi viaje sin obstáculo, hasta que hoy, en las primeras horas de la madrugada, he sido detenido por un raro suceso.

El rey escuchó con mayor atención el relato del ateniense, que manejaba con dificultad la lengua persa, y le instó á que acabara.

—Nos hallábamos entre la penúltima y última estación antes de llegar á la ciudad, que nos prometíamos alcanzar á la salida del sol. Yo estaba pensando en mi agitada vida pasada, y melancólico y conmovido por el recuerdo de agravios sin vengar, no podía conciliar el sueño. Mi compañero, el anciano egipcio, se durmió placidamente, arrullado por el monótono retintín de los cascabeles, y el trotar de los caballos, y el estruendo de las olas del Eufrates. La noche era bellísima y tranquila. Los rayos de la luna alumbraban el camino, y uníanse con el resplandor de las estrellas para derramar sobre el dormido paisaje claridad igual á la del día. Hacía más de una hora que no habíamos hallado ni un carruaje, ni un viandante, ni un jinete. Toda la población de los alrededores de Babilón hallábase en la ciudad, según nos dijeron, con motivo de tu cumpleaños, y atraída por la magnificencia de tu corte y tu liberalidad. De súbito, extraño ruido de cascabeles y caballos hiere mi oído; pero después, percibo claramente voces de socorro. Al instante mando resueltamente al criado persa que me acompañaba que se apea del caballo, monto yo en él, digo al carretero que apriete el paso, aflojo mi daga

y espada, espoleo al caballo y corro hacia donde sonaban los gritos de socorro, cada vez más distintos. Apenas pasó un minuto cuando fui testigo de un espectáculo horrible. Tres mozos de aspecto feroz, arrastraban á un joven que llevaba el blanco traje de los magos, y le mataban á golpes. En el punto en que yo llegué se disponían á arrojarle al Eufrates que en aquel lugar baña las raíces de las palmas é higueras de orillas del camino. Sin más reflexión, lanzo mi grito de guerra helénico, que á tantos enemigos hizo temblar, y me arrojé sobre los asesinos, que, cobardes como todos los de su ralea, echaron á correr, apenas vieron tendido uno de ellos con el cráneo roto. Dejé huir á las miserables, y me incliné sobre el joven, gravemente herido. ¿Quién podrá decir mi horror, cuando creo descubrir en él á tu hermano Bardiya? Sí; eran las mismas facciones que había visto en Náukratis, y en el taller de Teodoros; eran...

—¡Caso maravilloso!—interrumpió Histaspes.

—Harto maravilloso para que pueda creerse—añadió Kam-bises.—Andate con tiento, heleno; mira que mi brazo alcanza muy lejos. Haré comprobar la verdad de tu relato.

—Estoy acostumbrado—repuso el ateniense con una profunda reverencia,—á seguir las lecciones del sabio Pitágoras, cuya fama llegó tal vez hasta ti y siempre antes de hablar reflexiono si de lo que voy á decir puedo arrepentirme algún día.

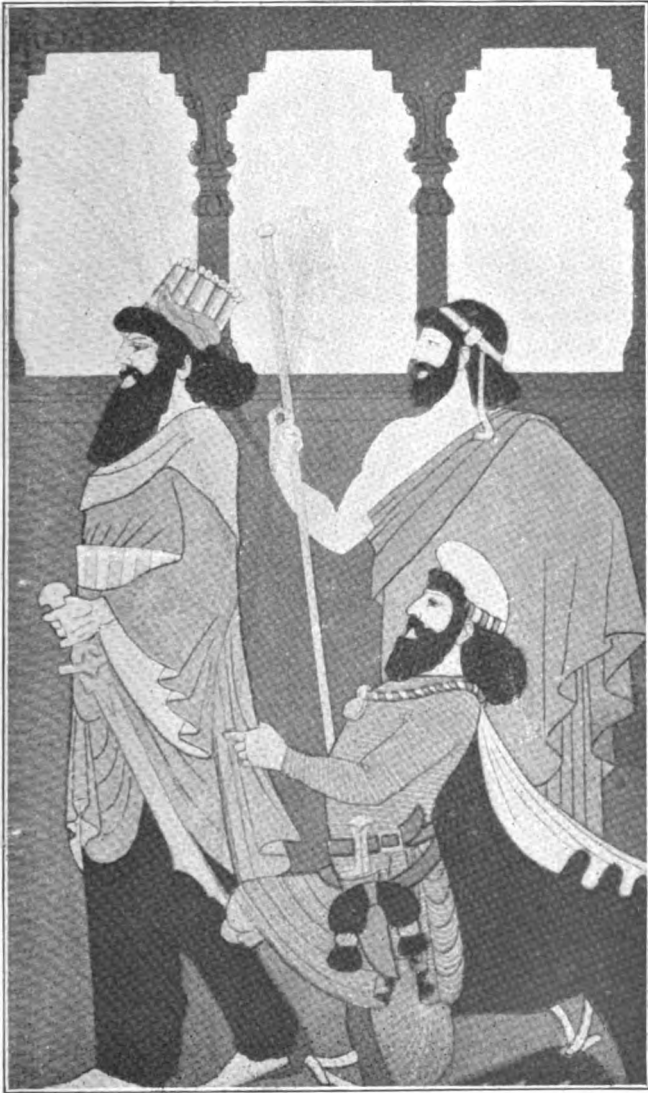
—Bello y sabio principio, mas por Mitra, que conocí á una persona á quien nunca se le caía de la boca el nombre de este filósofo, y sin embargo, en sus acciones se ha mostrado la más aprovechada discípula de Angramañus. Tú conoces á la traidora, que hoy mismo desaparecerá de la tierra, cual ponzoñosa víbora.

Como notase Fanes el profundo dolor que se pintaba en el rostro del rey, le dijo:

—¿Me perdonarás si recuerdo otro aforismo de nuestro gran maestro?

—Habla.

—El bien tan presto se gana como se pierde; soporta pues tu destino con paciencia, cuando los dioses te deparen dolor, y no refunfuñes malhumorado, que á nadie impone el cielo



Histapes y Fanes ante Kambises

cargas mayores de las que puede soportar. Si tienes llagado el corazón, no toques la llaga como no debe acudirse con los dedos á los ojos dañados. Contra los dolores del alma, sólo hay dos remedios: la esperanza y la paciencia.

Kambises escuchó estas frases, tomadas de las máximas de oro de Pitágoras y sonrióse con amargura, en cuanto oyera la palabra «paciencia.» Mas el discurso del ateniense le había gustado, y le mandó proseguir:

—Llevamos—dijo éste,—al joven medio muerto á mi coche, y le condujimos á la próxima estación. Allí abrió los ojos, y mirándome tímidamente, me preguntó quién era, y dónde se hallaba él. Como el posadero de la estación estaba á mi lado, para no desmentir el pasaporte que me proporcionaba nuevos caballos y no hacerme sospechoso, hube de decir que era Gíges, hijo de Kresos. El joven herido parecía conocer al que yo pretendía ser, pues meneó la cabeza balbuceando:

—No eres quien pretendes.

Después cerró otra vez los ojos y cayó en intensa caen-tura. Con el viejo egipcio y mi criado persa, le desnudamos, le sangramos, le curamos las heridas. Tanto aquél, como el criado, quien había visto á Bardiya en la corte de Amasis, donde sirvió de caballerizo, no se cansaban de decirme que el herido no era otro que tu augusto hermano, y también juraba lo mismo el posadero de la estación, cuando hubimos limpiado el ensangrentado rostro del joven. En tanto mi compañero egipcio sacó un frasco de su botiquín²⁵ de viaje, sin el cual nadie en Egipto sale de su país, y dióle unas gotas al enfermo. Estas obraron de tan prodigioso modo, que la ca-lentura cesó á las pocas horas, y el joven abría ya los ojos al amanecer. Le saludamos con el respeto y veneración que á tu hermano se debe, preguntándole si quería que le condu-jésemos al palacio de Babilón. Esto lo rehusaba con vehemen-cia, y nos aseguraba que no era la persona por quien le teníamos, sino que...

—¿Quién puede parecerse tanto á Bardiya?... habla... tengo curiosidad de saberlo...—dijo el rey.

—Afirmó que era hermano del gran sacerdote, y que se llamaba Gaumata, según decía el pasaporte que debía hallarse en la manga de su túnica de mago. El posadero halló en

efecto el documento, y como sabía leer, confirmó el aserto del enfermo que pronto fué atacado de nuevos accesos de fiebre, durante los cuales desvariaba mucho.

—¿Has entendido lo que decía?

—Sí, siempre repetía lo mismo. Los jardines pensiles parecían llenar todo su pensamiento. Debía de haber escapado de un gran peligro y había tenido en ellos, según parece, una entrevista amorosa con una mujer llamada Mandana.

—Mandana—balbuceó el rey,—Mandana... Si no me equivoco, este es el nombre de la camarera mayor de la hija de Amasis.

Estas palabras no escaparon al delicado oído del griego. Quedóse discurriendo un instante, para sonreirse y exclamar después:

—Pon en libertad á los amigos presos, mi rey, pues te garantizo con mi cabeza, que Bardiya no estuvo en los jardines pensiles.

Contemplaba el rey al atrevido orador con asombro, pero también con afable bondad. El carácter franco, desenvuelto, garboso, que el ateniense se atrevía á mostrar en su presencia, era para el rey completamente nuevo, y le impresionó como impresiona el soplo del aire del mar á quien lo respira por primera vez. Mientras sus grandes y aun sus próximos parientes, sólo osaban hablarle en actitud sumisa, el griego estuvo delante de él en pie y muy erguido; mientras los persas solían adornar sus menores frases al soberano con floridos circunloquios y adulaciones, el ateniense hablaba muy lisa y llanamente, y con toda franqueza, y acompañaba su discurso con airosos modales y miradas expresivas, de modo que á pesar de su falta de propiedad en el lenguaje, el rey le entendía mejor que los relatos de sus propios súbditos envueltos generalmente en parábolas. Sólo con Nétis y ese enranjero, había olvidado que era rey. Un hombre se hallaba delante de otro hombre. El altivo soberano oíó que hablaba con un sér cuya vida ó muerte era juguete de su capricho; tan poderosamente se impone la dignidad humana, la formalidad de un varón persuadido de su derecho á la libertad y la civilización, superior á la del rígido déspota. Algo más predispuso tan pronto á Kambises en favor del ateniense. Aquel

hombre parecía venido á devolverle el precioso tesoro que creyó perdido y aun peor que perdido. ¿Mas cómo era posible aceptar la vida de este aventurero en prenda por el rescate de los hijos de los mejores persas? Con todo, la proposición del heleno no enojó al rey; por el contrario, sonrióse de la osadía de Fanes, quien en el calor de su discurso se quitó el pañuelo que le revoloteaba por la boca y la barba, y le dijo:

—Por Mitra, heleno, parece que nos traes buenas cosas. Acepto tu proposición. Si los presos, contra lo que presumes, son culpables, quedas obligado á permanecer toda tu vida en nuestra corte como un servidor; pero si realmente logras probar lo que mi corazón desea, te haré el más rico de tus paisanos.

Fanes sonriéndose hizo un gesto negativo, y dijo:

—¿Me permites dirigir algunas preguntas á ti y á tus palaciegos?

—¡Habla y pregunta cuanto quieras!

En este momento el montero mayor entró en la sala con el aviso de que todo estaba preparado para la caza.

—¡Aguardarse!—dijo el rey con voz imperiosa á los comensales que se afanaban en acelerar todos los preparativos. —No sé si podremos cazar hoy. ¿Dónde está Vishen, el capitán de latigueros?

Datis, el ojo del rey, ó sea el ministro de la gobernación, salió corriendo y volvió en pocos minutos. De estos se aprovechó Fanes, para interrogar á varios de los grandes que se hallaban presentes acerca de algunos pormenores importantes con el objeto de hallar á la persona que se buscaba.

—¿Qué hacen los presos?—preguntó Kamb'ses al capitán, prosternado delante de él.

—¡Vitor al rey! Aguardan la muerte con resignación, porque es dulce morir por tu voluntad.

—¿Oiste sus conversaciones?

—Sí, mi soberano.

—¿Se confiesan mutuamente culpables?

—Sólo Mitra lee en los corazones, pero tú mismo les creyeras inocentes, como les creo yo tu pobre siervo, si les oyeras hablar.

El capitán miró medroso al rey, porque temía que estas

palabras pudiesen haber excitado su cólera, mas Kambises se sonrió afable lejos de mostrar enojo. De súbito, un pensamiento sombrío oscureció su semblante, y preguntó en tono apenas perceptible:

—¿Cuándo han matado á Kresos?

El capitán tembló al oír estas palabras. Sudor de agonía bañaba su frente; sus labios apenas acertaban á balbucear:

—Es... ha... creímos...

—Creíste... ¿qué?...—dijo interrumpiendo Kambises, en cuyo pecho surgió una nueva esperanza;—¿no habéis ejecutado enseguida mi orden? ¿Kresos vive aún? Habla, dí, quiero saber toda la verdad.

El capitán retorciase como un gusano á los pies de su dueño, y balbuceó finalmente tendiendo las manos suplicantes al rey:

—¡Perdón! ¡perdón! mi soberano. Soy un pobre hombre, padre de treinta hijos, y quince de ellos...

—Quiero saber si Kresos vive ó no.

—Vive. Pensé que no había delito en dejarle vivir una hora más, ya que todo se lo debo á él; para que...

—Basta—exclamó el rey, respirando con desahogo.—Esta vez tu desobediencia te será perdonada, y puesto que tienes tantos hijos, el tesorero te dará dos talentos. Ahora ve á la cárcel, manda á Kresos acá, y dí á los demás que si fueren inocentes, pueden cobrar ánimos.

—Mi rey es la lumbrera del mundo, y un océano de gracia.

—Bardiya y sus amigos no han de seguir encerrados; bajo vuestra custodia podrán pasearse por el patio del palacio. Tú, Datis, corre á los jardines pensiles y ordena á Bogues que aplase la ejecución de la sentencia de la egipcia. Mándese también á la estación designada por el ateniense, para que traigan acá al herido, bajo segura escolta.

El ministro iba á salir, mas Fanes le detuvo y preguntó:

—¿Me permites hacer una observación?

—¡Habla!

—Me parece que el jefe de los eunucos podría darnos los más exactos informes. El joven pronunció muchas veces, en el delirio, su nombre y el de su novia.

—Corre, Datis, y trae á Bogues acá.

—También el gran sacerdote Oropastes, como hermano de Gaumata, deberá ser interrogado, y asimismo Mandana que, según acaban de decirme, es la camarera mayor de la egipcia.

—Tráela, Datis.

—Finalmente, si Nitetis misma...

A estas palabras del ateniense, el rey palideció, y ligero escalofrío estremeció sus miembros. ¡Con cuánto deleite hubiera vuelto á ver á la esposa amada! Pero el poderoso temía la fascinación de sus miradas, y el poder de sus reconvenções. Así fué que dijo á Datis señalándole la puerta:

—Ve, ve en busca de Bogues y Mandana; la egipcia permanecerá bien guardada en los jardines pensiles.

El ateniense se inclinó con respeto, como diciendo sólo á ti incumbe mandar aquí.

Contemplábale el rey con placer. Sentóse otra vez en el diván de púrpura y apoyó pensativo la frente en la mano, mirando al suelo. La imagen de la mujer querida se ofreció irresistible y palpable á su imaginación.

La idea de que aquellas facciones eran incapaces de engañar y que Nitetis á pesar de todo era inocente, se arraigó cada vez más en su corazón, abierto de nuevo á la esperanza. Si resultaba posible absolver á Bardiya, entonces cabía también cualquier otro error, entonces iría él mismo á los jardines pensiles, tomaría á su esposa de la mano, y escucharía su defensa. Cuando el amor se apodera de un hombre ya maduro, penetra como las venas en todo su sér, y sólo se desarraiga con la vida.

Apenas entró Kresos en la sala, Kambises volvió de sus divagaciones con bondad y afecto levantándole, y le dijo:

—Me has faltado, pero quiero perdonarte en atención á las últimas palabras de mi padre moribundo que me mandó apreciarte como consejero y amigo. Toma tu vida de mi mano y olvida mi cólera como yo olvidaré tu irreverencia. Suplica ahora á ese hombre que pretende conocerte, te diga lo que él presume. Tengo deseos de oír también tu parecer.

Hondamente emocionado dirigióse Kresos al ateniense, y después de haberle saludado con gran afecto, se hizo iniciar en sus sospechas.

El vivo anciano siguióle con atención creciente, y cuando Fanes se calló, levantó las manos al cielo exclamando:

—Perdonadme, ¡oh, dioses eternos! si alguna vez dudé de vuestra justicia. ¿No es maravilloso lo que ocurre, Kamb'ses? Mi hijo se puso en peligro por salvar la vida de este noble caballero, y ahora los dioses le conducen á Persia para recompensar el bien que Giges le hizo, con otro diez veces mayor. Si los egipcios hubiesen asesinado á Fanes, tal vez á estas horas las cabezas de nuestros hijos hubieran caído ya.

Esto diciendo, Kresos se abrazó con Histaspes, el cual veía también nacer por segunda vez á su hijo predilecto.

El rey, Fanes y los nobles persas, contemplaron á los ancianos abrazados con profunda emoción. Ninguno de los presentes dudaba ya de la inocencia de Bardiya, aunque hasta ahora sólo se apoyase en conjeturas y sospechas; que cuando la convicción es débil, el defensor suele hallar siempre oídos dispuestos á escucharle.





CAPITULO VI

Con agudeza verdaderamente ática, Fanes, por todo lo que había oído adivinó el enlace real de los tristes sucesos, y no se le ocultó que también la malicia debía de haber desempeñado su papel enredando las cosas, porque el puñal de Bardiya no podía llegar á los jardines pensiles sino por traición.

Mientras estaba exponiendo esta sospecha al rey, el gran sacerdote Oropastes fué introducido en la sala por los maceros.

El rey le miró enojado, y sin exordio alguno le preguntó á secas:

—¿Tienes un hermano?

—Sí, mi rey, él y yo somos los únicos que restan de seis que éramos; mis padres...

—¿Es ese hermano, mayor ó menor que tú?

—Yo era el mayor de todos y él el más joven, nació para delicia de la vejez de mi padre.

—¿Has observado notable semejanza entre él y alguno de mis parientes?

—Sí, mi rey; Gaumata se parece á tu hermano Bardiya de tal manera que en el seminario de Ragas donde se halla aun hoy, le llamaron siempre el príncipe.

—¿Estuvo en Babilón recientemente?

—La última vez, durante la fiesta de año nuevo.

—¿Dices la verdad?

—Mis vestiduras y mi cargo me harían doblemente culpable si abriese la boca para mentir.

El rey se puso colorado de ira al oír estas palabras, y gritó:

—Y sin embargo, mientes, porque Gaumata estuvo aquí anoche. No tiembles sin motivo.

—Mi vida te pertenece, como te pertenece todo; mas yo, el gran sacerdote, te juro por el supremo Dios á quien he servido lealmente estos últimos treinta años, que no sé nada de la presencia de mi hermano en Babilón.

—Tienes cara de veraz.

—Tú sabes que en el solemne día de ayer no me he apartado ni un momento de tu lado.

—Lo sé.

De nuevo abriéronse las puertas para dar entrada á Mandana. El gran sacerdote la miró con asombro y como preguntando. Al ojo observador y perspicaz del rey, no se le escapó que la doncella debía de estar en cierta relación con Oropastes, y por esto le preguntó, sin mirar á la muchacha que yacía temblando á sus pies:

—¿Conoces á esta mujer?

—Sí, mi rey. Por mi intervención obtuvo el alto puesto de superiora de toda la servidumbre cerca de la hija del rey de Egipto, á quien Auramazda perdone.

—¿Cómo fué que tú, sacerdote, favorecieras á esta joven?

—Sus padres murieron de la misma peste que arrebató á mis hermanos. Su padre era un sacerdote respetable y amigo de nuestra casa; por esto acogimos á la niña recordando el elevado precepto: «¡Si no das nada al hombre puro, y á sus viudas y huérfanos, serás arrojado de la tierra pura y sumisa, á las espinosas ortigas, á los dolorosos sufrimientos y sitios de horror!» Así me encargué de su tutela, y la educaba junto con mi hermano menor, hasta que éste entró en el seminario.

El rey cambió una mirada de inteligencia con Fanes, y preguntó:

—¿Por qué no has guardado contigo á la muchacha, que no parece fea?

—Cuando hubo recibido las arracadas, creí conveniente sacar á la joven de mi casa sacerdotal y darle un porvenir independiente.

—¿Has vuelto á ver á tu hermano desde que es adulta?

—Sí, señor. Cuantas veces Gaumata me visitó, le dejé que tratara libremente á la niña como una hermana; mas luego cuando noté que la infantil amistad empezaba á trocarse en la pasión de la juventud, me confirmé en mi resolución de sacar á la muchacha de casa.

—Sabemos bastante—dijo el rey, mandando al sacerdote con una seña que se retirara. Luego mirando á la joven, le dijo en tono imperativo:

—¡Levántate!

Mandana se levantó temblando de miedo. Su rubicundo rostro se cubrió de mortal palidez, y sus rojos labios tiñéronse de azul.

—Cuenta lo que sabes de la velada de ayer, y piensa que una mentira será tu muerte.

Las rodillas de la asustada joven temblaban tanto que apenas podía sostenerse en pie, y el miedo le cerraba los labios.

—Mi paciencia es poca—le dijo Kambises.

Mandana se estremeció, se puso más pálida y sintióse aun menos capaz de decir una palabra. Entonces Fanes se acercó al enojado monarca, rogándole en voz baja le permitiera interrogar á la mujer y su boca, cerrada por el espanto, se abriría con una palabra tranquilizadora.

Kambises hizo una señal de asentimiento y lo que el ateniense había previsto, se realizó; pues en cuanto aseguró á Mandana la benevolencia de todos los presentes, colocándole la mano sobre la cabeza y animándola afablemente, abrióse la fuente de sus ojos, un chorro de lágrimas corrió por sus mejillas y desvaneciósse el ensalmo que le había trabado la lengua. Luego contó entre sollozos todo lo que sabía, sin ocultar que Bogues había favorecido aque!la entrevista, y terminó diciendo:

—Sé que me he jugado la vida, y que soy la criatura más mala y desagradecida del mundo; pero todo este mal no habría sido posible, si Oropastes hubiese permitido á su hermano casarse conmigo.

Dichas estas palabras, proferidas en tono de vehemente desseo, prorrumpió en nuevos sollozos. Los graves personajes y el rey mismo no pudieron evitar una ligera sonrisa.

Esta sonrisa salvó la vida gravemente amenazada de la joven. Mas Kambises, después de todo lo que había ido sabiendo, probablemente no se habría sonreído si Mandana, con aquel fino instinto que sirve á las mujeres precisamente en la hora del peligro inminente, no hubiese acertado á comprender y explotar el flaco del rey. Así es que se detuvo más de lo necesario en describir la satisfacción que Nitetis había manifestado con los regalos del rey.

—Mil veces—dijo,—mi señora besaba todas las cosas que le traían de tu parte; pero más á menudo el ramillete que tú mismo hiciste hace pocos días. Y cuando el ramillete empezó á marchitarse, sacó las flores una tras otra, extendió los pétalos con cuidado, los colocó entre dos pañuelos de lana y puso encima, con sus propias manos, su pesado ungüentero de oro para secarlos y conservarlos en memoria de tu bondad.

Cuando notó que las facciones de su severo juez se sere-

naban con estas palabras, cobró nuevo ánimo, puso en boca de su señora dulces palabras que ésta nunca había pronunciado, y sostuvo que había oído más de cien veces cómo Nitetis dormida, pronunciaba con indecible cariño el nombre de Kambises. Finalmente, terminó su discurso sollozando y mendigando perdón.

El rey la miró sin enfado, pero con profundo desprecio, la rechazó con el pie, y dijo:

—¡Fuera de mi vista, perra! ¡Sangre como la tuya mancharía el hacha del verdugo! ¡Fuera de mis ojos!

Mandana no se hizo rogar mucho para salir de la presencia del rey. Ese «¡fuera!» sonó en sus oídos como grata música. Corriendo precipitóse por los anchos patios del palacio, y llegada á la calle entre el gentío no cesó de gritar, cual demente:

—¡Estoy libre! ¡estoy libre!

Apenas hubo salido cuando Datís, el ojo del rey, entró de nuevo comunicando que se había buscado en balde al jefe de los eunucos; que éste había desaparecido de los jardines pensiles de una manera misteriosa, pero que él, Datís, había encargado á su gente que buscasen al fugitivo y se lo trajesen vivo ó muerto.

El rey al oír este recado, montó de nuevo en cólera y amenazó con severo castigo al jefe de orden público (quien ocultó prudentemente á su amo la efervescencia del pueblo,) si á la mañana siguiente el fugitivo no estaba preso.

Apenas hubo acabado, cuando el macero introdujo á un eunuco de la madre del rey, encargado de solicitar audiencia en su nombre.

Kambises no tardó un momento en cumplir el deseo de la ciega, ofreció su mano á Fanes para que la besara, merced rara y otorgada solamente á los comensales, y dijo:

—Todos los presos han de ser puestos en libertad inmediatamente. Id á vuestros hijos, padres angustiados, y decidle que están seguros de mi gracia y merced. Bien se encontrará una satrapía para cada uno en compensación de esta noche de prisión sin culpa. A ti, amigo heleno, te estoy agradecidísimo. Para demostrártelo y para que te quedes en esta cor-

te, te ruego te hagas entregar cien talentos por nuestro tesoro.

—No sabré qué uso hacer de tan gran cantidad—repuso Fanes con profunda reverencia.

—Entonces abusa de ella—replicó el rey, sonriéndose amablemente y con las palabras: «hasta más ver... en el banquete» dirigidas al ateniense, salió del salón acompañado de su corte.

Durante estos sucesos una profunda tristeza reinaba en los aposentos de la madre del rey. Kasandana después de oír el contenido de aquella carta á Bardiya, creía en la perfidia de Nitetis, pero tenía por inocente á su hijo predilecto. ¿De quién podría fiarse aún, si la joven que hasta ahora había considerado como la personificación de todas las virtudes femeninas, debía ser calificada de pérfida y réproba, y los más nobles jóvenes podían ser perjuros?

Nitetis estaba para ella más que muerta; á Bardiya, Kresos, Daríos, Giges, Araspes, con quienes todos su corazón estaba unido por los lazos de la sangre y de la amistad, les daba por muertos, y sin embargo, no podía dar libre desahogo á su dolor, porque le incumbía refrenar los arranques de desesperación de su hijo indómito.

Atosa parecía una energúmena, desde que supo las sentencias de muerte.

Abandonóle la moderación que le infundiera el trato con la egipcia, y su impetuosidad, por tanto tiempo refrenada, estalló con doble viveza.

A Nitetis, su única amiga, á Bardiya su hermano, á quien quería con toda su alma, á Daríos que no sólo apreciaba como salvador de su vida, sino que amaba con la entrañable fuerza de un primer amor (entonces pudo notarlo,) á Kresos, su segundo padre, á cuantos tenía afecto, los había de perder de una vez.

Rasgaba sus vestidos, mesábase los cabellos, llamaba monstruo á Kambises, y obcecado y demente á todo el que creyera en la culpa de personas tan buenas. Luego se deshizo

en lágrimas y dirigió humildes preces á los dioses, conjurando pocos minutos después á su madre, á quien la acompañaría á los jardines pensiles para oír la defensa de Nitetis.

Kasandana trató de calmar la impetuosidad de la niña, asegurándole que toda tentativa para hablar con Nitetis sería inútil; mas Atosa alborotó de nuevo tanto, que la anciana se vió obligada á usar de su autoridad de madre é imponerle silencio, mandándola á dormir en cuanto amaneció.

La niña se fué á su dormitorio, pero en lugar de acostarse, sentóse á la ventana que miraba á los jardines pensiles. Con lágrimas en los ojos, contempló aquella casa, en que ahora su amiga, su hermana, solitaria, desamparada, desterrada, aguardaba una muerte ignominiosa. De repente pareció brillar una chispa de enérgica voluntad en su mirada que empañó el llanto, y lejos de perderse como entonces en el vacío, concentróse en un punto negro que desde la casa de la egipcia y haciéndose cada vez más grande y perceptible, vino volando directamente hacia ella, y se posó en un ciprés inmediato á la ventana.

Huyó el pesar del lindo rostro de Atosa. Respiró la niña profundamente; palmoteaba de alegría y exclamaba:

—¡Oh! mira el ave Homai ²⁶... el ave de la buena suerte; ahora todo irá bien.

La misma ave del paraíso cuya vista obrara el prodigio de consolar el corazón de Nitetis, infundió también nueva confianza en Atosa.

Miró al jardín por ver si nadie la observaba, y cuando se hubo cerciorado de que no había nadie más que el viejo jardinero, saltó por la ventana con la ligereza del corzo, y cogiendo unas rosas y ramos de ciprés, se fué hacia el viejo que la contemplaba meneando la cabeza, y con mucho mimo le acarició las mejillas, puso las flores en sus curtidas manos, y le preguntó:

—¿Me quieres, Sabakes?

—¡Oh, señora!—dijo el viejo por toda respuesta, besando con fervor los bordes del vestido de la princesa.

—Te creo, abuelo; voy á probarte que tengo confianza en mi viejo y leal Sabakes. Escóndete estas flores y corre al palacio del rey, pretextando que llevas fruta para la mesa.

Junto á la guardia de los «inmortales» se hallan presos mi pobre hermano Bardiya y Daríos el hijo del noble Histaspes. Cuida de que les entreguen inmediatamente á ambos estas flores con un saludo cordial de mi parte... ¡inmediatamente!... ¿oyes?

—Pero los guardias no me dejarán ver á los caballeros presos.

—Toma estas sortijas y repárteselas. No les estará prohibido, sin duda, á los infelices, recrearse con flores.

—Probaré.

—Ya sabía yo que me quieres, buen Sabakes. Ahora corre y vuelve pronto.

El viejo salió tan ligero como pudo. Atosa le seguía con la mirada, balbuceando pensativa:

—Ahora sabrán los dos que les amé hasta el fin. La rosa significa «te amo,» y el ciprés, siempre verde, dice: «fiel é inmutable.»

Al cabo de una hora, el viejo volvió trayendo á la princesa, que le corrió al encuentro, la sortija favorita de Bardiya y de parte de Daríos un pañuelo indio empapado en sangre.

Atosa con lágrimas en los ojos, tomó de manos del viejo los regalos. Sentándose con tan preciosos recuerdos bajo un plátano de anchas ramas, llevólos á sus labios alternativamente, y decía á media voz:

—El anillo de Bardiya significa que se acuerda de mí, y el ensangrentado pañuelo de Daríos que está pronto á derramar por mí la sangre de su corazón.

Luego se sonrió, y desde entonces pudo llorar amarga pero tranquilamente al pensar en la suerte de sus amigos.

Pocas horas después, un mensajero de Kresos anunciaba á las princesas que la inocencia de Bardiya y sus amigos estaba probada, y casi rehabilitada Nitetis.

En seguida Kasandana mandó recado á ésta para que fuera á visitarla. Atosa igualmente impetuosa en la alegría como en el dolor, fuese hacia la litera de su amiga, volando de una sirvienta á otra, diciendo:

—¡Todos son inocentes!... ¡todos!... todos... nos serán conservados.

Y cuando vino por fin la amiga en la litera, y vióla pálida

como la muerte, prorrumpió en gritos y sollozos, echóse á su cuello mientras aquélla se apeaba, cubriéndola de besos y caricias, hasta que observó que las rodillas le flaqueaban á Nitetis, y que necesitaba apoyo más firme que sus débiles brazos.

Desmayada llevaron á la egipcia á las habitaciones de la madre del rey. Cuando abrió de nuevo los ojos, su cabeza, pálida como el mármol, descansaba en la falda de la ciega, y sintió los ardientes labios de Atosa en su frente, y vió junto á su lecho á Kambises, quien había acudido llamado por su madre.

Azorada, con viva angustia, mira en torno suyo á los que más quería, reconoce á uno después de otro, pasa la mano por la frente cual si quisiera arrancarse un velo, y después de sonreír á todos con bondad, vuelve á cerrar los ojos. Imaginaba que la bondadosa Isis le había enviado grato sueño, y trataba de retenerlo con toda la fuerza de su alma.

De repente, Atosa pronunció su nombre con vehemente cariño. De nuevo abrió los ojos, y de nuevo vió en torno las mismas cariñosas miradas que creía haber soñado. Sí, ésta era Atosa, y esa su madre y amiga, y aquél, no el monarca enojado, sino el tierno amante. También él abrió entonces los labios, y alzando hacia ella la mirada, cual si le pidiera perdón, exclamó:

—¡Oh, Nitetis! despierta; no debes, no puedes ser culpable.

Ella hizo un ligero movimiento negativo, y sobre su bello semblante pasó una plácida sonrisa, cual soplo de primavera sobre un bancal de rosas.

—¡Es inocente, por Mitra, no puede ser culpable!—repetía Kambises.

Y sin hacer caso de los presentes, se hincó de rodillas.

Un médico persa acercóse á untar las sienas de la princesa con aceite que esparcía suave perfume, mientras el oculista Nebenjari, murmurando fórmulas de salutación, meneó la cabeza al tocar el pulso y le propinó una poción de su botiquín. Entonces fué cuando recobró todo el conocimiento, y después de incorporarse penosamente correspondiendo á las caricias de sus amigas, dirigiéndose á Kambises, dijo:

—¿Cómo pudiste creer tal de mí, mi rey?—A estas palabras que no envolvían la menor reconvención, sino profundo sentimiento, Kambises contestó suplicante y en voz baja:

—Perdóname.

Kasandana, dando las gracias á su hijo por su abnegación, díjole también mirándola cariñosamente con los ciegos ojos:

—Yo también, hija mía, necesito de tu perdón.

—Mas yo nunca he dudado de ti—gritó Atosa besando con orgullo y henchida de alegría, la boca de su amiga.

—Tu carta á Bardiya hizo vacilar mi fe en tu inocencia—añadió la madre de Kambises.

—Y sin embargo, ¡todo era tan sencillo y natural!—respondió Nitetis.—Aquí, madre mía, toma esta carta de Egipto. Kresos te la traducirá. Esta carta lo explicará todo. Tal vez he sido imprudente. Pregunta á tu madre lo que ocurre, mi rey, mas te ruego que no te burles de mi pobre hermana. Cuando una egipcia ama no sabe olvidar. ¡Qué angustias siento! ¡El fin se acerca! ¡Las últimas horas han sido tan horribles! La horrible sentencia que me leyó Bagues, ese hombre atroz, aquella sentencia puso el veneno en mis manos. ¡Ay... mi corazón!

Con estas palabras, volvió á caer desmayada en el regazo de la anciana. Nebenjari, el médico, acudió, y propinó de nuevo unas gotas á la enferma, diciendo:

—Ya me lo figuraba; ha tomado veneno y morirá seguramente, aun cuando ese antídoto retarde su muerte por unos cuantos días.

Kambises estaba á su lado pálido y rígido, siguiendo cada uno de sus movimientos, mientras Atosa bañaba con sus lágrimas la frente de la amiga.

—Que traigan leche y vayan por mi botiquín grande—dijo el oculista.—Llamad también á las sirvientas para que la lleven á su cama, porque ante todo necesita descansar.

Atosa corrió á la sala contigua, y Kambises preguntó al médico sin mirarle:

—¿No hay salvación?

—El veneno que ha tomado mata sin remedio.

En cuanto el rey oyó estas palabras, apartó al médico del lado de la enferma exclamando:

—¡Debe vivir; lo mando! ¡Aquí, eunuco! Se citarán todos los médicos de Babilón, se llamará á todos los sacerdotes y movedes 27. ¡Ha de vivir, debe vivir, yo lo mando, yo el rey!

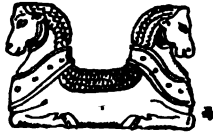
En este momento, Nitetis abrió los ojos como para obedecer á la orden de su señor. Su cara estaba dirigida hacia la ventana. En el ciprés delante de la misma, se hallaba el ave del paraíso con la cadenilla de oro en el pie. Las miradas de la paciente repararon primero en su querido esposo que, arrodillado, le besaba la mano con sus ardientes labios, y con una sonrisa dijo en voz baja:

—¡Oh, qué felicidad!

Luego viendo la paradísea, la señaló con la mano izquierda:

—¡Oh, mirad, mirad, el ave de Rá, el fénix!

Dicho esto, cerró los ojos y fué acometida de intensa calentura.





CAPITULO VII

Prexaspes, el mensajero del rey, había traído preso á Babilón á pesar de hallarse herido y enfermo, á Gaumata el novio de Mandana, cuya semejanza con Bardiya era en efecto extraordinaria, para esperar en la cárcel el fallo de los jueces, mientras Bogues que le sedujo frustraba todos los esfuerzos de la policía para dar con él. El gentío que llenaba las calles de Babilón le había hecho fácil la huida después de salir de los jardines pensiles por la consabida trampa. En su

habitación encontráronse riquezas inmensas. Baúles llenos de oro y joyas, cuya adquisición le había sido fácil dado el destino que desempeñaba, fueron devueltos al tesoro Real del que procedían; mas Kambises habría dado gustoso el décuplo de estas riquezas por tener en sus manos la persona del traidor.

Dos días después de la absolución de los acusados, todas las mujeres del harén, con gran desesperación de Fedima, fueron enviadas á Susa. No quedaron en Babilón más que Kasandana, Atosa y la moribunda Nitetis. Varios eunucos distinguidos fueron depuestos de sus altos destinos. Toda la clase debió expiar el crimen de su jefe, escapado al castigo.

Oropastes, que después de probar claramente su inocencia con respecto al delito de su hermano, había tomado posesión de su cargo de virrey ó regente, dió los puestos vacantes exclusivamente á magos. De la manifestación en favor de Bardiya por parte de los habitantes de Babilón, no le enteraron al rey, sino mucho después de haberse dispersado el pueblo. A pesar de los cuidados por Nitetis que le preocupaban casi exclusivamente, el rey pidió que le dieran parte detallada de estos sucesos ilegales, y mandó castigar severamente á los fautores del motín. De lo sucedido resultaba, según creía, que Bardiya buscaba la popularidad, y le habría manifestado palpablemente su desagrado, si su recto criterio no le hubiese dicho que esta vez él había de pedir perdón á Bardiya antes que éste á él. Sin embargo, la idea de que su hermano, aunque involuntariamente, había sido la causa de los tristes acontecimientos de los últimos días, se le imponía irresistiblemente, y con esto el deseo de alejarle todo lo posible. Así es que accedió gustoso á permitir que el joven realizara inmediatamente su deseo de partir para Náukratis.

Dos días después de recuperar la libertad, Bardiya se despidió cariñosamente de su hermana y su madre para ponerse en camino acompañado de Giges, Zópiros y un numeroso séquito que llevaba para Sappó preciosos regalos de Kambises. A Daríos le retenía el amor por Atosa, y además no estaba lejano el día en que había de casarse por orden de su padre con Artibtona, la hija de Gobrias.

Bardiya despidióse apesadumbrado de su amigo al que acon-

sejó la mayor prudencia con respecto á Atosa. Kasandana sabía ya el secreto de los amantes, y prometió apoyarles cerca del rey.

Si alguien podía levantar los ojos hacia la hija de Kiros, era ciertamente el hijo de Histaspes, puesto que estrechamente emparentado con la familia reinante, perteneciendo como Kambises á los pasargadas, y siendo su estirpe una línea menor de la dinastía entronizada, no era menos noble que ésta ²⁸. Su padre llamábase jefe de toda la nobleza, y como tal gobernaba la provincia de Persis, la metrópoli de donde traían origen el colosal imperio y sus soberanos. Si llegaba á extinguirse la familia de Kiros, los descendientes de Histaspes tendrían el mejor derecho de sucesión á la corona de Persia. Por esta razón Daríos, prescindiendo de sus prendas personales, era un novio proporcionado para Atosa.

Sin embargo, no era prudente aventurarse ya á pedir el consentimiento del rey, porque en la sombría disposición de ánimo en que se hallaba desde los desgraciados sucesos, era fácil que diese una respuesta negativa, y esta en toda circunstancia, había de considerarse irrevocable. Bardiya, pues, hubo de partir sin dejar asegurado el porvenir de aquella pareja que con tal cariño amaba.

También en Persia ofrecióse Kresos á hacer de mediador, y proporcionó á Fanes una entrevista con Bardiya poco antes de partir éste para Egipto. El príncipe acogió con grande afabilidad al ateniense, del que sólo había oído contar grandes y bellas hazañas, y granjeóse pronto el afecto de aquel hombre tan experto que le dió muchas indicaciones útiles, y una carta de recomendación ²⁹ para el milesio Teopompos domiciliado en Náukratis, pidiéndole finalmente un instante de audiencia á solas.

Cuando Bardiya se presentó de nuevo á sus amigos acompañado del ateniense, parecía grave y pensativo, mas pronto se distrajo y se puso á bromear con sus compañeros, bebiendo y brindando por un buen viaje y feliz regreso. Antes de montar á caballo á la mañana siguiente, hubo de conceder una segunda entrevista á Nebenjari, quien la había pedido para rogarle se encargase de remitir al rey Amasis un voluminoso

rollo, carta que contenía circunstanciada relación del padecimiento de Nitetis, y terminaba así:

«De este modo, la pobre víctima de tu ambición hallará en pocas horas una muerte prematura en el veneno que tomó desesperada. Como la esponja borra una figura de batalla, así el capricho de los poderosos de esta tierra borra la dicha de una vida humana. Desterrado de su patria y de sus fincas, se malogra tu siervo Nebenjari; víctima del suicidio, muere la hija infeliz de un rey de Egipto. Su cadáver será destrozado por los perros y los buitres, según costumbre de los persas. ¡Ay de los que privaron á la infeliz de la dicha sobre la tierra, y del reposo en el otro mundo!»

Bardiya prometió á aquel hombre tétrico que se haría cargo de esa misiva, cuyo contenido ignoraba. Luego abandonó Babilón, no sin que antes rodeado de alegre multitud, y siguiendo una antigua superstición, colocara á las puertas de la ciudad, unas piedras que le aseguraban un feliz viaje ³⁰.

Entre tanto Nebenjari iba á ocupar de nuevo su puesto á la cabecera del lecho mortuorio de la egipcia. En la puerta de bronce de la muralla que unía al jardín del harén con los patios del gran palacio, encontróse con un viejo, vestido de blanco. En cuanto le hubo visto, dió un paso atrás clavando en él la mirada como en una aparición. Pero como le viera sonreírse con afectuosa familiaridad, fuese á su encuentro, alargóle la mano con tal cariño que ninguno de los persas le hubiera creído capaz de ello, y exclamó en lengua egipcia:

—¿Puedo creer á mis ojos, viejo Hib? ³¹ ¿Tú aquí... en Persia? Antes esperara ver hundirse el cielo, que á ti en las márgenes del Eufrates. Pero, dime, por el nombre de Osiris, ¿qué ha podido inducirte á ti, viejo Ibis, á abandonar tu caliente nido del Nilo, y emprender el largo viaje á Oriente?

El viejo, que había escuchado esta pregunta, inclinándose profundamente con los brazos colgando, contempló entonces al médico con inefable placer, palpóse el pecho con trémulas manos, y doblando la rodilla derecha con una mano sobre el corazón y otra levantada al cielo, dijo:

—¡Te doy gracias, gran Isis, que proteges al viandante, porque me deparas así á mi señor! ¡Ah, hijo, qué angustias he sufrido por ti! Demacrado cual hambriento preso de las can-

teras, acongojado y mísero, pensaba yo encontrarte, y ahora te veo sano, robusto y rollizo como siempre. ¡Ah! si el pobre viejo Hib se hubiese hallado en tu lugar, hace tiempo que habría muerto de pesar y enojo.

—Lo creo, abuelito; yo también he salido de la patria por fuerza y manando sangre el corazón. El extranjero pertenece á Set; los dioses bondadosos moran sólo en Egipto, sólo en las márgenes benditas del sagrado Nilo.

—¡Vaya una bendición!—murmuró el viejo.

—Me asustas, abuelito; ¿qué ha sucedido, para que...?

—¿Qué ha sucedido? Bonitas cosas han sucedido; harto las oirás pronto. ¿Crees tú que yo habría dejado nuestra casa y mis nietecitos, por ir á viajar con mis ochenta años á cuestras como esos vagabundos helenos ó fenicios, por el país de los malhadados extranjeros, que los dioses confunden, si en Egipto fuese soportable la vida?

—Expícate, pues.

—Más tarde... luego... ahora me has de llevar á tu casa de la que no saldré mientras permanezcamos en este diabólico país.

El viejo pronunció estas palabras con tan vivo horror que Nebenjari no pudo menos de sonreirse y preguntar:

—¿Te han hecho mucho mal, pues?

—¡Peste y jamsin!³²—prorrumpió el viejo.—Todos estos persas son el más nefando engendro de Tifón en la tierra. Extraño que no nazcan todos con lepra y peli-rojos. ¡Ah, hijo! ya hace dos días que estoy en este infierno, y que he debido vivir entre estos despreciadores de los dioses. Me dijeron que era imposible hablar contigo porque no podías abandonar el lecho de la enferma Nitetis. ¡Pobre muchacha! Ya dije desde el principio, que este casamiento con un extranjero, acabaría mal. Muy bien le está á Amasis que sus hijos le causen pesares. Lo merece por tí.

—¡Avergüénzate, viejo!

—¿Por qué? No lo puedo ocultar más; odio á este rey aventurero, que cuando era un pobre mozalbete, robaba los dátiles de las palmeras de tu padre y arrancaba las placas de las puertas de las casas. ¡Oh! le he conocido bien, al pillo; es una ignominia que semejante hombre...

—Poco á poco, viejo—interrumpió Nebenjari.—No todos somos hechos del mismo palo. Si Amasis cuando joven no fué realmente mucho más que tú, ¿es culpa suya que ahora viejo, seas tanto menos que él?

—Mi abuelo era sacristán, mi padre lo era y naturalmente había de ser yo lo mismo ³³.

—Ciertamente, así lo manda la ley de castas, en virtud de la cual Amasis no podía ser más á lo sumo que un pobre capitán de tropa.

—No todo el mundo tiene la conciencia tan amplia como ese aventurero.

—Siempre eres el mismo; ¿no te sonrojas, Hib? Desde que vivo y llevo medio siglo cabal, cada tercera palabra que profieres es un denuesto. Cuando fuí niño, hube de sufrir yo tu mal talante: ahora le toca al rey...

—Y con razón... Si supieras... siete meses ha que...

—Ahora no puedo escucharte; mas á la salida de las Pléyadas te enviaré un esclavo que te conducirá á mi habitación. Hasta esta hora te quedarás en tu actual alojamiento, porque yo he de ir forzosamente á ver á mi enferma.

—¿Ah, sí, forzosamente? Bueno, vete y deja morir al pobre Hib. Yo perezco, yo me consumo, si he de pasar una hora más entre esa gente.

—Pues, ¿qué quieres en verdad?

—Esperar en tu habitación hasta que partamos.

—¡Tan mal te han tratado!

—No te lo puedes figurar. ¡Oh, qué asco! Me han obligado á comer con ellos en el mismo puchero y cortar mi pan con su cuchillo. Un persa condenado que estuvo mucho tiempo en Egipto y ahora vino conmigo, les ha comunicado todo lo que nos impurifica. Cuando quise afeitarme, me quitaron la navaja. Una muchacha ruin me besó en la frente sin que yo pudiese impedirlo. No hay por qué reirse. Necesitaré todo un mes por lo menos para limpiarme de todas estas contaminaciones. Cuando finalmente el vomitivo que había tomado, produjo su efecto, me escarnecieron. Y eso no es todo. Un impío galopín casi mató á palos á un sagrado gatito. Un perfumista que había sabido que yo era sirviente suyo, me preguntó por conducto del mismo malvado Bubares con

quien he venido acá, si entendía también en las enfermedades de los ojos. Tal vez he dicho que sí, porque, sabes, en sesenta años algo se aprende del amo. Entonces el miserable se me quejó de un terrible dolor en la vista; Bubares hacía de intérprete; preguntándole yo en qué consistía, me hizo responder que en la obscuridad no acierta á distinguir nada.

—Tú hubieras debido contestar que el único remedio contra tal enfermedad era encender luz.

—¡Oh, cómo odio á estos facinerosos! Si he de seguir una hora más entre ellos, sucumbo...

Nebenjari sonrióse y contestó á su criado:

—Tú te habrás comportado de una manera tan extravagante con los extraños, que has excitado su humor chancero. En general los persas son gente muy civil y cortés. Prueba de guardar otra conducta. Esta noche te recibiré gustoso; antes no puedo.

—Ya me lo figuraba; él también ha cambiado. Osiris ha muerto, y Set vuelve á gobernar la tierra.

—Guárdente los dioses. Cuando salgan las Pléyadas, el esclavo Pianji, nuestro viejo etíope, te esperará en este mismo sitio.

—¿Pianji, el viejo pillete, al que no puedo sufrir?

—El mismo.

—Hum... siempre es bueno quedarse uno como era; conozco á personas que no pueden decir lo mismo de sí, que en lugar de atenerse á su arte, quieren curar también las enfermedades internas, y á un viejo criado leal... Le mandan callarse la boca y esperar la noche con paciencia.

Estas palabras dichas seriamente, no dejaron de producir su efecto en el viejo; hizo una reverencia y antes que su amo le plantara, dijo:

—He venido aquí bajo la protección del antiguo jefe de los mercenarios, Fanes. Le urge hablar contigo.

—Vaya, pues, á mi encuentro.

—¡Si todo el día estás metido con esa enferma cuyos ojos están sanos!

—¡Hib!

—Bueno, ya tendrá la catarata en ambos ojos. ¿Puede Fanes venir conmigo esta noche?

—Quisiera hablar contigo á solas.

—Y yo contigo; mas el heleno parece tener mucha prisa, y sabe casi todo lo que te he de contar.

—¿Has charlado?

—Eso no, pero...

—Mi padre encomiaba tu fidelidad, y yo hasta hoy te he tenido por seguro y callado.

—Lo he sido siempre. Pero este heleno sabía ya muchísimo de lo que yo sé y el resto...

—¿Pues?

—El resto me lo ha ido sonsacando á mí, no sé cómo. Si no llevase este amuleto contra el mal de ojo, creería...

—¡Conozco al ateniense, y te perdono! Me gustaría que te acompañara esta noche. ¡Qué tarde es! El tiempo urge. Cuenta en pocas palabras lo ocurrido.

—Creo que esta noche...

—No, necesito tener una idea general de los acontecimientos antes de hablar con el ateniense. ¡Sé breve!

—Te han robado.

—¿Nada más?

—¡Si esto te parece nada!

—Contesta, ¿nada más?

—¡No!

—¡Adiós, pues!

—¡Pero, Nebenjari!

El oculista ya no oyó esta exclamación, porque la puerta que conducía á la casa de las mujeres del rey, se había cerrado detrás de él.

Cuando salieron las Pléyadas, Nebenjari se hallaba sentado en una de las magníficas salas que ocupaba en la parte oriental del palacio, cerca de las habitaciones de Kasandana. La amabilidad con que había recibido á su viejo fámulo, había sido reemplazada otra vez por aquella seriedad que le había granjeado por parte de los vivarachos persas la fama de hombre hosco y adusto.

Era un verdadero egipcio, hijo genuino de esta casta sacerdotal, cuyos individuos, en su propio país, en cuanto se

presentaban en público, solían andar solemnes y austeros sin bromear jamás, mientras que en el círculo de sus compañeros y familias, deponían la voluntaria sujeción hasta rayar en desenfreno su alegría.

Nebenjari recibió á Fanes con reservada cortesía aunque le conocía de Sais, y después de las fórmulas ordinarias de bienvenida, mandó al viejo Hib le dejara solo con el griego.

—He venido á molestarte—empezó el ateniense en lengua egipcia que poseía perfectamente,—porque tengo cosas importantes que deliberar contigo...

—De las que estoy enterado—contestó brevemente el médico.

—Lo dudo—repuso Fanes con sonrisa de incredulidad.

—Has sido expulsado de Egipto, perseguido y ultrajado por Psamtik el heredero del trono, y vienes á Persia para hacer á Kambises instrumento de tu venganza contra mi patria.

—Te equivocas; á tu patria no le debo nada; en cambio me la ha de pagar cara la casa de Amasis.

—Sabes que en Egipto el Estado y el rey son la misma cosa.

—Creo más bien haber observado que los sacerdotes de tu patria gustan de identificarse con el Estado.

—Entonces estás mejor enterado que yo, pues hasta ahora he creído absolutos á los reyes egipcios.

—Lo son cuando saben emanciparse de la influencia de tus colegas. También Amasis dobla ahora la cerviz ante los sacerdotes.

—¡Extraña nueva!

—Que te habrá sido comunicada hace tiempo.

—¿Lo crees así?

—Ciertamente. Pero sé aun con más certeza que, una vez al menos, Amasis ha logrado, oyes, ha logrado sobreponer su voluntad á la de sus directores.

—Recibo pocas noticias de la patria y no sé á qué te refieres.

—Lo creo; porque si lo supieras y no cerraras los puños, no valdrías más que un perro que contesta á los malos tratos aullando y lamiendo la mano de su martirizador.

El médico palideció al oír esto, y dijo:

—Sé que he sido ultrajado por Amasis; mas te suplico tengas en cuenta que la venganza es para mí un manjar tan delicado que no quiero compartirlo con un extraño.

—Muy bien; yo, por el contrario, comparo mi venganza con una viña tan fértil que no alcanzo á cosecharla solo.

—Y has venido aquí en busca de quien te ayude á vendimiar.

—Exactamente, y no abandono la esperanza de que tú compartirás la cosecha conmigo.

—Te equivocas; mi faena está acabada; los dioses mismos la han hecho por mí. Amasis fué harto castigado por haberme separado de la patria, de los amigos y discípulos, enviándome á esta tierra impura con miras egoístas.

—¿Por su ceguera acaso?

—Tal vez.

—Entonces no sabes que tu colega y comprofesor Petamcon ha devuelto la luz del día á Amasis curándole unas cataratas.

El egipcio se conmovió. Sus dientes crujieron; mas pronto se repuso y contestó al ateniense con serenidad:

—Luego los dioses han castigado al padre en sus hijos.

—¿Qué quieres decir con esto? A su padre le acomoda el comportamiento actual de Psantik; Tajot sufre por cierto; pero reza y hace sacrificios con tanta mayor asiduidad, en cuanto le acompaña en ellos su padre. Por lo que se refiere á Nitetis, su probable muerte no le afectará más que si hubiese muerto una amiga de su hija; esto lo sabes lo mismo que yo.

—Tampoco te entiendo ahora.

—Naturalmente, si te figuras que tengo á la bella enferma por hija de Amasis.

El egipcio se estremeció otra vez, mas Fanes prosiguió sin que en apariencia hubiese observado su emoción:

—Estoy más enterado de lo que puedes presumir. Nitetis es hija de Hofra, el antecesor destronado por tu rey. Amasis la ha educado como si fuese su propia hija, primero para hacer creer á sus paisanos que el derribado faraón murió sin descendencia, y luego para privar á Nitetis de sus pretensio-

nes á la corona que de derecho le pertenece, porque á orillas del Nilo las mujeres son llamadas al trono *34*.

—Estas son presunciones...

—Que puedo confirmar con irrefutables pruebas. Entre los papeles que tu viejo sirviente Hib llevaba consigo en una cajita, deben encontrarse unas cartas de un célebre comadrón *35* que era tu propio padre.

—Si fuera así, esas cartas serían en todo caso propiedad mía, que no tengo ganas de entregar. Luego, en balde buscarías en Persia quien descifrara la escritura de mi padre.

—Dispénsame que otra vez te diga que te equivocas. En primer lugar, aquella cajita se halla en mi poder, y aunque estoy acostumbrado á respetar lo ajeno, no te será devuelta hasta que su contenido haya servido á mis fines. Vive además en Babilón, por providencial coincidencia, un hombre que sabe leer todo género de escritura, de que puede tener conocimiento un sacerdote egipcio. ¿Te acuerdas acaso de Onufis?

El médico palideció por tercera vez, y preguntó:

—¿Estás seguro de que este hombre vive todavía?

—Ayer hablé con él. Era, como sabes, gran sacerdote de Heliópolis, y está iniciado por lo tanto en todas vuestras doctrinas secretas. Mi sabio paisano Pitágoras de Samos fué á Egipto, y obtuvo el permiso de tomar parte en la enseñanza del seminario de Heliópolis, mediante la sumisión á ciertas ceremonias vuestras. Con sus grandes prendas intelectuales se granjeó el cariño del excelente Onufis, fué iniciado por él en vuestros misterios *36*, y las hizo útiles para el mundo. Yo mismo y mi noble amiga Rodopis, nos llamamos con orgullo sus discípulos. Cuando tus colegas supieron que Onufis había hecho tales revelaciones, quisieron asesinarle, propinándole un veneno que se obtiene de las pepitas de los melocotones. El condenado llegó á saber lo que le amenazaba y huyó á Náukratis, donde pudo hallar asilo seguro, en virtud de privilegio real, en casa de Rodopis, cuya inteligencia y bondad le había encarecido Pitágoras. Allí conoció á Antimenidas, hermano del poeta Alkaios de Lesbos, el cual desterrado de su país por Pitakos, el sabio tirano de Mitelene, había vivido muchos años en Babilón sirviendo en la milicia

de Nebukadnezar, á la sazón, rey de Asiria. Con las recomendaciones de este Antimenidas para los caldeos, Onufis se fué hacia el Eufrates, y domicilióse en Babilón, donde hubo de buscarse un medio con que ganarse la vida, porque había salido pobre de su país, lo cual consiguió al fin con aquella recomendación, y aun hoy quien fué uno de los más poderosos de Egipto, vive de ayudar con sus conocimientos superiores á los caldeos en sus cálculos astronómicos en la torre de Bel. Onufis tiene ochenta años, pero conserva su inteligencia sin menoscabo alguno. Cuando ayer le hablé suplicándole que me auxiliara, me lo prometió con ojos radiantes de alegría. Tu padre fué uno de sus jueces, pero él no quiere transferir su rencor del padre al hijo, y te envía su saludo.

Durante esta relación, Nebenjari miraba al suelo discurriendo. Cuando Fanes se calló, fijando en él una mirada penetrante, le dijo:

—¿Dónde están mis papeles?

—En manos de Onufis que busca los comprobantes que me hacen falta.

—Ya debía suponerlo. Ten la bondad de decirme cómo es la caja que Hib tuvo á bien traer á Persia.

—Es una arquilla de ébano, cuya tapadera está esculpida artísticamente. En el centro se ve un escarabajo con las alas desplegadas, y en los cuatro ángulos...

Nebenjari respiró.

—Esta cajita sólo contiene unos apuntes de mi padre.

—Que tal vez basten á mis fines. No sé si te han contado que gozo de gran valimiento con Kambises.

—Tanto mejor para ti. Te puedo asegurar que los papeles que tal vez te podrían servir realmente, se han quedado en Egipto.

—Estaban en una gran caja de sicomoro, pintada de varios colores.

—¿Cómo lo sabes?

—Oyeme atento, Nebenjari; voy á comunicarte la verdad. No juro, porque Pitágoras el maestro me lo prohíbe, pero es lo cierto que aquella caja con todo su contenido, fué quemada por orden del rey, en el bosque del templo de Neith, en Sais.

Estas palabras que Fanes pronunció lentamente acentuando

cada sílaba, hirieron al egipcio como otros tantos rayos. La fría calma que guardara hasta entonces, trocóse en indescripible agitación. Ardíanle las mejillas; chispeaban sus ojos. Luego la agitación se convirtió en glacial serenidad, y palideció de nuevo el médico. Con trémulos labios, dijo fría y pausadamente:

—Para hacerme tu aliado, quieres excitar contra mí el odio de mis amigos. Harto os conozco á los helenos. Intrigantes y astutos, no excusáis medio alguno, ni aun la mentira y el embuste, cuando así importa á vuestros fines.

—Me juzgas á mí y á mis paisanos como verdadero egipcio; es decir, por nuestra calidad de extranjeros, nos crees malvados. Esta vez, sin embargo, yerras en tu sospecha. Llama al viejo Hib para que te confirme lo que de mi boca no quieres creer.

La frente de Nebenjari se contrajo cuando Hib, obedeciendo al llamamiento, entró en la sala.

—Ven acá—mandó al viejo.

Hib obedeció la orden encogiéndose de hombros.

—¿Te has dejado sobornar por este hombre? ¿Sí ó no? Quiero saber la verdad, porque se trata de mi buena ó mala fortuna en el porvenir. Si caíste en el garlito de ese maestro en todo género de artimañas, te lo perdono por lo mucho que te debo, viejo y leal servidor, pero dime la verdad. Te conjuro á ello por tus padres osíricos.

La amarillenta cara del anciano se puso terrosa, mientras su amo le hablara, y se pasaron algunos minutos sin que acertara á contestar, bufando y tragando saliva. Por fin, reprimiendo las lágrimas que se asomaban á sus ojos, y entre lloroso y enojado, exclamó:

—Pues, ¿no lo dije? le han embaucado, le han corrompido en ese país patria de la ignominia y la desgracia. Piensa el ladrón que todos son de su condición. Poco me importa que me mires con enojo. ¿Habrás algo que me importe cuando á mí, pobre anciano que serví leal y honradamente en la misma casa por sesenta años seguidos, me tienen por bellaco, por traidor y quién sabe si por asesino?

Al decir esto los ojos del viejo, bien á despecho suyo, se llenaron de ardientes lágrimas.

Fanes vivamente impresionado le daba con la mano en la espalda diciendo á Nebenjari:

—Hib es hombre leal. Llámame pillo si él aceptó de mí ni un óbolo.

El médico no necesitaba testimonio del ateniense para estar perfectamente convencido de la inocencia de su criado. De tanto tiempo le conocía y tan bien, que leía en las facciones de su rostro, incapaz de disimulo, como en un libro abierto. Así, le dijo en tono propio para amansarle:

—De nada te acusé, buen viejo: ¿cómo pudo enojarte tanto una simple pregunta?

—Pues ¡qué!... ¿había de alegrarme de tu torpe sospecha?

—Eso no, pero ahora te permito contarme lo que ocurrió en mi casa, durante mi ausencia.

—¡Cosas lindas! Con sólo pensar en ellas se amarga mi boca como si comiese alhandales.

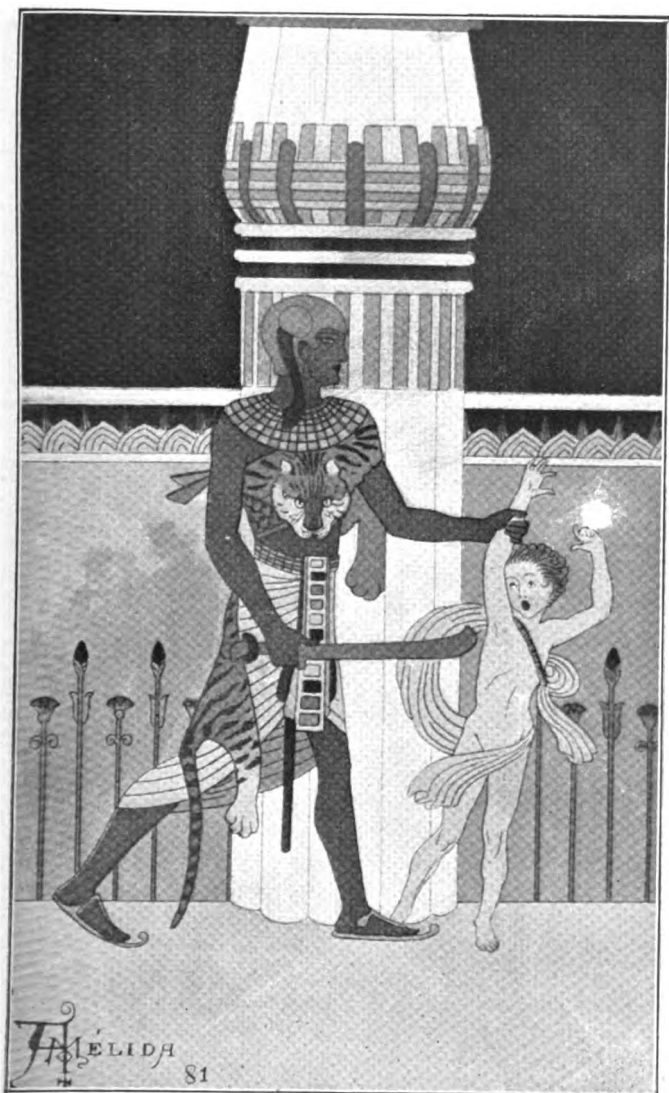
—Decías que me habían robado.

—¡Y de qué modo! Como no lo fué nadie nunca. Si al menos los ladrones lo hubieran sido de oficio ³⁷, cabía aun algún consuelo, porque, en primer lugar, hubiéramos recuperado la parte mejor de nuestra propiedad, y luego, nada nos hubiera ocurrido que no haya ocurrido á otros, pero sí...

—Cíñete á tu narración. No me sobra el tiempo.

—Ya ves, viejo Hib, que en Persia nada puedes hacer á tu gusto. En fin, tú eres quien manda, y yo no soy más que el criado que debe obedecer. Lo tendré presente. Pues bien; la villanía se cometió en la época en que fué á Sais la gran embajada persa á traerse á Nitetis, y embobar á todos como si fuesen animales raros. Estaba yo sentado, antes de ponerse el sol, en la torre mosquitera jugando con mi nieto, el hijo mayor de mi Benra; (1) es un bravo muchacho muy rollizo y muy listo por la edad que tiene. El picarón me estaba contando, cómo su padre había escondido los zapatos de su madre ³⁸, y yo me reía á carcajada suelta porque le está muy bien esa jugada á la Benra que no quiere dejar vivir conmigo á ninguno de mis nietos... se empeña en que saldrían mal

(1) Palmera.



Muerte del hijo de Fanes

criados... En esto, llamaron de repente á la puerta de la calle con tanta vehemencia, que en seguida se me ocurrió si sería un incendio, y solté al pobre chiquillo. A toda prisa me precipito escalera abajo saltando los escalones de tres en tres con mis largas zancas, y descorro el cerrojo. La puerta se abre, y una turba de sacristanes y polizontes, eran lo menos quince, entra en la casa sin darme ni siquiera tiempo para preguntar qué querían. Pijí, el descarado sacristán de Neith, me da un empujón, echa el cerrojo otra vez y manda á los polizontes que me aten si no obedezco á sus órdenes. Entonces, como suele sucederme siempre que me enfado, perdí los estribos, no lo puedo remediar, y digo la verdad, por Tot nuestro dios que ampara la ciencia; el pisaverde mandó que me ataran las manos, y que me callara la boca, y me advirtió que el gran sacerdote le había encargado me arrimaran veinticinco palos si no obedecía sin réplica sus disposiciones. Con esto me mostraba el sello del gran sacerdote. Entonces, naturalmente, de grado ó por fuerza, hube de obedecer á las órdenes del bribón, que eran de entregarle inmediatamente todos los escritos que tú hubieses dejado en casa. Pero el viejo Hib no es tan necio que se deje sorprender, aunque personas que debieran conocerle mejor afirmen que es corruptible é hijo de burra. ¿Qué hice, pues? Me fingí muy contrito al ver el anillo y rogué á Pijí todo lo cortésmente posible que me mandara desatar las manos para que pudiera ir por las llaves. Apenas me sueltan, abro la puerta de tu dormitorio, introduzco á mi nieto que estaba delante, y echo el cerrojo. Gracias á mis zancas, me adelanté lo bastante para tener tiempo de poner en manos del niño la cajita negra, cuya custodia me encareciste tan especialmente, pasar el chiquillo por la ventana á la galería y decirle que metiera la caja en el palomar. Luego abrí la puerta como si nada hubiese ocurrido, é hice creer á Pijí que el niño tenía un cuchillo en la boca, y que el temor de que se lastimara me había hecho saltar los escalones y castigarle dejándole en la galería. El muy hipopótamo me creyó, y me hizo enseñarle toda la casa. Lo primero que encontraron fué la gran caja de sicomoro con los papeles, que también fiaste á mi cuidado, luego, los rollos de papiro de tu escritorio, y uno tras otro todos los es-

critos que había en la casa. Sin escoger, lo metieron todo en la caja, y la llevaron abajo, pero la arquilla negra quedó intacta en el palomar. Mi nieto es el muchacho más discreto de la ciudad de Sais.

Cuando ví que se llevaban la caja, mi cólera, que con dificultad había podido contener, estalló de nuevo, y amenacé á los descarados intrusos con entablar una querrela ante los jueces, y acudir al mismo rey en caso necesario. Hubiera excitado contra ellos la multitud curiosa, si en aquel instante no hubiese atraído su atención la presencia de los persas malditos, á quienes se enseñaba la ciudad. Aquella misma noche fuí á casa de mi yerno, que es también sacristán de la diosa Neith, como ya sabes, y roguéle tratara de enterarse por todos los medios posibles de la suerte de los objetos robados. El buen hombre te está aún agradecido por el rico dote que regalaste á mi Benra; tres días después vino á contarme que había sido testigo de cómo quemaron tu hermosa caja con todos los rollos que había dentro. Yo fuí atacado de ictericia, de rabia que me dió, pero mi enfermedad no me impidió presentar una demanda á los jueces, bien que estos miserables rechazaron mi queja, probablemente porque son sacerdotes. Entonces dirigí una petición al rey, en tu nombre, con el mismo éxito; me amenazaron con que me tratarían como traidor á la patria si hacía mención de aquellos papiros. Tenía demasiado apego á mi lengua ³⁹ para dar un paso más. El suelo ardía bajo mis plantas, porque me era preciso hablar contigo; debía contarte lo que te habían hecho; debía incitarte, ya que eres más poderoso que tu pobre servidor, á que te vengaras; debía entregarte la arquilla negra que de lo contrario, tal vez me hubieran quitado también. Así pues, abandoné, con el corazón desgarrado, mi Egipto y mi nietezuelo para viajar, con mis años, por el país extranjero, patria de Tifón. ¡El chiquillo es tan listo! Cuando le dí un beso despidiéndome, me decía: ¡Quédate con nosotros, abuelito! Si los extranjeros te contaminan no podré besarte más.—Benra me encargó que te saludara cordialmente, y mi yerno que te dijera que Psantik, el príncipe heredero, y Petammon, el oculista, tu antiguo rival, son los únicos culpables de ese atroz atropello. No queriendo entregarme al «tifónico» mar, fuí con una

caravana de comerciantes arábigos hasta Tadmor, el país de las palmas, el emporio de los fenicios ⁴⁰, y de allí con otros mercaderes sidonios hasta Karjemis de Eufrates donde el camino de Fenicia á Babilón se une con el que parte de Sardes. Me hallaba delante de un parador, y descansaba de mis muchas fatigas en un bosquecillo, cuando llegó un viajero con la posta real. Desde luego reconocí en él al antiguo jefe de los mercenarios helénicos.

—Y yo—dijo Fanes interrumpiendo al narrador,—no tardé más en reconocer en el viejo, al hombre más larguirucho y regañón que ví en mi vida. ¡Cuántas veces me reí contigo en Sais, cuando regañabas á los chiquillos, que corrían detrás de ti, siempre siguiendo á tu amo con el botiquín debajo del brazo! Aún recuerdo al verte, la chanza que se permitió el rey á tus expensas, como tenía por costumbre. Pasabais juntos un día, y el rey exclamó:—El viejo parece una lechuzca hcstigada por un enjambre de pajarillos, y Nebenjari, según dicen, tiene por mujer una arpía que en premio de tantas curaciones de los ojos, le arrancará los suyos.

—¡Qué infamia!—gritó el viejo, prorrumpiendo en imprecaciones.

El médico había escuchado silencioso y meditabundo la relación de su criado. A intervalos mudaba de color. Cuando oyó que sus papeles, el fruto de tantas vigiliás, fueron quemados, destruídos bárbaramente por voluntad de sus colegas y del rey, cerró los puños furioso, y todo su cuerpo se estremeció como acometido de intenso escalofrío.

Al ateniense no se le había escapado ni uno solo de los gestos del saita. Conocía la naturaleza humana y sabía que á menudo una palabra de mofa lastima más hondamente el corazón del ambicioso que los más duros oprobios. Así con toda intención refirió entonces precisamente aquella chanza, que un día se había permitido en realidad Amasis, obedeciendo á su carácter burlón. No le salió fallido el intento, pues observó cómo Nebenjari, al oír sus últimas palabras, aplastaba con la palma de la mano una rosa que tenía delante, sobre la mesa. Reprimiendo una sonrisa de satisfacción y mirando al suelo, Fanes prosiguió:

—Pero concluyamos brevemente el relato de las aventu-

ras de viaje del honrado Hib. Convidéle á compartir mi carruaje. Al principio rehusó sentarse en el mismo almohadón con un extranjero tan condenado como yo, mas acabó por ceder á mis instancias, y en el parador tuvo ocasión de mostrar al mundo en la curación de Gaumata su quirúrgica habilidad, que debja á ti y á tu padre. Luego llegó felizmente á Babilón, donde le di albergue nada menos que en palacio, porque á causa del triste envenenamiento de tu paisana, no pudimos dar contigo. Lo demás ya lo sabes...

Nebenjari inclinó la cabeza en señal de afirmación, y con otra más grave mandó á Hib que saliera del cuarto. El viejo obedeció refunfuñando. En cuanto se hubo cerrado la puerta detrás del viejo regañón, el profesor se acercó al hombre de guerra, diciéndole:

—Me temo, heleno, que á pesar de todo no podremos ser aliados.

—¿Y por qué no?

—Porque presumo que tu venganza comparada con la mía, es corta.

—En este concepto, nada tienes que temer. ¿Puedo llamarte mi aliado?

—Sí, con una condición.

—¿Cuál?

—Has de ofrecerme la ocasión de ver con mis propios ojos la obra de nuestra venganza.

—Es decir, que quieres acompañar á Kambises, cuando fuere á Egipto con el ejército.

—Sí, y cuando mis enemigos giman en la ignominia y miseria les diré: ¿lo veis, cobardes?... todo esto lo debéis al pobre oculista desterrado. ¡Oh, mis libros, mis libros! Ellos llenaban en mi corazón el vacío que dejaban mi esposa y mis hijuelos que perdí. Con ellos habían de aprender centenares de discípulos á librar á los ciegos de la obscuridad y conservar á los que ven el dón más precioso del cielo, la flor del rostro, el vaso de la luz, la vista de sus ojos. En balde viví, pues ya no existen mis libros. Con mis obras, ¡miserables! me redujeron á cenizas á mí mismo. ¡Oh, mis libros, mis libros!

Profería estas palabras el infeliz con desgarradores sollozos. Acercósele Fanes, le tomó la mano, y le dijo:

—A ti te maltrataron los egipcios, y á mí también; los ladrones entraron en tu granero; á mí los asesinos me incendiaron la casa y la hacienda. ¿Sabes tú, hombre, sabes tú lo que hicieron conmigo? Pase que me expulsaran y persiguieran; estaban en su derecho; porque según sus leyes había incurrido yo en la pena capital. Por lo que á mí respecta, se lo hubiera perdonado, pues quería al rey Amasis como amigo verdadero. El lo sabía, el miserable, y sin embargo, consintió lo que no se puede creer. ¡Oh! ¡repugna al pensamiento lo horroroso! ¡Cual lobos penetraron de noche en la casa de una mujer indefensa, y robaron á mis hijos, un niño y una niña, orgullo, alegría, consuelo del pobre expatriado!... Robáronles y, ¿qué hicieron con ellos? A la niña la tienen presa para impedir, dicen, que yo haga traición á Egipto, mas al niño, modelo de belleza y bondad, á mi único hijo varón, lo asesinaron por mandato de Psamtik, el príncipe heredero, y tal vez á sabiendas de Amasis. Mi corazón se había encogido con el pesar del destierro, mas ahora advierto que cobra ánimos, y vuelve á palpar con viveza con la esperanza de vengarse.

Nebenjari miró con sombrío ardor los llameantes ojos del ateniense, y alargóle la mano:

—Somos aliados.

El heleno contestó con un apretón, diciendo:

—Ahora hemos de procurar ser bien quistos del rey.

—Devolveré la vista á Kasandana.

—¿Te es posible?

—Aquella operación que restituyó la vista á Amasis es invención mía. Petammon me la robó de mis escritos quemados.

—Entonces, ¿por qué no diste pruebas de tu saber, mucho antes?

—Porque no estoy acostumbrado á hacer regalos á mis enemigos.

Al oír esto, Fanes se horripiló ligeramente, pero se contuvo, y dijo:

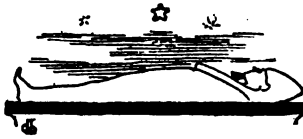
—Yo también estoy seguro de la benevolencia del rey. Los enviados de los masagetas regresaron ya á su país, después de haber obtenido la paz, y...

En esto, se abrió de golpe la puerta, y entró en la sala

atropelladamente un eunuco de Kasandana, diciendo á Nibenjari:

—La real princesa Nitetis está muriéndose... Presto, presto, levántate y sígueme.

El médico hizo una seña á su aliado, se puso las sandalias, y siguió al eunuco al lecho de la moribunda esposa del rey.





CAPITULO VIII

El sol intentaba ya penetrar en el aposento de la egipcia, á través de las espesas cortinas que cubrían las ventanas; mas á pesar de la hora, Nebenjari no abandonó su puesto junto al lecho de la enferma, y ora la pulsaba, ora la untaba la frente y el pecho con pomadas olorosas, ó soñador, miraba al suelo. La enferma, después de un ataque espasmódico, pareció dormirse profundamente. Al pie de la cama seis médi-

cos persas murmuraban saluciones, mientras Nebenjari á la cabecera iba dictando sus órdenes á los asiáticos que reconocían la superioridad de sus conocimientos.

Cuantas veces el egipcio tomaba el pulso á la enferma, encogíase de hombros; gesto que repetían sus colegas como de común acuerdo. De cuando en cuando, descorríase la cortina de la puerta, y se asomaba una rubia cabeza de niña, cuyos azules ojos miraban al médico con ansia como preguntando, y sin recibir nunca otra contestación que un triste encogimiento de hombros. Dos veces la que preguntaba, Atosa, la hermana del rey, hollando apenas de puntillas la gruesa alfombra de lana milesia, se adelantó hasta el lecho de su amiga, para acariciar con suave suspiro más bien que beso, su frente rociada de perlas de sudor, pero cada vez las severas miradas de reconvencción del médico egipcio la obligaron á retroceder y refugiarse en el cuarto contiguo.

Allí estaba Kasandana aguardando el fin de la crisis. El rey por su parte, apenas salió el sol y se durmió Nitetis, había dejado la sala para montar á caballo, y con Fanés, Prexaspes, Otanes, Daríos y muchos otros cortesanos, á quienes hizo levantar á medio dormir, fuese á recorrer el parque en atropellada carrera, pues sabía que lograba dominar ú olvidar mejor cualquiera emoción, apretándole los lomos á indómito corcel.

Estremecióse Nebenjari oyendo el lejano galopar de los caballos. Despierto soñaba que el rey con innumerables escuadrones marchaba contra su país, llevaba el incendio á las ciudades y templos, y destruía á puñetazos los colosales monumentos de las pirámides. Entre las ruínas de las ciudades incendiadas, yacían mujeres y niños; salían de las tumbas plañideras voces de las momias de los difuntos, moviéndose como si hubiesen resucitado, y todos, sacerdotes y guerreros, niños y mujeres, muertos y moribundos, proferían su nombre y le maldecían por traidor á la patria. Convulso, víctima de la fiebre, con el corazón palpitante, cual las arterias de la moribunda que á su lado estaba, así le halló Atosa, cuando descorriendo de nuevo la cortina del cuarto contiguo, y adelantándose muy quedo, vino á posar la mano sobre su espalda. Nebenjari despertó con sobresalto. Tres días y tres

noches, casi sin interrupción, había permanecido sentado junto á aquel lecho; no era de extrañar pues que tuviera tan extravagantes visiones, exhausto de fuerzas como se hallaba.

Atosa volvió al lado de su madre. Profundo silencio reinaba en la bochornosa atmósfera del aposento. El egipcio recordó sus sueños. Ya se acusaba á sí mismo de estar á punto de ser traidor y faccioso. Una vez más, desfiló por su mente cuanto viera medio dormido, pero un nuevo grupo ocupaba ahora el primer término de la terrible escena. El médico vió junto á sí, cargadas de cadenas, las figuras de Amasis que le había desterrado y escarnecido, de Psamtik y los sacerdotes que destruyeron sus obras. Sus labios se movían musitando, porque en tal sitio no podían pronunciar las crueles palabras que mentalmente dirigía á sus enemigos que le pedían perdón. Luego aquel hombre sin entrañas, se enjugó una lágrima. Ante su alma desfilaron las largas noches transcurridas con el cálamo en la mano, escribiendo sus ideas y observaciones, á la pálida luz de la lámpara, en los más delicados caracteres hieráticos, y pintando cada letra con todo primor; pues había descubierto varios remedios contra muchas afecciones de la vista calificadas de incurables en los libros sagrados de Tot, y en los tratados de un celeberrimo médico antiguo de Biblos ⁴¹. Como sabía que sus colegas le hubieran tachado de impío, si hubiese pretendido enmendar las sagradas letras, dió á su obra el siguiente título: «Varios nuevos escritos del gran Tot sobre el tratamiento de las enfermedades de la vista, descubiertos por el oculista Nebenjari.» ⁴² Su intento era legar sus trabajos á la biblioteca de Tebas ⁴³, con el objeto de que su experiencia fuese útil á todos sus sucesores en beneficio del mayor número de enfermos. Sólo deseaba para sí y para la casta á que pertenecía, la gloria póstuma, como fruto de sus trabajos y del sacrificio de sus vigiliass en aras de la ciencia. Mas en esto se presentaba su antiguo rival, atizando el fuego destructor en el gran bosque de Neith junto con el príncipe heredero, después de haberle robado la invención de la operación de la catarata. El rojizo resplandor de la hoguera alumbraba las maliciosas facciones de ambos; su sarcástica risa ascen-

día al cielo junto con las llamas, clamando venganza. Allá en el fondo, el gran sacerdote entregaba al rey las cartas del padre de Nebenjari. También sonreía Amasis sarcástico y burlón; también radiante de triunfo, se ofrecía Neithotep.

Tan sumido estaba el oculista en sus ensueños, que uno de los médicos persas hubo de advertirle que la enferma se había despertado. Sonriéndoles é indicándoles con una seña sus ojos cansados, pulsó á Nitetis y la preguntó en lengua egipcia:

—¿Has dormido bien, señora?

—No sé—contestó la enferma con voz apenas perceptible.

—Me parecía dormir pero al propio tiempo oía y veía cuanto pasaba en la sala. Tan fatigada me encuentro, que no sé distinguir el sueño de la vigilia. ¿No ha estado á verme varias veces Atosa?

—En efecto.

—Kambises ha permanecido con Kasandana hasta la salida del sol; luego se ha ido al parque montado en su caballo Keks.

—¿Cómo sabes esto?

—Lo he visto.

Nebenjari miró, lleno de cuidado, los ojos brillantes de la princesa, quien prosiguió:

—También han traído muchos perros al patio de detrás.

—El rey querrá ahogar su dolor por tus sufrimientos con el estruendo de una cacería.

—¡Oh, no! Estoy mejor enterada. Oropastes me ha enseñado que á los persas moribundos, les llevan perros para que el deva dé la muerte entre ellos.

—Pero vives todavía señora y...

—¡Oh, sé que voy á morir! Aun cuando no hubiese visto como tú y los otros médicos os encogíais de hombros al mirarme, sabría, sin embargo, que sólo me quedan pocas horas de vida. El veneno mata.

—Hablas demasiado, señora; el hablar te hará daño.

—Déjame hablar, Nebenjari; antes de morir, he de pedirte algo.

—Soy tu servidor.

—No, Nebenjari, serás mi amigo, mi sacerdote. ¿No es

verdad que ya no estás enfadado conmigo porque oré á los dioses persas? Nuestra Hator nunca dejó de ser mi mejor amiga. Sí, lo veo en tu rostro, me perdonas. Ahora me has de prometer que no me dejarás desgarrar por los perros y los buitres. ¡Oh, esta idea es demasiado terrible! ¿No es verdad que tú embalsamarás mi cadáver y lo ornarás con amuletos?

—Si el rey lo permite.

—¡Oh, ciertamente! ¿Cómo podría Kambises dejar de cumplir mi última súplica?

—Mi arte te pertenece.

—Gracias; mas tengo otra súplica que hacerte.

—Sé breve; mis compañeros persas me hacen señas para que te imponga silencio.

—¿No podrías alejarles un momento?

—Lo intentaré.

Nebenjari acercóse á los magos, habló con ellos unos pocos minutos, después de lo cual salieron de la habitación. Les había dicho que quería verificar una salutación magna á que no debía asistir tercera persona, y que aplicaría un nuevo antídoto secreto.

Cuando se vió sola con Nebenjari, Nitetis respiró animada, y dijo:

—Dame tu bendición sacerdotal para el largo viaje á los infiernos, y dispón mi alma á la transmigración á Osiris.

Nebenjari se hincó de rodillas junto á la cama, recitando en voz baja ciertas oraciones, á las que respondía Nitetis muy contrita. El médico representaba á Osiris, señor de los infiernos; Nitetis, el alma que se justifica delante del mismo.

Terminadas estas ceremonias, el pecho de la enferma respiró más libremente, mientras Nebenjari contemplaba con cierta emoción á la joven suicida. Su conciencia le decía que había ganado esta alma para los dioses de su país, y prestado alivio á una buena criatura en sus últimos y graves instantes. Mientras duraron éstos, que fueron de pura compasión y verdadera caridad, olvidó toda amargura, mas cuando recordó que Amasis tenía también la culpa de la desgracia de la amable niña, el cielo de su alma cubrióse otra vez de negras nubes. Nitetis que había estado un rato sin hablar, di-

rigióse otra vez con amable sonrisa á su nuevo amigo, diciendo:

—¿No es verdad que hallaré gracia ante los jueces de los muertos?

—Así lo espero y lo creo.

—Tal vez encuentre á Tajot ante el trono de Osiris, y mi padre...

—Tu padre y tu madre te esperan. Bendice en tu hora postrera á los que te dieron la vida, y maldice á los que robaron á tus padres el trono y la vida.

—No te entiendo.

—Maldice, hija, á los que robaron á tus padres el trono y la vida—dijo el médico por segunda vez irguiéndose con profunda inspiración y contemplando á la agonizante con los ojos fijos. Maldice á los malvados, hija, porque esta maldición te asegurará la gracia de los jueces de los muertos más que mil obras buenas.

Decía estas palabras el médico cogiendo la mano á la enferma y apretándosela con vehemencia.

Nitetic miraba al enojado con cierto pavor; luego murmuró maquinalmente:

—Maldigo...

—...á los que quitaron el trono y la vida á mis padres.

—...á los que quitaron el trono y la vida á mis padres...

¡Ay... mi corazón!...

Agotadas sus fuerzas, cerró los ojos.

Nebenjari, inclinándose sobre la pobre, y deponiendo breve beso en la frente de la moribunda, antes que entrasen los médicos del rey, dijo para sí:

—Muere como aliada mía. Los dioses escuchan la maldición de la inocencia moribunda. Llevaré la guerra á Egipto, no para vengar mi propia injuria, sino también la del rey Hofra.

Algunas horas después, Nitetic abrió de nuevo los ojos. Esta vez sus frías manos descansaban en las de Kasandana; á sus pies estaba de rodillas Atosa, á su cabecera Kresos sosteniendo en sus viejos brazos al hercúleo rey, quien aplastado por el dolor se tambaleaba como un borracho. La moribunda dirigió á todos radiante mirada; su belleza en aquel

momento era indescriptible. Kambises acercó los labios á los ya casi helados de su esposa, y le dió un beso, el primero y el último que le diera. Dos grandes y ardientes lágrimas de gozo brotaron de los ojos de la moribunda, murmuró el nombre de su amado con voz apenas perceptible y cayendo en brazos de Atosa, expiró.

No nos entretendremos en describir lo ocurrido luego después de la muerte de Nitetis. Nos repugna exponer con todos los pormenores cómo á una señal dada por el jefe de los médicos persas, todos los que allí había, excepto Kresos y Nebenjari, abandonaron atropelladamente la sala; cómo fueron introducidos los perros para que ahuyentaran á los «drukhs naçus,» dirigiendo sus inteligentes cabezas hacia el cadáver de la difunta; cómo Kasandana, Atosa y toda su servidumbre pasaron en seguida á otra casa por no contaminarse con él; cómo apagaron toda lumbre en palacio para sustraer el elemento puro del alcance de los espíritus impuros de la muerte ⁴⁵; cómo se recitaron en voz baja fórmulas de conjuración ⁴⁶, y por fin, cómo cada persona y cada cosa que había estado cerca del cadáver, hubo de someterse á numerosas lociones de agua y orina de vaca.

Kambises fué otra vez acometido por la noche de convulsiones epilépticas. Dos días más tarde dió permiso á Nebenjari para que embalsamara el cadáver de la difunta, conforme á su último deseo.

El rey entregóse sin freno á su dolor. Se desgarraba los brazos, rasgó sus vestidos, espolvoreó con ceniza su cabeza y su cama. Todos los grandes de la corte hubieron de seguir su ejemplo. Se montaba la guardia en palacio con las banderas rasgadas y los tambores destemplados. Los címbalos y clarines de los «inmortales» fueron guarnecidos de un crespón, y á los caballos que habían servido á la difunta como á todos los de la corte, se les pintó de azul y se les cortó la cola. Todo el personal de palacio se puso los vestidos de luto, color castaño obscuro y rasgados hasta la cintura. Los magos hubieron de rezar tres días y tres noches por el alma

de la difunta 47 que esperaba á la tercera noche en el puente de Sinvat la sentencia para la eternidad.

El rey, Kasandana y Atosa, se sometieron también á esas purificaciones y pronunciaron treinta oraciones fúnebres como por un próximo pariente, mientras Nebenjari en una casa situada extramuros de la ciudad 48, ponía manos á la tarea de embalsamar el cadáver con la mayor suntuosidad y todas las reglas del arte.

Por espacio de nueve días siguió Kambises en tal estado que parecía loco; ora furibundo, ora apático y alorado. Ni aun á sus parientes, ni al gran sacerdote permitía que se acercaran. A la mañana del décimo día, mandó llamar al presidente del tribunal de los siete, para encargarle que usaran de la mayor clemencia posible con Gaumata, hermano de Oropastes. Nitetis le había rogado que perdonase la vida al infeliz muchacho.

Una hora después, le trajeron la sentencia para su confirmación; decía así:

«¡Vitor al rey! Habiéndonos ordenado Kambises, el ojo
»del mundo y el sol de la justicia, en su clemencia, inmensa
»como el cielo é inagotable como el mar, que juzguemos y
»castiguemos los crímenes del hijo de mago Gaumata, no con
»el rigor de juez, sino con la indulgencia de madre, Nos, los
»siete jueces del reino, hemos determinado perdonarle la vida.
»Mas como por la ligereza de dicho Gaumata, corrieron pe-
»ligro de perderla los mejores y más elevados dignatarios de
»esta corte, y siendo de temer que otra vez abuse, en perjui-
»cio de los puros y justos, de su rostro y figura que los dio-
»ses clementes y benévolos quisieron concederle extraordina-
»riamente parecidos á los del noble hijo de Kiros, Bardiya,
»decretamos: que sea desfigurada su cabeza de forma que sea
»fácil distinguir al más indigno del más digno del reino. Por
»lo que, con aprobación y por orden del rey, el dicho Gau-
»mata será privado de ambas orejas, en honor de los justos,
»y oprobio del impuro.»

Kambises confirmó esta sentencia que fué ejecutada el mismo día, sin que Oropastes se atreviera á interceder por su hermano, aunque la ignominia que sufrió éste mortificara más á su alma ambiciosa, que si le hubiesen condenado á la pena

capital. Temía ver menguada su autoridad por el aspecto del mutilado, y mandóle saliese de Babilón tan pronto como le fuese posible para ir á vivir en una casa de campo que poseía en el monte Arakadres 49.

Durante aquellos últimos días, una mujer pobremente vestida, el rostro cubierto con tupido velo, había permanecido día y noche en el gran portal de entrada del palacio, sin moverse de aquel sitio ni por las amenazas de los guardias, ni por las groseras bromas de los mozos de servicio. Ninguno de los empleados subalternos que salieran del palacio, escapaba á sus preguntas, primero por el estado de la egipcia y luego por la suerte de Gaumata. Cuando finalmente un farolero locuaz le comunicó con malévola risa la sentencia impuesta al hermano del poderoso gran sacerdote, su comportamiento fué el de una loca. Primero besó el vestido del hombre asombrado, y como éste la tomara por una demente y le ofreciera una limosna, ella la rehusó y continuó en su puesto manteniéndose con el pan que le echaban unos compasivos repartidores de alimentos. Luego, cuando tres días después, Gaumata salía por la puerta de palacio en una «harmámata» cerrada, muy envuelta la cabeza en vendajes, ella siguió el carro, gritando y corriendo tras él hasta que el cochero detuvo los mulos para preguntarle qué quería. Entonces quitándose el velo, mostró al enfermo joven su lindo rostro encendido de rubor. Al reconocerla, Gaumata soltó un grito, pero se recobró en seguida, y díjole:

—¿Qué quieres de mí, Mandana?

La desgraciada alzó las manos implorando socorro:

—¡Oh!... no me abandones, Gaumata. Llévame contigo. Te perdono el mal que me hiciste, á mí y á la pobre señora. ¡Te amo tanto!... te cuidaré y te serviré como tu más humilde criada.

El joven sostuvo una corta lucha consigo mismo; ya iba á abrir la portezuela del carruaje y á tomar en brazos á la amada de su infancia, cuando oyó el trote de unos caballos que se acercaban, volvió la cabeza y vió un carro lleno de magos quienes se dirigían á palacio á rezar. Como conocía á varios de ellos, antiguos condiscípulos suyos en el seminario, corrido y temeroso de ser visto por los que trató muchas ve-

ces con orgullo y soberbia en su calidad de hermano del gran sacerdote, arrojó á Mandana una bolsa de oro que éste le había regalado al despedirse de él, y dijo al cochero que partiera á toda prisa. Los mulos echaron á correr á escape. Mandana rechazó con el pie la bolsa y corrió detrás del carro agarrándose á la zaga, pero una rueda cogióle el vestido y la tiró al suelo. Con la fuerza de la desesperación incorporóse luego, dió otra vez alcance á las caballerías que iban subiendo una cuesta y por tanto habían de caminar más despacio, y echó mano á las riendas. El cochero, empuñando el látigo de tres puntas, azuzó á las bestias que se encabitaron y partieron al galope, derribando á la pobre mujer. El último grito de agonía de la joven, atravesó como un lancetazo la herida del mutilado.

Doce días después de la muerte de Nitetis, Kambises estuvo otra vez de caza, cuyas fatigas, peligros y emociones le habían de distraer. Los grandes del reino y los altos funcionarios recibieron á su soberano con atronadoras aclamaciones, á las cuales se mostró el rey muy agradecido y amable.

Los pocos días de pesadumbre habían cambiado mucho á ese hombre, poco acostumbrado á sufrir. Su rostro era pálido, su cabello y barba antes negra como las plumas del cuervo, habían encanecido, y aquella su antigua confianza y seguridad en la victoria, no resplandecía ya con el mismo fulgor en sus miradas, pues con harto dolor pudo aprender que existía una voluntad más fuerte que la suya, que si mucho servía para destruir, no era capaz de conservar la vida al sér más miserable.

Antes de partir, Kambises pasó revista á los cazadores, llamó á Gobrias y preguntó por Fanes.

—Mi rey no ha mandado...

—Es mi convidado y compañero hoy y siempre. Llámale y síguenos.

Gobrias hizo una reverencia, volvió á galope á palacio, y al cabo de media hora estuvieron él y Fanes con el séquito del rey.

Muchos de los compañeros de caza saludaron al ateniense con amabilidad, circunstancia que hubo de parecer tanto más rara, cuanto que nadie suele ser más envidioso que los cor-

tesanos, y nadie está más seguro de la malevolencia de los demás que el valido de un soberano. Sólo Fanes parecía excepción á esta regla. Se había presentado á todos los ajemenidas con tanta franqueza, desenvoltura y modestia, y había sabido despertar tales esperanzas con sus ligeras indicaciones de que inevitablemente estaba para estallar una gran guerra; excitó de tal modo la hilaridad contando á los persas nuevas chanzas muy bien dichas, que todos, casi sin excepción, acogían con alegría la presencia del ateniense. Cuando se separó del resto del séquito, para perseguir junto con el rey un onagro, confesáronse unos á otros que nunca habían visto hombre tan cabal como Fanes. Admiraban la perspicacia con que había descubierto la inocencia de los acusados, la discreción que empleó para hacerse suyo al rey, y la prontitud con que había aprendido la lengua persa. Ninguno de los ajemenidas además le era superior en belleza y proporciones. En la caza mostróse consumado jinete, y en la lucha con un oso, cazador de gran osadía y destreza. Cuando al regresar á casa los cortesanos, ensalzaban todas estas prendas del nuevo valido, el viejo Araspes exclamó:

—Concedo gustoso que este heleno, quien por lo demás probó ya su valor en la guerra de una manera cabal, es un hombre extraordinario; pero no le tributaríais la mitad de los elogios, si no fuese extranjero y su modo de ser cosa nueva para vosotros.

Fanes, que estaba cerca, oculto tras espesa mata, hubo de oír estas palabras, y apenas calló el viejo, salió él para tomar parte en la conversación, y le dijo sonriendo:

—Entendí lo que decías y agradezco tu amistad. La segunda parte de lo que dijiste era para mí aun más agradable que la primera, pues confirma mi propia observación de que vosotros los persas sois el pueblo más generoso que existe, tributando á las virtudes de los extraños, los mismos y acaso mayores elogios que á las de los propios.

Todos los presentes se sonrieron sintiéndose lisonjeados. Fanes prosiguió:

—¡Qué diferentes los judíos, por ejemplo! Se creen el único pueblo agradable á los dioses, razón por la cual parecen despreciables á los ojos de los hombres sensatos y odiosos

á todo el mundo. ¿Y qué diré de los egipcios? No podéis formaros idea de lo perversa que es esa gente. Si todo dependiera sólo de los sacerdotes que son muy poderosos, no quedaba extranjero con vida en aquel país, ni sería permitido entrar en él. Un verdadero egipcio prefiere morirse de hambre á comer en la misma olla, con alguno de nosotros. En ninguna parte se ven tantas rarezas, extravagancias y maravillas como allí. Pero para ser justo he de confesar que Egipto es conocido con razón por ser el país más rico y cultivado del mundo. Quien lo posea, no tendrá que envidiar á los dioses sus tesoros. Y por cierto que sería muy fácil de conquistar ese hermoso Egipto. Yo conozco su estado por una experiencia de diez años, y sé que toda la casta guerrera de Amasis no resistiría á una sola división como la de vuestros «inmortales.» ¡Quién sabe lo que traerá el porvenir! Bien podría ser que juntos hiciéramos una excursión al Nilo. Me parece que hartó descansaron vuestras buenas espadas.

Impetuoso y general aplauso acompañó estas intencionadas palabras del ateniense. Kambises, que oyera el júbilo de su séquito, se volvió á averiguar la causa de la algazara. Fanes anticipóse á decir que los ajemenidas se habían entusiasmado con la idea de la posibilidad de una guerra.

—¿Qué guerra?—preguntó el rey sonriéndose por primera vez después de largos días.

—Sólo nos referimos indeterminadamente á la posibilidad—contestó Fanes á la ligera. Y acudiendo con su caballo al lado del rey, dando á su voz melodiosa, insinuante entonación, mirándole fijamente en los ojos con vivo afecto, exclamó:

—¡Oh! señor; cierto que no nací siendo tu súbdito en tu hermoso país, y sólo de poco tiempo acá puedo preciar-me de conocer al más poderoso soberano, pero no puedo resistir al presentimiento, temerario tal vez, de que los dioses me destinaron desde la cuna á una íntima amistad contigo. No son los grandes regalos que me hiciste, la causa de mi rápido y entrañable afecto. Para nada los necesito porque soy de los más ricos de mi nación y no tengo hijo, ni heredero á quien legar acumulados tesoros. Un hijo tuve, lindo muchacho,

precioso... pero no es esto lo que yo quería decirte; yo... ¿te enoja mi franqueza, oh rey?

—¿Por qué he de enojarme?—replicó el soberano, á quien nadie hablara hasta entonces en aquella forma, y sintiéndose poderosamente atraído hacia el singular extranjero.

—Hasta hoy tu dolor era para mí hartamente respetable para que te distrajera de él, más llegó la hora de arrancarte al pesar y comunicar nuevo fuego á tu aterido corazón. ¡Cosas has de oír que te lastimarán!

—Ya no hay nada que pueda afligirme.

—Mis palabras no excitarán tu dolor, sino tu ira!

—Despiertas mi curiosidad...

—Te han engañado de un modo infame; á ti y á la amable criatura que hace pocos días fué víctima de prematura muerte.

Kambises miró al ateniense con centelleantes ojos, y como interrogándole.

—El rey Amasis de Egipto se ha permitido hacerte una jugada infame á ti, el poderoso señor de la tierra. Aquella linda joven no era su hija, aunque ella misma creía que Amasis era su padre.

—¡Imposible!

—Así parece, y sin embargo, digo la pura verdad. Amasis ha tramado un tejido de mentiras en el que enredó á todo el mundo y á ti también, mi rey. Nitetis, la criatura más linda que salió de madre, era hija de príncipe: mas no engendró esta perla el usurpador Amasis, sino el legítimo rey Hofra destronado por aquél. Frunce el ceño, señor; tienes motivo para ello, pues es cruel ser engañado por un aliado, por un amigo.

Kambises espoleó su caballo, y como Fanes calló para dar tiempo á que se le clavasen en el corazón sus últimas palabras, dijo el rey:

—Vengan pormenores; prosigue; quiero saber más.

—Llevaba veinte años de leve cautividad en Sais, el destronado Hofra ⁵⁰, cuando su esposa que había tenido tres hijos perdiendo á los tres, se sintió de nuevo embarazada. Hofra tuvo de ello gran alegría, y para dar gracias á los dioses por tal merced, quiso hacer sacrificios en el templo de

Pajt, diosa egipcia á quien las mujeres atribuyen su fecundidad; mas en esto un antiguo grande de su corte, llamado Patárbemis, á quien, enojado sin razón, había mandado mutilar ignominiosamente, le asaltó con una partida de esclavos, y le asesinó. Amasis ordenó en seguida que condujesen á su palacio á la enlutada viuda, destinándole una habitación al lado de su esposa Ladike que también aguardaba su próximo alumbramiento. La viuda de Hofra dió á luz una niña y murió del parto. Ladike parió igualmente hembra dos días más tarde... Pero ya estamos en casa... Si me permites te haré leer el relato del comadrón que intervino en el engaño. Varios apuntes del mismo han caído en mi poder por rara contingencia que te referiré más tarde. Onufis, antiguo gran sacerdote de Hierópolis de Egipto vive aquí en Babilón, y conoce todos los caracteres de letra de su pueblo *st*. Nebenjari, el oculista, se negará naturalmente á descubrir una superchería que ha de producir, sin duda, la ruína de su patria.

—Dentro de una hora, te aguardo con aquel hombre. Deberán comparecer también Kresos, Nebenjari, y todos los ajemenidas que hayan estado en Egipto. Antes de emprender algo, quiero estar seguro de la verdad. Tu testimonio no basta, porque sé por el mismo Amasis que tienes motivo de queja de su familia.

A la hora fijada los llamados comparecieron ante el rey. El antiguo gran sacerdote Onufis era un octogenario, cuya descarnada cabeza hubiera parecido una calavera á no lucir dos grandes ojos, pardos, claros é inteligentes. Como estaba paralítico, y no podía tenerse en pie, sentáronle en un sillón delante del rey, teniendo en la demacrada mano un gran rollo de papiro. Era su traje blanco, cual correspondía á un sacerdote, pero algo remendado y rasgado. Bien podía haber sido cuando joven, alto y esbelto, pero entonces encorvado, y contraído por la edad, las privaciones y los padecimientos, su figura parecía diminuta y su cabeza demasiado grande para aquel cuerpo de enano.

Junto á ese raro personaje se puso en pie Nebenjari, cuidando de colocar para su comodidad las almohadas en que reclinaba el cuerpo Onufis, en quien veneraba el egipcio no

sólo al gran sacerdote iniciado profundamente en todos los misterios, sino también al anciano provectoro ⁵². A su izquierda se había puesto Fanes, y al lado de éste, Kresos, Prexaspes y Daríos.

El rey estaba sentado en su sitial. Su rostro era grave y austero, cuando interrumpiendo el silencio de los presentes, empezó á hablar así:

—Este noble heleno que estoy inclinado á considerar como amigo, acaba de hacerme una revelación singular. Dice que Amasis de Egipto me ha engañado miserablemente, puesto que mi difunta esposa no era hija suya, sino de su antecesor.

Sonó en la sala un murmullo de asombro.

—Ese anciano se ha presentado para probarnos el fraude. Onufis movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Primero he de dirigirte, á ti, Prexaspes, mi mensajero, una pregunta: ¿Te fué entregada Nitetis expresamente como hija de Amasis?

—¡Expresamente! Es verdad que Nebenjari había encomiado á la augusta Kasandana, la otra hermana gemela, Tajot, como la más bella de las dos princesas, pero Amasis insistió en enviar á Persia á Nitetis. Yo suponía que confiándote su alhaja más preciosa, quería obligarte muy especialmente y desistí de mi petición con respecto á Tajot, porque la difunta me pareció superaba á su hermana en donaire y majestad. En la carta que te escribía, dijo también como recordarás, que te confiaba á su hija más bella y querida.

—Esto escribí.

—Y seguramente Nitetis era la más hermosa y más noble de las dos—dijo Kresos confirmando las palabras del embajador.—Por lo demás me parecía que Tajot era la hija favorita de los reyes de Egipto.

—Ciertamente—añadió Daríos.—Un día Amasis se chancó en el banquete con Bardiya, diciéndole: «No mires demasiado en los ojos á Tajot, pues aunque fueses un dios, no te permitiría llevártela á Persia.» El príncipe heredero Psamtik se indignó extraordinariamente por esta declaración, y dijo al rey: «Padre, acuérdate de Fanes.»

—¿De Fanes?

—Sí, mi rey—contestó el ateniense.—Un día en la embria-

guez, Amasis me había revelado su secreto; Psamtik le advertía que no olvidase otra vez lo ocurrido.

—¡Cuéntanos esto!

—Cuando regresé victorioso de Kipros á Sais, la corte celebró una gran fiesta. Amasis me distinguía con mil obsequios y abrazóme, porque le había ganado una rica provincia, con horror de sus egipcios. Cuanto más se embriagó, más calurosas fueron sus manifestaciones de gratitud. Finalmente, cuando en compañía de Psamtik, le conduje á su habitación y pasamos por delante de los aposentos de sus hijas, se paró, y dijo: «Aquí duermen las niñas. Si quieres repudiar á tu esposa, ateniense, te daré á Nitetis por mujer. ¡Serías un yerno de mi gusto! Ocurre una cosa singular con la niña, Fanes. ¡No es mi propia hija! Entonces Psamtik tapóle con la mano la boca, y me mandó bruscamente á mi alojamiento. Allí reflexioné sobre lo que había oído, y me compuse lo que ahora sé de buena tinta. Dígnate mandar á este anciano que traduzca las correspondientes hojas del dietario del comadrón Im-hotep.

Kambises hizo una seña, y el viejo leyó en voz alta y sonora, que nadie hubiera supuesto en aquel frágil cuerpo:

«—El día 5 del mes de Tot⁵³ fuí llamado á Palacio; yo lo esperaba, porque la reina iba de parto. Con mi ayuda parió fácil y felizmente una niña delicada. Cuando la nodriza se hubo encargado de la misma, Amasis me condujo detrás de la cortina que divide el dormitorio de su esposa. Allí hallé á una segunda niña, en la cual reconocí la hija recién nacida de la esposa de Hofra, la cual había muerto en mis brazos el día tres de Tot. El rey señalando la robusta chiquilla, dijo: Esa es una criatura sin padres, y como la ley manda que amparemos á los huérfanos derelictos⁵⁴, Ladike y yo hemos determinado criar á esta niña como si fuese propia, mas quisiéramos ocultar esta acción al mundo y á la niña misma. Por esto te ruego que te calles y digas que Ladike ha dado á luz unos gemelos. Si cumples nuestra voluntad, recibirás hoy mismo cinco mil anillos de oro, y cada año, mientras vivas, la quinta parte de dicha suma. Me incliné sin decir nada, mandé á todos los presentes que saliesen de la estancia de la parida, y luego les hice entrar de nuevo comunicándo-

les que Ladike había dado á luz otra niña. La hija legítima de Amasis recibió el nombre de Tajot, y la supuesta el de Nitetis.»

Al oír esto Kambises saltó de su sitial, y empezó á dar vueltas por la sala á grandes pasos.

Onufis sin interrumpirse prosiguió:

«—Día seis del mes de Tot. Cuando me hube acostado esta mañana para descansar un poco de las fatigas de la noche, pareció un criado del rey con el oro prometido y una carta; en esta me rogaban que les proporcionara un niño muerto para sepultarlo con gran solemnidad, como hija difunta de Hofra. Con mucho trabajo he obtenido uno, hace una hora, de la pobre chica que ha parido clandestinamente en casa de la vieja que vive junto la entrada del cementerio. No quería abandonar el cadáver de su hijuelo, causa de tanta congoja y deshonra para ella, y me lo dejó solamente cuando le prometí que lo momificaría y sepultaría lujosamente. En mi botiquín grande que esta vez hubo de llevar mi hijo Nebenjari en lugar de mi criado Hib, trasladamos el pequeño cadáver á las habitaciones de la esposa de Hofra. El hijo de la pobre muchacha será sepultado con toda la pompa. Ojalá le pudiese comunicar la bella suerte que espera al hijo de su alma. En este momento, Nebenjari es llamado á palacio.»

Al mencionarse por segunda vez este nombre, Kambises se paró preguntando:

—¿Es nuestro oculista Nebenjari el mismo que menciona ese escrito?

—Nebenjari—contestó Fanes,—es el hijo de aquel mismo Imhotep que cambió los dos niños.

El oculista miraba el suelo con ceño. Kambises quitó de las manos de Onufis el rollo de papiro, miró los caracteres meneando la cabeza, acercóse al médico, y dijo:

—¡Mira estos signos y dime si tu padre los ha escrito!

Nebenjari se hincó de rodillas y alzó las manos.

—¿Tu padre ha pintado estos signos, pregunto yo?

—No sé, si... en efecto...

—¡Quiero saber la verdad! ¿Sí ó no?

—Sí, mi rey, mas...

—Levántate y confía en mi gracia. Bien sienta en el súbdito la fidelidad á su soberano; pero no olvides que ahora soy yo tu rey. Kasandana ha mandado que me dijeran que mañana quieres devolverle la vista por medio de una operación ingeniosa. ¿No es atrevida tu promesa?

—Estoy seguro de mi arte, mi rey.

—Otra pregunta. ¿Sabías tú este fraude?

—Sí, mi soberano.

—¿Y me dejaste en el error?

—Me había visto obligado á jurar á Amasis que guardaría el secreto, y un juramento...

—El juramento es sagrado. Cuida, Gobrias, que á estos dos egipcios se les designe una porción de nuestra mesa. Parece que necesitas alimentarte mejor, buen viejo.

—No necesito más que aire para respirar, un mendrugo de pan y un sorbo de agua con que no morirme de hambre ni de sed, un vestido limpio para agradar á los dioses y á mí mismo, y un cuartito propio por no molestar á nadie. Nunca he sido más rico que hoy.

—¿Cómo es eso?

—Estoy á punto de regalar un reino.

—Hablas por enigmas.

—Con mi traducción he probado que tu difunta esposa era hija de Hofra. Según nuestro derecho de sucesión, cuando no hay hijos ni hermanos, el trono pertenece á la hija del rey. Si esta muere sin hijos, su esposo es el sucesor legítimo. Amasis es un usurpador, mientras que Hofra y sus descendientes, por nacimiento, tienen derecho al trono. Psantik pierde todo derecho al cetro ante un hermano, hijo, hija ó yerno de Hofra. Por lo tanto, saludo en mi rey, al legítimo soberano de mi bella patria.

Kambises se sonrió satisfecho, y Onufis prosiguió:

—También he leído en las estrellas que Psantik perecerá, y que la corona de Egipto está destinada para ti.

—Las estrellas acertarán—dijo Kambises,—y á ti, generoso anciano, te mando que digas qué quieres.

—Déjame seguir en un carro á tu ejército. Deseo cerrar mis ojos á orillas del Nilo.

—Así sea. Ahora dejadme, amigos, y cuidad de que en el

banquete de hoy no falte ningún comensal. Celebraremos consejo de guerra de sobremesa. Una campaña en Egipto me parece más productiva que una guerra con los masagetas.

—¡Vítor al rey!—gritaron los presentes con vivo júbilo al salir, mientras Kambises mandó por sus camareros para trocar por primera vez sus vestidos de luto por el espléndido traje regio.

Kresos y Fanés entraron juntos en el jardín que verdeaba al Este del palacio con matas de árboles y arbustos, bancales de flores y juegos de agua. El semblante del ateniense estaba radiante de gozo, pero el rey destronado miraba delante de sí, receloso del porvenir.

—¿Has reflexionado bien, heleno—empezó á decir este último,—que acabas de arrojar al mundo una tea terrible?

—Obrar sin reflexión es cosa de niños y locos.

—Te olvidas de los obcecados por la pasión.

—Yo no pertenezco á estos.

—Y sin embargo, la venganza engendra las más terribles pasiones.

—Sólo cuando se toma en un momento de ciega exasperación. Mi venganza es fría como este hierro; pero sé mi deber.

—El primer deber del hombre virtuoso es subordinar al bien de la patria su propia bienandanza.

—Lo sé.

—Pero olvidas que con el reino egipcio entregas á los persas tu propia patria helénica.

—No lo creo así.

—¿Crees tú que Persia dejará tranquila á la hermosa Grecia, cuando le pertenezcan todas las demás costas del Mediterráneo?

—De ningún modo; pero conozco á mis helenos y creo que resistirán victoriosos á todos los ejércitos bárbaros, y serán más grandes que nunca al acercarse el peligro. La necesidad unirá á nuestras tribus hoy divididas, y hará de ellas una sola nación grande y poderosa. A su empuje han de caer los tronos de los tiranos.

—¡Esto es soñar!

—Tan cierto es que se realizarán mis sueños, como que ha de cumplirse mi venganza.

—No puedo discutir contigo, porque ignoro el estado actual de tu patria. Por lo demás, te creo discreto y amante de lo bello y lo bueno, y tus opiniones son harto sensatas para que suponga que pretendes perder á tu pueblo por pura ambición. Es terrible que la suerte castigue en naciones enteras la culpa de un individuo, porque éste ciña corona. Ahora cuéntame, si en algo tienes mi parecer, qué injusticia inflamó con tanta vehemencia tu deseo de venganza.

—Pues oye; me parece que no intentarás distraerme de mi propósito segunda vez. Conoces al príncipe heredero de Egipto; conoces también á Rodopis. Aquél era mi enemigo mortal por varias razones; ésta, la amiga de todos los heLENOS, y muy especialmente mi amiga. Cuando me ví obligado á salir de Egipto, Psamtik me amenazó con su venganza. Tu hijo Gíges me salvó de la muerte. Pocas semanas después, mis hijos fueron á Náukratis para seguirme desde allí á Sígeo. Rodopis los recibió y amparó con su amistad. Algún miserable que espiaría, sin duda, el secreto, lo reveló á Psamtik, y á la noche siguiente la casa de la tracia fué cercada y registrada. Hallaron á mis hijos y los prendieron. Amasis entretanto había cegado y dejaba hacer á su miserable hijo, quien cometió la infamia de mandar que...

—¿Qué dieran muerte á tu hijo?

—Así es como dices.

—¿Y tu otro hijo?

—La niña está todavía en su poder.

—La condenarán á los mayores tormentos cuando sepan...

—Que muera. Prefiero quedarme sin hijos, antes que sin mi venganza.

—Te comprendo, y ya no puedo enojarme contigo. La sangre de tu hijo clama venganza.

Diciendo esto el anciano estrechó la mano del ateniense, el cual enjugando sus lágrimas y dominando su emoción, exclamó:

—¡Vamos al consejo de guerra! Nadie puede agradecerle tanto á Psamtik sus fechorías, como Cambises. Este hombre violento no es propio para reinar en paz.

—Con todo, me parece que el supremo deber de un rey, es trabajar por la prosperidad interior de su reino. Pero los hombres son así, aprecian más á sus verdugos que á sus bienhechores. ¡Cuántos cantares han dedicado á Aquiles! ¿Pero á quién se le ocurrió cantar la sabiduría de Pitacos en el gobierno?

—Porque más valor requiere derramar sangre que plantar árboles.

—Pero más bondad y sensatez curar las heridas que inferirlas. Mas antes de entrar en el salón, he de hacerte una pregunta importante. ¿Podrá Bardiya permanecer sin peligro en Náukratis, si Amasis llega á saber los proyectos de Kambises?

—Naturalmente que no, y por esta razón le advertí y aconsejé que vaya disfrazado y con otro nombre.

—¿Aceptó tu consejo?

—Pareció dispuesto á seguirlo.

—De todos modos será bueno mandarle un aviso para que se ponga sobre sí.

—Lo pediremos al rey.

—Vamos ahora. Allá salen de la cocina los carros que llevan la comida de la corte.

—¿A cuántos individuos les da de comer el rey cada día?

—A unos 15,000 *ss*.

—Entonces los persas pueden dar gracias á los dioses de que sus soberanos no coman más que una vez al día.





CAPITULO IX

Seis semanas después de estos acontecimientos, una pequeña cabalgata se acercaba al trote á las puertas de Sardes. Corceles y jinetes iban cubiertos de polvo y sudor. Aquéllos, sintiendo la proximidad del término del viaje y de las caballerizas y pesebres, concentraron el resto de sus fuerzas, mas á los dos hombres impacientes que vestidos con el traje de la corte de Kambises figuraban á la cabeza de la partida, aun les parecía que iban despacio.

A ambos lados de la bien mantenida carretera real, tendida al pie de la cordillera de Tmolo, veíanse fértiles campiñas con tierra de labor y árboles de muchas clases; en la ladera, olivos y arrayanes, robles, moreras y viñedos, y á mayor altura, pinos, cipreses y nogales, con higueras y granados cargados de fruta en el prado. Entre la hierba de éste y el musgo de los montes, crecían flores de varios colores y aromas. De trecho en trecho, hallaba el viajero algunas fuentes cuidadosamente adornadas, alrededor poyos para el descanso, y á ambas orillas, frondosas arboledas, entre los barrancos y arroyos medio enjutos por el calor del verano. En los sitios húmedos y sombríos florecía la adelfa, y en los

que el sol quemaba con sus rayos ardientes, mecíanse esbeltas palmeras. Era el cielo azul obscuro, límpido, sin nubes. Limitaban el horizonte al Sud las nevadas cumbres de la cordillera de Tmolo, y al Oeste las azuladas montañas de Sí-pilos.

En el sitio á donde habían llegado los viajeros, la carretera descendía á través de un bosque de plátanos en torno de cuyos troncos trepaban hasta la copa, las vides cargadas de uvas. Detuviéronse los jinetes en una de las revueltas del camino, que ofrecía un vasto panorama. A sus pies se extendía situada en el celebérrimo valle del Hermos, la capital del antiguo reino lidio, la dorada Sardes, que fué residencia de Kresos. Dominaba las techumbres de caña de las numerosas casas de la ciudad, una roca negra y escarpada, en cuya cúspide se veían á gran distancia elevados edificios de mármol blanco, el célebre alcázar con su triple muralla que lo hacía inexpugnable, alrededor del cual paseó muchos siglos antes el rey Meles, llevando un león á costas. Hacia el Sud, la ladera era menos escarpada, y estaba cubierta de casas. Al Norte de la acrópolis, á orillas del Pactolos, insigne por el oro de sus arenas, estaba el antiguo palacio de Kresos. La plaza pública que á los admiradores viajeros causó impresión parecida á la de un arenal en medio de florido prado, hallábase también en la margen del rojizo río, que corriendo hacia el Oeste, se introducía en angosto valle para bañar los cimientos del gran templo de Kibele. Por fin, hacia el Este había dilatados jardines, y en medio de ellos el límpido lago Gigeo, cubierto de lanchas de varios colores y niveos cisnes, y á la distancia de un cuarto de hora, numerosos cerros artificiales, ó terraplenes, entre los que se distinguían especialmente tres por su altura y circunferencia 56.

—¿Qué significan estos montones de tierra de forma singular?—preguntó Daríos el jefe de la cabalgata, á Prexaspes, el mensajero del rey, que iba á su lado.

—Son los sepulcros de los antiguos reyes de Lidia—contestó éste.—El mayor, allá á la izquierda, no el de en medio que fué dedicado á los príncipes esposos Pantea y Abradat, el mayor es el monumento erigido al padre de Kresos, Aliates, por los comerciantes, artesanos y doncellas de Sardes,

En las cinco columnas que se ven en la cima, puede leerse la parte que corresponde á los diferentes interesados. Las mozas han sido las que contribuyeron más. Dicen que el abuelo de Giges era muy aficionado á ellas.

—Entonces el nieto ha degenerado extraordinariamente.

—Lo que parece tanto más raro, cuanto Kresos en su juventud no despreciaba á las mujeres, y los lidios, en general, suelen ser muy dados á los goces del amor. Allá en el valle de Pactolos, cerca del gran lavadero del oro, está el templo de la diosa de Sardes, llamada Kibele ó Má. ¿No ves resaltar los blancos muros sobre el bosque que los rodea? Allí hay muchos recodos y escondrijos frondosos, donde los jóvenes de Sardes, en honor de la diosa, según dicen, se reúnen á gozar del amor ⁵⁷.

—Exactamente como en Babilón durante la fiesta de Milita.

—La misma costumbre reina en la costa de Kipros. Al desembarcar allá, de regreso de Egipto, fuí recibido por una partida de bellísimas jóvenes con dulces cantos, y bailando y tocando el címbalo me condujeron al bosque de la diosa, y luego la más linda muchacha que te puedes imaginar, me condujo á una olorosa tienda de tejido de púrpura, donde nos acogió un lecho de rosas y lirios.

—Así la enfermedad de Bardiya no fastidiará á Zópiros.

—Quien ha de entretenerse más en el bosque de Kibele que junto al paciente. Estoy muy contento de volver á unirme con mi alegre camarada.

—Ya despejará él la atmósfera de melancolía que te envuelve á menudo.

—Reprimiré mi malhumor, por el cual me reconviene con razón, aunque no estoy de mal talante sin motivo. Kresos dice que sólo está de malhumor el perezoso ó flojo para luchar con las contrariedades. Nuestro amigo tiene razón. No quiero que se pueda tachar á Daríos de débil ó perezoso. Ya que no pueda dominar al mundo, sea al menos dueño de mí mismo.

Diciendo esto, el hermoso joven se irguió en la silla; su compañero, mirándole asombrado, exclamó:

—A fe, hijo de Histaspes, creo que estás destinado á grandes cosas. No en balde, cuando eras niño aún, enviaron los

dioses aquel ensueño á su predilecto Kiros, por el cual éste te hizo custodiar por tu padre.

—Y sin embargo, aun no me han salido las alas.

—A tu cuerpo no, pero sí á tu espíritu. ¡Cuidado, muchacho!... Mira que tomas peligroso camino.

—¿Ha de temer el abismo quien tiene alas?

—Sí, porque sus fuerzas pueden faltarle.

—Yo soy robusto.

—Hombres más fuertes aún, tratarán de cortarte esas alas.

—Que vengan. Yo sé que sólo amo la justicia, y fío en mi estrella.

—¿Y sabes cómo se llama esta?

—Presidió á la hora de mi nacimiento, y Anahita (1) es su nombre.

—Creo conocerla mejor. Ardiente ambición se llama el sol, cuyos rayos son meta de tus acciones. ¡Mucho cuidado, joven! Yo también anduve un tiempo por aquella senda que conduce á la gloria ó á la infamia, pero raras veces á la verdadera felicidad. El ambicioso se parece á un sediento que intenta apagar la sed con agua salada. Cuanta más gloria alcanza, mayor es su avidez de gloria y grandeza. Yo de pobre soldado llegué á ser el mensajero de Kambises. A ti, ¿qué te queda por alcanzar, si hoy mismo, fuera de los hijos de Kiros, no hay otro superior á ti? Mas si no me engañan mis ojos, allá vanzan Zópiros y Giges al frente de aquel pelotón de caballos que nos vienen al encuentro desde la ciudad. El «angar» que salió antes que nosotros, habrá dado aviso de nuestra llegada.

—Sí, son ellos.

—¡Mira cómo viene el petulante Zópiros blandiendo el ramo de encina que acaba de arrancar!

—¡Ea, mozos! cortadnos unos ramos de este arbusto. Bien. Responderemos con púrpureas granadas á la verde encina.

Pocos minutos después, Daríos y Prexaspes abrazaron á sus amigos. Luego cabalgando juntos todos, atravesaron los jardines que rodeaban el lago Gigeo, el sitio de recreo de

(1) Venus.

los habitantes de Sardes, para entrar en la populosa ciudad, cuyos vecinos salían en tropel á pasearse extramuros en aquella hora, en que el sol declinaba y refrescaba el viento. Aquí corrían tras las mozas muy adornadas y peripuestas, guerreros lidios con yelmos ricamente adornados, y soldados persas con sus tiaras cilíndricas. Más allá las niñas conducían á los niños al lago á echar pan á los cisnes. Bajo un plátano estaba un pobre viejo ciego entonando melancólicos cantares, ante numeroso auditorio, al són de la magadis, la lira lidia de veinte cuerdas. Los jóvenes se divertían jugando á bolos y dados *58*, y unas muchachas ya bastante crecidas, iban chillando por allí cada vez que les daba la pelota en la cabeza ó les caía al agua.

Los forasteros persas no hicieron caso alguno de este variadísimo y pintoresco espectáculo, que en otra ocasión no hubiera dejado de divertirles mucho; iban preocupados oyendo la relación de sus amigos, referente á Bardiya y á su enfermedad, que por fortuna había terminado.

Salíóles al encuentro en la misma puerta del palacio (donde antes que él había vivido Kresos,) el sátrapa de Sardes, Oroetes, hombre muy guapo, de ojos negros, pequeños, penetrantes, que parecían echar saetas por debajo las largas cejas pintadas. Lucía un traje de corte, hartó suntuoso.

La satrapía de Oroetes era una de las más importantes y productivas de todo el reino. Su corte parecía la de Kambises por su esplendor y riqueza, si bien no era tan crecido el número de sirvientes y mujeres como el del rey. Hallaron, no obstante, nuestros jinetes en la puerta de palacio, multitud de guardias, esclavos, eunucos y empleados ricamente vestidos.

El palacio del gobernador podía aún llamarse magnífico; en los tiempos en que lo habitaba Kresos, había sido el más espléndido de todos los regios alcázares; mas después de la toma de Sardes, el conquistador persa se llevó las riquezas del destronado á su tesoro de Pasargadas, y las obras de éste más bellas, fueron destruidas por las bárbaras manos de los soldados de Kiros. Después de aquella época de terror, los lidios habían ido desenterrando sus tesoros escondidos, y con su industria y comercio consiguieron durante los pocos años de paz bajo los reinados de Kiros y Kambises, que Sardes pu-

diese considerarse otra vez como una de las ciudades más opulentas del Asia menor, y por ende del mundo entero.

Daríos y Prexaspes, aunque acostumbrados á la suntuosidad de una corte real, se admiraron, sin embargo, de la belleza y esplendidez de la casa del sátrapa. Parecióles especialmente muy precioso el mármol artísticamente labrado, como no le había en Babilón, ni en Susa, ni en Ecbatana, donde los ladrillos cocidos y la madera de cedro, suplían los sillares pulimentados de caliza primitiva 59.

Al entrar en la sala los recién llegados, hallaron al pálido Bardiya tendiéndoles los brazos desde el colchón en que descansaba.

Después de refocilarse en la mesa del sátrapa, los amigos se fueron al aposento del convaleciente para poder hablar con mayor libertad. En cuanto se hubieron sentado, Daríos dijo á Bardiya:

—Ante todo me has de contar ahora cómo cogiste esa pícara enfermedad.

—Partimos de Babilón, como sabéis, en perfecta salud, y marchamos sin interrupción hasta Germa, pequeña villa situada sobre el Sangario. Cansados del viaje, tostados por el sol de Jordat (1) y sucios del polvo de la carretera, nos apeamos; después de desnudarnos, nos echamos al río que claro y límpido se deslizaba junto á la estación, convidando á tomar un baño. Giges nos reconvinó por nuestra imprudencia; pero nosotros fiando en lo curtido de nuestra piel, no le hicimos caso, y hétenos nadando alegremente en las verdosas ondas. Con su calma de siempre, Giges dejó que hiciéramos, y cuando estuvimos listos, se desnudó él y se echó también al agua.

Dos horas más tarde estábamos otra vez en las sillas, corriendo por la carretera como si se tratase de salvar la vida, mudando de caballería á cada estación, y haciendo de la noche día.

Cerca de Ipsus sentí intensos dolores en la cabeza y en las articulaciones, mas por vergüenza me callé y me mantuve erguido hasta el instante de montar en los caballos de relevo

(1) Mayo.

en Bagis. Cuando intenté saltar á la silla, faltáronme las fuerzas y caí al suelo sin sentido.

—Buen susto nos llevamos al verte caer—dijo Zópiros;—por fortuna se hallaba Giges conmigo. A mí se me fué la cabeza por completo, pero Giges conservaba toda su serenidad, y después de permitirse algún desahogo con palabras nada lisonjeras para nosotros, tomó sus disposiciones con la circunspección de un general. El médico que acudió, aseguró el muy animal que no había para Bardiya salvación posible; en cambio hubo para él una tremenda paliza.

—Que aceptó de buena gana—dijo riendo el sátrapa,—ya que mandaste cubrir con estateres de oro todos sus cardenales.

—Con mi afición á los porrazos, llevo gastado mucho dinero, pero continuemos. En cuanto Bardiya volvió á abrir los ojos, Giges me encargó corriese á Sardes en busca de un buen médico y un cómodo carruaje. Llevé á cabo una hazaña como jinete, que no es fácil que nadie repita. A una hora de la ciudad, mi tercer caballo cayó reventado, y yo corrí á todo correr hasta llegar al portal. Los que pasaban me tuvieron, sin duda, por loco. Al primer hombre montado que encontré, que fué un comerciante de Kelene, le cogí el caballo, me planté de un salto en la silla y al día siguiente antes de amanecer, estaba de vuelta con el médico más hábil de Sardes, y el mejor carruaje de Oroetes, al lado del enfermo. A éste le llevamos despacio á esta casa donde tuvo en seguida una calentura intensa con delirio. Soltaba los mayores disparates de que es capaz un cerebro humano, y nos hizo pasar una angustia tan cruel, que sudo con sólo recordarla.

Aquí Bardiya tomó la mano de su amigo, y dijo á Daríos:

—A él y á Giges debo la vida. Hasta el momento de salir á recibiros, no me han abandonado ni un minuto; me cuidaban como una madre á su hijo. También á ti, Oroetes, te estoy obligado por tu bondad y doblemente porque te causé algunos disgustos.

—¿Cómo puede ser esto?—preguntó Daríos.

—Aquel Polikrates de Samos, cuyo nombre oímos mencionar tantas veces en Egipto, tiene consigo el más célebre médico de Grecia. Pues bien, viéndome enfermo en su casa, Oroe-

tes escribe á Demokedes haciéndole promesas enormes para que venga inmediatamente á Sardes. Los piratas samios que infestan toda la costa jonia, cogen al mensajero y remiten la carta de Oroetes á su amo Polikrates. Este la abre y manda volverse al mensajero con el recado de que tenía á sueldo á Demokedes, y por lo tanto, que si Oroetes quería servirse del médico, debía dirigirse á él, Polikrates. Nuestro generoso amigo se humilló por causa mía rogando al samio que se dignara enviar su médico á Sardes.

—¿Y Polikrates?—preguntó Prexaspes.

—El soberbio soberano isleño envió inmediatamente al profesor, quien me ha restablecido como veis y ha salido de Sardes hace pocos días, recompensado ricamente.

—Por lo demás—dijo Zópiros interrumpiendo al príncipe,—comprendo muy bien por qué el samio no gusta de separarse de su médico. Dígame, Daríos, que como aquel hombre no existe otro. ¡Es hermoso como Minucher, inteligente como Pirán Visa, fuerte como Rustem, socorrido como el sama sagrado! ¡Si hubieses visto con qué destreza tiraba ciertas ruedas metálicas que llaman discos! Yo no soy flojo, ¿verdad? Pues me derribó lindamente tras corta lucha. ¿Y sus chascarillos y cuentos? ¡Qué bien sabía contarlos!... Pero cuentos que te bailaba el alma en el cuerpo oyéndolos...

—Nosotros conocemos á un hombre parecido—dijo Daríos, á quien divertía el entusiasmo de Zópiros;—Fanes el ateniense, aquel que llegó tan oportunamente para probar nuestra inocencia.

—Demokedes el médico, es de Crotón, pueblo que debe de estar cerca del ocaso.

—Pero—añadió Oroetes,—hay allí griegos lo mismo que en Atenas. Guardaos de esos hombres, mis jóvenes amigos, porque no son menos astutos, mentirosos é interesados, que robustos, inteligentes y bellos.

—Demokedes es generoso y veraz—exclamó Zópiros.

—Y á Fanes le tiene por hombre de tanta virtud como valía el mismo Kresos.

—También Sapfó—dijo Bardiya confirmando el aserto de Daríos,—sólo habló del ateniense con elogio. Mas dejemos á

los helenos, á los que Oroetes no puede sufrir porque le dan mucho que hacer con su rebeldía.

—Los dioses lo saben—suspiró el sátrapa.—Una ciudad griega es más difícil de contener que todos los pueblos que hay entre el Eufrates y el Tigris.

Mientras el sátrapa decía esto, Zópiros se había asomado á la ventana é interrumpiendo á aquél, dijo:

—Las estrellas están muy altas y Bardiya necesita descansar; date prisa pues, Daríos, en contarnos los acontecimientos de casa.

El hijo de Histaspes hizo una seña de asentimiento, y refirió los sucesos que ya conocemos. La muerte de Nitetis causó verdadero pesar á Bardiya, y el descubierto engaño de Amasis, llenó á todos los presentes de asombro é indignación.

—Después de haberse probado de un modo irrefutable la verdadera procedencia de la difunta (prosiguió el narrador tras corta pausa,) Kambises pareció como transformado. Nos convocó á todos para el consejo de guerra, y en el banquete se le vió otra vez en traje de ceremonia, en lugar de los vestidos de luto. Ya podéis figuraros el júbilo con que fué acogida la esperanza de una guerra con Egipto. El mismo Kresos, que quiere bien á Amasis y siempre que puede aconseja la paz, nada tuvo que objetar en este caso. A la mañana siguiente, como de costumbre, reflexionamos de nuevo serenos, sobre lo resuelto en estado de embriaguez. Después de manifestarse varias y diversas opiniones, Fanes pidió la palabra y habló cosa de una hora. ¡Pero cómo!... Parecía que los dioses iban poniendo en su boca palabra por palabra. Nuestra lengua, que ha aprendido en poco tiempo, brotaba como miel de sus labios. Ya nos hacía llorar á todos á lágrima viva, ya provocaba tempestuoso aplauso ó nos arrancaba del pecho atroces exclamaciones de rabia. Sus gestos eran agraciados como los de una danza, y no obstante, varoniles y majestuosos. No acierto á reproducir su discurso, porque mis palabras comparadas con las suyas serían como pandereteo comparado con el trueno. Cuando, por fin, ebrios de entusiasmo, y en el mayor arrebató, hubimos resuelto la guerra por unanimidad, Fanes tomó otra vez la palabra para indicar los medios conducentes á más fácil victoria.

Al llegar aquí hubo de detenerse Daríos, porque Zópiros le abrazó con arrebatadas exclamaciones, á las que se asociaron también Bardiya, Giges y el sátrapa Oroetes, instigando al narrador á que concluyera.

—En el mes de Farvardín (1)—continuó el joven,—nuestros ejércitos deben hallarse en las fronteras de Egipto, porque en Murdad (2) el Nilo sale de madre y dificultará la marcha de la infantería. Fanes se halla ahora camino de Arabia con el objeto de pactar una alianza con los hijos del destierro para que proporcionen á nuestro ejército agua y guías por su país, desprovisto de fuentes. Quiere además atraerse la rica isla de Kipros que conquistó un día para Amasis; por su mediación los reyes de la isla conservaron sus coronas, y ahora seguirán sus consejos. El ateniense cuida de todo. Conoce los caminos y senderos, como si fuera el sol, cuya vista abarca la tierra. También nos enseñó el plano de todos los países en una plancha de cobre.

Oroetes movió la cabeza y dijo:

—También yo poseo semejante cuadro del mundo. Lo ha trazado un milesio llamado Hecateo ⁶⁰ que no hace más que viajar, y me lo dejó por un salvo-conducto que le dí.

—¿Qué no discurren esos helenos?—exclamó Zópiros que no acertaba á imaginar qué figura podía tener el trazado de la tierra.

—Mañana te enseñaré mi plancha de cobre—dijo Oroetes, —pero no volvamos ahora á interrumpir á Daríos.

—Fanes se marchó pues á Arabia—prosiguió éste,—mientras Prexaspes partía no sólo para encargarte á ti, Oroetes, que reclutaras el mayor número de soldados posible, especialmente jonios y carios, cuyo mando tendrá el ateniense, sino también para ofrecer á Polikrates una alianza con nosotros.

—¿Una alianza con ese pirata?—preguntó Oroetes con ceño.

—Con el mismo—dijo Prexaspes, haciendo como que no advertía el mohín de Oroetes.—Fanes alcanzó ya de ese propietario de tan buenos barcos, ciertas seguridades que prometen buen éxito á su embajada.

(1) Marzo.

(2) Julio.

—Los buques de guerra fenicios, sirios y jonios bastarían á vencer la armada egipcia.

—Ciertamente, pero si Polikrates se armase contra nosotros, nos sería difícil sostenernos en el mar. ¿No dijiste tú mismo que reina á su antojo en el Egeo?

—Sin embargo, desapruebo todo pacto con el pirata.

—Buscamos ante todo fuertes aliados, y el poder marítimo de Polikrates es grande. Sólo cuando poseamos Egipto con su ayuda, llegará el tiempo de humillar su soberbia. Por ahora te ruego que reprimas tu rencor personal, y no pienses sino en el éxito de nuestro gran proyecto. Te digo esto en nombre del rey cuyo anillo llevo con el mandato de enseñártelo.

Oroetes hizo una corta reverencia ante aquel signo de la soberanía, y preguntó:

—¿Qué quiere de mí Kambises?

—Manda que hagas todo lo posible para que se lleve á cabo aquella alianza con el samio, y que envíes pronto tus tropas á juntarse con el gran ejército en el llano de Babilón.

El sátrapa se inclinó y salió con ademán de despecho.

En cuanto sus pasos dejaron de resonar en el pórtico del patio interior, Zópiros exclamó:

—¡Pobre hombre!... es duro para él tener que tratar benévolamente al soberbio que por su parte se permitió tratarle con insolencia. Acordaos de la historia del médico.

—Eres demasiado indulgente—replicó Daríos.—No me gusta este hombre. Así no se recibe una orden del rey. ¿No habéis reparado cómo se mordía los labios cuando Prexaspes le enseñó el anillo del soberano?

—Este hombre tiene un genio arrogante—dijo también el mensajero.—Salió tan aprisa porque no podía domeñar más su cólera.

—A pesar de todo te suplico—rogó Bardiya,—no digas nada á mi hermano de la conducta del sátrapa, pues le estoy agradecido.

Prexaspes se inclinó, pero Daríos dijo:

—De todos modos conviene vigilar á este hombre. Precisamente en este punto, tan lejos de la puerta del rey, en medio de pueblos hostiles, necesitaríamos de gobernadores

más dispuestos á obedecer á su soberano que este Oroetes, que se figura ser rey de Lidia.

—¿Estás irritado contra el sátrapa?—preguntó Zópiros.

—¡Creo que sí! Apenas veo alguien siento por él, desde el primer momento, simpatía ó aversión. Este sentimiento repentino é inexplicable me ha engañado raras veces. Oroetes me era antipático antes de oír una sola palabra de su boca. Lo mismo me sucedió con el egipcio Psantik, mientras me sentí atraído por Amasis.

—Vaya, tu carácter es muy distinto del nuestro—dijo riendo Zópiros.—Pero ahora hazme el favor de dejar en paz al pobre Oroetes, y ya que se ha ido, puedes hablar con mayor franqueza de las cosas de casa. ¿Qué hace Kasandana y tu adorada Atosa? ¿Cómo está Kresos? ¿Qué tal mis mujeres? Pronto tendrán una nueva compañera, porque llevo el propósito de cortejar á la linda hija de Oroetes. Con los ojos ya nos hemos dicho muchas cosas de cariño. No sé si hablamos persa ó sirio; mas nos hemos dicho las cosas más agradables.

Los amigos rieron, y Daríos participando de la hilaridad general, exclamó:

—Ahora vais á oír una noticia grata que me había reservado para postre. Eh, Bardiya, aguza los oídos. Tu madre, la noble Kasandana, ha recobrado la vista. Sí, sí, es la pura verdad. ¿Quién la ha curado? Quién sino el melancólico egipcio que ahora se ha puesto aún más tético que antes. Tranquilizaos y dejadme contar, si no, llegará el alba antes que Bardiya pueda dormir. Es verdad que podríamos dar por terminada la conversación, porque lo mejor ya lo habéis oído, y podéis soñar con ello. ¿No queréis? Entonces he de continuar, por Mitra, aunque me duela el alma.

Empezaré por el rey, quien, mientras Fanes estaba en Babilón, parecía haber olvidado su dolor por la egipcia. El ateniense no le abandonó nunca. Eran tan inseparables como Reksch y Rustem. En esta compañía no le quedaba tiempo á Kambises para la aflicción porque el heleno tenía á cada momento ocurrencias nuevas, y entretenía admirablemente no sólo al rey, sino á nosotros todos. No había nadie que no le quisiera, porque nadie podía envidiarle la suerte, me parece, pues en cuanto estaba un momento solo, se cuajaban

sus ojos de lágrimas por su hijo asesinado; de aquí que su jovialidad que sabía comunicar hasta á tu grave hermano, querido Bardiya, fuera más digna de admiración.

Todas las mañanas iba con Kambises y nosotros todos al Eufrates, y gozábese en los ejercicios de los muchachos ajemenidas. Cuando vió á los mozuelos correr á caballo por delante de los montones de arena destrozando con sus flechas las ollas colocadas encima, cuando observó que se tiraban trozos de madera y evitaban el golpe hábilmente, confesó que no sabría imitarlos, pero en cambio, nos desafió á todos en la lucha y el tiro de lanzas. Vivo como es, saltó en seguida del caballo, arrojó, sin vergüenza, los vestidos y tiró, con júbilo de los muchachos, á su maestro de lucha en la arena cual ligera pluma. Luego venció á un gran número de fanfarrones, y me habría vencido también, á no estar ya cansado. Por lo demás, os aseguro que soy más fuerte que él, pues levanto piedras más pesadas, pero el ateniense es igual á una anguila en agilidad, y enlaza á sus adversarios con maniobras maravillosas. Su desnudez le ayudaba también mucho, y por cierto que si no fuese indecente *ei*, debería lucharse siempre sin vestidos y aún untándose la piel con aceite de olivas, como hacen los helenos. En el tiro de lanza nos superó también, pero la flecha del rey, quien como sabéis se precia de ser el mejor tirador de Persia, alcanzó más lejos que la suya. Alabó muchísimo nuestra costumbre de que después de la lucha el vencido deba besar la mano al vencedor. Después nos enseñó un nuevo ejercicio, el pugilato, mas no quiso comprobar su utilidad en un caballero, y el rey mandó por el más alto y más fuerte de todos los mozos de servicio, Besos, mi mozo de cuadra, quien con sus brazos de gigante aprieta tan fuertemente los miembros traseros de un caballo que el animal tiembla y es incapaz de menearse. El colosal matasiete, á quien Fanes apenas llega al hombro, se encogió riendo cuando vió que había de pelearse á puñadas con el pequeño señor extranjero. Seguro de la victoria, se puso enfrente del ateniense arrimándole un puñetazo que habría matado á un elefante; Fanes, empero, lo eludió, y en el mismo momento asestóle al gigante con el puño cerrado un golpe

tan tremendo bajo los ojos que le salió un chorro de sangre de la boca y nariz, y vino al suelo el coloso dando ayes de dolor. Levantáronlo y su cara parecía una calabaza verdosa y azulada.

Los muchachos se divertieron mucho con aquel lance, y nosotros admiramos la destreza del heleno, no sin sentir gran alegría viendo al rey de buen humor, que se manifestaba particularmente cuando Fanes se entretenía en cantarle al compás de la lira, alegres coplas y bailes griegos.

Entretanto Kasandana había recobrado la vista por arte del egipcio Nebenjari, suceso que naturalmente contribuyó mucho á disipar aún más la melancolía del rey. Bogábamos viento en popa y ya estaba á punto de pedir la mano de Atosa, pero en esto Fanes partió para Arabia, y hubo una completa mutación de escena; pues en cuanto el ateniense hubo salido de Babilón, todos los malos devas parecían haberse apoderado del rey. Taciturno y tétrico iba por allí sin decir palabra, y para ahogar su melancolía dióse á beber con tal exceso, que ya por la mañana engullía tarros enteros del fuerte vino de Siria. Por la noche estaba tan ebrio que había que sacarle en brazos de la sala de los banquetes, y al despertar se veía acometido de convulsiones y dolores de cabeza. De día le hubierais visto ir de un lado para otro, como quien busca algo, y por la noche se le oía pronunciar á menudo el nombre de Nitetis. Los médicos, temiendo por su salud, propináronle algunos medicamentos, pero él los tiraba. Kresos tenía razón al decirles un día: «Antes de pensar en el tratamiento, señores magos y caldeos, es preciso averiguar dónde reside el mal. ¿Lo sabéis? ¿No?... Pues yo os lo diré. El rey padece de un mal interno y de una herida. El primero se llama fastidio, y la segunda está en el corazón. Contra aquél es remedio el ateniense; contra ésta, no sé ninguno; la experiencia enseña que semejantes heridas ó se cicatrizan espontáneamente ó matan, produciendo una hemorragia interna.» «Me parece que yo sabría una medicina para el rey, exclamó Otanes que había oído las palabras de Kresos. Deberíamos persuadirle á que llamase de Susa á sus mujeres ó al menos á mi hija Fedima. El amor disipa la melancolía y acelera el curso de la sangre.» Dimos la razón al orador y le

excitamos á que recordara al rey á sus mujeres desterradas. Otanes aventuró la proposición estando en el banquete, pero recibió una contestación tan dura que nos pesó á todos. Pocos días después, mandó cierta mañana Kambises que fueran á verle todos los mobedes y magos para que le interpretaran un raro ensueño que había tenido.

Había soñado que se encontraba en medio de una árida llanura que, semejante al piso de una era, no producía ni un solo tallo de trigo. Mohino por el aspecto triste de aquel desierto lugar, iba en busca de otro sitio más fértil, cuando apareció Atosa corriendo, sin verle á él, hacia un manantial que de repente, como por hechizo, brotó con alegre murmullo del árido terreno. Asombrado miraba el espectáculo, observando que donde quiera puso el pie su hermana, elevábanse esbeltos terebintos *es*, que crecían é iban transformándose en cipreses cuyos vértices tocaban al cielo. Quiso dirigir la palabra á Atosa y despertó.

Los mobedes y caldeos, después de madura deliberación, interpretaron el ensueño en el sentido de que Atosa se vería favorecida de la suerte en todas sus empresas.

Kambises se dió por satisfecho con tal respuesta, pero á la noche siguiente tuvo una visión parecida, y entonces amenazó de muerte á los mobedes si no le daban otra interpretación.

Los sabios meditaron mucho y respondieron finalmente que Atosa llegaría á ser reina y madre de príncipes poderosos.

Con esto quedó satisfecho el rey, y contónos sus ensueños sonriendo de un modo particular. Kasandana me llamó el mismo día, y me dijo que si tenía en algo la vida, renunciara á toda esperanza de poseer á Atosa.

En el momento de salir del jardín de la augusta anciana, ví á la niña detrás de un grupo de granados. Me hizo una seña y fué á su encuentro. Olvidamos el peligro y el dolor, y por fin nos despedimos para siempre.

Ya lo sabéis todo. Y ahora que renuncié á aquella linda criatura, y sería demencia pensar más en ella, he de esforzarme por no caer, como el rey, en la melancolía por una mujer. Tal es el final de esta historia, cuya conclusión ya esperábamos cuando condenado á muerte, la rosa de mi ama-

da me hizo el más feliz de los hombres. Si entonces en aquel instante supremo no os hubiese revelado mi secreto, lo habría llevado á la tumba conmigo. Pero, ¿qué estoy diciendo? De vuestra discreción puedo estar seguro, y sólo os ruego que no me miréis con tanta compasión. Creo que todavía soy digno de envidia porque he gozado una hora de dicha tal, que compensa cien años de miseria. Os doy las gracias, muchas gracias, mas dejadme acabar.

Tres días después de haberme despedido de Atosa, hube de casarme con Artistone, la hija de Gobrias. Es bella y haría feliz á cualquier otro hombre. Al día siguiente de la boda, llegó el angar que trajo á Babilón la noticia de la enfermedad de Bardiya, y entonces tomé una rápida resolución. Rogué al rey que me permitiera buscarte, cuidarte y precaverte contra el peligro que amenazaría tu vida en Egipto, y á pesar de las objeciones de mi suegro, me despedí de mi nueva esposa y corrí sin dilación en compañía de Prexaspes á tu lado, amigo Bardiya, para acompañarte á Egipto con Zópiros, mientras Giges irá de intérprete á Samos con el embajador. Así lo manda el rey cuyo talante ha mejorado en los últimos días, porque se distrae con la inspección de las tropas que van llegando, y los caldeos le aseguran que el planeta Adar que pertenece á su dios de la guerra Janón (1) pronostica una gran victoria á las armas persas. ¿Cuándo piensas que podrás partir, Bardiya?

—Mañana si quieres—respondió éste;—los médicos dijeron que el viaje por mar me haría bien. El viaje por tierra hasta Esmirna, es muy corto.

—Y yo te aseguro—añadió Zópiros,—que tu novia te curará más pronto que todos los médicos del mundo.

—Partamos, pues, dentro de tres días—dijo Daríos reflexionando,—porque antes tenemos aún muchas cosas que arreglar. Considerad que es como si entráramos en un país enemigo. Según discurro, me parece que Bardiya debe presentarse como negociante de alfombras de Babilón, yo como hermano suyo, y Zópiros hará de mercader de rojo de Sardes.

—¿Y no podríamos presentarnos como guerreros?—pregun-

(1) Marte.

tó Zópiros.—Sería vergonzoso ser tenido por embustero mercachifle. ¿Qué os parece?... ¿Si nos dijéramos soldados lidios que escapamos á un castigo y pretendemos formar parte del ejército egipcio?

—Esta proposición parece aceptable—dijo Bardiya.—También creo que por nuestra parte, antes nos tendrían por guerreros que por mercaderes.

—Esto no es razón—replicó Giges.—Un comerciante y naviero griego, anda con tal arrogancia como si el mundo entero le perteneciese. Por lo demás, no me parece mala la proposición.

—Bueno, pues—dijo Daríos cediendo.—Entonces Oroetes nos proporcionará trajes de taxiarjos lidios *64*.

—¿Y por qué no las insignias de jiliarjos?—preguntó Giges;—vuestra juventud os hará sospechosos.

—¡Pero no querrás que vayamos como soldados rasos!

—No, pero podéis ir como hekatontarjos.

—Bueno—dijo Zópiros riendo;—con tal de no pasar por mercachifle. Dentro tres días, partiremos, pues; me place que me quede tiempo para asegurarme la hijita de ese sátrapa, y visitar, por fin, el bosque de Kibele que hace tiempo deseo conocer. Buenas noches, Bardiya. Que no madrugues... ¡eh!... ¿Qué diría Sápfo si te viese con las mejillas pálidas?





CAPITULO X

Reinaba en Náukratis la canícula, y había amanecido el día caluroso. El Nilo salido de su cauce, inundaba los campos y huertas.

Hormigueaba en los puertos de las bocas del río infinidad de barcos; unos, como los buques egipcios, tripulados por los colonizadores fenicios de la costa del delta, cargados de los finos tejidos de Malta, metales y piedras preciosas de Cerdeña, vino y cobre de Chipre; otros, como los triremes griegos, con aceites y vinos, ramas de lentisco, objetos de bronce de Jalkidike y tejidos de lana. Las naves fenicias y sirias, de velas multicolores, traían cobre, estaño, púrpura, piedras preciosas, comestibles, cristalería, alfombras y cedros del Líbano para la construcción de casas, pues en Egipto escaseaba la madera. Arribaban allí con tales productos para canjearlos por los tesoros de Etiopía, oro, marfil, ébano, pájaros tropicales, pedrerías y esclavos negros, y por el trigo de Egipto, de fama universal, los coches de Menfis, los encajes de Sais, y el delicado papiro. Pero la época del mutuo cambio había pasado ya, y los comerciantes de Náukratis pagaban sus com-

pras muchas veces con monedas de oro y plata, pesadas cuidadosamente.

Grandes almacenes rodeaban el puerto de la colonia helénica, y al lado de estos, veíanse casas de construcción ligera, á las que atraía á los navegantes ociosos la música y la risa, la mirada y la voz de ninfas enjalbegadas 65. Allí se movían en confuso tropel, esclavos blancos y negros, dedicados al oficio de faquines, remeros y pilotos con diversos trajes, capitanes griegos que usaban vestiduras helénicas, capitanes fenicios con mucho colorín; estos estaban allí dando sus órdenes en alta voz, y dirigían la carga y descarga. Cuando surgía una disputa, acudían luego los agentes de orden público egipcios, armados de sus largos bastones, y los del portazgo, empleados helenos del gremio de comerciantes de esta colonia milesia.

La gente iba retirándose del puerto, porque se acercaba la hora de abrirse el mercado, y el heleno libre no dejaba fácilmente de acudir á él 66. Aquel día, empero, muchos curiosos se quedaban á presenciar el arribo de una nave samia de hermosa construcción y largo cuello de cisne, llamada la «Okeia» (la veloz,) que lucía en la proa una imagen de palo de la diosa Hera. Llamaban especialmente la atención tres gallardos jóvenes que salieron del trireme en traje de guerreros lidios. Seguíanles varios esclavos con cajas y bultos.

El más guapo de los tres, que, como el lector ya supondrá, eran nuestros jóvenes amigos, Daríos, Bardiya y Zópiros, fuese hacia un guarda rogándole que le indicara la casa de Teopompos de Mileto su huésped. El empleado, muy servicial y cortés, como todos los griegos, se puso al frente de los recién venidos, y les condujo por el mercado que iba á abrirse, según anunciaba el toque de una campana, hacia una casa magnífica, propiedad del más importante vecino de Náukratís, el milesio Teopompos.

Mas los jóvenes no consiguieron atravesar el mercado sin detenerse. Escaparon ciertamente á la insolente importunidad de las pescaderas, y á las insinuaciones de carniceros, choriceros, vendedores de hortalizas, cacharreros y panaderos, pero cuando se acercaron al puesto de las floristas 67, Zópiros dió



Zópiros y la florista de Náukratis

recias palmadas de gozo, al fijarse en el encantador espectáculo que se le ofrecía.

Tres lindísimas mozuelas, que vestían blancas túnicas casi transparentes, con ribetes de color, sentadas en sillas bajas, y rodeadas de flores, se entretenían en tejer una gran corona de rosas, violetas y azahar. Sus bellas cabecitas ceñidas de flores, se parecían á los tres pimpollos que se adelantó á presentar á nuestros amigos, la que había reparado en ellos antes que las demás.

—Compradme mis rosas, galantes señores, para prenderlas en el cabello de vuestras amadas—dijo con voz clara y sonora.

Zópiros las tomó, y cogiendo la mano de la muchacha, dijo:

—Acabo de llegar de muy lejos, hermosa niña, y aun no tengo quien me quiera en Náukratis: deja, pues, que coloque estas rosas en tu propio dorado cabello, y ese doblón en tu blanca manecita.

La moza soltó una carcajada, y mostrando el exorbitante dón á sus hermanas, exclamó:

—Por Eros, á jóvenes como vosotros, no han de faltar amigos. ¿Sois hermanos?

—¡No!

—¡Qué lástima!... Nosotras somos hermanas.

—¿Y crees que haríamos tres buenas parejas?

—Tal vez que lo pensaba, pero no lo he dicho.

—¿Y tus hermanas?

Las muchachas se rieron, pues no les habría disgustado semejante compañía, y ofrecieron también pimpollos de rosas á Bardiya y á Daríos. Estos aceptaron el presente, y regalaron como Zópiros, sendos doblones á las bellas, que no les soltaron, hasta que hubieron adornado el casco de cada uno con una corona de verde laurel.

La nueva de la rara generosidad de los extranjeros se esparció rápidamente entre las mozas que vendían en aquel lugar, cintas, flores y guirnaldas. Todas les ofrecían rosas invitándoles á detenerse y á comprar, con miradas y palabras. A Zópiros le hubiera gustado quedarse más tiempo entre ellas, como hacían muchos señoritos de Náukratis, porque todas eran hermosas y de fácil conquista, mas Daríos le empujaba hacia

fuera, y rogó á Bardiya que prohibiese á su casquivano compañero que se detuviera más. Pasando por delante de las mesas de los cambistas y de los ciudadanos, que en sus poyos de piedra celebraban consejo al aire libre, llegaron á la casa de Teopompos.

En cuanto su guía helénico dió unos golpes en la puerta con el llamador de metal, abrióla un esclavo, y como el dueño estaba en el mercado, el portero, encanecido en la casa, condujo á los forasteros á la andronitis, rogándoles que aguardasen allí el regreso de su amo.

Mientras los jóvenes admiraban las bellas pinturas de las paredes, y el artístico mosaico del suelo de la sala, Teopompos, el negociante que hemos conocido ya en casa de Rodopis, regresó del mercado seguido de muchos esclavos que llevaban los objetos adquiridos ⁶⁹.

El milesio se acercó á los desconocidos guerreros con graciosa cortesía, y preguntándoles con mucha amabilidad en qué les podía ser útil. Bardiya, después de convencerse de que ningún tercero les oía, entregó á su huésped el rollo que Fanes le había dado al despedirse de él.

Teopompos, apenas hubo leído la carta, hizo una profunda reverencia al príncipe, y dijo:

—¡Por Zeus hospitalario! No podía caberme en suerte más grande honor que tu visita. Cuanto tengo es tuyo, y suplico también á tus compañeros que se acomoden en mi casa como puedan. Dispénsame si no te he conocido desde luego en tu nuevo traje lidio. Parece que llevas el pelo cortado, y más espesa la barba de cuando saliste de Egipto, ¿verdad? ¿De-seas permanecer incógnito? Como gustes. La mejor hospitalidad es la que concede más libertad al huésped. ¡Oh!... ahora reconozco también á tus amigos, que á su vez han cambiado mucho, y como tú llevan el pelo más corto. Hasta afirmaríá que tú, amigo mío, cuyo nombre...

—Me llamo Daríos.

—Pues tú, Daríos, has teñido de negro tu cabello... ¿Sí?... Ya veis que mi memoria no me engaña. Con todo, no tengo por qué blasonar de ella, pues os he visto varias veces en Sais, y también aquí os he visto llegar y partir. ¿Me preguntáis, príncipe, si os conocerán los demás? Seguramente que no.

El traje ajeno, el pelo corto y las cejas teñidas, os disfrazan admirablemente. Pero, dispensadme un momento; veo que mi viejo portero me hace señas... parece traer una nueva importante...

Pocos minutos después, Teopompos volvió á entrar diciendo:

—¡Amigos míos!... No es este el modo de presentarse en Náukratis, si queréis no ser conocidos. Habéis bromeado con las floristas pagándoles unas pocas rosas, no como fugados hecatontarjos lidios, sino como grandes señorones que sois. Todo Náukratis conoce á las lindas y ligeras hermanas, Estebanica, Clorinda é Irene;... con sus guirnaldas prendieron muchos jóvenes corazones, y con sus dulces miradas sacaron muchas blancas del bolsillo de nuestros hijos calaveras. En las horas de mercado, los jóvenes señores gustan de entretenerse con las floristas, y lo que allí contratan suele pagarse en la quietud de la noche con más de un doblón... mas por una palabra amable ó un par de rosas, son menos generosos de lo que fuisteis. Las niñas se han vanagloriado de vuestros regalos... y enseñaban á sus avaros galanes los brillantes doblones... La fama es una diosa que suele exagerar grandemente, y convierte en cocodrilos los lagartos. Así ha llegado á oídos del capitán egipcio, guardia puesto en el mercado desde que Psantik con los sacerdotes tiene avasallado á su padre, que tres guerreros lidios recién llegados, repartían oro entre las floristas. Esto pareció sospechoso, é indujo al toparjo (1) á enviar aquí un agente que se informara de vuestra procedencia y venida á Egipto. He tenido que valerme de un embuste para alejar al espía... Cumpliendo vuestros deseos, he dicho que erais ricos jóvenes de Sardes, que huíais de la cólera del sátrapa... pero ahí viene el empleado con el escribano que os extenderá una cédula, para que podáis morar á orillas del Nilo sin riesgo alguno. Le he prometido una buena gratificación, si quiere interesarse porque ingreséis en la tropa mercenaria de Amasis. Cayó en la trampa... me ha creído... Como sois jóvenes, nadie sueña con que sea la vuestra una misión secreta...

Apenas hubo terminado el gárrulo heleno, entró el notario,

(1) Aloalde.

hombre enjuto y vestido de blanco. Presentóse á los extranjeros y les preguntó por medio de intérprete por su procedencia y el objeto de su viaje.

Los jóvenes confirmaron su primera declaración, diciendo que eran tenientes lidios fugados de su patria. Luego rogáronle al agente que les facilitase la entrada en las filas del ejército auxiliar, y les extendiera las cédulas.

Teopompos salió fiador por sus amigos, y el funcionario se apresuró á acceder á su segunda petición. La cédula de Bardiya decía así:

«Smerdes, hijo de Sandón, de Sardes, de 22 años de edad, estatura esbelta y gallarda, cara bien conformada, nariz recta, frente despejada, con una cicatriz en medio, habiéndose presentado por él un fiador, puede permanecer en Egipto, en los puntos en que la ley tolera á los extranjeros. En nombre del rey.—Sajons, escribano.»

Las cédulas de Zópiros y Daríos, fueron redactadas en parecidos términos 70.

Cuando los empleados hubieron salido de la casa, Teopompos se frotaba las manos, diciendo:

—Ahora, si seguís mi consejo punto por punto, podréis vivir con seguridad en este país. Guardad estas papeletas como las niñas de vuestros ojos, y no las abandonéis jamás. Vamos á almorzar ahora, y me diréis si os place, qué hay de cierto en el rumor que cundía por el mercado. Un trireme de Kolofón ha traído la noticia de que tu augusto hermano, noble Bardiya, estaba armándose contra Egipto...

En la noche de aquel mismo día volvieron á verse Bardiya y Sappó. Quedó ésta de tal modo pasmada y gratamente sorprendida con la inopinada aparición del príncipe, que estuvo casi una hora sin que acertase á expresar su dicha y agradecimiento. Cuando por fin se hallaron otra vez solos en la enramada de acanto, nido de sus nacientes amores, Sappó dejó caer la cabeza sobre el pecho del recuperado amante. Largo rato estuvieron sin decir palabra, sin parar mientes ni en la luna, ni en las estrellas, que en aquella tibia noche de verano

trazaban en silencio sobre las cabezas de los amantes sus significativos círculos. Ni oyeron el canto de los ruiseñores, que como la otra vez llamaban á su querido Itis con aflautadas y alternadas voces, ni percibieron el húmedo rocío que la noche derramaba sobre ellos, como sobre las corolas de las flores en el césped.

Por fin, Bardiya cogióle á su amada ambas manos, y la contempló en silencio largo rato, cual si quisiera grabar en su mente las facciones de la niña, mientras ella miraba al suelo ruborosa, hasta que él exclamó:

—Cuando soñaba contigo me parecías más bella que cuando creó Auramazda, mas ahora observo que superas en belleza mis propios ensueños.

Y cuando ella contestóle con radiante mirada de gozo, él rodeó con el brazo su cintura, y suspiraba estrechándola:

—¿Has pensado en mí?

—Tú eras mi único pensamiento.

—¿Y esperabas volverme á ver tan pronto?

—¡Ah!... á cada instante se me ocurría: ¡debe venir! Cuando al entrar en el jardín por la mañana y mirando hacia el Oriente, tu patria, veía venir de aquel lado un pajarillo volando hacia mí; cuando revolviendo mis galas, hallaba en el arca la corona de laurel que tan bien te sienta, y por eso la guardé como recuerdo (Melita dice que una corona que se guarda es prenda de fidelidad,) cuando sentía un parpadeo nervioso en el ojo derecho, entonces batía palmas pensando: ¡hoy ha de venir!... Corría al Nilo, haciendo señas á todas las lanchas que veía; me figuraba que cada una de las que iban llegando, te había de traer... Pero á pesar de todo no venías, y volvíame á casa triste y cantando melancólicas coplas, y me quedaba mirando la lumbre de la chimenea de la gineconitis, hasta que abuela me sacaba de mis sueños, diciéndome: «Oye, niña; la que sueña de día, corre peligro de pasar la noche sin dormir, y de levantarse por la mañana con la cabeza torpe, el cerebro cansado y el cuerpo molido. El día se ha hecho para velar, y estarse con los ojos abiertos, sin desaprovechar hora alguna. El tiempo pasado pertenece á los muertos, y el porvenir á los locos que fian en él; el cuerdo se atiende al presente, eternamente nuevo, y lo apro-

vecha cultivando con el trabajo los dones que nos otorgaron Zeus y Apolón, Pallas y Kipris, y haciendo de modo que aumenten y se completen y ennoblezcan, hasta que sea nuestro discurrir, sentir y hablar tan armonioso como el dulce són de una melodía. A quien posee tu corazón, y estimas más que á ti misma precisamente porque le amas, no puedes servirle mejor, ni demostrarle más bellamente tu fidelidad que cultivando tu espíritu y tu corazón hasta donde alcancen tus fuerzas. Todo lo bello y bueno que aprendas, será un regalo para tu novio, porque dándole tu sér recibirá también tus cualidades... Pero soñando nadie ha ganado aún victoria alguna. ¿Sabes cuál es el rocío que vivifica las flores de la virtud? Pues... es el sudor...» Así dijo abuelita y yo avergonzada me alejé del hogar, y empecé á aprender canciones nuevas con la lira, ó las lecciones de mi maestra, más instruída que muchos hombres... ésta me enseñó con discursos y con escritos. Así pasó el tiempo, rápido torrente que como allá abajo el Nilo, muestra á veces dorada nave con gallardetes de colores, y otras voraces cocodrilos que causan espanto.

—Ahora bogamos en aquella nave de delicias: ¡ojalá se detuviera en ese instante el rápido curso del río! ¡Ojalá estuviéramos siempre como ahora! ¡Oh! preciosa niña, ¡con cuánta cordura hablas! ¡Qué bien comprendes las bellas enseñanzas que te dan y con qué donaire las repites!... Sí, mi Sapfó; estoy orgulloso de ti; en tu virtud tengo un tesoro que me hace mucho más rico que mi señor y hermano, á quien pertenece medio mundo.

—¡Tú, orgulloso de mí! ¡Tú, el augusto hijo de príncipe, el más bello, el mejor de toda tu raza!

—Pues no hallo en mí mérito mayor que el de que tú me creas digno de ti.

—¡Oh, dioses poderosos! ¿Cómo, decidme, puede contener este pequeño corazón felicidad tan abundante y colmada, sin partirse como urna henchida de pesado oro?

—Porque otro corazón, el mío, te ayuda á soportar la carga; porque tu alma se apoya en la mía. Con tal auxiliar, me río del mundo y de todas las molestias de la noche.

—¡Oh!... mira... no despiertes la envidia y enojo de los dioses, á quienes disgusta muchas veces la dicha de los mor-

tales. Desde que te fuiste hemos pasado muchos días de lágrimas. Los pobres hijos del buen Fanes, un niño hermoso como Eros, y una niña lindísima y sonrosada como nube teñida por la aurora, estuvieron algunos días en nuestra casa. Mi abuela se sentía rejuvenecida y de nuevo alegre viendo á los pequeñuelos tan frescos, tan lindos... yo les entregué el corazón, aunque pertenece á ti solo. ¡Es cosa particular el corazón!... Como el sol, reparte sus rayos entre muchos y sin perder luz ni esplendor, da á cada cual la parte que le corresponde. ¡Yo quería tanto á los hijos de Fanes!... Una noche estábamos sentadas solas con Teopompos en la g'neconitis, cuando sonó un gran alboroto en la puerta. El viejo Knakias, nuestro fiel esclavo, iba á abrir, cuando saltó el pestillo y una partida de guerreros entró por el vestíbulo en el perisilo, en la andronitis y de allí, derribando la puerta, hasta donde estábamos. Abuelita les enseñó aquella carta por la cual Amasis hizo de nuestra morada un asilo inviolable, pero ellos se rieron con escarnio de aquel documento, y presentaron un papel timbrado, que era una orden terminante del príncipe Psamtik de entregar inmediatamente á aquella turba los hijos de Fanes. Teopompos reprendió á los guerreros por su brutalidad, y les dijo que los niños que estaban de huéspedes en casa eran de Corinto, y que no tenían nada que ver con Fanes. Mas el capitán contestó á aquel hombre generoso con soberbia y escarnio, rechazó impertinente á mi angustiada abuela y fuese hasta el tálamo donde junto á las mejores alhajas que posee y á la cabecera de su propia cama, dormían los niños con plácido sueño... los arranca del lecho, y se los lleva á la capital en una barca abierta á pesar del relente de la noche. Pocas semanas después el niño había muerto; dicen que Psamtik le hizo matar. La pobre niña gime aún hoy en lóbrego calabozo, llorando por nosotras y por su padre. ¡Oh, amado mío!... dí... ¿no es duro que aun en la dicha más pura haya de colarse algún sinsabor? Ve cómo se confunden en mis ojos lágrimas de júbilo y de pena, y esta boca risueña pocos momentos há, es ahora el heraldo de profundo sentimiento.

—Comparto tus penas, hija mía, pero no me contento con afligirme como tú, débil mujer: lo que á ti te arranca ardien-

tes lágrimas, á mí, hombre, me hace cerrar la mano para repartir puñetazos. El lindo chicuelo que tanto amaste, y la pobre niña que llora en cárcel solitaria, no tardarán en ser vengados, no... Créeme... antes que el Nilo tenga una nueva crecida, poderoso ejército acampará en este país, pidiendo la expiación del asesinato cometido.

—¡Oh! ¡amado de mi alma!... ¡Cómo brillan tus ojos!... ¡No me pareciste nunca tan bello y bizarro! ¡Oh! sí... es preciso vengar al niño, y nadie debe vengarle sino tú.

—¡Cómo se vuelve batalladora mi delicada niña!...

—También á las mujeres les sienta bien la lucha con la fuerza brutal; también las mujeres pueden alegrarse de ver derribada la injusticia... Pero, dime; ¿habéis declarado ya la guerra?

—Aun no, pero ya van llegando algunas tropas al valle del Eufrates para unirse con nuestro gran ejército.

—¡Ay!... ¡Siento que me abandona el valor tan rápidamente inflamado!... Tiemblo á la sola palabra de guerra. ¡A cuántas madres arrebató los hijos! ¡A cuántas esposas les echa Ares el velo de viudas sobre el hermoso rostro! ¡Cuántos lechos se humedecen con el llanto, cuando Palas blande su horrible egida!

—Pero en cambio, ¡cómo crece el hombre en la empeñada lucha! ¡Cómo se ensancha el corazón y se robustece el brazo! ¡Qué júbilo para vosotras cuando el héroe amado vuelve á casa vencedor!... La esposa de un persa debe gozarse en las batallas, pues si le es cara la vida del esposo, más cara ha de serle aún su gloria de héroe.

—Ve á la guerra sin temor; mis preces te protegerán.

—Y á la causa justa pertenecerá la victoria. Primero batiremos el ejército del Faraón, luego libertaremos á la hija de Fanes...

—Y después al honrado Aristómajos que obtuvo el destino de éste. Ha desaparecido y nadie sabe á dónde ha ido á parar. Pero se decía que por haber amenazado al príncipe heredero á causa de los niños, éste le había encerrado en la tenebrosa noche de un calabozo; si no le ha desterrado á una lejana cantera, lo cual sería peor que la muerte. El pobre viejo ya fué expatriado sin culpa por obra de malvados ene-

migos. El mismo día que nos lo arrebataron llegó una embajada del pueblo espartano para reconducir al Eurotas con todos los honores conocidos en Grecia, á Aristónajos, á cuyos hijos debía Esparta tanta gloria. Una nave ordenada de coronas, esperaba al glorioso anciano, y como jefe de la embajada había venido su propio hijo ceñido de gloria.

—Yo he conocido á ese hombre de hierro que se mutiló para escapar á una ignominia que amenazaba su honor. Le vengaremos por la estrella de Anahita, que trémula va poniéndose allá hacia el Este.

—¡Oh! ¡amor mío! ¡Tan tarde es ya! Las horas me han pasado como un soplo que besa nuestra frente y huye. ¿No oyes llamar? Sí; nos están aguardando. Antes del alba debéis estar en la ciudad en casa del generoso amigo. ¡Adiós, héroe mío!

—¡Adiós, amada mía! dentro cinco días se entonará el canto de boda. ¡Pero estás temblando como si hubieras de partir para la guerra!

—Tiemblo ante la grandeza de nuestra dicha, como se tiembla ante todo lo inmenso.

—Rodopis llama otra vez... vámonos... he rogado á Teopompos que concierte con la anciana, según costumbre, el día de la boda, y el cómo y dónde debe celebrarse. Yo permaneceré incógnito en su casa hasta que te me llevaré como querida esposa.

—Y yo te seguiré.

Paseándose estaban á la mañana siguiente con su amigo Teopompos, cuando Zópiros exclamó:

—En toda la noche no he soñado más que con Sappó, dichoso Bardiya. No ví antes de ahora otro sér parecido. Cuando la vea Araspes, habrá de confesar que su Pantea fué sobrepujada. Mi nueva mujer de Sardes que yo creía una maravilla de Hermosura, ahora me parece un mochuelo. Auramazda es despilfarrador; con las prendas de Sappó hubiera

podido dotar largamente á tres beldades. ¡Y la gracia que me hizo cuando me dió las buenas noches en persa!

—Durante mi ausencia—dijo Bardiya,—ha aprendido el idioma de nuestro país con una susiana, esposa de un alfombrero babilonio domiciliado en Náukratis, para sorprenderme con este regalo pensadamente adquirido.

—Es una muchacha preciosa—dijo el negociante.—Mi difunta esposa quería á la chica como á su propio hijo, y le hubiera gustado casarla con él, que ahora está al frente de nuestra casa de Mileto, mas los dioses lo quisieron de otro modo; ¡cuánto gozaría la difunta, viendo las coronas nupciales en la casa de Rodopis!

—¿Es decir que tenéis la costumbre de adornar con flores la casa de la novia?—preguntó Zópiros.

—Ciertamente—contestó Teopompos.—Cuando encontréis una puerta con guirnaldas, sabed que se trata de una boda; cuando veais que lleva suspendido un ramo de olivo, es que allí ha nacido un varón, y una hembra cuando se suspende una venda de lana. Una vasija con agua delante de una puerta, indica que en la casa hay un muerto... Pero se acerca la hora del mercado... os he de dejar, amigos míos... negocios de importancia me llaman.

—Te acompañaré—exclamó Zópiros;—y de paso encargaré las coronas para la casa de Sápfo.

—¡Ja, ja, ja!...—dijo riendo el milesio.—¡Deseas ver á las floristas!... ¡Oh! no hay por qué negarlo. Si lo deseas, ya puedes acompañarme si gustas, pero te suplico seas menos generoso que ayer y tengas en cuenta tu disfraz que podría ser peligroso, si llegaren noticias ciertas de la inminencia de la guerra.

El heleno se hizo calzar las sandalias por un esclavo, y fué al mercado en compañía de Zópiros para volver solo pocas horas después. Algo grave debía de haber pasado, porque á los amigos que habían quedado en casa les pareció que venía muy serio aquel hombre tan jovial por lo común.

—Me he encontrado con que reinaba gran efervescencia en la ciudad—empezó á referir,—porque corría el rumor de que Amasis estaba mortalmente enfermo. En el momento de reunirnos en la bolsa ⁷¹ (para dejar cerrados algunos nego-



cios y realizar yo con la rápida venta de todas mis provisiones cuyo precio había subido mucho, pingües sumas, que hubiera destinado á la compra de géneros, en cuanto bajaran los precios en la seguridad de una guerra, y para esto, puede serme muy útil el tener la primera noticia de los armamentos de tu augusto hermano,) en aquel momento, digo, llega de repente el alcalde con la noticia de que Amasis no está sólo enfermo, sino desahuciado de los médicos y aguardando su última hora. Tal vez no pase un minuto sin traernos la nueva del fallecimiento del rey y de un cambio grave en la marcha de las cosas. La muerte de este monarca es la mayor pérdida que pueda cabernos á los helenos, porque nos profesaba gran amistad y nos favorecía cuanto le era posible, mientras que su hijo, enemigo declarado de los griegos, hará cuanto esté de su parte para desterrarnos de Egipto. Náukratis con sus templos le es odiosa. Si no le hubiese detenido su padre, y no le fueran indispensables los mercenarios griegos, nos hubiera expulsado del reino mucho tiempo há, porque nos detesta. Cuando Amasis haya muerto, la ciudad entera acogerá con júbilo á los ejércitos de Kambises, pues sabemos por lo que pasa en mi patria, que soléis apreciar y amparar también en sus derechos á los que no son persas.

—Yo procuraré—dijo Bardiya,—que mi hermano confirme todos vuestros fueros antiguos, y os conceda libertades nuevas.

—¡Que venga pronto!—exclamó el heleno.—Sabemos que Psamtik, en cuanto pueda, nos mandará derribar nuestros templos que para él son abominables; la construcción del edificio del culto griego en Menfis ha sido prohibida tiempo há.

—Pero aquí los hemos visto magníficos al volver del puerto—dijo Daríos.

—Tenemos varios... ahí viene Zópiros con mis esclavos, cargados de coronas. ¡Qué cara de risa trae! ¡Debe de haberse divertido extraordinariamente con las floristas!... ¡Una mañana alegre, eh! La triste nueva que aflige á Náukratis no parece preocuparte mucho.

—Viva mil años Amasis—repuso Zópiros,—pero si muere

no podrán vigilarnos tanto, ocupados en otras cosas. ¿Cuándo iréis á ver á Rodopis, amigos?

—En cuanto oscurezca.

—Presentad á la noble señora estas flores como regalo mío. Nunca presumí que una anciana pudiera embelesarme de tal modo. Suenan todas sus palabras como suave música, y aunque graves y sabias, se insinúan con tal zalamería en el oído como agradable chiste. No quisiera acompañarte esta vez, Bardiya, porque no te serviría más que de estorbo. Y tú, ¿qué has determinado, Daríos?

—Yo no quisiera perder una conversación con Rodopis.

—No he de criticarte por ello; yo sé que tú todo lo quieres saber y aprender, mientras yo sólo pienso en gozar. ¿Queréis dispensarme por esta noche, amigos? Ya veis que...

—Lo sé todo—dijo Bardiya, interrumpiendo á su amigo calaverón,—hasta ahora sólo has visto de día á las floristas, y quieres saber qué tal parecen á la luz de la lámpara.

—Eso es—repuso Zópiros afectando seriedad.—En este concepto soy esudoso como Daríos.

—Si es así, diviértete mucho con las tres hermanas.

—No, no, solamente con Estebanica la menor.

Era la del alba cuando Bardiya, Daríos y Teopompos salieron de la casa de Rodopis. Un noble heleno, Silosón, hermano de Polikrates, desterrado de su país por este tirano, había pasado con ellos la noche y en su compañía volvió á Náukratis donde vivía desde algunos años.

Este hombre á quien su hermano, si bien le tenía en el destierro, no dejaba de proveer abundantemente de dinero, poseía la casa más lujosa de Náukratis y era muy conocido, tanto por su pródiga hospitalidad como por su fuerza y destreza, y se distinguía además por la belleza de sus formas y la suntuosidad de sus trajes. Todos los jóvenes de Náukratis tenían á honra imitar el corte y hasta los pliegues de los vestidos de Silosón. Desocupado, independiente como era, pasaba muchas noches en casa de Rodopis, que le contaba entre sus mejores amigos, y le había revelado el secreto de su nieta.

Acabábase de determinar que la boda se celebraría tranquila y sigilosamente á los cuatro días. Bardiya había ya comido el membrillo con su novia, que el mismo día hizo sacrificios á

Zeus, Hera y demás dioses patronos del matrimonio, con cuyas ceremonias quedaron formalizados los desposorios⁷². Silosón tomó á su cargo el proporcionar cantores de himeneo y porta-hachones. El banquete de boda había de prepararse en casa de Teopompos que representaba la del novio⁷³. Los preciosos regalos del príncipe habían sido entregados ya á la anciana. Bardiya, por su parte, renunció al considerable patrimonio de su amada á favor de Rodopis que á su vez lo rehusó de un modo terminante.

Silosón acompañó á los amigos hasta la casa de Teopompos é iba á despedirse de los mismos, cuando oyeron un gran tumulto en medio de la nocturna quietud de las calles. Poco después vieron á una ronda egipcia que llevaba á la cárcel á un hombre atado. El detenido parecía enojadísimo y gritaba desaforadamente, porque los guardias no hacían caso de su mal griego, ni de sus interjecciones proferidas en una lengua ininteligible para ellos.

Apenas Bardiya y Daríos hubieron percibido la voz del preso, corrieron á él, y reconocieron á Zópiros.

Silosón y Teopompos hicieron detener á la ronda, preguntando á su comandante qué delito había cometido el preso. El oficial que conocía, como todos los vecinos de Náukratis, al milesio y al hermano de Polikratis, les hizo una reverencia y contóles que el joven extranjero había perpetrado un homicidio.

Entonces Teopompos habló en secreto con el capitán haciéndole grandes promesas si dejaba en libertad al detenido, pero no pudo conseguir otra cosa que el permiso de hablar con él.

Apenas se hubieron acercado los amigos á Zópiros, le rogaron les contara aprisa lo ocurrido, y supieron que el calavera había ido á ver á las floristas al obscurecer, que había permanecido con su Estebanica hasta el alba, y salido luego á la calle. No bien hubo cerrado la puerta, fué asaltado por varios jóvenes que probablemente habían estado en acecho. Con uno de ellos que pretendía ser el galán de la niña, ya había tenido un altercado por la mañana. La moza echó fuera al moscardón dando las gracias á Zópiros cuando éste amenazó con una paliza al impertinente. En cuanto el ajemenida

se vió asaltado, desenvainó la espada y rechazó sin dificultad á los contendientes que iban armados sólo de bastones, pero tuvo la desgracia de herir al celoso que le embistió con ímpetu, y de tal gravedad que cayó al suelo pidiendo socorro á voz en grito clamando: «¡asesinos! ¡ladrones!» Acudió la ronda y quiso prender á Zópiros, mas éste no tenía ganas de entregarse buenamente. Excitado por el peligro en que se veía, el belicoso persa se abalanzó sobre los esbirros espada en mano, y ya se había abierto paso por en medio de ellos, cuando sobrevino otra ronda que le atacó en unión con la primera. Otra vez blandió la espada y partióle la cabeza á un egipcio; de un segundo tajo hirió en el brazo á un soldado; pero cuando alzó la espada para descargar un nuevo golpe, percibió de repente que le habían echado un lazo al cuello que iba estrechándose. En onces cayó sin sentido, y cuando volvió en sí, se vió atado, y hubo de seguir á los polizontes á pesar de su cédula y su apelación á Teopompos.

Terminada la relación, el milesio manifestó al joven su sentimiento por lo sucedido, asegurándole que su intempestiva belicosidad podía tener las más fatales consecuencias. Luego se dirigió otra vez al capitán, rogóle que aceptara su fianza por el preso, pero éste rechazó toda mediación y afirmaba que el menor miramiento para con el homicida pondría en peligro su propia existencia, como que en Egipto había una ley que conminaba con la pena capital al encubridor de un homicidio ⁷⁴. Añadió luego que debía transportar al criminal inmediatamente á Sais para entregarle al nomarjos (gobernador.)

—Mató á un egipcio—dijo para terminar el capitán,—y será juzgado por un tribunal superior egipcio. En todo otro caso estoy gustoso á tu disposición.

Mientras esto decía el capitán á Teopompos, Zópiros rogaba á sus amigos que no tuvieran cuidado por él.

—Os juro por Mitra—exclamó cuando Bardiya ofrecía darse á conocer para conseguir su libertad,—que sin titubear me clavaré la espada en el corazón si os entregáis por mí á esos perros egipcios. El rumor de la próxima guerra ha cundido ya por toda la ciudad. En cuanto Psamtik sepa qué pájaros preciosos tiene en sus manos, no vacilará un momento en

enjaularlos como rehenes. ¡Auramazda os conceda salud y bendición y pureza! Adiós, amigos, y acordaos alguna vez del alegre Zópiros que ha vivido por las armas y el amor, y va á morir por el amor y las armas.

El capitán entre tanto había vuelto á su puesto al frente de la sección que mandaba, dando á su gente la orden de partir.

Pocos minutos después, Zópiros había desaparecido de la vista de sus amigos.





CAPITULO XI

Según la ley egipcia, Zópiros debía ser condenado á muerte. En cuanto los amigos supieron esto, resolvieron partir inmediatamente para Sais y poner en juego cualquier ardid para libertar al preso. Silosón, que conocía la capital y hablaba egipcio, se ofreció espontáneamente á ayudarles cuanto pudiera.

Bardiya y Daríos se tiñeron el cabello y las cejas, pusiéronse unos sombreros de fieltro de anchas alas ⁷⁵ y vestidos griegos muy sencillos que les proporcionó Teopompos. De este modo quedaron desconocidos aun para los que les trataban.

Luego se fueron á encontrar á Silosón quien, con lujoso traje, les aguardaba á orillas del Nilo. Una hora después de la detención de Zópiros, entraron en una barca, propiedad de su nuevo amigo, con esclavos por remeros. Después de una corta travesía favorecida por el viento, y antes que el sol tocara el meridiano, llegaron á Sais, que descollaba como una isla sobre los campos inundados.

Allí desembarcaron en apartado sitio, y fueron primero á la barriada de los artesanos, que á pesar del gran calor del mediodía trabajaban con gran ahinco.

En el patio abierto de una tahona, se veían los oficiales panaderos amasando con los pies la pasta grosera, y con las manos la fina, mientras otros iban extrayendo del horno panes de todas clases, redondos y ovalados, y ponían los bollos en forma de ovejas, caracoles y corazones, en grandes canastas, de las que los ágiles mozos cargaban tres, cuatro ó cinco sobre su cabeza, para llevarlos con rapidez y seguridad á los parroquianos de los otros barrios ⁷⁶. Un carnicero degollaba delante de su casa un buey que tenía las piernas atadas; sus ayudantes se entretenían en afilar los cuchillos en muelas, para descuartizar una cabra montés. Alegres zapateros hacían señas desde sus tiendas á los transeuntes, que podían observar también cómo trabajaban los carpinteros, ebanistas, sastres y tejedores.

Las mujeres, llevando de la mano á sus niños desnudos, salían de las casas para ir á la compra. Más allá había un corro de soldados junto á un alojero, expendedor ambulante de fuertes bebidas ⁷⁷.

Nuestros amigos se fijaron poco en aquella actividad y animación. Iban silenciosos al lado de Silosón, cuando éste al llegar al punto de guardia de los mercenarios griegos, les rogó que le esperasen, pues casualmente había observado que estaba de guardia un taxiarjo, conocido suyo, y fué á preguntarle si sabía algo de un homicida llevado de Náukratís á Sais.

—Ciertamente—respondió el heleno;—hace apenas media hora que ha llegado aquí. Encontraron en su cinturón una bolsa llena, y se le cree un espía persa. Bien sabrás que Kambises se arma contra Egipto.

—¡No es posible!

—Es cierto. El faraón está ya enterado también; unos mercaderes árabes, cuya caravana llegó ayer á Pelusio, trajeron esta noticia.

—Que será tan falsa como la sospecha contra el lidio. A éste le conozco muy bien y siento mucho la desventura del pobre. Procede de una de las casas más ricas de Sardes, de donde huyó por una cuestión que tuvo con el sátrapa persa Oroetes, quien le persigue con su prepotente rencor. Ya te contaré toda la historia con todos sus pormenores el día que vayas á Náukratis á visitarme, que espero será pronto. Naturalmente te habrás de quedar algunos días y llevarás contigo á tus amigos. Mi hermano acaba de enviarme un vino de Samos que supera á cuantos puedes haber catado hasta ahora. Sólo para un paladar tan delicado como el tuyo reservo ese néctar.

El semblante del capitán se transfiguró, mientras decía estrechando la mano á Silosón:

—Por vida del perro, amigo, no nos haremos esperar y arremeteremos de firme con tus odres. ¿Qué te parece si convidáramos á Arjidike⁷⁸, las hermanas floristas y unas cuantas tocadoras de flauta?

—No faltará ninguna. Esto me hace recordar que las floristas son la causa de que el pobre joven lidio esté preso. Un patán celoso con varios compañeros, le asaltó delante de la casa de las hermanas. Mi fogoso lidio se defendió...

—¿Y derribó al agresor?

—Por manera que no se levantará más.

—¡Buen puño debe tener el muchacho!

—Llevaba espada.

—¡Tanto mejor para él!

—No, tanto peor, pues su víctima es un egipcio.

—Es un mal negocio que no acabará bien. El extranjero que mata á un egipcio, tiene la muerte tan segura, como el que está con la soga al cuello. Con todo, aún tendrá unos cuantos días de respiro. Los sacerdotes ocupados en las plegarias por el moribundo, no tienen tiempo para celebrar juicio.

—No sé lo que daría por socorrer al pobre muchacho. Conozco á su padre...

—Y en el fondo no ha hecho más que cumplir como bueno; nadie debe dejarse apalear.

—¿Sabes en qué cárcel está el pobre?

—Sí; como en la cárcel grande están practicando algunas obras, le han encerrado provisionalmente en el granero que hay entre el cuartelillo de la guardia real y el bosque del templo de Neith. He visto como le conducían allí, pues llegó en este momento.

—El es atrevido y fuerte; ¿no podría escapar si se le ayudase?

—¡Imposible! La estancia en que le han metido, tiene la altura de dos pisos, y su única ventana da al bosque de la diosa que, como sabes, está rodeado de una muralla de diez pies de alto, y custodiado como un tesoro. En todas las puertas hay dos centinelas. Sólo no hay necesidad de ellos en los puntos donde el agua baña la muralla en la época de la inundación. Esos brutos, adoradores de animales, son precavidos como los aguzanieves.

—Es lástima, pero deberemos abandonar á su suerte al pobre muchacho. Adiós, Démones, y no te olvides del convite.

El samio salió del cuerpo de guardia para juntarse otra vez con sus amigos, quienes le esperaban con impaciencia, y les comunicó sus informes que escucharon con gran ansiedad. En cuanto el heleno hubo terminado la descripción de la prisión, dijo Daríos:

—Creo que con un poco de atrevimiento podremos salvar á Zópiros. Es listo como un gato y fuerte como un oso.. Tengo mi plan.

—Dínoslo—dijo Silosón;—yo tengo también alguna esperanza.

—Compraremos unas escalas de cuerda, bramante y un buen arco; lo llevaremos todo á la barca, y cuando obscurzca iremos al punto no vigilado de la muralla del templo.

Vosotros me ayudaréis á trepar y llevaréis los objetos comprados; soltaré un grito de águila, por el cual Zópiros me conocerá en seguida, porque estamos acostumbrados desde niños á llamarnos con ese grito en nuestras cacerías y excursiones; tiraré la flecha con el bramante por su ventana... no dejo de acertar nunca... diré al amigo que baje el

bramante cargado y lo ataré á la escala. Entonces Zópiros la subirá y la fijará con un clavo de hierro que le daremos también, porque no puede saberse si en el calabozo hay algo con que sujetar la escala; luego él bajará corriendo hacia el punto donde vosotros esperaréis con la barca, y subiendo con auxilio de la segunda escala, que deberá permanecer allí, saltará á la barca y hétele salvado.

—¡Magnífico, excelente!...—exclamó Bardiya.

—Pero muy peligroso—añadió Silosón.—Si nos cogen en el bosque sagrado, nos castigarán severamente. Los sacerdotes celebran allí de noche unas fiestas misteriosas de las que excluyen con rigor á los profanos. Con todo, dicen que el estanque del bosque es el teatro de la fiesta, y éste está bastante apartado de la prisión de Zópiros.

—Tanto mejor—dijo Daríos;—pero ahora vamos á lo principal. Debemos mandar recado inmediatamente á Teopompos, suplicándole nos flete una trireme veloz y la tenga preparada para darse á la vela. La noticia de los preparativos de Kambises ha llegado aquí; nos tendrán por espías y perseguirán con empeño á Zópiros y sus libertadores. Sería, pues, temerario, exponernos inútilmente á graves peligros. Tú, Bardiya, llevarás el recado, y hoy mismo te casarás con Sapfó, pues mañana, suceda lo que quiera, deberemos salir de Náukratis. No acepto objeción alguna, amigo mío, hermano mío; conoces nuestro plan y sabes que en la obra de salvación que no puede llevarse á cabo sino por uno solo, serías espectador ocioso. Yo he discurrido el plan, y no me dejo arrebatar la tarea de realizarlo. Mañana nos veremos, pues Auramazda protege la amistad de los puros.

Por largo rato se negó Bardiya á abandonar á los compañeros; finalmente, empero, cedió á los ruegos é instancias de todos, y fuese en dirección á la orilla para alquilar una barca que le llevara á Náukratis, mientras Silosón y Daríos compraban los instrumentos para la evasión de Zópiros.

Para llegar al paradero de las lanchas de alquiler, el príncipe hubo de pasar por delante del templo de Neith, cosa algo difícil porque el pueblo estaba agolpado ante la puerta de la habitación de los dioses. Cuando Bardiya á fuerza de empujones, hubo llegado hasta los obeliscos que estaban

junto á la entrada del templo, adornada con el disco solar alado y banderas ondulantes, se vió detenido por los sacerdotes encargados de mantener despejada la vía procesional entre las hileras de esfinges. Abriéronse las gigantescas hojas del pilono, y Bardiya que contra su voluntad fué empujado hasta las primeras filas de espectadores, vió salir del templo un séquito brillante y la vista inopinada de muchas caras conocidas ocupó su atención de tal manera que apenas notó la falta de su pétaso, que le robaron con los empujones. De la conversación de dos mercenarios jonios que estaban detrás de él, comprendió que la familia de Amasis había ido al templo para hacer plegarias y sacrificios por el moribundo rey.

Unos sacerdotes ataviados ricamente y vestidos de pieles de pantera ó talares blancos, precedían á la procesión. Seguíanle los maceros de palacio, con bastones de oro en cuyos extremos se hallaban clavadas plumas de pavo real y flores de loto de plata. Luego venían unos pastóforos llevando en andas una vaca de oro ⁷⁹, el animal de Isis, ante cuyo objeto sagrado la muchedumbre se inclinó con reverencia. Después pareció la reina en traje sacerdotal, llevando en la cabeza un rico tocado con el alado disco solar y las serpientes ureas, en la mano izquierda un sagrado sistro de oro para ahuyentar con su ruído á los demonios del mal ⁸⁰, y en la mano derecha, flores de loto. Seguían á la augusta señora, la esposa, la hija y la hermana del gran sacerdote, ataviadas de un modo parecido, aunque con menos suntuosidad ⁸¹. Luego pareció el príncipe heredero en rico traje de ceremonia. Detrás de él, cuatro sacerdotes jóvenes vestidos de blanco llevaban en una litera abierta á Tajoí, hija de Amasis y Ladike, y hermana adoptiva de Nitetis. Las mejillas de la enferma estaban ligeramente coloradas por el fervor del rezo y el calor del día de verano, y sus ojos azules, cuajados de lágrimas y fijos en el sistro, que sus débiles manos demacradas apenas podían sostener.

Un murmullo de simpatía cundió por la muchedumbre, que tenía gran apego al rey moribundo y tributaba á su joven y endeble hija aquella compasión que se concede tan fácilmente á los jóvenes enfermizos, sobre todo cuando pare-

cen haber nacido para la grandeza y la majestad. Muchos ojos se humedecieron cuando la bella enferma pareció, y ésta debió de notar la simpatía del pueblo, pues apartándose los rizos, miró á la multitud con amabilidad y agradecimiento. De repente, truécase su rubor en palidez mortal, y el instrumento de oro cae de sus manos con estrépito sobre las losas de la calle, precisamente á los pies de Bardiya. El joven comprendió que le había conocido y pensó un instante en esconderse detrás de sus vecinos, pero sólo un punto dudó y pronto se sobrepuso la caballería á todo recelo. Con la rapidez del pensamiento, se precipitó sobre el sistro y despreciando el peligro que corría de ser conocido, presentólo á la princesa enferma.

Tajot, antes de recibir de sus manos el hallazgo de oro, le miró como interrogándole; luego le dijo, tan bajo que sólo él pudo oírla:

—¿Eres Bardiya?... Por tu madre, te pregunto, ¿eres Bardiya?

—Soy—contestó éste no menos quedo,—soy Bardiya, tu amigo.

No pudo decir más porque los sacerdotes le empujaron hacia fuera, y le obligaron á confundirse de nuevo con la masa del pueblo. Vuelto á su sitio, observó que Tajot, cuyos portadores echaron á andar, volvía la cabeza para mirarle. Sus mejillas se habían encendido de nuevo y con los ojos brillantes buscaba á su amado. Este no evitó aquella mirada, y después de recoger un capullo de loto que la enferma le tiró, se abrió calle con vigoroso empuje á través de la multitud, cuya atención había llamado con la celeridad de sus gestos.

Un cuarto de hora después, se hallaba sentado en una barca que había de llevarle á celebrar su boda con Sapfó. Su temor por Zópiros había desaparecido; ya le consideraba salvado. Sentía en su corazón, á despecho de los peligros que le amenazaban, extraordinario júbilo, sin saber por qué.

Entretanto, la enferma princesa había vuelto á su casa y se había hecho quitar el traje de fiesta que la agobiaba. Lleváronla luego en un sofá á un balcón de palacio, donde ro-

deada de plantas frondosas y protegida por una cortina, se complacía en pasar el rato en los días de calor.

Desde allí, abarcaba su vista la gran plaza que había delante del palacio, bajo cuyos árboles rebullía en aquel momento multitud numerosa de sacerdotes y cortesanos, jefes del ejército y de la administración civil. El ansia y la curiosidad se pintaban en todos los rostros, porque iba acercándose para Amasis su hora postrera. Tajot, con el oído que aguzaba la fiebre, percibió mucho de lo que se decía debajo del balcón donde estaba sin que nadie lo advirtiera.

Ahora que era de temer la pérdida del rey, todos, hasta los sacerdotes, se deshacían en su elogio, ponderando su sabiduría, lo atrevido de sus nuevas creaciones, lo acertado y prudente de sus medidas gubernativas, la incansable asiduidad y moderación que había mostrado siempre, y la agudeza de su ingenio.

—¡Cuánto creció en prosperidad Egipto bajo su cetro!—dijo un gobernador de provincia.

—¡Qué gloria para nuestras armas, la conquista de Kipros y la guerra contra los libios!—exclamó un general.

—¡Con qué esplendidez ornó nuestros templos! ¡Cómo veneraba á la diosa de Sais!—añadía un sacerdote de Neith.

—¡Qué condescendiente y afable era!—decía un cortesano.

—¡Con qué habilidad supo conservar la paz con las grandes potencias!—exclamaba á su vez el ministro de Estado, mientras el de Hacienda enjugándose una lágrima, añadía:

—¡Y cuán sabiamente economizaba los ingresos del país! Desde Ramses III ⁸² acá, nunca estuvieron tan repletas las arcas.

—Psamtik tendrá una grande herencia, cuchicheó el cortesano.

E interrumpióle el guerrero:

—Que seguramente no gastará en muy gloriosas empresas; el príncipe heredero se sujeta completamente á la voluntad de los sacerdotes.

—Te equivocas—replicó el siervo de Neith;—de algún tiempo á esta parte, nuestro señor parece desdeñar los consejos de sus más leales servidores.

—Después de tal padre—dijo el nomarjos,—le será difícil

granjearse el aprecio general. No á todos les cupo en suerte el espíritu elevado, el acierto y la sabiduría de un Amasis.

—Los dioses lo saben—murmuraba el guerrero.

Tajot oyó todas esas palabras y dió libre curso á su llanto, pues veía confirmado lo que le ocultaran hasta ahora; estaba próxima á perder á su querido padre.

Con esa terrible certidumbre, y después de rogar en balde á sus sirvientas que la condujeran al lecho del enfermo, apartó su oído de la conversación de los palaciegos, y contempló como buscando consuelo, el sistro que Bardiya le pusiera en la mano y que se llevó al balcón. Y halló realmente lo que buscaba, porque le parecía que el sonar de los anillos de oro del sagrado instrumento, le arrebatában de este mundo á un risueño paisaje del sol.

Habíase apoderado de ella para embellecer sus últimas horas con gratos ensueños, aquella flojedad parecida al desmayo, que sobreviene con frecuencia á los tísicos.

Las esclavas que con abanicos y plumeros ahuyentaban las moscas de en torno de la niña adormecida, afirmaron más tarde que no habían visto nunca á Tajot tan hermosa y linda como en aquel momento.

Haría como una hora que estaba así, cuando su respiración se hizo profunda y estertorosa, tosió ligeramente, y arrojó una bocanada de sangre clara sobre su blanco vestido. Con esto despertó y miró á los presentes con asombro y extrañeza. Y como viera á su madre Ladike, que en aquel instante se acercaba al balcón, le dijo sonriendo:

—¡Oh, madre! ¡qué dulce ensueño he tenido!

—¿De modo que le ha probado bien á mi querida hija el paseo al templo?—preguntó la reina temblando, al ver las gotas de sangre en los labios de la enferma.

—¡Oh, madre!... ¡muy bien!... porque le he visto.

Ladike echó una mirada angustiada á las criadas de su hija, como preguntando si se había alterado su razón.

Tajot notó esta mirada, y dijo con viveza febril:

—¿Crees que desvarío, madre mía? Pues no sólo estoy segura de haberle visto, sino que le he hablado. Me entregó el sistro diciendo que era mi amigo. Luego recogió mi ca-

pullo de loto y desapareció entre el gentío. No me mires tan acongojada y atónita, madre; digo la verdad... no lo he soñado. ¿Oyes? Tentrut le ha conocido también. Ciertamente habrá venido á Sais por mí... El oráculo de los niños que hallamos en la plaza del templo, no me engañó. Ahora no siento dolencia alguna, y he soñado que estaba acostada en un campo de adormideras en flor, tan encarnadas como la sangre de los corderos del sacrificio... Bardiya estaba junto á mí y Nitetis arrodillada delante de nosotros, tocando melodías maravillosas en una «nabla» de marfil. También en el aire vibraba un sonido, que me hizo el efecto de un beso de Horos, el buen dios de la mañana, de la primavera, de la resurrección. Sí, te digo, madre, que no tardará en venir, y cuando yo esté buena... entonces... entonces... ¡ay, madre!... me muero.

Ladike hincó las rodillas junto al lecho de su hija imprimiendo ardientes besos sobre los ojos empañados de la joven.

Una hora más tarde se hallaba junto á otro lecho, el de su esposo moribundo. Las facciones del rey estaban desfiguradas por los largos padecimientos; un sudor frío cubría su frente y sus manos crispadas se cogían á los leones de oro que formaban los brazos del sillón-cama en que se hallaba tendido.

Cuando Ladike entró en el aposento, Amasis abrió los ojos, que á pesar de la pasada ceguera, brillaban vivos y chispeantes de ingenio.

—¿Por qué no me traes á Tajot?—preguntóla en tono seco.

—Está muy pálida y sufriendo para...

—¡Ha muerto!... Entonces está buena; la muerte no es un castigo, es el objeto final de la vida, el único fin que alcanzamos sin trabajo, mas los dioses saben á costa de cuántos sufrimientos! Rá se la lleva á casa en su barca con sus fieles, y Osiris la acogerá, porque era inocente. También Nitetis ha muerto. ¿Dónde está la carta de Nebenjari? Aquí puedes leer: «Ella misma se quitó la vida y murió profiriendo una gran maldición sobre ti y los tuyos. Esta noticia que es tan verdadera como mi odio contra ti, te la envía de Babilón á Egipto el pobre desterrado, escarnecido y despojado ocu-

lista...» Oye mis palabras, Psamtik; deja que te diga tu padre moribundo que toda injusticia que te proporciona un adarme de goce en la tierra, te carga la hora de la muerte con una arroba de desesperación. Por causa de Nitetis, sobrevendrá una horrible desgracia. La nueva de los mercaderes árabes es cierta. Kambises se arma contra nosotros y caerá sobre Egipto, cual viento abrasador del desierto. Mucho de lo que he creado, sacrificando á ello el sueño de mis noches y la savia de mi vida, será destruído; no obstante, no habré vivido en balde, pues durante cuarenta años, he sido el padre cuidadoso, el bienhechor de un gran pueblo. Los siglos venideros recordarán el nombre de Amasis, como el de un rey grande, sabio y filantrópico, y en mis construcciones de Sais y Tebas leerán con admiración el nombre de su fundador, y alabarán la plenitud de su poderío. Osiris y los cuarenta y dos jueces del infierno, no han de condenarme tampoco... la diosa de la verdad, la señora de la balanza ⁸³, hallará, sin duda, que el peso de mis buenas acciones aventaja al de las malas.

El rey suspuró y calló largo rato. Luego mirando á su esposa, con entrañable ternura, dijo:

—Tú, Ladike, has sido mi esposa fiel y virtuosa. Te lo agradezco, y te pido perdón por muchas cosas. Alguna vez hemos dejado de entendernos. Me ha sido más fácil á mí, hacerme cargo de la índole de tu pueblo, que á ti comprender el carácter egipcio. Tú sabes cuanto aprecio el arte de tus paisanos, y cuanto me gustaba conversar con tu amigo Pitágoras, que había penetrado hasta el fondo de cuanto sabemos y creemos, y adoptado gustoso mucho de ello. El, que había comprendido la profunda sabiduría de nuestras doctrinas, las cuales me parecen más sagradas que todo lo demás que conozco, se guardaba muy bien de burlarse de las verdades que el clero oculta al pueblo con exagerado afán; éste se inclina de buen grado ante lo incomprensible y los que lo enseñan; pero, ¿no sería más bello y noble enseñarle la verdad y elevarle en lugar de humillarle? Es cierto que los sacerdotes tendrían entonces menos dóciles servidores, pero los dioses hallarían fieles más libres y dignos. A nuestro culto de animales no has podido aficionarte nunca; me

parece, empero, más justo y más digno del hombre adorar al Criador en su criatura, que en unas estatuas de piedra. Vuestros dioses, además, se hallan sometidos á todas las flaquezas humanas, hasta el punto de que yo hubiera hecho bien infeliz á mi reina, si hubiese vivido como un Zeus helénico.

Al decir esto el rey, se sonrió y continuó luego:

—¿Y sabes el origen de esto? Los helenos buscan ante todo la bella forma, razón por la cual no aciertan á distinguir bien el alma del cuerpo, que consideran lo más superior de todo lo creado, hasta el punto de afirmar que un alma bella sólo puede residir en un cuerpo bello. Así sus dioses no son más que hombres engrandecidos, mientras nosotros consideramos á la divinidad en la naturaleza, y en nosotros mismos como fuerza inmaterial. Entre ésta y el hombre, se halla el animal que no obra como nosotros según la letra, sino según las eternas leyes naturales. Aquélla es obra del hombre, y estas de la divinidad. ¿Y quién de nosotros aspira con tanto afán á la libertad que es el supremo bien, como los animales? ¿Quién vive de un modo tan uniforme, de generación en generación, sin enseñanza ni doctrina, como ellos?

Aquí sintió el rey que la voz le faltaba, y después de una corta pausa, prosiguió:

—Siento que mi fin se acerca; basta, pues, de estas cosas. Voy á darte mis últimos consejos, hijo y sucesor mío. Síguelos, pues la experiencia los dicta. Pero, ¡ay! he visto centenares de veces en mi larga vida, que son inútiles todas las reglas que otros nos dén. Nadie puede acumular experiencia para otro. Sólo la propia, escarmienta; sólo las propias pérdidas le hacen á uno precavido. Subes al trono en edad madura, hijo mío, y has tenido tiempo de reflexionar sobre lo justo y lo injusto, sobre lo saludable y lo nocivo, viéndolo y comparándolo todo. Así no quiero darte reglas generales de conducta; me contentaré con algunos consejos sobre ciertos puntos particulares. Te los ofrezco con la mano derecha, aunque temo que has de tomarlos con la izquierda.

Ante todo has de saber que en estos últimos meses, durante mi ceguera, afecté indiferencia por lo que hacías, y con buena intención te dejaba completa libertad de obrar. Rodopis me contó un día una fábula de su maestro Esopo: «Un

viandante encuentra á un hombre y le pregunta cuánto tiempo necesitaba para llegar á la próxima villa.—¡Anda, anda!—Pero quisiera saber cuándo llegaré á la ciudad.—¡Anda, anda!... El viandante le dejó indignado y soltando interjecciones. Apenas hubo echado á andar, el otro fuese trás él y gritó:—En una hora llegarás á la ciudad: para contestar á tu pregunta necesitaba ver cómo andas.»

Para tu bien tuve presente esta fábula, y en silencio he observado tu manera de gobernar, con el intento de decirte si andas demasiado aprisa ó con sobrada lentitud. Ahora sé lo que quería y puedo añadir éste á mis otros consejos: Examínalo todo por ti mismo. Todo hombre, y especialmente un rey, tiene el deber de enterarse por sí mismo de cuanto se refiere á las personas cuya ventura está á su cargo. Tú, hijo mío, miras demasiado con ajenos ojos, y oyes demasiado con ajenos oídos; acudes poco á las primeras fuentes. Tus consejeros, los sacerdotes, no quieren ciertamente sino lo bueno, pero... te ruego Neithotep que nos dejes un momento solos...

Cuando el gran sacerdote se hubo alejado, el rey prosiguió: —Quieren lo bueno, pero solamente lo que es bueno para ellos. Mas nosotros no somos los reyes de los sacerdotes y de los grandes, sino del pueblo entero. No escuches, pues, exclusivamente á esa casta orgullosa; entérate por ti mismo de lo que hace falta á los egipcios, de lo que esperan y desean; lee tú las peticiones y nombra gobernadores leales y populares. Si conoces con exactitud el estado del país, no te será difícil gobernar bien. Limitate á escoger buenos funcionarios; yo ya he introducido la división más conveniente al reino; nuestras leyes son buenas y probadas. Atente á ellas y no te fíes de nadie que pretendiere ser más sabio que la ley, pues te digo que la ley es en todas partes y en todos tiempos, más sabia que el individuo y quien la infringe merece ser castigado. Nadie siente mejor esa verdad que el mismo pueblo, que se sacrifica por nosotros con tanto más gusto, cuanto más de buen grado sacrificamos nuestra voluntad á la ley. Tú no haces caso del pueblo; cierto que su voz suele ser áspera, mas no es menos cierto que suele tener también ideas sanas; desconoce la mentira y á nadie le hace más falta la verdad que á un rey. Cuanto más obedezca el Faraón

á los sacerdotes y cortesanos, más lisonjeado se verá, pero el que procure cumplir los deseos del pueblo, aun cuando tenga que sufrir mucho de los que le rodean, tendrá el aplauso de su propio corazón y será glorificado por las generaciones venideras. Muchos errores cometí; pero los egipcios me llorarán porque yo conocía sus necesidades y cual padre he pensado en su bienestar. A un rey que conozca su deber, le es fácil y grato conquistarse el cariño del pueblo, y es por el contrario tarea ingrata aspirar al aplauso de los grandes y casi imposible granjearse la benevolencia de unos y otros.

No olvides un momento, te repito, que tú y los sacerdotes existís para el pueblo, y no éste para los sacerdotes y el rey. Respeta la religión por lo que es en sí, y como fundamento esencial de la obediencia de los pueblos á los reyes, pero muestra á sus ministros que no los consideras como representantes, sino como simples servidores de la divinidad. Ellos han sabido sobreponerse á ella en la conciencia de la multitud, y han hecho de los egipcios dóciles siervos del clero, no servidores de los dioses, y esta su obra de miles de años, no puede ser contrarrestada por ningún poder real; mas sí nos es posible impedir su intento de subordinar la vida del Estado á sus fines particulares. Créeme, hijo; el clero está pronto, siempre que ve en peligro el poderío de su casta, á perjudicar y aun á destruir la prosperidad de la nación.

Conserva lo antiguo, como manda la ley, pero no cierres jamás la puerta del reino á lo nuevo, si es mejor; los temerarios rompen sin reflexionar con lo tradicional, y á los locos sólo parece bueno lo nuevo y extraño; los mentecatos ó los privilegiados egoístas, se aferran incondicionalmente á lo antiguo, y llaman pecado á todo progreso; sólo el sabio procura conservar lo probado por la experiencia, eliminar lo desgastado é introducir lo bueno, proceda de donde quiera. Sea esta tu regla de conducta, hijo mío. Los sacerdotes tratarán de hacerte retroceder, y los helenos de empujarte hacia delante; concíliate la voluntad de ambos partidos, mas guárdate de permanecer entre ambos siguiendo hoy á éste, mañana á aquél. Quien desea sentarse en dos sillas á la vez, da bien pronto con su cuerpo en el suelo. Has de tener á un partido por amigo, y á otro por enemigo, pues si intentas estar bien

con los dos, pronto los tendrás á los dos por enemigos. Está en la naturaleza humana odiar á los que hacen bien á nuestros adversarios.

En estos últimos meses que has gobernado con independencia, ofendiste á los dos bandos con tus malhadadas vacilaciones. Quien anda como los niños, ora avanzando, ora retrocediendo, llegará tarde y fatigado antes de tiempo. Yo he sido partidario de los helenos, y me he opuesto á los sacerdotes, hasta que sentí llegada mi hora postrera. En el agitado bullir de la vida, parecióronme especialmente útiles los griegos, valientes é ingeniosos; en la hora de la muerte, necesito de los que despachan el pasaporte para la eternidad. Que los dioses me perdonen si ni aun en mi instante postrero, puedo prescindir de mi lenguaje que parece frívolo. Ellos me han hecho cual soy, y así me han de tomar. Yo me froté las manos de gusto cuando subí al trono, tú puedes colocar la tuya sobre el corazón. Llama ahora á Neithotep; os he de decir una cosa á ambos.

Cuando el gran sacerdote estuvo á su lado, el rey le alargó la mano, diciendo:

—Me despido de ti sin rencor, aunque opino que has sido mejor sacerdote que hijo de la patria y servidor de tu rey. Paréceme que Psamtik te obedecerá más que yo; una cosa, empero, encarezco á ambos. No despedáis á los mercenarios griegos hasta que con su ayuda hayáis vencido á los persas. Mi anterior presagio es de ningún valor, porque cuando uno va á morir pierde la serenidad y ve las cosas muy negras. Sin las tropas auxiliares estaréis perdidos sin esperanza; con ellas, no es imposible que venza el ejército egipcio. Sed prudentes y recordad á los jonios, que á orillas del Nilo combaten por la libertad de su propia patria. Victorioso, Kambises no se contentara con Egipto; en cambio, una derrota de los persas puede traer también la libertad á los jonios avasallados. Ya sabía yo que me darías la razón, Neithotep, porque en el fondo eres buen egipcio. Ahora te suplico me leas las sagradas oraciones. Me siento muy acabado... pronto habré terminado mi carrera... ¡Ojalá pudiera olvidarme de la pobre Nitetis!... ¿Tuvo derecho á maldecirnos? Los jueces de los muertos y Osiris tengan piedad de nuestras almas...

Siéntate acá, Ladike, y coloca tu mano sobre mi ardiente cabeza;... tú, Psamtik, jura en presencia de estos testigos que respetarás y estimarás á tu madrastra cual si fueras su propio hijo... ¡Pobre mujer!... No debieras tardar en juntarte conmigo en el reino de Osiris... ¿qué puedes desear ya en esta tierra, sin esposo, sin hijos? Hemos educado á Nitetis como á nuestra propia hija, y sin embargo, nos vemos castigados por ella, tan duramente... Mas su maldición pesa sobre los dos... no sobre ti, Psamtik... no sobre tus hijos... Traedme ahora á mi nieto... Creo que he soltado una lágrima... ¡y cuánto cuesta separarse de las cosas pequeñas á que nos hemos acostumbrado!

Un nuevo huésped llegó aquella misma tarde á casa de Rodopis, Kalías hijo de Fénipos, el que nos enteró de lo ocurrido en los juegos olímpicos.

El jovial ateniense acababa de llegar de su país, y como amigo antiguo y probado, fué acogido con gusto por la anciana que le inició en el secreto de la boda. Como Knakías, el viejo esclavo, sabía que el nuevo huésped era siempre bien venido, aunque había plegado dos días há la bandera de recibimiento, lejos de rechazarle como á las demás visitas, le condujo inmediatamente á presencia de la señora.

El ateniense traía muchas nuevas que narrar. Cuando Rodopis se fué á sus quehaceres, llevó al jardín á su favorita Sappó para aguardar allí bromeando y chanceando á su querido novio. Como éste tardaba y la joven empezaba á impacientarse, Kalías llamó á la vieja Melita (que estaba mirando en dirección de la ciudad, con mayor ansia aún que la niña,) para que trajera al jardín el instrumento de cuerda que él había traído consigo.

Después de presentar á la joven la linda guitarra de oro y marfil, dijo sonriéndose:

—Este magnífico instrumento lo mandó construir expresamente por encargo mío su inventor, el divino Anakreón. Lo llama «bárbiton»⁸⁴, y saca de él divinas melodías, que resonarán aún en el reino de las sombras. A ese poeta que con-

sidera su vida como un prolongado sacrificio ofrecido á las Musas, á Eros y á Dionisos, le hablé de ti, y he debido prometerle te entregaría como regalo suyo, las siguientes coplas que para ti ha compuesto. Escucha:

«La hija de Tántalos fué convertida en roca en la tierra frigia y transformada en ave, recorría los aires en tiempos antiguos la hija de Pandión. Mas yo quisiera convertirme en espejo, para que me miraras siempre; ó en vestido para que me llevaras siempre; quisiera ser el agua en que te bañas, y la pomada con que te ungas, el cinturón con que te ciñes y la perla que adorna tu cuello, y aun el zapato que te has calzado, contento de que me tocara tu pie.»

—¿Te parece impertinente el vate?

—¿No se les ha de conceder cierta libertad á los poetas?

—Sobre todo á un poeta como éste.

—Que sabe escoger por emisarios de sus coplas á un cantor tan cabal.

—¡Lisonjera!... cuando yo tenía veinte años menos, había motivo para celebrar mi voz y mi canto; mas ahora...

—Tú quieres que te alabe otra vez, pero no me dejaré seducir. Dime, ahora, si ese «bárbiton,» como le llamas, sirve también para acompañar con sus dulces acentos otras coplas que no sean las del vate de Teos.

—Cierto que sí; toma el plectro y prueba tú misma de tocar las cuerdas, aunque para tus delicados dedos son algo difíciles de manejar.

—Lo que es cantar, no puedo, porque estoy demasiado intranquila con la tardanza.

—O en otros términos, notas que con la viveza del deseo te falta la voz. ¿No conoces la canción de tu abuela lesbia, la gran Sappó, que describe la disposición de ánimo en que tú probablemente te encuentras ahora?

—Me parece que la conozco.

—Escucha, pues. Antes me gustaba lucirme con esta canción que no parece compuesta por una mujer, sino por Eros mismo:

«Dichoso como los dioses en el cielo, me parece quien vive junto á ti, contigo, á tu lado; dichoso quien oye el dulce sonido de tu voz y la grata nueva que tu sonrisa de amor

le comunica. Cuando surge en mi mente esta memoria, mi corazón salta en el pecho con turbulentos latidos, se ahoga mi voz en la garganta, la lengua se entorpece, y fuego voraz cunde con cruel rapidez por mi piel y mis miembros. Mi vista se enturbia, me zumban los oídos, el temblor no me deja parar, sudor frío baña mi cuerpo; como hierba segada caigo marchita, me ahogo... ¡expiro!» ¡Eh!... ¿Qué te parece el poema? Pero, ¡por Herakles, niña! ¡te has puesto pálida! ¿Tanto te han afectado los versos, ó te asusta el retrato fiel de tu propio, anhelante corazón? Tranquilízate, niña, ¡quién sabe lo que detiene á tu amado!

—Nada, nada—respondió con voz fresca un hombre.

Pocos segundos después, Sappó estaba en brazos de su querido novio.

Kalías observó en silencio y con sonrisa de satisfacción, la prodigiosa belleza del grupo que formaba aquella pareja de enamorados.

—Mas ahora—dijo el príncipe después de saludar á Kalías, —me urge hablar con abuelita. La boda ha de ser hoy y no dentro cuatro días. Toda demora puede traernos peligro. ¿Está aquí Teopompos?

—Me lo figuro—respondió Sappó,—pues de lo contrario, no sabría por qué abuela sigue tanto tiempo en casa. Pero, ¿qué estás hablando de la boda?

—Entremos, amada mía; me temo que se acerca una tempestad. El cielo se encapota y el calor empieza á ser sofocante.

—Vaya, aprisa—dijo Sappó,—si no queréis que la curiosidad me consuma. No hay que temer tempestad alguna. De niña que no he visto relampaguear ni tronar en Egipto en la presente estación *85*.

—Entonces verás hoy una cosa nueva—dijo riendo el ateniense;—acaba de caerme en la frente una pesada gota de lluvia; cuando venía, las golondrinas volaban rozando el agua con sus alas... un nubarrón nos esconde la luna... Entrad aprisa; no sea que os mojéis. ¡Ea, esclavo! cuida de que se sacrifique un cordero negro á los dioses del hades *86*.

En el salón de Rodopis se hallaba Teopompos, como Sappó había presumido; acababa de terminar su relato de la prisión

de Zópiros y del viaje de Bardiya y sus amigos. Estos acontecimientos despertaron en ambos grandes recelos, y así fué muy agradable la sorpresa que tuvieron al ver inopinadamente delante de sí al príncipe, quien refirió al vuelo los sucesos de las últimas horas, y rogó á Teopompos cuidase de buscar un barco velero con que partir él y sus amigos.

—¡Qué feliz casualidad!—dijo Kalías.—Mi propia triera que me ha traído hoy á Náukratis está en el puerto perfectamente parejada y á tu disposición. Basta ordenar al piloto que retenga la tripulación y lo apreste todo. Nada tienes que agradecerme, antes tengo que agradecerte yo el honor que me haces. ¡Ea, Knakías!... corre á decir á mi esclavo Filomelos... está fuera en el zaguán... que vaya al puerto, y diga á mi piloto Nausarjos que lo tenga todo dispuesto para partir; dale este sello que le autoriza para todo.

—¿Y mis esclavos?—preguntó Bardiya.

—Knakías dirá á mi viejo mayordomo que les acompañe al barco de Kalías—contestó Teopompos.

—Cuando vean este signo, le seguirán sin replicar—añadió Bardiya entregando el anillo al viejo sirviente.

Cuando Knakías se hubo marchado haciendo profundas reverencias, el príncipe prosiguió:

—Ahora, madre, he de hacerte una súplica urgente.

—La adivino—dijo Rodopis sonriéndose.—Deseas acelerar la boda, y comprendo que debo ceder á tu instancia.

—Si no me equivoco—exclamó Kalías,—tenemos aquí el raro caso de que dos personas se alegren con todo su corazón de un peligro que les amenaza.

—Tal vez tienes razón—repuso Bardiya estrechando secretamente la mano de su novia.

Luego se dirigió otra vez á Rodopis, rogándola que le confiase sin demora su más preciada alhaja, cuyo valor conocía perfectamente.

Rodopis irguiéndose, puso su mano derecha sobre la cabeza de Sapfó, y la izquierda sobre la de Bardiya, y dijo:

—Dice una leyenda, hijos míos, que en la tierra de las rosas hay un lago azul que ora ondula levemente, ora con tempestuoso oleaje, y que el sabor de sus aguas suele ser unas veces dulce como la miel, y otras como la hiel amargo. Vais

á conocer el significado de esta leyenda; en la esperada tierra de rosas de vuestro matrimonio, pasaréis horas tranquilas y horas de borrasca, unas dulces y otras amargas. Mientras eras niña, Sápfo, tus días transcurrían imperturbables cual mañana de primavera; cuando fuiste joven y enamorada, tu pecho se abrió al dolor que en los largos meses de separación ha llegado á ser para ti un huésped familiar, huésped que llamará á tu puerta mientras vivas. A ti, Bardiya, te incumbe alejar de Sápfo al importuno todo lo posible. Conozco á los hombres y sabía antes que Kresos me cerciorara de tus nobles sentimientos, que eres digno de mi nieta. Ahí tienes por qué te permití comer el membrillo con ella, y te entrego sin temor un sér que hasta ahora he guardado como prenda sagrada que fiaron á mi custodia. Considera tú también á tu esposa como tesoro prestado, porque nada más peligroso para el amor, que la cómoda seguridad de la posesión exclusiva. Me han criticado que abandone á la niña inexperta á las desfavorables condiciones en que viven las mujeres en tu lejano país, mas conozco el amor y sé que la mujer que ama no tiene más patria que el corazón del hombre á quien se entrega; para la que hirió Eros, no hay mayor desdicha que vivir separada del hombre de su elección. Por lo demás, os pregunto á vosotros, Kalías y Teopompos, ¿qué ventaja llevan vuestras esposas sobre las de los persas? ¿No pasa la vida encerrada en sus aposentos, la mujer jonía ó ática, lo mismo que la persa, muy contenta cuando le permiten alguna vez salir á la calle, velada y custodiada por esclavos? En cuanto á la poligamia de los persas, no la temo por Sápfo ni por Bardiya; éste será más fiel á su esposa que un heleno, pues en Sápfo hallará reunido lo que aquel busca en diversas partes, en el matrimonio y en las casas de las heteras cultas; amas de gobierno y madres allá, é inteligente é instructivo trato acá. Tómala, hijo mío; te la entrego confiada y gustosa, como un viejo guerrero entrega satisfecho á su robusto hijo, lo mejor que posee; sus armas... por lejos que vaya, siempre seguirá siendo helena, y con ella, en su nueva patria, adquirirá nuevos amigos y nuevo lustre el helenismo. Te agradezco tus lágrimas, hija; á mí me es posible detener las mías... Facultad que debí á la suerte á gran precio. Pien-

sa, Bardiya, que oyeron tu juramento los dioses: no lo olvidés jamás. Recíbela como propiedad tuya, como tu amiga, como tu esposa. Llévatela en cuanto lleguen tus compañeros. Los dioses no quieren que en las bodas de Sappó se cante el himeneo ⁸⁷.

Diciendo esto, la anciana juntó las manos de la pareja, abrazó á Sappó con entrañable ternura, y depuso en silencio un beso en la frente del joven persa.

Luego, dirigiéndose á los amigos helenos que habían presenciado la escena, con emoción profunda, dijo:

—Esta ha sido una boda á la queda, sin cantos ni antorchas. Así sea más alegre el matrimonio... Ve, Melita, á buscar las joyas de boda de Sappó, los brazaletes y los collares que están en el estuche de bronce sobre mi tocador, para que nuestra niña mimada pueda dar la mano á su señor esposo, ataviada como conviene á la futura princesa ⁸⁸.

—Date prisa—dijo Kalías que había recobrado su habitual jovialidad;—la sobrina de la más grande cantora de himeneos, no debe entrar en el tálamo nupcial sin ningún acompañamiento de música y canturias. Como la casa del novio está lejos, supondremos que la representa la andronitis de ésta, y allá conduciremos á la novia por la puerta media y haremos la comida de boda, junto al altar de la casa... Venid, esclavas, y dividíos en dos coros... Este será el de los mozos y aquel el de las doncellas; cantaremos el himeneo de Sappó: «Como en el monte...» Yo mismo haré de porta-antorchas ⁸⁹, dignidad que me pertenece, porque has de saber, Bardiya, que mi familia posee el derecho hereditario de llevar las antorchas en los misterios de Eleusis, y por esto nos llaman dadujos... ¡Ea, esclavo!... adorna con guirnaldas la puerta de la andronitis y manda á tus compañeros que al entrar nos tiren confites...—¡Ah, Melita!... ¿Cómo pudiste con tal presteza entretejer coronas de violetas y arrayanes para los novios? ¡La lluvia cae á cántaros por el compluvio! Vamos, Himen ha persuadido á Zeus á que os proporcione el cumplimiento de todas las ceremonias nupciales. A falta del baño que los novios suelen tomar, siguiendo la tradición, por la mañana del día nupcial, asomaos un momento aquí, y el agua de Zeus hará las veces de fuente sagrada... ¡Ahora, cantad,

muchachas!... Lamente la novia la pérdida de sus ilusiones, y ensalcen los jóvenes la ventura de los novios.

Entonces cinco voces de tiple, ejercitadas en el canto, entonaron en tono lastimero el coro de las doncellas:

«—Como en el monte pisan los pastores el jacinto, y cae arrancada del tallo la purpúrea flor para marchitarse en el polvo, de todos despreciada: así á la doncella que sacrificó la flor de la castidad, la desdeñan los mozos, y huyen de ella las doncellas. ¡Himen! ¡oh, Himeneo! ¡Oh, Himen, ven Himeneo!»

Y el otro coro contestó á las mozas más bajo, y en tono de júbilo:

«—Como en un campo yermo, la vid que gemía solitaria, cuando con el olmo se marida, se levanta enlazando la orgullosa copa coronada de uvas y zarcillos, y regocijando el corazón del viticultor, así la mujer que en la floreciente juventud anudó el lazo matrimonial, es amada del marido y alegra el corazón de los padres. ¡Himen, oh, Himeneo!... ¡Oh, Himen; ven Himeneo!» 90

Luego reuniéronse ambos coros para repetir varias veces en tono anhelante y exaltado:

«—¡Himen, ven Himeneo!»

De repente el canto enmudeció. Un relámpago seguido de un trueno aterrador, fulguró á través de la abertura del techo bajo el cual Kalías había llevado á los novios.

—¿No veis?...—exclamó el dadujo señalando el cielo.— Zeus mismo blande la antorcha nupcial y canta el himeneo á sus favoritos.

Al apuntar el alba de la mañana siguiente, Bardiya y Sapfó pasaron del tálamo al jardín, el cual después de la tempestad que durante toda la noche había rugido con inaudita vehemencia, radiaba tan sereno y fresco como el rostro de los novios. Estos se habían levantado tan temprano, porque en el alma de Bardiya surgió de nuevo y con mayor intensidad el recelo por la suerte de los amigos, á quienes casi olvidó en la embriaguez del amor.

Como el jardín estaba en una meseta artificial que descolaba sobre el llano inundado, podía abarcarse desde allí el panorama que éste ofrecía. En la superficie del Nilo flotaban las flores de loto azules y blancas, y sobre los bajíos iban á apiñarse en tropel las aves acuáticas. Cual las nevadas cumbres de enhiesto monte, resplandecían las bandadas de garzas reales, escalonadas en la ribera. Solitarias cerníanse en el aire las águilas alianchas; se mecían las tórtolas en las copas de las palmeras, y los alcatraces y patos, manchas oscuras sobre el agua, alzaban el vuelo de súbito, graznando y chillando despavoridos, apenas parecía la vela de una nave. Al soplo del viento noroeste, refrescado por la tempestad nocturna, deslizábase sobre los campos inundados un número bastante regular de embarcaciones, y con el canto de los remeros y el golpear de los remos, y el dulce gorjeo de los pájaros, todo era vida y animación en aquel paisaje, uniforme y variado, del inundado valle del Nilo.

La joven pareja, de codos en el bajo muro que rodeaba el jardín de Rodop's, contemplaba este espectáculo entretenida en amoroso coloquio, cuando Bardiya, con su vista de lince, divisó una embarcación que á impulsos del viento y vigorosos golpes de remos se dirigía hacia donde estaban.

Pocos minutos después, el bote abordó al pie del muro del jardín, y estuvieron delante del príncipe Zópiros y sus salvadores.

El plan de Daríos había salido bien, gracias al temporal, que por lo insólito en aquella estación y lo violento que fué, había asustado á los egipcios. Pero no había que perder el tiempo, porque era de esperar que las autoridades de Sais perseguirían sin tregua al fugitivo, con todos los medios de que disponían.

Después de breve pero tiernísima despedida, Sappó se separó de su abuela, y de la mano de Bardiya, acompañada por la vieja Melita que la seguía á Persia, se embarcó en la lancha de Silosón, y una hora más tarde en la hermosa «Hygieia» el velero bajel de Kalías, quien aguardaba á los fugitivos á bordo de su trireme, donde se despidió de los jóvenes esposos. Bardiya para demostrarle su gratitud, adornó el cuello del viejo ateniense con una preciosa cadena, y

Silosón puso sobre los hombros de Daríos, en memoria del peligro que habían pasado juntos, su capa de púrpura, obra maestra del arte de la tintorería que había gustado en extremo al hijo de Histaspes. Así éste aceptó gustoso el regalo de Silosón, y por despedida le dijo:

—Acuérdate siempre, amigo heleno, de que te estoy muy agradecido, y dame pronto ocasión de servirte en justa reciprocidad.

—Antes deberás dármela á mí—exclamó el libertado Zópiros, abrazando á su salvador.—Estoy pronto á partir contigo mi último doblón, y más que esto á permanecer por ti una semana entera en el maldito calabozo de donde me sacasteis. ¡Levan anclas!... ¡Guárdente los dioses, bizarro heleno! Saluda de mi parte á las hermanas floristas, especialmente á la pequeña Estebanica, y dile que á mí me debe que no la moleste más su moscardón, el zancudo galán... Una palabra... toma esa bolsa para la mujer y los hijos del indiscreto egipcio, á quien jugué tan mala partida en el calor de la refriega.

Mientras esto decía, cayeron estrepitosamente las anclas sobre la cubierta; el viento hinchó el velamen desplegado, y del fondo de la triera sonó el monótono «keleusma,» ó cantinela de los remeros, cuyo ritmo marcaba el trieraules con su flauta. La proa del barco con la efigie de madera de la diosa de la salud, avanzó...

Bardiya y Sapfó permanecieron al lado del timón con la vista fija en Náukratis, hasta que las riberas del Nilo huyeron de sus miradas, y las verdes olas del mar jónico bañaron los costados de la triera.



CAPITULO XII

El joven matrimonio recibió la noticia del fallecimiento de Amasis antes de salir de Efesos, de donde, siguiendo su camino, fueron primero á Babilón y luego á Pasargadas en la provincia de Persis. Allí encontraron á Kasandana, Atosa y Kresos. La primera había tenido el deseo de visitar, antes de la campaña de Egipto en la que debía tomar parte, el monumento de su difunto esposo, recién terminado según las indicaciones de Kresos. La anciana que había recobrado la luz de sus ojos por el arte de Nebenjari, quedó sumamente satisfecha de la ejecución digna del sepulcro, y gustaba de pasar diariamente horas enteras en el magnífico jardín que rodeaba el monumento de Kiros.

Consistía éste en un gigantesco sarcófago de mármol que, parecido á una casa, descansaba en un pedestal de seis altas gradas de mármol. El interior del sarcófago estaba arreglado como una sala, y contenía además del ataúd de oro en el cual descansaban los restos de Kiros que habían escapado á los perros, los buitres y los elementos, una cama de plata y una mesa del mismo metal, sobre la que había

varias copas de oro, gran número de prendas de vestir y ricos aderezos de piedras preciosas.

La altura del edificio era de cuarenta pies. Pórticos y parráisos umbríos ideados por Kresos, rodeaban el conjunto, y en medio del bosque levantábase una casa habitación para los magos, encargados de la custodia del monumento.

A lo lejos distinguíase el palacio de Kiroso que según dejó dispuesto, debían habitar los futuros reyes de Persia por lo menos algunos meses cada año. En este edificio espléndido, parecido á una fortaleza, hallábase también el tesoro del reino, á causa de ser aquel sitio casi inaccesible *91*.

Kasandana sentíase perfectamente bien en la fresca atmósfera de montaña que rodeaba la tumba del querido difunto, y veía con gusto que también Atosa recobraba en este lugar hermoso y tranquilo, la pasada alegría, que había perdido desde la muerte de Nitetis y la despedida de Daríos. Sappó se encariñó pronto con sus nuevas madre y hermana, y como éstas, abandonó con sentimiento la hermosa Pasargadas.

Daríos y Zópiros habían quedado en medio del gran ejército que iba reuniéndose en el llano del Eufrates, y Bardiya también hubo de regresar á Babilón antes de ponerse en marcha las tropas.

Kambises fué al encuentro de su familia á su regreso, y expresó su admiración por la belleza de la joven cuñada. Sappó declaró á su vez á Bardiya que no podía mirar sin miedo á su hermano.

Grande había sido la mudanza del rey en pocos meses. Su semblante antes pálido y no exento de nobleza, se había afeado y amaratado con el abuso del vino. Los oscuros ojos brillaban aún con el antiguo ardor, pero su fuego era menos puro que antes; había encanecido su cabellera antes negra y lustrosa, y la llevaba desgreñada, y aquella sonrisa orgullosa y triunfante que antes hermoseara sus facciones, se había trocado en expresión de desdeñoso fastidio y rígida austeridad.

Sólo en la embriaguez, estado que desde mucho tiempo había dejado de ser cosa extraordinaria para él, sólo entonces se le oía reír, pero sin medida y como relinchando. Seguía mostrando repugnancia á sus mujeres, y aún partiendo para

Egipto, dejó el harén en Susa, mientras todos los grandes llevaron consigo á sus mujeres y concubinas favoritas.

Nadie, empero, podía quejarse de una injusticia por su parte; todo lo contrario; más que nunca insistía en el cumplimiento riguroso de la ley, mostrándose inexorable y cruel en demasía, en el castigo de algún nuevo abuso descubierto. Así por ejemplo, cuando supo el hecho de aquel juez llamado Sisammes, quien por dinero pronunció una sentencia injusta, mandóle desollar é hizo tapizar la silla de juez con la piel del desgraciado, y luego nombró en substitución al propio hijo de éste, y obligóle á que se sentara en aquella silla fatídica.

Como jefe supremo del ejército, se mostraba incansable, dirigiendo con tanto acierto como rigor los ejercicios de las tropas reunidas en los contornos de Babilón.

Después de año nuevo (marzo,) debía ponerse en marcha el grande ejército, con cuyo motivo Kambises celebró la fiesta con pompa extraordinaria.

Terminados los regocijos, se puso al frente de las tropas. En esto, díjole un día su hermano, radiante de felicidad y orgullo, que tenía fundadas esperanzas de ser pronto padre. El rey se conmovió con esta nueva, y sin decir palabra, se emborrachó por la noche hasta perder el conocimiento, y á la mañana siguiente llamó á los mobedes, magos y caldeos para hacerles una pregunta.

—Recordaréis—dijo,—que interpretando mis sueños, habéis afirmado que Atosa parirá un futuro rey de este imperio. ¿Pecaré yo contra los dioses, tomando por esposa á mi hermana, para realizar lo que mi ensueño me prometió?

Los magos deliberaron breve rato, y luego Oropastes, el mismo sacerdote, se prosternó ante el rey, y dijo:

—No creemos que peques con tal matrimonio, porque, en primer lugar, es costumbre que los persas se casen con sus parientas ⁹², y en segundo lugar, si bien la ley no dice que el puro pueda casar con su hermana, dice, en cambio, que el rey puede hacer lo que le plazca. Obra como quieras que siempre cumplirás con la justicia.

Kambises despidió á los magos con ricos presentes, hizo regente del reino á Oropastes y horrorizó á su madre mani-

festándole su propósito de casarse con su hermana Atosa, en cuanto hubiese vencido á los egipcios y castigado al hijo de Amasis.

Por fin, el ejército compuesto de más de ochocientos mil soldados, se puso en marcha por divisiones, y llegó en dos meses al desierto siro, donde le esperaban las tribus árabes, cuya amistad se había conciliado Fanes, para abastecer á las tropas de agua, acarreándola por medio de caballos y camellos.

Cerca de Akko, puerto de los cananeos, reuniéronse las armadas de los sirios, fenicios y jonios, naciones sometidas á los persas, con las naves auxiliares de los kiprios y samios que Fanes proporcionó. Con estos últimos medió una cosa particular. Polikrates, creyendo que la petición que le hizo Kambises de una escuadra, le proporcionaba buena ocasión de libertarse de una vez de todos los ciudadanos descontentos de su tiranía, tripuló cuarenta triremes con ocho mil samios díscolos y mandóles á los persas rogando á éstos en secreto que no dejasen volver á casa á ninguno. Súpolo Fanes y avisó á los vendidos. Estos, en vez de combatir contra Egipto, volvieron á Samos con la intención de derrocar á Polikrates, pero fueron vencidos, y se marcharon á Esparta á conspirar desde allí contra el tirano.

Un mes justo y cabal antes de la época de la inundación, los ejércitos persas se hallaron frente á frente cerca de Pelusio en la costa noroeste del Delta.

Todas las disposiciones de Fanes se habían cumplido con feliz éxito. La marcha de las tropas por el desierto, que siempre solía costar miles de víctimas, se había llevado á cabo esta vez sin grandes pérdidas, gracias á los árabes que cumplieron sus promesas con toda lealtad, y á la acertada elección de la época del año, que permitió á los soldados persas penetrar en Egipto por caminos secos, con comodidad y sin obstáculos.

El rey había recibido á su amigo heleno con gran distinción, y contestó moviendo la cabeza y sonriéndose en señal de asentimiento, cuando éste le dijo:

—Supe que desde la muerte de tu bella amiga, sueles estar menos alegre que antes. Al hombre le sienta bien conservar su dolor por mucho tiempo, y no como la mujer exhalar

el corazón en violentas pero pasajeras lamentaciones. Gran parte tomo en tus penas, pues yo también perdí lo que más quería. Demos juntos las gracias á los dioses que nos conceden el mejor remedio contra el dolor, el combate y la venganza.

Luego Fanés acompañó al soberano á la revista de las tropas y al banquete. Era asombrosa la influencia que sabía ejercer sobre este hombre feroz, y parecía maravilla la templanza y jovialidad de Kambises en cuanto tuvo á su lado al ateniense.

Si podía llamarse inmenso el ejército persa, tampoco era despreciable el número de las tropas egipcias. El campamento de éstos se apoyaba en las murallas de Pelusio, fortaleza fronteriza destinada desde antiguo á defender á Egipto de las invasiones de los pueblos del Oriente. Unos tránsfugas aseguraron á los persas que el número total del ejército faraónico alcanzaba á unos seiscientos mil combatientes.

Además de gran número de «carristas» (especie de caballería rodada,) unos treinta mil mercenarios jonios y carios, y el cuerpo de los mazayas, cuyo destino era la custodia del material y de los prisioneros de guerra, habíanse reunido bajo las banderas de Psamtik doscientos cincuenta mil kalasirios, ciento sesenta mil hermotibios, veinte mil jinetes y más de cincuenta mil aliados, entre los cuales los machavachas líbicos descollaban por su antigua fama bélica, y los etíopes por su número.

La infantería estaba dividida en regimientos y compañías que se distinguían por sus banderas, y se agrupaban según sus diferentes armas; pues unos llevaban grandes escudos, lanzas y puñales, otros escudos pequeños y mazas ligeras, otros eran honderos. La masa principal del ejército se componía de arqueros, cuyos arcos no tendidos eran casi tan largos como su propia estatura. Los jinetes no llevaban otro vestido que el shenti que cubría los muslos, ni otra arma que una especie de cachiporra, pero los carristas pertenecientes á las familias más distinguidas de la casta guerrera, gastaban grandes sumas, tanto en los arneses de sus magníficos caballos de fama universal, como en la construcción de sus carros de dos ruedas é iban al combate ricamente vestidos 99.

A su lado estaban los aurigas, porque ellos no se ocupaban sino en la lucha con el arco y la lanza.

La infantería de los persas no era mucho más numerosa que la egipcia; en cambio, su caballería superaba seis veces la del enemigo. Cuando los ejércitos estuvieron frente á frente. Kambises mandó limpiar el anchuroso llano pelusino de malezas y árboles, y allanar las colinas de arena que se elevaban de trecho en trecho, para que la caballería y los carros de hoz tuviesen el terreno despejado.

Fanes le ayudaba con su conocimiento exacto del sitio, y supo conseguir que su plan de batalla, concebido con gran talento estratégico, fuese aceptado no solamente por Kambises, sino aun por el viejo general Megabizos y los ajemenidas más aguerridos. Sus conocimientos topográficos, eran especialmente útiles á causa de los pantanos que abundaban en el llano de Pelusio, los cuales era preciso evitar, para que la batalla se decidiera en favor de los persas.

Al final del consejo de guerra, el ateniense tomó otra vez la palabra, y dijo:

—Ahora voy á satisfacer vuestra curiosidad con respecto á las carretadas de animales que hice traer aquí. ¡Son cinco mil gatos! Os reís, pero yo os aseguro que estos animales nos serán más útiles que cien mil espadachines. Muchos de vosotros ya conocéis la superstición de los egipcios, que preferían morir antes que matar un gato. Yo mismo estuve á punto de pagar con mi vida la matanza de algunos de estos cuadrúpedos. Teniendo en cuenta esta superstición, en todas partes donde llegué en mi viaje, en Kipros donde los hay magníficos, en Creta, en Samos, en toda la Siria, he mandado recoger cuantos gatos pudieran cazarse, y ahora os recomiendo repartirlos entre los soldados que habrán de luchar con las tropas puramente egipcias, encargándoles que aten esos bichos sagrados á sus adargas, y los presenten á los enemigos. Apuesto cualquier cosa que todo verdadero egipcio abandonará el campo de batalla, antes que tirar contra uno de los animales venerados.

Con grandes risas acogieron la proposición del griego, y tomada en consideración, fué aprobada y puesta en práctica inmediatamente. Kambises dió su mano á besar al ingenioso

amigo, resarcíole los gastos con rico regalo, le encareció que se casara con una persa ilustre⁹⁴, y que fuera á comer con él aquella noche. Fanes, empero, excusóse con el pretexto de que le era indispensable revistar á las tropas jónicas que había de mandar sin conocerlas apenas, y se fué á su tienda.

A la entrada de la misma, halló á sus esclavos disputando con un viejo barbudo, sucio y haraposo que se empeñaba en hablar con él. Fanes creyendo que era un mendigo, echóle una moneda de oro, pero aquél, lejos de recoger el rico regalo, se agarró al manto de Fanes, y le dijo:

—Soy Aristómajos el espartano.

Fanes reconoció entonces al amigo que había sufrido en su aspecto tan cruel mudanza; le condujo á su tienda, le hizo lavar el pie y untar el cabello, dióle vino y carne para que se confortara, y trocó sus harapos por un jitón nuevo con que cubriera los nervudos y demacrados hombros.

Aristómajos se dejó mudar con toda calma y en silencio, y sólo cuando hubo cobrado nuevas fuerzas con la buena comida y bebida vivificantes, calmó la impaciencia del ateniense con el siguiente relato:

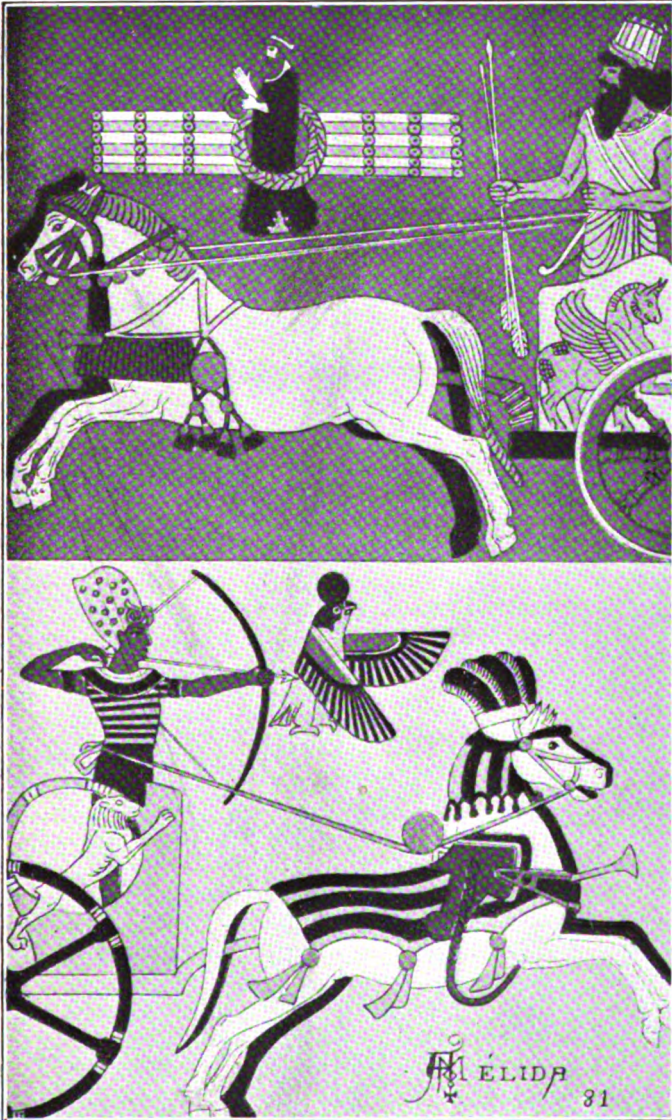
Luego que Psamtik hubo asesinado al hijo de Fanes, él, Aristómajos, se le presentó y le anunció que induciría á sus subordinados á abandonar el servicio de Amasis, si la hija de su amigo no era puesta en libertad, y no se daba una explicación satisfactoria de la suerte del muchacho desaparecido. El príncipe heredero prometió que lo pensaría. Cuando dos días después el espartano hizo un viaje nocturno á Menfis, fué asaltado por unos guerreros etíopes, derribado, atado y encerrado en la obscura y estrecha cámara de una nave que, tras largos días de viaje, echó el ancla en una ribera desconocida para él. Allí le sacaron de su cárcel, y llevaronle á través de cálido y fragoso desierto, hacia Oriente. Por fin, llegó á una montaña en cuya falda había numerosas chozas, habitación de los penados que cargados de cadenas, eran conducidos todas las mañanas á la galería de una mina, para cavar los granos de oro en la roca dura⁹⁵. Algunos de aquellos infelices mineros, llevaban ya más de cuarenta años en aquel lugar de horror, pero los más hallaban allí prematura muerte, á consecuencia del exceso de trabajo que les

imponían, y el espantoso calor que les aguardaba á la salida de la mina.

—Mis compañeros—decía Aristómajos,—eran ó asesinos indultados de la pena capital, ó traidores al Estado privados de la lengua, ú hombres peligrosos para el rey, y por él temidos, como yo. Tres meses trabajé con esa gentuza, apaleado por los capataces, asfixiado por el sol de mediodía, arrecido por el relente que helaba mis miembros desnudos. Aunque destinado á la muerte, me mantenía con vida la esperanza de vengarme de mis perseguidores. Quisieron los dioses que los guardias, con ocasión de la fiesta de Pajt, se emborracharan según la costumbre egipcia, y cayeran en profunda modorra. Con esto, sin que lo advirtieran, logré evadirme con un joven judío acusado de haber hecho uso de pesos falsos en una transacción. Zeus, lakedemonios y el gran dios de aquel joven, nos asistieron cegando á nuestros perseguidores, cuyas voces oímos á menudo detrás de nosotros.

Con un arco que mi compañero había quitado á un guardia, nos procurábamos de comer. Cuando no se encontraba cosa alguna, comíamos raíces, frutas y huevos de pájaros. Sabíamos que el Mar Rojo no estaba lejos de las minas, y que éstas se hallaban al Sur de Menfis y aun de Tebas. Pronto llegamos á la playa y la seguimos incansables en dirección al Norte. Por fin, topamos con unos amables marineros que nos mantuvieron, hasta que un barco árabe nos recogió y llevó á Eziongueber, en el país de los edomitas, á instancias del judío que hablaba la lengua de los navegantes. Allí supimos que Kambises marchaba contra Egipto al frente de un grande ejército, y fuimos á Harma con una caravana amalekita que había de socorrer con agua á los persas. En Harma me uní á unos rezagados del grande ejército asiático, quienes, por compasión, alguna vez me hicieron montar en sus caballos, y así llegué á Pelusio, donde me dijeron que estabas al servicio del gran Rey, en calidad de general. Yo cumplí mi juramento, defendiendo con mi vida los derechos de los helenos en Egipto; ahora te toca á ti ayudar al viejo Aristómajos en la consecución de su único deseo: vengarse de sus perseguidores.

—No te faltará la venganza—contestó el ateniense con un



Kambises y Psantik en el combate

apretón de manos.—Te pondré al frente de los hoplitas milesios, y así podrás ensañarte cuanto quieras en nuestros enemigos. Mas con esto no te habré pagado aun toda mi deuda, aunque debo dar gracias á los dioses que me permiten hacerte ya feliz ahora con una simple noticia. Has de saber que pocos días después de tu desaparición, un barco de honor lacedemonio, mandado por tu excelente hijo, legó á Náukratis para llevarte de regreso á tu país por orden de los éforos, como padre de dos vencedores olímpicos.

Al oír esto, los miembros del anciano temblaron, cuajáronsele los ojos de lágrimas, y púsose á murmurar una oración. Luego se dió una palmada en la frente, y dijo con trémula voz:

—¡Ahora, ahora se cumple! Perdóname, Febos Apolón, si he dudado de las palabras de tu sacerdotisa. ¿No es esto lo que predijo el oráculo?... Ahora se cumple lo que el dios me prometió... Ahora puedo... ahora quiero volver á casa. Mas antes alzo la mano para suplicar á Dike, la eterna justicia, que no me niegue las delicias de la venganza.

—Mañana será el día del desquite—añadió Fanes, adhiriéndose á la plegaria del viejo.—Mañana inmolaré á mi hijo las víctimas fúnebres, y no descansaré hasta que Kambises haya herido en el corazón á Agipto con las flechas que yo agucé. Ven ahora, amigo, que te presentaré al rey. Un solo hombre como tú, lleva la dispersión en todo un ejército de honderos egipcios.

Había anochecido ya, y los soldados persas, como tenían que temer un asalto de los enemigos contra su campamento no fortificado, estaban formados en sus puestos respectivos, apoyados los infantes en los escudos y lanzas, y los jinetes con los caballos ensillados y enfrenados cerca de los fuegos de guardia. Kambises recorrió las líneas, entusiasmado con su saludo y su vista á los numerosos guerreros. El centro del ejército no se había aún puesto en orden de batalla, porque constaba de la guardia persa, los porta-manzanas,

los inmortales y los parientes del rey, que no solían dar la caza al enemigo sino mandados por el rey mismo.

Los griegos asiáticos descansaban tranquilamente por orden de Fanes, quien, para tener así tropas bien dispuestas, prefería velar él y dejarlas dormir, bien que armadas, á fatigarlas en línea de batalla. Aristómajos que había sido recibido con exultación por los jonios y con gusto por el rey, debía combatir con una mitad de los helenos á la izquierda del centro. Fanes con la otra mitad, se colocó á la derecha de la guardia real. El rey quería dirigir la batalla al frente de los diez mil inmortales con su estandarte tricolor azul-rojo-oro y la bandera de Kave ⁹⁶; Bardiya debía mandar la guardia persa montada y toda la caballería acorazada.

Kresos mandaba la división del ejército que tenía á su cargo la custodia del campamento con sus tesoros inmensos, las mujeres de los grandes y la madre y hermana del rey.

Cuando se asomó el fúlgido Mitra y los sombríos espíritus de la noche se ocultaron en sus cavernas, la sagrada lumbré que habían llevado delante del ejército desde Babilón, fué atizada hasta alcanzar dimensiones gigantescas, pues la alimentaban los magos y el rey con pebetes costosos. Luego Kambises celebró el sacrificio, y alzando una copa de oro, pidió al cielo la victoria. Después dió á los persas el santo y seña de «Auramazda, amparo y guía,» y se puso al frente de sus guardias que habían adornado sus tiaras con coronas y guirnaldas. Los helenos á su vez hicieron sus sacrificios, y prorrumpieron en gritos de júbilo, cuando los sacerdotes declararon que los pronósticos prometían el triunfo. «Hebe» fué su santo y seña.

Entretanto, los guerreros egipcios, después de empezar también la mañana con sacrificios y oraciones, se habían puesto en orden de batalla. Tenían en el centro á su nuevo rey Psantik, montado en un carro de oro con porta-arcos del mismo metal. Sus corceles iban ataviados con mantillas de púrpura y caparazones de brocado, con plumas de avestruz en sus soberbias cabezas. Su auriga, procedente de la familia más distinguida de Egipto, estaba, con las riendas y el látigo en las manos, á la izquierda de su amo que llevaba la corona doble del Alto y Bajo Egipto ⁹⁷.

A la izquierda del centro, debían combatir los mercenarios helenos y carios. La caballería se colocó á los extremos de las dos alas del ejército, mientras la infantería egipcia y etiópica formó en seis filas á la derecha é izquierda de los carristas y helenos.

Psantik montado en el carro de batalla, recorrió las filas de los suyos saludando y animándolos, deteniéndose finalmente delante de los helenos para dirigirles la siguiente arenga:

«—Héroes cuyas proezas de Kipros y Libia no he olvidado, me alegra que esta vez pueda participar de vuestra gloria ciñéndoos la frente con nuevas coronas de triunfo. No temáis que después de vencer á nuestros enemigos, yo vaya á menoscarar vuestras libertades. Ciertos calumniadores os han susurrado al oído que os espera tal ingratitud, mas yo os aseguro que si vencemos, yo os favoreceré en toda forma á vosotros y á vuestros descendientes, llamándoos los puntales de mi trono. Tened presente además, que hoy no combatiréis solamente por mí, sino también por la libertad de vuestra lejana patria; pues es fácil comprender que Kambises, si se hace dueño de Egipto no estará satisfecho hasta que extienda su codiciosa mano sobre la hermosa Hélade y sus islas, que sabéis están situadas entre Egipto y vuestros hermanos asiáticos, los cuales ya gimen ahora bajo el yugo persa. Vuestra aclamación me prueba que también opináis así, pero escuchadme un momento más, pues debo deciros quién es el hombre que por tesoros inmensos ha vendido al Gran Rey de Persia no sólo Egipto, sino su propia patria. Fanes es su nombre. No lo dudéis, pues os puedo jurar que este Fanes ha aceptado el oro de Kambises, prometiéndole allanarle el camino de Egipto y abrirle las puertas de vuestra patria metrópoli. Este hombre conoce el país, y por oro se deja comprar para toda iniquidad. ¿Le veis allá al lado del rey? ¿Veis cómo se postra en el polvo delante de él? ¿Es un heleno ese? ¿No dicen que los helenos se prosternan solamente ante sus dioses? Verdad es que quien vende á su patria, deja de pertenecer á la misma. ¿Lo creéis así? ¿Me dais la razón? ¿Renegáis de llamar compatriota al miserable? Pues bien, os voy á entregar la hija del infame que he guardado en calidad de rehén, y que el codicioso ha vendido jun-

to con su patria. Haced lo que queráis con la prole de tal bribón. Adornadla con rosas, postraos delante de ella; mas no olvidéis que pertenece á ese hombre que ha deshonrado el nombre de heleno, y ha hecho traición á vosotros, á su patria.»

Los hombres á quienes se dirigió este discurso, prorrumpieron en una gritería feroz al recibir á la tímida niña. Un soldado alzó á la pobre para que la viera su padre, quien podía distinguirla perfectamente porque la distancia entre él y los mercenarios, no era mayor de la de un tiro de arco, y al mismo tiempo un egipcio, que más tarde se hizo célebre por su recia voz, gritó:

«—Mira, ateniense, cómo en esta tierra se castiga á los traidores venales.»

Entonces un cario cogió el krater, cuyo contenido regalado por el rey le había emborrachado á él y sus compañeros, y hundiendo la espada en el pecho de la niña, dejó manar la inocente sangre en la vasija de bronce, llenó una copa con la horripilante bebida y la vació en són de brindis por la salud del padre que le miraba petrificado. Cual locos precipitáronse los demás mercenarios sobre el krater á sorber como fieras aquel vino mezclado con sangre.

En esto, Psamtik con aire triunfal tiró la primera flecha contra los persas.

Los mercenarios arrojaron el cadáver de la niña, y ebrios de la sangre bebida, entonaron su canto de batalla y corrieron al ataque adelantándose mucho á sus compañeros egipcios. Las filas de los persas se pusieron en movimiento á su vez. Fanes, furioso de dolor y rabia, se precipitó con sus hoplitas indignados de la atroz barbaridad de sus paisanos, sobre aquellos hombres, cuyo aprecio creía haber merecido con diez años de mando leal.

Cuando el sol entró en el meridiano, la fortuna de las armas parecía inclinarse en favor de los egipcios; cuando el astro del día se acercó al ocaso, los persas llevaban la ventaja; cuando la luna llena brilló en el firmamento, los egipcios abandonaban el campo de batalla en precipitada fuga para perecer en los pantanos pelusinos y en el brazo del Nilo que

los atravesaba, ó al golpe de las espadas enemigas, luchando por la libertad de su patria.

Veinte mil persas y cincuenta mil egipcios, cubrían con sus cadáveres el ensangrentado polvo de la playa; los heridos, anegados y prisioneros, eran innumerables⁹⁸. Psantik había sido uno de los últimos en huir, y herido ligeramente alcanzó la orilla opuesta del Nilo, sobre un noble corcel, para correr con unos pocos miles de adictos á Menfis, la bien fortificada ciudad de las pirámides.

De los mercenarios helénicos en el ejército egipcio, habían quedado pocos; tan horrible estrago hizo en sus filas, deseo de vengarse, Fanes con los jonios. Diez mil carios fueron hechos prisioneros; al asesino de su hija lo mató el ateniense con sus propias manos.

Aristómajos, á pesar de su pierna de palo, había hecho prodigios de valor sin conseguir, empero, lo que más deseaba, al igual de su compañero de venganza, esto es, apoderarse de Psantik.

Cuando la batalla estuvo decidida y los persas volvieron al campamento con júbilo y algazara, fueron recibidos por Kresos, los sacerdotes y los soldados, y celebraron la gloriosa victoria con sacrificios y plegarias.

A la mañana siguiente, el rey convocó á todos los jefes para distribuir las condecoraciones merecidas, en forma de vestidos preciosos, cadenas de oro, sortijas, espadas y estrellas de piedras preciosas, y á los soldados les hizo repartir monedas de oro y plata.

Los egipcios habían dirigido su ataque principal con tanto ímpetu contra el centro de los persas, que estaba bajo el mando inmediato del rey, que la guardia empezaba ya á retroceder, cuando Bardiya llegó oportunamente con su caballería, inspirando nuevo ánimo á los que vacilaban, luchando como un león, y decidiendo el éxito de la jornada con su arrojo y rapidez.

Los persas aclamaron al joven con júbilo llamándole altamente «vencedor de Pelusio y primero de los ajemenidas.» Estas voces llegaron á oídos del rey y le causaron profundo enojo. El sabía que había luchado exponiendo su vida con verdadero heroísmo y la fuerza de un gigante, y sin embargo, la

batalla habría sido perdida si ese muchacho no le hubiese regalado la victoria. Su hermano por quien había malogrado la felicidad del amor, le quitaba ahora la mitad de su gloria militar. Kambises sentía claramente que odiaba á Bardiya, y sus puños se cerraban cuando veía al joven héroe, radiante de noble orgullo.

Fanes estaba herido en su tienda, y á su lado yacía moribundo Aristómajos.

—El oráculo ha mentido, á pesar de todo—murmuró el espartano;—muero y no he vuelto á ver á mi patria.

—Dijo la verdad—repuso Fanés;—¿cuáles eran las últimas palabras de la pitia? «Llevaráte la tarda barca á aquellos campos que otorgan una pacífica morada al errante pie.» ¿No comprendes el significado de estas palabras? Hablan de la tarda barca de Carón que ha de llevarte á tu última morada, al gran descanso de todos los viandantes, al reino de Hades.

—Sí, amigo mío, tienes razón, me voy al Hades.

—Y el tribunal de los cinco, los éforos, te han concedido antes de morir lo que te habían negado mucho tiempo; el regreso á Lakedemón. Además, puedes estar agradecido á los dioses que te concedieron hijos como los tuyos, y la venganza de tus enemigos. Cuando me haya repuesto, haré un viaje á la Hélada y comunicaré á tu hijo que su padre fallecido de muerte gloriosa, ha sido llevado en su escudo del campo de batalla al sepulcro.

—Hazlo así, y entrégaselo para que lo guarde como recuerdo de su anciano padre. No necesito aconsejarle que sea virtuoso.

—¿Quieres que enteré á Psantik cuando le hagamos prisionero, de cuánto has contribuído á su caída?

—No es necesario; él me vió antes de huir, y de susto por la inopinada aparición, dejó caer el arco, lo cual sus amigos tomaron por señal de fugarse, y volvieron grupas.

—Los dioses pierden á los ruines con sus propias maldades. Psantik se desalentó, cuando hubo de creer que hasta los espíritus de los muertos combatían contra él.

—¡Bastante tenía que hacer con los vivos! Los persas se han batido bien; y sin embargo, sin la guardia real y nosotros, la batalla era perdida.

—Ciertamente.

—¡Oh, gracias Zeus lakedemonios!

—¿Rezas?

—Alabo á los dioses porque me dejan morir descansado con respecto á mi patria. Esas masas incoherentes no constituyen ningún peligro para nuestra patria helénica. ¡Eh, médico! ¿cuándo moriré?

El facultativo milesio que había acompañado á Egipto á los griegos, que hubieron de seguir el llamamiento á las armas de los persas, se sonrió amargamente, y señalando la punta de flecha, clavada en el pecho del espartano, dijo:

—Pocas horas solamente te quedan de vida. Si te sacase la flecha de la herida, expirarías inmediatamente.

El espartano dió las gracias al médico, se despidió de Fanes rogándole que saludara á Rodopis, y antes que pudieran intentar impedirselo, arrancó con mano certera la saeta de su pecho. Pocos momentos después Aristómajos era cadáver.

Aquel mismo día, una embajada persa fué á Menfis en un barco lesbio para intimar al rey y á la ciudad que se rindiesen á discreción. Kambises le siguió después de destacar una división de ejército, bajo el mando de Megabizos con la orden de posesionarse de Sais.

En Heliópolis se le presentaron embajadas de los habitantes helénicos de Náukratis y de los libios, que habían venido con una corona de oro y ricos regalos á pedir la paz y protección. Las recibió con benevolencia prometiéndoles su amistad; á los enviados de Kirene y Barka, empero, los rechazó con enfado, arrojando con su propia mano en medio de los soldados la ofrenda de aquéllos (quinientas minas de plata,) que le parecía ridícula por lo miserable.

En el mismo punto recibió también la noticia de que los menfitas, al llegar la embajada persa, habían acudido en gran número, echado á pique el barco y despedazado á todos los pasajeros sin distinción, como carne de matadero arrastrándolos á la fortaleza. Cuando Kambises lo oyó, exclamó furioso:

—Por Mitra, por cada uno de los asesinados han de morir diez habitantes de Menfis.

Dos días después, el ejército plantó sus reales ante las puertas de la ciudad gigantesca. El sitio duró poco tiempo, porque la guarnición era harto pequeña para lo grande que era la plaza, y el vecindario estaba desalentado con la terrible derrota pelusina.

Psantik en persona con sus cortesanos más principales, salió al encuentro de Kambises. Iba el desdichado con los vestidos rasgados y con todos los signos de luto. Kambises le recibió frío y taciturno, y mandó detenerle y llevarle preso á él y á su séquito. La viuda de Amasis que había parecido también, fué tratada con miramiento, y á instancias de Fanes, al cual se había mostrado siempre amable, recibió una escolta de seguridad para regresar á su país. Kirene, donde permaneció hasta la caída de su sobrino Arkesilaos III, y la huida de su hermana Feretima. Entonces se trasladó á Antila, ciudad de Egipto que le pertenecía, donde vivió tranquila y retirada hasta que murió de edad muy provecita.

Kambises se desdeñaba de vengarse en una mujer del engaño que le había hecho, y como persa, tenía sobrado respeto á una madre, y madre de rey, para lastimar á la viuda de Amasis.

Psantik, tratado en calidad de príncipe, fué custodiado cuidadosamente en el palacio de los faraones, mientras Kambises sitiaba y tomaba la residencia real de Sais.

Entre los próceres egipcios que habían alentado al pueblo para que resistiera, Neithotep, sumo sacerdote de Neith, había sido el principal, y por esto fué enviado á Menfis y encarcelado con cien otros infelices culpables del mismo delito. Pero los más de los funcionarios palaciegos del faraón, prestaron voluntariamente homenaje en Sais á Kambises, dándole el apellido de «Ramestu,» es decir «hijo del Sol,» é induciéndole á hacerse coronar formalmente rey del Alto y Bajo Egipto, é inscribirse según la antigua costumbre en la casta de los sacerdotes. Kambises atendiendo al consejo de Fanes y de Kresos, se conformó con todo esto, si bien de mala gana; hasta fué á sacrificar en el templo de Neith, y se hizo dar una explicación somera por el nuevo sumo pontífice, de la

diosa y de la significación de los misterios. A algunos de los antiguos cortesanos les recibió como á los suyos; á muchos de los empleados de Administración les concedió ascensos: el almirante de Amasis en la escuadra del Nilo, logró insinuarse en la gracia del rey, hasta el punto de ser nombrado comensal⁹⁹.

Cuando finalmente Kambises salió de la ciudad, instaló á Megabizos gobernador de la misma. Mas apenas se hubo alejado, cuando el populacho desahogó su ira reprimida, asesinando alevosamente á los centinelas persas, envenenando las fuentes y pegando fuego á las cuadras de la caballería. Megabizos corrió á dar cuenta al rey de estos sucesos, y le hizo ver que semejante hostilidad si no era ahogada por el terror, podía conducir fácilmente á una rebelión abierta.

—Manda ejecutar inmediatamente—dijo,—á los dos mil jóvenes de Menfis que has destinado á la muerte en castigo del asesinato de nuestra embajada. No sería mal que añadieses al número de los condenados, el hijo de Psamtik, para que no pudiera formar un día el centro, á cuyo derredor se agruparan los rebeldes. Las hijas del rey destronado y del gran sacerdote Neithotep, según me dicen, han de sacar agua para los baños del noble Fanes.

El ateniense sonrióse al oír estas palabras, y dijo:

—Kambises, mi señor, me ha otorgado mi súplica de poder tener criados tan principales.

—Pero te ha prohibido—añadió Kambises,—atentar á la vida de algún miembro de la dinastía destronada. Sólo á un rey le pertenece el castigar á otro rey.

Fanes hizo una reverencia, y Kambises dirigiéndose á Megabizos, le mandó hiciera ejecutar el día siguiente á los condenados por vía de ejemplar y terrorífico castigo. Sobre el destino del hijo del rey, determinaría más tarde, pero de todos modos debería ser conducido también al sitio del suplicio. Es preciso que se vea que sabemos oponer el rigor á la hostilidad.

Como se atreviera Kresos á solicitar clemencia para el inocente niño, Kambises se sonrió, y dijo:

—No tengas cuidado, viejo amigo; el niño vive aún y aca-

so no lo pasará peor entre nosotros que tu propio hijo que se batió con tanto valor en Pelusio. Pero quisiera saber si Psamtik sabe soportar su suerte con resignación y virilmente como tú, veinticinco años atrás.

—Esto podría comprobarse—dijo Fanes.—Hágase salir al rey al patio para que vea desfilar delante de él á los presos y condenados. Entonces veremos si es un hombre ó un cobarde.

—Sea—dijo Kambises;—me colocaré en un rincón para que le pueda observar sin que me perciba. Tú me acompañarás, Fanes, y me dirás el nombre y la posición de cada uno de los presos.

Por la mañana del día siguiente, el ateniense y el rey se apostaron en la galería que circundaba el inmenso patio del palacio, cubierto de árboles. Una espesura de flores los escondía á las miradas, mas ellos por su parte, podían distinguir cada movimiento de las personas de abajo y comprender cada una de sus palabras. Psamtik rodeado de unos pocos de sus antiguos cortesanos, estaba apoyado en una palmera y miraba tristemente al suelo, cuando sus hijas con la niña de Neithotep y otras doncellas, vestidas de esclavas, entraron en el patio llevando cántaros llenos de agua. En cuanto las jóvenes divisaron al rey, prorrumpieron en llanto y lamentos que sacaron á Psamtik de su meditada apatía. Cuando conoció á las infelices, bajó los ojos, pero pronto los volvió á levantar y preguntó á su hija mayor que para quién llevaba el agua. Cuando supo que ella había de prestar servidumbre á Fanes, palideció, meneó la cabeza, y dijo:

—Vete.

Pocos minutos después, entraron en el patio los prisioneros con dogal al cuello y mordaza en la boca, custodiados por guardas persas. Empezaba la cadena el pequeño Nejo que tendió las manecitas hacia su padre, rogándole que castigara á los malvados extranjeros que le querían matar. Los egipcios lloraron de exceso de dolor al oír estas palabras; Psamtik, empero, bajó otra vez los ojos enjutos, y luego hizo con la mano una seña de último adiós á su hijo lloroso.

A poco rato, pasaron por el portal los prisioneros hechos en Sais. Uno de ellos era el anciano Neithotep. El antiguo gran sacerdote iba cubierto de harapos arrastrándose penosa-

mente, apoyado en un bastón. A la entrada del patio, levantó los ojos y vió á Daríos, su antiguo discípulo. En derecha y sin preocuparse de los que le rodeaban, se fué hacia el joven, lamentándose de su suerte, rogándole que le socorriera y acabando por pedirle una limosna.

Daríos le hizo un regalo, lo que indujo á los demás ajemidas que estaban á su lado á llamar al viejo en són de broma, y echarle alguna moneda menuda que recogió con afán y agradecimiento.

En cuanto Psamtik vió esto, prorrumpió en gran llanto, y llamando por su nombre á su amigo, empezó á mesarse los cabellos y á golpearse la frente.

Kambises admirado de lo que veía, separó las flores, asomóse á la balaustrada, y dijo al infeliz:

—Dime, hombre singular, ¿por qué no te has levantado ni llorado, al ver á tu hija malhadada y á tu hijo destinado á la muerte, y ahora muestras tan gran compasión por un mendigo que ni siquiera es tu pariente?

Psamtik, levantando los ojos á su vencedor, contestó:

—La desdicha de mi propia casa, hijo de Kiros, era demasiado grande para lágrimas; pero el infortunio de un amigo que en su vejez, de hombre feliz y distinguido se ha trocado en miserable pordiosero, me ha hecho llorar.

Kambises manifestó su aprobación á lo que dijo el desgraciado rey, moviendo varias veces la cabeza, y al mirar en torno suyo, observó que sus ojos no eran los únicos en que se asomaban las lágrimas. Kresos, Bardiya y todos los persas presentes, hasta Fanes mismo que había hecho de intérprete á los reyes, lloraban con grandes sollozos.

El soberbio vencedor vió con gusto estas lágrimas, y dirigiéndose al ateniense, le dijo:

—Opino, amigo heleno, que está vengado el agravio que nos han hecho. Levántate, Psamtik, y trata de acostumbrarte á tu nueva suerte, como este noble anciano.—Y señalaba á Kresos.—El embuste de tu padre ha sido castigado en ti y en tu casa. La misma corona que Amasis robó á la hija de Hofra, mi inolvidable esposa, la he arrancado de tu cabeza. Por Nitetis he emprendido esta guerra; ahora perdono la vida á tu hijo, porque ella le quería. Sin temor de nada, puedes

vivir en adelante en nuestra corte en calidad de comensal, compartiendo los honores de mis grandes. ¡Ve por el niño, Giges! Será educado, como tú años atrás, en compañía de los hijos de los ajemenidas.

El lidio, cumpliendo gustoso el agradable encargo, corrió hacia la salida de la galería; mas antes de alcanzarla, fué llamado por Fanes, quien colocándose en actitud orgullosa entre el rey y Psamtik, alborozado dijo:

—Irías en balde, noble lidio; ¡Nejo, el hijo de Psamtik, no vive ya! Rebelde á tu mandato, mi soberano, me he aprovechado del permiso que un día me diste, para mandar al verdugo que decapite antes que á todos al nieto de Amasis. El toque de corneta que habréis oído, anunció la muerte del último heredero de Egipto, nacido á orillas del Nilo. Conozco mi sino, Kambises, y no ruego por mi vida cuyo objeto final se ha alcanzado. Comprendo también tu mirada de reconvencción, ¡oh, Kresos! te compadeces de los niños asesinados; pero la vida es tal tejido de miserias y engaños, que acorde con tu amonestador Solón, tengo por dichoso al que los dioses deparan una muerte temprana como hicieron á Kléobis y Bitón. Concédeme, ¡oh, Kambises! como última gracia, si te he servido en algo, si mi consejo te ha sido útil alguna vez, el permiso de decir unas pocas palabras más. Bien sabes, Psamtik, lo que nos dividió. Vosotros, cuya buena opinión me importa conservar, lo sabréis ahora. El padre de este hombre, me dió en substitución de él, el mando de las tropas enviadas contra Kipros, y yo conseguí grandes resultados donde él no había granjeado más que humillaciones; sin querer, llegué á enterarme de un secreto peligroso para sus pretensiones al trono; finalmente le impedí robar una virtuosa joven de la casa de su abuela, anciana venerada por todos los helenos. Esto es lo que no ha podido perdonarme, lo que le indujo á provocarme á una lucha á muerte, cuando tuve que abandonar el servicio de su padre. Ahora, la lucha está decidida; tú has mandado asesinar á mis hijos inocentes, y perseguirme á mí como una fiera; he aquí tu venganza. Yo te he derribado del trono, haciéndote esclavo con todo tu pueblo; yo he llamado esclava mía á tu hija, he hecho matar á tu hijo, y he visto cómo la misma joven que tú perseguiste, llegó á ser la

feliz esposa de un héroe. Tú, destronado, hundido, me viste el más rico y más poderoso de todos mis paisanos; tú, desgraciado, has tenido que verme, y esta ha sido mi venganza más bella, llorando de irresistible conmiseración por tu horrenda desdicha. El que como yo pueda sobrevivir siquiera un instante á la más profunda miseria de su enemigo, en mi sentir, es dichoso como los dioses bienaventurados. Ya no tengo nada más qué decir.

Fanes calló y apretóse con la mano la herida. Kambises le miró asombrado, adelantó un paso é iba á tocar el cinturón del ateniense, gesto equivalente á la firma de una sentencia capital¹⁰⁰, cuando su mirada cayó sobre la cadena de honor que él mismo le había puesto al cuello, en recompensa de la discreción y sagacidad con que había probado la inocencia de Nitetis. El recuerdo de la mujer amada, y de la gratitud que debía á ese hombre singular por sus numerosos servicios, aplacó su enojo y retiró la mano levantada en señal de muerte. Un instante el monarca severo estuvo indeciso ante el amigo que le desobedeció; de súbito, impulsado por rápida inspiración, levantó otra vez la derecha, señalando imperiosamente la salida del patio. Fanes inclinóse silenciosamente, besó el vestido del rey y bajó al patio con paso grave. Psamtik, trémulo, le siguió con la mirada, y se acercó á la balaustrada de la galería; mas antes de poder abrir los labios para proferir una maldición, cayó al suelo exánime.

Kambises hizo seña á su séquito, y mandó al maestro de montería que hiciera los preparativos para una caza de leones en los montes líbicos.





CAPITULO XIII

El Nilo empezaba otra vez á subir. Dos meses, fecundos por cierto en acontecimientos, habían pasado desde la huida de Fanes.

El mismo día en que el ateniense salió de Egipto, Sapfó había parido una niña y bajo el cuidado de su abuela, se había recobrado lo suficiente para tomar parte en una excursión por el Nilo, que Kresos había propuesto para la fiesta de Neith.

El joven matrimonio no vivía ya en Menfis, pues Bardiya, para substraerse á las majaderías de su hermano, cuya conducta era insoportable desde la relegación de Fanés, con permiso del rey, se había instalado en el palacio de Sais. También Rodopis, en cuya casa no eran huéspedes raros el lidio con su hijo, Bardiya, Daríos y Zópiros, se agregó á los expedicionarios.

Por la mañana de la fiesta de Neith entraron en una barca magníficamente equipada, á unas ocho leguas de Menfis, y empujados por un viento Norte favorable y numerosos remos, subieron el río.

Bajo el cobertizo de madera medio dorada y medio pintada de varios colores, que se elevaba en el centro de la cubierta, los pasajeros estaban sentados al abrigo de los ardientes rayos del sol: Kresos, al lado de la anciana á cuyos pies se hallaba el milesio Teopompos; Sappó, apoyada en Bardiya, Silosón tendido al lado de Daríos, que pensativo miraba las aguas del río, y Giges y Zópiros hacían coronas para la frente de las dos señoras con las flores que les iba dando un esclavo egipcio.

—No se creería—dijo Bardiya,—que bogamos contra la corriente; la barca vuela sobre el agua cual golondrina.

—Es debido al recio Norte que nos refresca la frente—repuso Teopompos,—y además los remeros egipcios entienden su oficio á maravilla.

—Y trabajan con doble ahinco—añadió Kresos,—porque vamos contra la corriente. Sólo cuando encontramos resistencia, solemos aplicar nuestras fuerzas con empeño.

—Y nosotros mismos nos creamos dificultades, cuando la suerte pone la barca de nuestra vida en piélagó bonancible—dijo Rodopis.

—¡Así es!—exclamó Daríos;—el hombre de sentimientos generosos detesta el seguir sin esfuerzo la corriente. En la ociosidad, todos los hombres son iguales; por esto necesitamos de la lucha para poder demostrar que somos mejores que los demás.

—Pero los héroes generosos no han de ser pendencieros—añadió Rodopis.—¿Ves allí los melones esparcidos sobre la tierra negra, cual bolas de oro? Si el labrador hubiese echado la semilla con excesiva generosidad, ninguna habría llegado á madurar, la exuberancia de los zarcillos y de las hojas

habría ahogado los frutos y frustrado la cosecha. La lucha y el trabajo son la misión del hombre; mas también en esto como en todo, debe saber moderarse, si sus esfuerzos han de conducir á la prosperidad. No traspasar nunca los debidos límites, he aquí el verdadero arte del sabio.

—Ojalá te oyese el rey—exclamó Kresos.—En lugar de estar satisfecho con su gran conquista, y pensar en la bienandanza de sus súbditos, sus deseos divagan y se extienden. Quisiera someter entero el mundo, mientras deja que le domine á él casi todos los días desde el destierro de Fanes, el mal deva de la embriaguez.

—¿No tiene su augusta madre ningún ascendiente sobre él?—preguntó Rodopis.

—Ni siquiera ha podido disuadirle de su propósito de casarse con Atosa, y ha tenido que asistir personalmente al banquete de boda.

—¡Pobre Atosa!—murmuró Sápfo.

—No pasará muy felices días como reina de Persia—dijo Kresos;—ha de serle más difícil vivir en paz con su esposo hermano porque tiene también el genio muy vivo. Dicen que Kambises la desatiende grandemente y la trata como á una niña. Por lo demás, este casamiento no tiene nada extraordinario para los egipcios entre los cuales se ven á menudo matrimonios de hermanos *101*.

—Y en Persia también—añadió Daríos afectando perfecta calma,—los enlaces de consanguíneos se tienen por los mejores.

—Volviendo al rey—dijo Kresos dando adrede otro jiro á la conversación,—por miramiento para con el hijo de Histapes, te aseguro, Rodopis, que merece la calificación de hombre generoso. Sus faltas cometidas en la pasión y la cólera, van siempre seguidas del arrepentimiento, y nunca ha dejado de abrigar el propósito de ser un soberano bueno y justo. Así por ejemplo, el otro día, en el banquete, antes de enturbiarle el vino la inteligencia, preguntó en qué concepto le tenían los persas en comparación con su padre.

—¿Y cuál fué la contestación?—preguntó Rodopis.

—Intafernes nos sacó del apuro con bastante habilidad—dijo riendo Zópiros,—pues contestó al rey: Pensamos que tú

mereces la preferencia, porque no solamente posees sin menoscabo el imperio de Kiro, sino que has extendido nuestros dominios más allá de los mares por la conquista de Egipto. Mas esta contestación no le agradó al rey, pues dando con el puño un tremendo golpe sobre la mesa, exclamó: ¡aduladores! ¡miserables aduladores! No fué pequeño el susto de Intafernes por esta inesperada invectiva, mas el rey se dirigió á Kresos preguntándole su parecer. A mi me parece, respondió nuestro prudente amigo, que no has alcanzado aún el mérito de tu padre, pues todavía te falta, añadió dorando la píldora, un hijo cual el difunto nos dejó en ti.

—Bien, bien—dijo la anciana sonriendo y aplaudiendo á su amigo;—¡estas palabras habrían hecho honor al ingenioso Odiseus! Pero, ¿cómo acogió el rey este acíbar almibarado?

—Con gran aplauso. Dió las gracias á Kresos llamándole su amigo.

—Y yo—añadió el anciano,—me aproveché de la ocasión para disuadirle de su propósito de hacer la guerra á los longevos etíopes, los amonios y los cartagineses. De los primeros no saben más que cosas fabulosas, y una guerra con ellos costará muchos sacrificios y dará pocos beneficios. El oasis de Amón, separado de Egipto por un desierto, es apenas accesible para un ejército regular, y además me parece pecado el emprender una guerra contra un dios y sus tesoros, aunque no se crea en él. En cuanto á los cartagineses, el éxito ha confirmado ya la verdad de mi predicción. Los marineros de nuestra armada son casi todos sirios y fenicios, y se negaron naturalmente á combatir contra sus hermanos. Kambises ridiculizó mis razones, tildóme de cobarde y juró finalmente, cuando el vino se hubo apoderado de él, que también sin Fanes y Bardiya sería capaz de llevar á cabo empresas difíciles y subyugar grandes naciones.

—¿Qué significa esa alusión á tí, hijo mío?—preguntó la anciana.

—El, y ningún otro, ha ganado la batalla de Pelusio—exclamó Zópiros adelantándose á su amigo.

—Mas tú y tus amigos—dijo Kresos,—hubierais debido ser más prudentes, teniendo en cuenta que es peligroso despertar los celos de un hombre como Kambises. Vosotros olvidáis

siempre que su corazón está herido y le causa el menor disgusto vivo dolor. El destino le ha arrebatado la mujer amada y el amigo que quería; ahora vosotros os empeñáis en mermarle aun la única cosa que le importa, su gloria guerrera.

—No le reconvengas—dijo Bardiya, cogiendo la mano del viejo amigo.—Mi hermano nunca ha sido injusto y dista mucho de envidiarme la suerte, pues casi no puede decirse que haya mérito en mi oportuno ataque. Bien sabéis que después de la batalla, me regaló en galardón de mi valor, este magnífico sable, cien caballos generosos y un molinillo de oro.

Las palabras de Kresos habían suscitado en el alma de Sappó ligero recelo que se disipó, por la seguridad con que hablara su marido, y fué olvidado por completo, cuando Zópiros hubo terminado su corona y la puso sobre la frente de la anciana. Giges ofrecía la suya á la joven madre, que apretó sobre sus abundantes rizos castaños el trenzado de niveos lirios acuáticos, y con este sencillo adorno se mostró tan prodigiosamente bella, que Bardiya no pudo abstenerse, á pesar de la presencia de testigos, de besarla en la frente. Esto dió un jiro alegre á la grave conversación. Cada cual esforzábale en contribuir por su parte á la jovialidad general, y hasta Daríos mismo dejó su ordinaria gravedad, para reir y bromear con los amigos á los que fué servida entonces, toda clase de manjares y bebidas.

Cuando el sol hubo desaparecido detrás de la montaña de Mokatam, los esclavos pusieron sillas, escabeles y mesitas preciosamente esculpidas, sobre la despejada cubierta, donde la alegre compañía fué á instalarse. Espectáculo maravilloso, superior á cuanto cabía esperar, ofrecióse á la atónita mirada.

La fiesta de Neith, que los egipcios llamaban el arder de lámparas¹⁰², pues solía celebrarse con una gran iluminación de todas las casas del país, había empezado al salir la luna. Las orillas del río gigante parecían interminables fajas de fuego. Cada templo, cada casa, cada choza, estaba ornada con luminarias según la fortuna del poseedor. En los portales de las casas de campo y en los torreones de los edificios mayores, ardían en trípodes vivas llamaradas de pez, despidiendo espeso humo que flotaba en el aire como las banderas y flámulas. Las palmeras y los sicomoros plateados por la clari-

dad de la luna, se reflejaban formando extrañas figuras en las ondas enrojecidas por la reverberación de las llamas. Mas toda esta luz no bastaba para alumbrar el centro de la corriente que seguía la barca de los expedicionarios. Parecía que caminaban por una noche oscura entre dos días luminosos. De trecho en trecho, veían algunos bateles con lámparas, que volaban por el agua como cisne de fuego, ó bordeando la orilla, hubiérase dicho que cortaban un lago de fundido y candente metal.

Los niveos lotos mecíanse en las olas y parecían á los viajeros como los ojos del río. Ni el más leve rumor venía de la ribera á oídos de los navegantes, porque el viento Norte no le dejaba llegar hasta el medio del río. Sólo el ruido de los remos y el monótono canto de los remeros, interrumpían la profunda quietud de la esplendente noche.

Largo rato los amigos estuvieron mirando silenciosos el extraño espectáculo, que parecía desfilar por delante de ellos. Por fin Zópiros interrumpió el silencio, exclamando con profundo suspiro:

—¡Cuánto te envidio, Bardiya! Si todas las cosas estuviesen en su lugar, cada uno de nosotros á estas horas debiera tener á su lado á su mujer más querida.

—¿Quién te prohibió llevar contigo alguna de tus mujeres? —exclamó el marido feliz.

—Mis otras cinco compañeras de por vida—dijo el joven suspirando.—Si sólo hubiese permitido acompañarme á Parisatis, mi favorita más joven, la hija de Oroestes, esta vista encantadora hubiera sido la última para mí, porque mañana hubiera habido un par de ojos menos en el mundo.

Bardiya estrechó la mano de Sápfo, diciendo:

—Me parece que toda mi vida me contentaré con una sola mujer.

La joven madre devolvió el apretón de la mano querida, y dirigiéndose á Zópiros, dijo:

—No tengo mucha fe en tus palabras, amigo mío, pues me parece que más que la ira de tus esposas, temes cometer una infracción de las costumbres de tu país. Ya me han contado que en los harenes censuran á mi pobre Bardiya, porque no

me hace custodiar por eunucos y me permite participar de sus regocijos.

—Realmente te mimas demasiado—repuso Zópiros,—y nuestras mujeres, cuando tiramos un poco de las riendas, alegan ya su bondad é indulgencia. Dentro de pocos días estallará una revolución mujeril en la Puerta del Rey, y los ajemenidas después de escapar al filo de espadas y flechas, morirán de picadas de lenguas agudas, ó en las saladas ondas de un mar de lágrimas.

—¡Oh, persa deslenguado!—dijo riendo Silosón;—hemos de imponerte más respeto por las imágenes de Afrodite.

—¿Quién? ¿vosotros los helenos?—preguntó el joven.—Por Mitra, nuestras mujeres no lo pasan peor que las vuestras. Solamente las egipcias viven libres.

—Es la verdad—dijo Rodopis.—Los varones de este raro país, conceden desde miles de años al sexo débil, los mismos derechos que pretenden para sí. En muchos conceptos hasta nos dan la preferencia. Así, por ejemplo, la ley egipcia manda á las hembras, no á los varones, que mantengan y cuiden á sus padres ancianos. Este precepto demuestra lo bien que han sabido juzgar la naturaleza de la mujer los sabios padres de ese pueblo ahora humillado, el acierto con que han conocido cuanto os superamos á los hombres en cuidado circunspecto, celo esmerado y cariñoso abandono. No os moféis de estos adora-bestias que no comprendo, y sin embargo, admiro con respeto, porque Pitágoras, el maestro de todo saber, me aseguró que la sabiduría oculta en las doctrinas de los sacerdotes, es tan colosal como las pirámides.

—Tiene razón vuestro gran maestro—exclamó Daríos.—Sabéis que de algunas semanas á esta parte converso, ó mejor dicho, me hago instruir diariamente por Neithotep á quien he sacado de su prisión, y por el viejo Onufis. ¡Cuántas cosas nuevas, nunca imaginadas, he aprendido de estos ancianos! ¡Cuántas cosas tristes olvido con sus lecciones! Toda la historia del cielo y de la tierra, les es conocida. Conocen el nombre de cada rey, la historia de todo acontecimiento importante desde cuatro mil años; están enterados del curso de todos los astros y de lo que han producido los artistas y sabios de su nación de aquella misma fecha acá, porque todo lo tienen

anotado en grandes libros que se conservan en Tebas en un palacio que llaman «lugar de salud para el alma.» Sus leyes son puro manantial de sabiduría, y las instituciones políticas adaptadas con gran inteligencia á las necesidades del país. ¡Yo quisiera que pudiésemos preciarnos del mismo orden, de la misma regularidad, en nuestro país! El fundamento de su saber descansa en el uso de los números á beneficio de los cuales es posible calcular las órbitas de los astros, determinar y deslindar exactamente lo que existe y hasta regular los tonos alargando ó acortando las cuerdas. El número es la única cosa cierta que no admite interpretación ni arbitrariedad. Cada pueblo tiene su opinión particular acerca de lo justo y lo injusto, toda ley puede llegar á ser inservible según las circunstancias, mas la experiencia que se funda en los números, queda en pie eternamente. ¿Quién podrá negar que dos veces dos son cuatro? Los números determinan con certidumbre y seguridad el contenido de todo lo existente, todo lo existente es igual á su contenido, por esto los números son el verdadero ser, la esencia de las cosas.

—¡Por vida de Mitra! basta, Daríos, si no quieres que me dé el vértigo—dijo Zópiros interrumpiendo, á su amigo.—Oyéndote hablar se creería que toda tu vida has estado conversando con esos cavilosos egipcios, sin empuñar una espada. ¿Qué nos importa á nosotros los números?

—Más de lo que crees—dijo Rodopis.—También Pitágoras debe estas doctrinas, que forman parte de la ciencia secreta de los sacerdotes egipcios, al mismo Onufis que ahora te inicia en los misterios. Daríos, ven á verme un día y te explicaré la manera maravillosa cómo el gran samio ha armonizado las leyes de los números con los de las melodías. Pero, ¡mirad, mirad! ya se divisan las pirámides.

Levantáronse de sus asientos y contemplaron enmudecidos el grandioso espectáculo que se ofrecía á su vista.

Colosales é imponentes, aplastando el suelo con su peso, estaban en la ribera izquierda del río, plateados por el resplandor de la luna, los vetustos sepulcros gigantescos de soberanos poderosos, prueba de la fuerza creadora de la voluntad humana, proclamando la vanidad de toda grandeza terrenal. ¿Dónde estaba aquel Jufu que había conglomerado una

montaña de piedras con la argamasa del sudor de sus súbditos? ¿Dónde hallábase aquel Jafra longevo que, despreciando á los dioses y confiado en sus propias soberbias fuerzas, cerró las puertas de los templos, é inmortalizó su nombre en un monumento sepulcral sobrehumano? Sus sarcófagos vacíos indican tal vez que los jueces de los muertos los encontraron indignos del descanso sepulcral¹⁰³, indignos de la resurrección, mientras el constructor de la tercera pirámide, la más hermosa, Menkera, que se contentó con un sepulcro más pequeño, y volvió á abrir las puertas de los templos, pudo descansar sin estorbo en su ataúd de basalto azul.

Ahí estaban las pirámides en la noche silenciosa, alumbradas por las estrellas, custodiadas por el guardián del desierto, la gigantesca esfinge, descollando sobre las yermas rocas de las pedregosas colinas líbicas. A sus pies dormían en sepulcros preciosamente adornados, las momias de los adictos á sus constructores, y enfrente del elevado monumento del piadoso Menkera, levantábase un templo, en el cual los sacerdotes de Osiris rezaban en sufragio de las almas de los numerosos difuntos, sepultados en la necrópolis de Menfis. Hacia el Occidente, allí donde el sol se ponía detrás de las montañas líbicas, donde cesaba la tierra fructífera y empezaba el desierto, habían construído sus sepulcros los menfitas; hacia el Occidente miraban los expedicionarios guardando profundo silencio, llenos de piadosa emoción y respetuoso asombro.

Cuando el viento Norte hubo llevado la barca al vuelo por delante de la ciudad de los muertos, y de los diques enormes que aseguraban la ciudad de Menes contra las invasoras olas; cuando la residencia de los faraones antiguos se acercó cada vez más, y se presentaron á los ojos de los navegantes, millones de luces encendidas en todas partes en honor de Neith, mágico encanto movió sus lenguas, que empezaron á proferir exclamaciones de admiración, á medida que se acercaban al templo colosal de Ptah, el monumento arquitectónico más antiguo del más antiguo país.

Miles de lámparas alumbraban la casa del dios, cien lumbres ardían en los pilonos, las almenas de las murallas y las azoteas del santuario. Entre las hileras de esfinges que enlazaban las diferentes puertas con el edificio principal, ardían fúlgidas

antorchas, y la casa vacía del sagrado toro Apis, radiaba en vuelta en llamas multicolores, cual roca de creta que refleja el arrebol vespertino de una región tropical. Por encima de este cuadro luminoso, revoloteaban flámulas, banderas, festones de flores, y sonaba la música y el canto.

—¡Magnífico, magnífico!—exclamó Rodopis entusiasmada ante ese maravilloso espectáculo.—¿Veis cómo relucen las columnas y paredes pintadas, y cómo las sombras de los obeliscos y las esfinges, diseñan figuras en el terso empedrado amarillo de los patios?

—¡Y cuán misteriosamente—añadió Kresos,—obscorece allá á lo lejos el sagrado bosque del dios! ¡Nunca he visto espectáculo igual!

—Yo sí—dijo Daríos;—he visto cosas aun más maravillosas, y lo creeréis cuando os diga que he presenciado la celebración de los misterios de Neith.

—Cuenta, cuenta—gritaron los amigos.

—Neithotep se negaba al principio á dejarme entrar; mas cuando le prometí tenerme escondido y además procurar la libertad de su hijo, me condujo á su observatorio que ofrece una dilatada vista, y me comunicó que presenciaria una representación de la vida y muerte de Osiris y su esposa Isis *104*. Apenas me hubo dejado solo, cuando raras luminarias de varios colores alumbraron el bosque con tanta claridad, que podía ver hasta su más recóndito fondo.

Delante de mí extendíase un lago claro como un espejo, rodeado de hermosos árboles y tablares de abigarradas flores, en cuya superficie flotaban barcos dorados en que iban lindos muchachos y niños vestidos de blanco, cantando dulces coplas. Ningún barquero dirigía las naves, las cuales como guías por manos hechiceras, cruzaban las lisas ondas en elegantes jiros. En medio de estas lanchas llegaba un barco grande, magnífico, cuyo bordo lucía piedras preciosas. Un hermoso muchacho parecía ser su único piloto; pero, ¡cosa singular! el timón que gobernaba, consistía puramente en una blanca flor de loto, cuyos delicados pétalos tocaban apenas el agua. En medio del bastimento, descansaba sobre almohadas de seda, lindísima mujer vestida con regia pompa. A un lado hallábase un hombre de estatura sobrehumana, ceñido de alta

corona rodeada de hiedra, sobre el ondulante cabello, una piel de pantera en los hombros y un cayado en la mano derecha. En la popa del barco, bajo un dosel de rosas, hiedra y lotos, estaba una blanquísima vaca con los cuernos dorados, y en los lomos una manta de púrpura. El hombre era Osiris, la mujer Isis, el niño timonel Horos, el hijo del matrimonio divino, la vaca, el animal sagrado de la inmortal señora. Todos los botes pequeños pasaban por delante del barco grande, y en cuanto se veían junto á los celestiales, resonaban cantos de júbilo, y aquellos correspondían á los lindos cantores, con flores y frutas. De repente, se oyó un trueno que fué retumbando cada vez más recio, hasta formar estruendo horroroso, y un hombre de aspecto terrible, vestido de una piel de jabalí, ceñida la frente de hispida maraña de rojas greñas, salió de la obscuridad del bosque, saltó al agua, y acompañado de setenta compañeros como él, precipitóse sobre el barco de Osiris.

Rápidas como el huracán huyen las pequeñas lanchas... cae la flor del loto de la trémula mano del niño timonero. Como el pensamiento veloz, se abalanza el horrible monstruo sobre Osiris, le mata con ayuda de sus compañeros, y echa el cadáver en un ataúd de momia *105*, y éste en el lago, que lo traga como por encanto. En esto Isis se había refugiado en tierra en una de las lanchas, y suelto el cabello, corría profiriendo lamentaciones y alaridos, acompañada de las doncellas, quienes escaparon también de las lanchas por la orilla del lago. Bailando y cantando todas de un modo conmovedor, describiendo las niñas prodigiosas vueltas y revueltas en el aire, con pañuelos de negros visos, iban buscando el cadáver del asesinado. Tampoco se estuvieron en inacción los jóvenes; también con danzas y panderetas, preparaban el precioso ataúd para el desaparecido cadáver del dios. Cuando le tuvieron listo, se unieron con el séquito femenino de la lamentable Isis, y vagaron con ella por la orilla, buscando y entonando lamentaciones.

De repente, sale de invisible boca una voz suave que anuncia con cánticos, y cada vez más recio, que el cadáver del dios ha sido llevado por la corriente del Mediterráneo á Gebal (Biblos), en la lejana Fenicia.

Este canto, que el hijo de Neithotep, que estaba á mi lado, llamó el «viento del rumor,» me conmovió el alma y el corazón.

En cuanto Isis oye la buena nueva, tira sus vestidos de luto y á coro con su lindo séquito, entona un alborozado canto de júbilo. La fama no había mentido. La diosa encuentra, en efecto, en la orilla septentrional del lago, el ataúd con el cadáver del esposo. Cuando éste hubo sido llevado á tierra entre bailes, Isis se lanzó sobre el querido cadáver, llamó á Osiris, y cubrió de besos la momia del muerto, mientras las jóvenes adornaban un maravilloso sepulcro con flores de lotos y zarcillos de hiedra.

Después de depositar allí el ataúd, Isis abandona el lugar del duelo para buscar á su hijo. Le encuentra en el extremo oriental del lago, donde advierte la presencia de un hermoso joven que, con numerosos camaradas de la misma edad, se ejercita en juegos de armas. Este joven representa á Horos que ha crecido entretanto. Mientras la madre se regocija con su hermoso hijo, retumba un nuevo trueno que anuncia otra vez la proximidad de Tifón. El monstruo se abalanza sobre la florida tumba de su víctima, arrebató el ataúd y corta la momia en catorce pedazos que esparce al borde del agua, al són de trompas, y truenos.

Cuando Isis se acerca otra vez al sepulcro, halla tan sólo flores marchitas y un ataúd vacío, pero en la orilla del lago arden catorce puntos diferentes, otras tantas llamas con maravillosos colores. La pobre robada, corre con sus doncellas hacia esas luces, en tanto que los jóvenes se juntan con Horos, y bajo su mando luchan contra Tifón al otro extremo del lago.

Yo no sabía á dónde dirigir primero mis ojos y oídos. Aquí se libra bajo el estruendo de truenos y trompetas, una tremenda batalla; allá dulces voces de mujeres entonan cánticos arrobadores con acompañamiento de bailes mágicos, porque Isis encontró con cada una de las luces repentinamente encendidas, uno de los miembros de su marido, y lo celebró con alborozo.

Gustárame que hubieses podido ver estos bailes, Zópiros. No hallo palabras para describir los movimientos de aquellas niñas, y no acierto á daros una idea de lo hermoso que era verlas vagar en confuso tropel, y luego formar filas poniéndose

frente á frente con intachable igualdad, y luego trocar de nuevo nueva confusión por nuevo orden. De aquel garbullo salían sin cesar rayos de luz deslumbradora, pues cada bailarina llevaba un espejo á la espalda que, al moverse descomponía la luz en mil reflejos, y al pararse, reflejaba las imágenes de las ninfas.

Apenas Isis hubo dado con el penúltimo miembro de Osiris, cuando en la ribera opuesta del lago, sonaron tocatas y cánticos de triunfo. Horos había batido á Tifón, é iba á penetrar, para libertar á su padre, por la puerta abierta del infierno, que estaba en la orilla occidental del lago, guardada por una torva hipópótama.

Entonces sonaron, acercándose más y más, agradables melodías de arpas y flautas, esparciéronse aromas celestiales, é inundó el bosque rósea y brillante luz que iba creciendo en intensidad. Osiris salía por la anchurosa puerta del infierno, guiado de la victoriosa mano de su hijo. Isis se echó en brazos de su esposo, recatado y resucitado, puso otra vez en la mano del hermoso Horos en lugar de la espada una flor de loto, y derramó flores y frutas. En esto Osiris fué á sentarse bajo un baldaquino entretejido de hiedra, y todos los espíritus de la tierra y del amenti, prestaronle homenaje.

Daríos calló. Rodopis tomó la palabra, y dijo:

—Te damos las gracias por tu ameno relato, pero te estaríamos doblemente agradecidos, si nos explicaras el significado de aquel raro espectáculo, que no puede dejar de tener más elevada significación.

—No te engañas en tus presunciones—respondió Daríos;—pero yo debo callarme lo que sé, porque he tenido que prometer á Neithotep bajo juramento, que no divulgaría los secretos del oficio.

—¿Quieres que te diga—contestó Rodopis,—el sentido que según las varias indicaciones de Pitágoras y de Onufis, supongo tendrá aquel espectáculo? Isis será la bondadosa tierra, Osiris la humedad ó el Nilo que la fecunda, Horos la nueva primavera y Tifón la sequía que lo abrasa todo. Esta destruye á Osiris ó sea la humedad. La bondadosa tierra privada de su fecundidad, busca lastimera al querido esposo que encuentra en el Norte fresco, donde nace el Nilo. Por fin, Horos,

la juvenil fuerza germinativa de la naturaleza, cobra vigor y vence á Tifón ó sea la sequía. Osiris ó la fertilidad, muerto en apariencia, sale de los infiernos para reinar de nuevo con su esposa, la benéfica tierra, en el próspero valle del Nilo.

—Y como el dios degollado, se portó bien en los infiernos—dijo riendo Zópiros,—recibió al final de esta historia singular los homenajes de todos los habitantes de Hamestegán, Duzak y Gorotmán ¹⁰⁶ ó como se llamen las moradas de toda la tropa de almas egipcias.

—Llámase «amenti»—dijo Daríos;—mas la historia del divino matrimonio no simboliza solamente la vida de la naturaleza, sino también la del alma humana, que cuando el cuerpo está muerto, como el Osiris degollado, no cesa nunca de vivir.

—Muchas gracias—replicó Zópiros;—lo tendré presente para el caso de morir en Egipto; pero la próxima vez he de presenciar ese espectáculo á toda costa.

—Participo de tu deseo—dijo Rodopis;—la vejez me hace curiosa.

—Al contrario, permaneces eternamente joven—respondió Daríos.—Tu habla sigue tan bella como tu rostro y tu inteligencia tan clara como tus ojos.

—Dispénsame, si te interrumpo—repuso Rodopis, como si no hubiese oído la lisonja;—hablando de ojos, me acuerdo del oculista Nebenjari; y como mi memoria es tan poca, he de preguntar en seguida para no olvidarlo, ¿qué se ha hecho ese artista al que Kasandana debe tanto?

—Pobre hombre—contestó Daríos.—Ya durante la marcha á Pelusio huía de todo trato, y hasta se desdeñó de hablar con su compatriota Onufis. Sólo su viejo y flaco ayudante podía servirle y conversar con él. Mas después de la batalla, todo su sér se transformó. Con el semblante animado, se presentó ante el rey para rogarle que le permitiera acompañarle á Sais, y escoger por esclavos á dos vecinos de la ciudad.

Kambises, creyendo que no podía rehusar una súplica al bienhechor de su madre, le dió la autorización correspondiente. Llegado á la residencia de Amasis, corrió inmediatamente al templo de Neith, mandó prender al sumo sacerdote, quien por lo demás se había puesto al frente de los ciudadanos hostiles á los persas, y á un oculista que odiaba, y les declaró

que en castigo de la quema de ciertos escritos, habrían de pasar el resto de su vida haciendo los más humildes servicios de esclavo en país extranjero, en casa de una persa al que les vendería. Yo fuí testigo de esta escena, y os aseguro que temblaba ante el egipcio cuando declaró esto á sus enemigos. Neithotep, empero, le oyó tranquilamente, y cuando Nebenjari se calló, dijo:

—Si has hecho traición á tu patria, hijo mentecato, por amor á tus escritos quemados, has obrado con tanta injusticia como locura. Yo he conservado esmeradamente tus obras preciosas, las he depositado en nuestro templo, y he enviado una copia cabal á la biblioteca de Tebas. Sólo hicimos quemar las cartas dirigidas por Amasis á tu padre, y una vieja caja sin valor. Psamtik y Petamón fueron testigos de la quema, y determinaron hacerte construir por vía de premio por tus escritos y recompensa de aquellos papeles, que tuvimos que destruir para salvar á Egipto, un nuevo sepulcro hereditario en la necrópolis. En sus paredes encontrarás bellamente pintadas las imágenes de las deidades á cuyo culto te dedicaste, los capítulos más sagrados del libro de los muertos, y muchos bellos cuadros referentes á tu vida ¹⁰⁷.

El médico palideció y se hizo enseñar primero sus libros, y luego su nuevo sepulcro magníficamente adornado. Después dió la libertad á sus esclavos, que, sin embargo, fueron llevados á Menfis en calidad de presos, y se marchó á casa tambaleándose como un borracho, y pasándose continuamente la mano por la frente. Redactó un testamento instituyendo heredero de todos sus bienes al nieto de su viejo sirviente Hib, y se acostó en su lecho pretextando una indisposición. A la mañana siguiente le encontraron cadáver: se había envenenado con el terrible zumo de estricnos.

—¡El infeliz!—exclamó Kresos.—Ofuscado por los dioses, traidor á su patria, hubo de encontrar la desesperación en lugar de la venganza.

—Siento lástima por el pobre—murmuró Rodopis.—Mas ved, los remeros retiran los remos; hemos llegado; allá os están esperando vuestras literas y carrozas. Ha sido una excursión hermosísima. Adiós, hijo mío, y dejaos ver pronto en Náukratis; allá voy inmediatamente con Silosón y Teo-

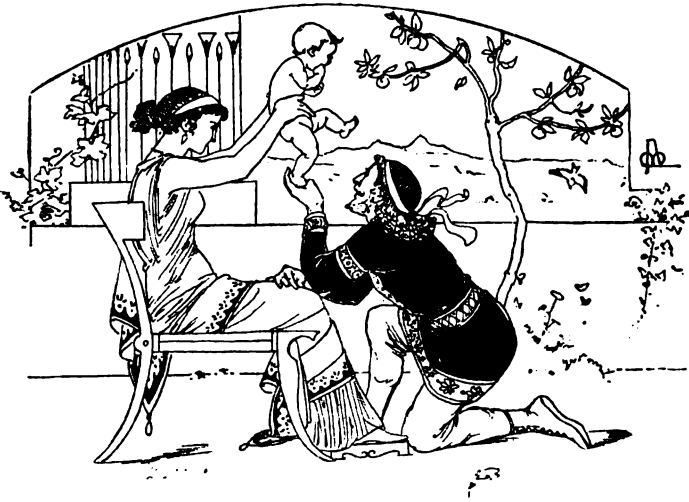
pompos. Cien besos á Parmisita de mi parte, y dile á Melita que al mediodía no vaya jamás al sol con la niña. Es peligroso por la oftalmia. Buenas noches, Kresos; buenas noches, amigos; ¡adiós, querido hijo!

Los persas salieron del barco saludando con palabras y señas. Bardiya también se volvió otra vez, dió un paso en falso y se cayó sobre el puente de desembarco.

Zópiros acudió, y como su amigo se había levantado ya sin su ayuda, le dijo riendo:

—Mucho cuidado, Bardiya; mal presagio es caerse al saltar á tierra. Lo mismo me sucedió á mí, cuando desembarcamos en Náukratis la otra vez.





CAPITULO XIV

Mientras se verificaba este paseo por el Nilo, el mensajero Prexaspes había regresado del país de los longevos etíopes, á donde le envió Kambises. Prexaspes ensalzó la talla y fuerza de estos hombres, y de la descripción que hizo del camino que conducía á aquel país, resultaba que era impracticable para un grande ejército. Refirió igualmente muchas cisas maravillosas. Los etíopes solían hacer rey al hombre más alto y robusto de su pueblo, y le obedecían ciegamente. Muchos de ellos llegaban á 120 años y no pocos aun á más. Se alimentaban de carne cocida, y era su bebida la leche fresca. Lavábanse en una fuente, cuya agua olía á violetas, y comunicaba á la piel un brillo particular. Era además tan ligera que la madera se hundía en ella. Los presos llevaban cadenas de oro, porque el cobre era rarísimo y caro en su país. A los muertos les cubrían de yeso, les embadurnaban con una masa vidriosa, y así transformados en columnas, los tenían un año en casa ofreciéndoles sacrificios, y después los iban colocando en largas hileras alrededor de la ciudad.

El rey de este raro pueblo, recibió con mofa los regalos

que Kambises le enviaba, y dijo que sabía muy bien que á los persas no les importaba nada su amistad, pues Prexaspes iba tan sólo á escudriñar el país, añadiendo además que si el soberano de Asia fuese un hombre justo, se contentaría con su gran reino, y no trataría de sojuzgar á una nación que no le había hecho ningún mal.

—Llévate ese arco para tu rey—dijo,—y aconséjale que no entre en campaña contra nosotros, hasta que los persas sepan manejar con la misma facilidad que nosotros, armas como esta. Por lo demás, Kambises puede dar las gracias á los dioses por no habérseles ocurrido aún á los etíopes querer agregar territorios ajenos á los suyos.

Esto diciendo, aflojó el arco y lo entregó á Prexaspes para que remitiera á su amo aquel poderoso instrumento de guerra, que era todo de ébano.

Kambises rióse del jactancioso africano, y después de haber recompensado largamente á Praxaspes por las molestias del viaje y por el hábil cumplimiento del encargo, citó á sus grandes para la mañana siguiente, con el objeto de probar el arco. Bebido como de costumbre, se acostó, y cayó en desasosegado sueño. Al despertar había soñado que Bardiya estaba sentado en el solio persa, y tocaba el cielo con su frente.

Este ensueño, para cuya interpretación no necesitaba de mopedes ni de caldeos, suscitó primero su enojo y luego su meditación.

—¿No diste motivo á tu hermano para que trate de vengarse?—se preguntaba el rey desvelado.—¿Olvidaste que le hiciste prender sin culpa y fué condenado á muerte? ¿No le ayudarían todos los ajemenidas si quisiera levantar la mano contra ti? En efecto, ¿qué hice yo para granjearme el cariño de estos cortesanos venales? ¿Qué puedo hacer en adelante por estar bienquisto en ellos? ¿Existe aún, después de la muerte de Nitetis y la evasión de aquel raro heleno, una sola persona que pueda inspirarme confianza, y con cuyo afecto pueda contar?

Estas preguntas excitaron de tal modo el hervor de su sangre, que saltó del lecho exclamando:

—El amor no quiere saber nada de mí; yo no quiero saber nada del amor. Prueben otros el cariño; yo he de ser rigu-

roso, si no quiero caer en manos de los que me odian, porque he sido justo castigando grandes delitos con grandes penas. A mis oídos murmuran lisonjas, y me maldicen á mi espalda. Los mismos dioses me son adversos, pues me arrebatan cuanto amo, me privan de la paternidad, me niegan la gloria de las armas que me corresponde! ¿Acaso es Bardiya mejor que yo? ¿Por qué le otorgan centuplicado lo que á mí me falta? Amor, amistad, honor, hijos, todo afluye á él como los ríos al mar, mientras mi corazón se seca cual desierto... Pero soy rey, rey todavía; todavía puedo y quiero mostrar que soy el más fuerte de ambos, aunque su cabeza toque al cielo. Uno solo puede ser grande en Persia; él ó yo, yo ó él. Dentro poco voy á mandarle de nuevo al Asia; le haré sátrapa de Bactria. Allí podrá entretenerse con las coplas de su mujer, y velar á su hijo, mientras alcanzaré yo gloria no mermada en la lucha con los etíopes... ¡Ea, camareros!... ¡mis vestidos y una buena copa de desayuno!... Quiero demostrar á los persas que soy bueno para rey de Etiopía, y que en eso de tender el arco les supero á todos. ¡Otra copa! Tenderé el arma aunque fuera la cuerda un cable, y el arco un cedro.

Esto diciendo, vació un gran copón de vino de un solo trago, y con la conciencia de sus fuerzas de gigante, seguro del éxito, bajó al jardín del palacio, donde todos los grandes del reino esperaban al rey, y le recibieron con vivas aclamaciones.

Entre los setos recortados y los viales rectilíneos, elevábanse improvisadas columnas unidas con cordones de escarlata, sartas de anillos de plata y oro, de las que colgaban pañuelos rojos, amarillos y azules ¹⁰⁸. Había en torno numerosos bancos de madera dorada, convidando á descansar. Agiles coperos ofrecían vino en magníficas vasijas, á los que acudieran allí á presenciar la prueba del arco.

A una seña del rey, los ajemenidas se le acercaron; con una mirada recorrió las filas y notó con satisfacción la ausencia de su hermano.

Luego Prexaspes puso en manos del rey, el arco etíope, y le señaló un blanco á una distancia regular. Kambises rióse del tamaño del blanco, y ponderó el arma con la mano dere-

cha. Invitando á sus vasallos á que probaran fortuna antes que él, entrega el arco al viejo Histaspes, el más principal de losa jemenidas.

Mientras éste primero, y luego los jefes de las seis familias principales de Persia forcejeaban en balde para tender el enorme arco, el rey vaciaba una copa tras otra, poniéndose tanto más alegre, cuanto menos aquéllos lograban resolver el problema del etíope. Por fin, Daríos, cuya habilidad en manejar aquella arma de guerra era famosa ¹⁰⁹, cogióla para probar su fuerza. Pero á pesar de todo su ahinco, no consiguió doblar más de un dedo aquella madera, que hierro parecía. El rey le aplaudía por el éxito alcanzado, moviendo la cabeza con amabilidad. Luego dirigiendo una mirada de triunfo á sus parientes y grandes, exclamó:

—Dame el arco, Daríos. Os demostraré que en Persia, sólo vive una persona que merezca el nombre de rey, y pueda atreverse á marchar contra los etíopes y tender este arco.

Cógele de pronto con vigorosa mano; la izquierda, en el arco de ébano, la diestra en la cuerda que era de tripa de león y gruesa como el dedo; toma aliento de lo más profundo de su pecho, encoge las poderosas espaldas, tira... tira... concentra sus fuerzas con tremendo empuje... ya parece que van á romperse los tendones del gigante y á reventar las hinchadas venas de su frente... no se desdenea de forcejear con los pies para llevar á cabo el prodigio... pero, ¡todo en vano! Después de un cuarto de hora de sobrehumanos esfuerzos, ceja el coloso y el arco que había doblado más que Daríos, rebota y burla toda ulterior prueba. Cuando, por fin, se sintió exhausto de fuerzas, arrojó el arco al suelo con rabia, exclamando:

—El etíope es un embustero. No hubo nadie en el mundo que tendiera ese arco. Lo que mis brazos no pueden, no lo pueden los de ningún otro. Dentro tres días partiremos para Etiopía, y allí desafiare al mentiroso y os mostraré cuál es el más fuerte. Recoge el arco, Prexaspes, y guárdalo bien, porque pienso estrangular con su cuerda al negro embustero. Esta madera es realmente más fuerte que el hierro. De buen grado llamaría maestro mío al que la doblara, porque realmente sería de mejor naturaleza que yo.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando pareció Bardiya en medio de los persas. Los ricos vestidos realzaban su espléndida figura, y su rostro irradiaba felicidad y confianza en las propias fuerzas. Con afable saludo, atravesó las filas de los ajemenidas, que recibieron al hermoso joven con alegría y admiración, para dirigirse en derechura á su hermano. Besóle el vestido y mirándole con franqueza y serenidad en los sombríos ojos, dijo:

—Vengo con algún retraso y he de pedirte perdón por ello, mi augusto señor y hermano. ¿O habré llegado aún á tiempo? En efecto, no veo ninguna flecha en el blanco, y de ahí infiero que tú, el mejor tirador del mundo, no probaste aún tu fuerza. ¿Me preguntas con los ojos por qué tardé?... Pues he de confesarte que nuestra hija me ha detenido un poco. La chiquilla se ha reído hoy por primera vez, y estubo tan cariñosa con su madre, que me ha hecho olvidar el tiempo y la hora. Burlaos cuanto gustéis de mi locura... ¡Si yo mismo no acierto á disculparme! ¡Por cierto que la pequeñuela me arrancó la estrella del collar! Ya me regalarás otra, querido hermano, si mi flecha da en el centro del blanco. ¿Puedo tirar ya, ó quieres principiar tú, señor?

—Dale el arco, Prexaspes—dijo Kambises, sin dignarse mirar á su hermano.

Bardiya cogió el arma, é iba á examinarla detenidamente, cuando el rey con una carcajada de mofa, dijo:

—Parece, por vida de Mitra, que pretendes ganar sus favores, como el corazón de los hombres con dulces miradas. No te canses; devuelve el arco á Prexaspes; es más fácil jugar con hermosas mujeres y niños risueños, que con esta arma, que se burla de la fuerza de verdaderos hombres.

Bardiya se ruborizó de cólera é indignación con estas frases proferidas en amarguísimo tono, y sin decir palabra, bajóse á escoger la enorme flecha tendida en el suelo, púsose enfrente del blanco, concentró todas sus fuerzas, y tirando de la cuerda con sobrehumana pujanza, disparó. De la emplumada saeta clavóse la punta de hierro en mitad del blanco, y la caña hecha astillas, voló por los aires con estrépito.

Los más de los ajemenidas prorrumpieron en gritos de aplauso, al ver esta prueba de fuerza prodigiosa, pero los

amigos íntimos del vencedor palidieron y contemplaron mudos, ora al rey que temblaba de rabia, ora á Bardiya, radiante de orgullo y satisfacción.

Atroz, espantoso, era el aspecto de Kambises; pareció que la flecha al dar en el blanco, le había atravesado el corazón y hecho astillas su dignidad, su fuerza, su honra. Le chispeaban los ojos, le zumbaban los oídos, como si sonara en ellos rumor de mar agitado por el temporal, le ardían las mejillas. Su mano se agarró convulsa al brazo de Prexaspes que estaba á su lado. Este con el apretón lo comprendió todo, y dijo para sí:

—¡Pobre Bardiya!

Por fin el rey consiguió recobrar la serenidad necesaria. Sin decirle una palabra, arrojó una cadena de oro á los pies de su hermano, y mandando á los grandes que le siguieran, salió del jardín para retirarse á su habitación, donde estaba paseándose agitado arriba y abajo, y empeñado en anegar su enojo en vino. De repente, pareció haber tomado una resolución; hizo salir del aposento á todos los cortesanos, menos Prexaspes, y dijo á éste cuando estuvieron solos, con voz ronca y con miradas de borracho:

—Esta vida no se puede soportar más. Quitá de en medio á mi enemigo, y te llamaré mi amigo y bienhechor.

Prexaspes se estremeció, postróse ante su soberano, y levantó las manos suplicante; pero Kambises, ebrio y ofuscado por el odio como estaba, no podía comprender la actitud del palaciego. Creyó que éste quería demostrar así su fidelidad y devoción, y haciéndole una seña para que se levantara, y como si temiese oír sus propias palabras, le susurró al oído:

—Obra con sigilo y prontitud; sólo tú y yo, si en algo estimas la vida, debemos saber la muerte del mimado de la fortuna. Cuando hayas cumplido, podrás sacar de mi tesoro cuanto quieras. Sé prudente, porque el mozo es robusto y posee el arte de ganarse amigos. Si te tentara con zalamerías, piensa en tus hijos... ¡piensa en tu mujer!

En esto vació otra copa de vino puro y se fué lentamente, y tambaleándose hacia la puerta. Volviéndose, y como si hablara consigo mismo, dijo con ronca voz y torpe lengua, amenazando con el puño:

—¡Ay ide ti y de los tuyos, si permanece vivo el mujeriego, el mimado, el usurpador de honores!

Mucho rato hacía que había salido el rey, y estaba todavía Prexaspes inmóvil en su puesto. El servidor del despotismo, el ambicioso, pero no exento de nobleza, quedó aplastado bajo el peso del monstruoso encargo que recibiera. Sabía que á él y á su familia les amenazaba la muerte ó el infortunio, si se negaba á ejecutar el plan sacrílego del rey, pero amaba á Bardiya y todo su sér se rebelaba á la simple idea de ser autor de un vil asesinato. Terrible lucha se entabló en su conciencia que no le dejaba sosegar, aun después de salido de palacio. De vuelta á su casa, halló á Daríos y á Kresos; para no encontrarles, pues pensó que conocerían su criminal intento, se escondió detrás de la puerta saliente de una gran casa egipcia, y cuando pasaron, oyó como Kresos decía:

—He reconvenido agriamente á Bardiya por su intempestivo alarde de fuerza, y demos gracias á los dioses que Kam-bises no le haya echado mano en un arrebato de cólera. Ahora ha seguido mi consejo, y ha salido para Sais con su esposa. Deben pasarse algunos días sin que el rey le vea, porque la presencia de su hermano podría encender de nuevo su cólera, y un rey halla siempre infames que le sirvan.

Estas últimas palabras impresionaron dolorosamente á Prexaspes, como si Kresos le hubiese tachado de infame á él en persona, y determinó desde luego arriesgarse á todo, antes que manchar sus manos con la sangre de un amigo. Con esto se irguió y continuó su camino con paso franco, hasta llegar á la vivienda que le había sido señalada. En la puerta saltaron á sus brazos sus dos hijos que, para ver un momento á su padre, se habían escabullido de la plaza donde solían jugar los hijos de los ajemenidas, quienes como siempre habían seguido al ejército y al rey. Con singular emoción, de la que él mismo no se daba cuenta, apretó á los hermosos niños contra su pecho, y abrazóles otra vez cuando declararon que habían de volver á la plaza de los juegos, si no querían ser castigados. En su habitación encontró á su esposa favorita, jugando con su hijo más pequeño, una lindísima niña. Otra vez le sobrevino aquella inexplicable ternura, pero la

reprimió, para no descubrir su secreto á su joven esposa, y se retiró pronto á su cuarto.

En tanto, había anochecido. La grave tentación no dejó dormir á Prexaspes. Inquieto se revolcaba por el lecho. La idea de que su negativa perdería también á su mujer y á sus hijos, se ofrecía cual terrorífico fantasma á sus ojos insomnes. Abandonóle la fuerza necesario para atenerse á su buen propósito, y la misma frase de Kresos que hizo predominar en su pecho los sentimientos generosos, le hizo sucumbir ahora: «Un rey halla siempre infames que le sirvan.»— Esta sentencia era ciertamente injuriosa para él, pero le recordaba que si él resistía, cien otros se ofrecerían á cumplir el mandato; idea que se sobrepuso pronto á toda otra consideración. Saltó del lecho, y después de revisar y examinar los numerosos puñales que ordenados en hileras, tapizaban las paredes de su dormitorio, colocó el más afilado sobre una mesita junto al diván. Hecho esto, empezó á dar vueltas por el cuarto, asomándose á menudo á la ventana para ver si ya amanecía y refrescar la acalorada frente.

Cuando, por fin, la obscuridad de la noche hubo cedido el puesto á la claridad de la aurora, y el «bronce,» llamando á los muchachos á la plegaria matutina, vino á recordarle de nuevo á sus hijos, volvió á examinar el puñal, y lo metió en el cinturón, cuando una sección de cortesanos ricamente vestidos, que se dirigía á palacio, fué desfilando por delante de su casa. Luego, sonó en el aposento de las mujeres la alegre risa de su pequeñuelo: al oírla, se puso la tiara con cierta presteza, y sin despedirse de su mujer, acompañado de unos cuantos esclavos, se fué al Nilo, echóse en una barca y mandó al barquero que le llevase á Sais.

Pocas horas después del fatal flechazo, Bardiya, siguiendo el consejo de Kresos, había salido para Sais con su joven esposa. Allí encontraron á Rodopis, quien cediendo á irresistible impulso, en vez de volver á Náukratis, fuese á Sais. Al regresar de aquella expedición, Bardiya se había caído apeándose, y ella había visto con sus propios ojos, que una lechuza

que venía del lado izquierdo, pasó rozándole casi la cabeza. Si estos malos presagios bastaban á angustiar su corazón, de ningún modo inaccesible á las supersticiones de su tiempo, é inspirarle más que nunca vivos deseos de permanecer junto á la joven pareja, acabó de decidirse á esperarla en Sais, cuando despertó de un sueño inquieto, en el que había tenido una serie confusa de malas visiones.

El joven matrimonio se alegró de encontrar tan agradable como inopinado huésped, y cuando Rodopis estuvo cansada de jugar con su biznieta á la que habían dado el nombre de Parmis, fué conducida á los aposentos preparados para ella, que eran los mismos en que la malograda Tajot había pasado los últimos meses de su desmedrada vida. Rodopis contempló con honda emoción todos los pequeños objetos que revelaban, no sólo la edad y el sexo de la difunta, sino su carácter é inclinaciones. En el tocador había aún numerosos tarros y frascos de pomadas, arreboles y esencias ¹¹⁰. En una cajita que remedaba perfectamente la figura de una oca, y en otra, que llevaba pintado un retrato de una tocadora de cítara, estuvo el rico aderezo de oro de la princesa, y el espejo metálico, cuyo mango figuraba una niña dormida, y que tantas veces reflejó el hermoso rostro, ligeramente colorado de la difunta. Todo el ajuar del cuarto, desde la cama que descansaba sobre elegantes patas de león, hasta los peines de marfil delicadamente esculpidos que se veían en la mesa de tocador, demostraban que la antigua dueña de estos aposentos había tenido afición al adorno exterior de la vida, como el sistro de oro, y la preciosa naba cuyas cuerdas habían saltado hace tiempo, sus inclinaciones musicales; y el huso de marfil, roto en un rincón y varias redecillas de cuentas, su gusto por las labores.

Rodopis examinó todos estos objetos con melancólico placer, y con ellos se pintaba en su imaginación un cuadro nada distante de la realidad. Por fin, á impulsos de la curiosidad y la simpatía, se acercó á una gran caja pintada y destapóla sin dificultad. En ella encontró en primer lugar unas flores secas, luego una pelota que había sido envuelta con mano cuidadosa en hojas de rosas marchitas de mucho tiempo atrás, y después, muchos amuletos de diversas formas, entre los cua-

les había uno que representaba á la diosa de la verdad, y otro conservaba en cápsula de oro un pedazo de papiro con fórmulas mágicas. Luego halló varias cartas escritas en griego, sacólas y las leyó á la luz de la lámpara. Nitetis las había mandado de Persia á su hermana putativa cuya enfermedad ignoraba. Cuando Rodopis dejó estas cartas, tenía los ojos arrasados en lágrimas. Veía descubierto el secreto de la difunta. Sabía que Tajot había amado á Bardiya y recibido de él aquellas flores marchitas y envuelto en rosas aquella pelota, porque él la tocó con su propia mano. No había duda tampoco de que los amuletos fueron destinados á curar su enfermo corazón, ó á despertar amor en el pecho del príncipe.

Cuando finalmente quiso volver las cartas á su antiguo lugar, tocó unos pañuelos que parecían tapizar el fondo del cofre, y notó que cubrían un objeto duro y redondo. Levantando aquellos paños, hallóse debajo un busto de cera teñida de varios colores que representaba á Nitetis, con tan rara semejanza que Rodopis no pudo reprimir su admiración, ni apartar los ojos por largo rato de la preciosa obra, debida al arte de Teodoros de Samos. Luego, cuando acostada, se durmió pensando en la triste suerte de la princesa egipcia.

A la mañana siguiente, fué al jardín en el que hemos entrado ya una vez en vida de Amasis, y halló bajo un emparado á los que buscaba.

Sapfó, sentada en sillón de rejilla ligera, tenía en su regazo á la niña desnuda que extendía las manos y pies, ora á su padre, arrodillado en el suelo delante de su hija, ora á su madre, que risueña, se inclinaba sobre él.

Cuando los infantiles dedos se introducían en el cabello y la barba del joven héroe, éste retiraba suavemente la cabeza para probar la fuerza de la criatura, y engañarla con la fingida sensación de haber tirado de veras del pelo. Si con los inquietos piecillos le tocaba la cara, cogíales en la mano para besar los bien conformados y sonrosados dedos y la planta aun blanda y tierna como la mejilla de una virgen. A veces la pequeña Parmisita le cogía con la manecilla un dedo, y el buen padre hacía como que no pudiera libertarse, entretenido en besar los redondos hombros ó los hoyuelos del codo, ó la nivea espalda de la linda criatura.



Despedida de Sappó y Bardiya

Sapfó se deleitaba en este inocente juego, y procuraba dirigir exclusivamente la atención de la chiquilla hacia su padre. De cuando en cuando, inclinábase sobre la niña para deponer en el fresco y húmedo cuello, ó bien en los róseos labios infantiles casi imperceptible beso, y ocurría en tales momentos, que su frente tocaba los rizos del esposo, y éste le arrebatava de la boca el beso dado á la niña.

Rodopis contempló oculta y largo rato ese juego, y con lágrimas en los ojos, rogaba á los dioses que conservaran á estos seres queridos su inmensa y puro dicha. Después acercándose al emparrado, dió los buenos días al matrimonio, y se deshizo en alabanzas de la vieja Melita que había acompañado con un gran quitasol para hacer descansar á la pequeña Parmis, y substraerla á la luz demasiado viva del día.

La vieja esclava había sido nombrada aya mayor de la infanta de teta, y desempeñaba su oficio con cómica gravedad. Vestida con ricos trajes pérsicos, sentía verdadera dicha en el ejercicio del mando, y tenía en continuo movimiento á la numerosa servidumbre que se hallaba á sus órdenes, á quien trataba con presuntuosa condescendencia.

Sapfó siguió á la vieja después de enlazar con su bien contorneado brazo el cuello de su esposo, para murmurarle al oído con zalamería:

—Cuéntalo todo á abuelita, y pregúntale si te da la razón.

Antes que Bardiya pudiera contestarle, le había besado en la boca, y corrido tras la vieja que se iba con paso majestuoso.

El príncipe la siguió con la vista, risueño y admirando su magnífica figura y su donaire. Luego dirigiéndose á la abuela, dijo:

—¿No te parece también que ha crecido últimamente?

—Así parece—contestó Rodopis.—La virginidad presta á la mujer singular encanto, pero sólo la maternidad la hace realmente venerable, é yergue su cabeza. Nos parece que ha crecido su cuerpo, pero ella se siente en su interior levantada, por el convencimiento de haber cumplido un gran destino.

—Sí, creo que está satisfecha—contestó Bardiya á la anciana.—Ayer por primera vez discordamos. Cuando nos ha dejado ahora, me ha rogado secretamente que te exponga

nuestra disputa, y lo hago con gusto porque aprecio en tanto tu sabiduría, como amo su inexperiencia infantil.

Entonces Bardiya contó á Rodopis lo ocurrido en la aciaga prueba del arco y terminó diciendo:

—Kresos censura mi imprudencia, mas yo conozco á mi hermano, y sé que en efecto es capaz de cualquier atrocidad en un arranque de cólera, é irritado por su derrota, hubiera podido matarme en el acto, pero una vez pasado el enojo, olvidará mi presunción y procurará en adelante superarme en proezas. No hace un año era el mejor tirador de Persia, y lo sería aún hoy, si sus fuerzas no hubiesen menguado con la embriaguez y las convulsiones. Por otra parte, noto que mi robustez va aumentando diariamente...

—La felicidad pura—dijo Rodopis interrumpiendo al joven, —vigoriza los brazos del hombre, del modo que realza la belleza de la mujer, mientras la intemperancia y los tormentos acaban con el cuerpo y el espíritu, mejor que la enfermedad y la vejez. Guárdate de tu hermano, hijo mío; si puede perder la fuerza su brazo antes robusto, también la magnanimidad, su corazón noble por naturaleza. Cree á mi experiencia que me ha enseñado, que el esclavo de una pasión torpe, rara vez conserva el imperio sobre sus demás instintos. Ni nadie siente con más intensidad, una humillación que el desmedrado, que conoce la mengua de sus fuerzas. Guárdate de tu hermano; fía más de la experiencia que de tu propio corazón; porque, noble como es, propende á tener por nobles á los demás.

—Con esto queda dicho—replicó Bardiya,—que apruebas la opinión de Sappó. Me ha rogado que salgamos de Egipto para Persia, por más que siente separarse de ti. Opina que con no verme, ni oír hablar de su hermano, Kambises echará en olvido su enojo, pero me ha parecido demasiado recelosa, y me disgustaría dejar la campaña de los etíopes...

—Pero yo—dijo Rodopis interrumpiéndole de nuevo,—te ruego encarecidamente que sigas su consejo, que inspira el mayor cariño, y es el más acertado. Los dioses saben el pesar que me causará nuestra separación, y sin embargo, te digo y repito mil veces: vuélvete á Persia y considera que sólo los necios arriesgan inútilmente su vida y bienestar. La guerra con los etíopes es una locura porque sucumbiréis, y no cier-

tamente en manos de los negros habitantes del Sud, sino al calor, á la sed, y á los horrores del desierto. Esto en cuanto á la campaña en general; por lo que á ti especialmente se refiere, has de considerar que arriesgas inútilmente tu vida y la dicha de los tuyos sin gloria que ganar, y si te distingues de nuevo, irritarás otra vez el rencor y los celos de tu hermano. Vete á Persia, hijo mío, y tan pronto como te sea posible.

Iba á exponer Bardiya sus dudas y objeciones, cuando vió á Prexaspes que se le acercaba con pálido semblante.

Después de las ordinarias saluciones y preguntas, el mensajero dijo al príncipe que debía hablar con él á solas, y en cuanto se fué Rodopis, se expresó así, jugando perplejo con las sortijas de sus dedos:

—El rey me envía con un encargo para ti. Le has irritado ayer con tu exhibición de fuerza. No quiere volver á verte tan pronto, y por esta razón te ordena que vayas á Arabia á comprar el mayor número posible de camellos *III*. Estos animales que resisten mucho tiempo la sed, servirán para llevar el agua y los víveres de nuestro ejército en la expedición contra Etiopía. Nuestro viaje no permite dilación. Despídete de tu esposa y prepárate; el rey lo quiere así, para que partas antes que oscurezca. Estarás fuera por lo menos un mes. Yo te acompañaré hasta Pelusio. Kasandana desea tener entretanto á su lado á tu esposa y á tu hija. Envíalas lo más pronto posible á Menfis, donde estarán más seguras, bajo el amparo de la augusta madre del rey.

Bardiya escuchó á Prexaspes sin que se fijara en la perplejidad y concisión con que se expresaba el mensajero. Alegróse de lo que él creyó moderación de su hermano y de sus órdenes, que acabaron con su indecisión respecto de su salida de Egipto. Dió la mano á besar al falso amigo, y le invitó á seguirle á palacio.

No bien refrescó un poco el día, Bardiya fuese á despedir breve pero cordialmente de Sappó y de su hijita que la esclava llevaba en brazos; encareció mucho á su esposa que se trasladara cuanto antes al lado de Kasandana, y después de decir á su suegra, en són de broma, que esta vez se había

equivocado en su juicio de un hombre, esto es, su hermano, montó á caballo.

Cuando Prexaspes iba á montar al suyo, Sappó le dijo en voz baja:

—No le dejes de vista, y si temerario quisiera exponerse inútilmente, recuérdale á su esposa y á su hija.

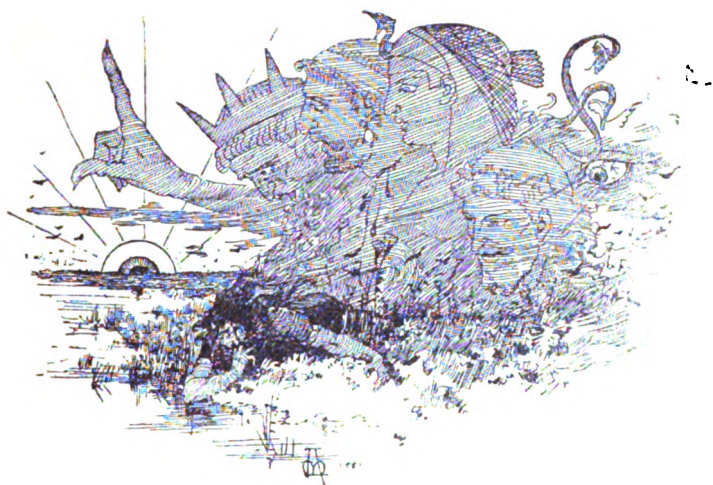
—Yo debo dejarle en Pelusio—contestó el mensajero jugueteando con el freno del caballo, para evitar las miradas de la joven señora.

—¡Pues le ampararán los dioses!—exclamó Sappó, asiendo la mano al amado esposo y prorrumpiendo en lágrimas que no podía reprimir.

Bardiya, viendo llorar á su esposa, antes siempre esperanzada, sintióse enternecido y apenado al par con dolor que nunca hasta entonces probara, é inclinándose cariñoso hasta ella, ciñóle el talle con su robusto brazo, la levantó, y mientras ella se sostenía con el pie en el estribo, él la apretó con fuerza sobre su corazón, como si le dijera adiós para siempre. Luego volvió á bajarle suavemente y con toda seguridad, y tomó otra vez á su hija en la silla para besarla y decirle bromeando que procurara ser el deleite de su madre. A Rodopis le dijo algunas frases de cordial despedida, y dando con las espuelas á su caballo que se encabritó, partió á galope acompañado de Prexaspes, por el portal del palacio de los faraones.

Apenas se hubo desvanecido el último eco del galopar de los caballos, Sappó echóse en brazos de su abuela llorando sin cesar, á pesar de todas las advertencias y severas reconven-
ciones de la anciana.





CAPITULO XV

Al día siguiente á la prueba del arco, por la mañana, Cambises tuvo un ataque tan fuerte de epilepsia, que enfermo de espíritu y de cuerpo, hubo de permanecer cuarenta y ocho horas en su cuarto, unas veces postrado y exánime, otras veces agitado como un loco.

Cuando al tercer día recobró el conocimiento claro de las cosas, acordóse de aquel terrible encargo que Prexaspes podía haber ejecutado ya tal vez, y temblando ante esa posibilidad como no había temblado nunca hasta entonces, mandó primero por el hijo mayor de aquel que tenía el honroso cargo de escanciador, y supo de su boca que su padre había salido de Menfis sin despedirse. Luego llamó á Daríos, Zópiros y Gíges, de quienes sabía que eran los mejores amigos de su hermano, y preguntóles cómo estaba su amigo. Cuando le dijeron que se hallaba en Sais, los envió inmediatamente allá con el encargo de que mandasen á Prexaspes, si le encontraban, que volviera sin tardar á Menfis. Los jóvenes ajemenidas no acertaron á explicarse la conducta extraña del rey y su

premura, mas no perdieron tiempo, porque nada bueno les anunciaba su corazón.

Kambises entretanto no hallaba sosiego en parte alguna, maldecía para sus adentros su borrachera, y en todo aquel día se abstuvo del vino. Como hallara á su madre en el jardín del palacio de los faraones, evitó su presencia porque sentía que no había de poder resistir á su mirada.

Los ocho días siguientes, pasaron también sin traer á Prexaspes, y le parecieron largos como un año. Cien veces mandó por el hijo para preguntarle si su padre había vuelto ya; cien veces recibió una contestación negativa.

Hundíase en el ocaso el sol del día décimo tercio, cuando Kasandana mandó decirle que deseaba verle. En seguida se fué á las habitaciones de la misma, porque anhelaba mirar el rostro de su madre, y le parecía que esto le había de devolver el sueño perdido.

Después de saludar á la anciana con ternura, lo cual sorprendió á ésta tanto más cuanto era inusitada, preguntóle el rey qué quería, y supo que la esposa de Bardiya había llegado en condiciones algo raras, y expresando el deseo de entregarle un regalo. Inmediatamente mandó por ella, y entonces ésta le dijo que Prexaspes había ordenado á Bardiya en nombre del rey, que saliera en dirección á Arabia, y á ella, su esposa, que se trasladara á Menfis, pues así lo quería Kasandana. El rey palideció al oír esto, y dirigió varias palabras de dolorosa emoción á la linda mujer de su hermano. A ésta, que no pudo menos de observar que algo particular pasaba en el ánimo del rey, angustiada por terribles sospechas, le temblaban las manos al entregarle el regalo que había traído.

—Mi esposo te envía este presente—dijo señalando el busto de cera de Nitetis, contenido en una caja artísticamente trabajada.

Rodopis le aconsejó que ofreciera al iracundo cuñado tal regalo, en nombre de Bardiya precisamente, como prenda de reconciliación.

Sin que pareciera excitar mucho su curiosidad, Kambises entregó á un eunuco la caja, y después de dirigir á su cuñada algunas palabras, como de gracias, salió á toda prisa

del harén, sin preguntar siquiera por Atosa, á la que parecía haber olvidado por completo.

Había creído que esta visita le haría bien y le tranquilizaría, pero las noticias que diera Sappó, le quitaron la última esperanza y por ende el último resto de sosiego. Prexaspes debía de haber cometido ya el asesinato, ó tal vez en aquel instante alzaba el puñal para hundirlo en el pecho del joven. ¿Cómo podría él, después de la muerte de Bardiya, presentarse ante su madre? ¿Qué contestaría á ella y á las preguntas de la linda mujer que le había mirado con sus grandes ojos, henchidos de angustia y ternura?

Frío temblor se apoderó de él, y una voz interna le gritó que su fratricidio sería tildado de cobardía y miedo, y crueldad é injusticia. La idea de ser asesino le parecía insopportable. Sin ningún remordimiento había dado muerte á muchos hombres, pero siempre ó en cruento combate ó á la vista de todos. Era el rey y justo era cuanto hacía. Si hubiese muerto á Bardiya con su propia mano, ya se hubiera acomodado con su conciencia; pero ahora que mandó quitar de en medio clandestinamente, asesinar con alevosía, al que había dado muchísimas pruebas gloriosas de valor varonil, su proceder causó un sentimiento atormentador de vergüenza y arrepentimiento que no había experimentado nunca, mezclado con rabia por su propia ruindad. Empezó á despreciarse á sí mismo. La conciencia de no haber querido y hecho más que lo justo le abandonó, y llegó á figurarse que todos los hombres, muertos por orden suya habían sido, como Bardiya, víctimas inocentes de su furor. Para acallar estos pensamientos, que iban siendo insopportables, recurrió de nuevo al vino; pero esta vez, lejos de aliviarle de sus pesares como hasta aquí, trocóse el vino en tormento para su cuerpo y para su alma. Su organismo, quebrantado por la bebida y la gota coral, parecía destinado á sucumbir á las múltiples y crueles conmociones de los últimos meses. Víctima de intensos calofríos, se vio obligado á acostarse. Mientras le desnudaban, acordóse del regalo de su hermano. Inmediatamente mandó por la caja, la hizo abrir, despidió á los camareros y al ver la pintura egipcia que la adornaba, no pudo menos de pensar en Nitetis, y

preguntarse, ¿qué hubiera dicho la malograda de su novísima fechoría?

Feblicitante y perturbado por el vino, inclinase sobre la caja, saca la hermosa cabeza de cera, mira con espanto los inmóviles y empañados ojos del busto. La semejanza era tan perfecta y el juicio del rey estaba tan debilitado por el vino y la calentura, que éste se creyó embelesado por algún hechizo. No le era posible, sin embargo, alejar la vista del semblante querido. De repente le pareció que el busto movía los ojos, y le llenó de espanto. Con un movimiento convulsivo arrojó la viviente imagen contra la pared, con lo que se hizo mil pedazos la quebradiza y hueca masa de cera, y anhelante, exánime, se dejó caer el rey sobre el lecho. La intensidad de la fiebre iba subiendo. En su delirio, el infeliz creía ver primero al desterrado Fanes cantando una picaresca copla griega, y escarneciéndole con tal ignominia, que sus puños se cerraban de coraje. Luego vio á Kresos, su consejero y amigo, que le amenazaba y le gritaba al oído otra vez, aquellas mismas palabras con que le había amonestado cuando quería hacer ajusticiar á Bardiya por causa de Nitetis: «Guárdate de derramar sangre de hermano, porque sus vapores suben al cielo y forman nubes que oscurecen los días del fratricida, y acaban por herirle con un rayo de venganza.»

Su fantasía daba á esta sentencia, forma de realidad. Le parecía que ya chorreaba sobre él lluvia de sangre, desprendida de oscuros nubarrones, y que el repugnante líquido le mojaba los vestidos y las manos. Cuando, por fin, la lluvia cesó, y él se acercó á orillas del Nilo para limpiarse, se le presenta Nitetis con dulce sonrisa, tal como Teodoros la había representado. Encantado de la linda aparición, se prosterna delante de ella y coge su mano. Apenas la tocó, cuando empezaban á gotear sangre las puntas de los dedos, y ella, con gesto de horror, le vuelve las espaldas. Entonces, ruega humildemente á la aparición que le perdone, pero ésta se muestra inflexible. Enójase él, la amenaza primero con su cólera, luego con terribles castigos, y viendo que Nitetis contesta á sus palabras con risa de escarnio, se desmanda hasta el punto de tirar de un puñal, y la aparición se deshace en mil pedazos, como en la pared el busto de cera. Pero la sarcástica



Kambises matando al buey Apis

risa continuó haciéndose cada vez más recia, y á coro la acompañaron otras voces, que competían en el escarnio y la mofa. Con todo, las voces de Bardiya y Nitetis sonaban cada vez más perceptibles en su oído, y parecían escarnecerle con mayor amargura. Por fin, no pudiendo ya soportar por más tiempo aquellos horribles sonos, tapóse los oídos, y como esto también fué inútil, hundió su cabeza en la ardiente arena del desierto, y luego en el Nilo helado, y otra vez en la brasa, y otra vez en el frío líquido, hasta que perdió el conocimiento.

Cuando despertó, por fin, no podía ya orientarse en la realidad. Se había acostado por la noche, y ahora veía por el sol, que doraba el lecho con sus últimos rayos, que en vez de amanecer, como hubo de figurarse, obscurecía. No podía haber en ello equivocación, porque en el mismo instante, oyó el coro de los sacerdotes que entonaban los últimos cánticos á Mitra, que se despedía.

Advirtió también que, detrás de una cortina colgada á la cabecera de su lecho, se movían muchas personas. Quiso volverse, pero notó en seguida que no tenía fuerzas para ello. Por fin, después que hubo intentado en vano distinguir el ensueño de la realidad, y la realidad del ensueño, llamó á los camareros y demás cortesanos que solían estar presentes cuando se levantaba del lecho. Parecieron inmediatamente éstos, y además, su madre, Prexaspes, varios magos eruditos y algunos egipcios que no conocía, y le contaron que durante semanas enteras había padecido intensa calentura, y salvándole de la muerte sólo la gracia especial de los dioses, el arte de los médicos y el incansable cuidado de su madre. Luego miró á Kasandana y después á Prexaspes, como preguntando, y perdió otra vez el conocimiento, para despertar á la mañana siguiente, después de saludable sueño, con nuevas fuerzas.

Cuatro días más tarde, se había recobrado bastante para poderse sentar en un sillón y preguntar á Prexaspes por el único asunto que preocupaba su espíritu. El mensajero, en vista de la debilidad de su amo, quería contestar evasivamente, mas cuando éste se levantó amenazando la demacrada mano con terrible mirada, Prexaspes no vaciló más, y creyendo dar una gran satisfacción á Kambises, dijo:

—Alégrate, mi soberano; el mozo que se atrevió á mermar tu gloria, ya no existe. Esta mano le mató y enterró el cadáver cerca de Baal-Zefón. Nadie vió el acto sino la arena del desierto, y las infecundas olas del Mar Rojo ¹¹². Sólo tú y yo, y las gaviotas y los cormoranes que revolotean alrededor de su tumba, lo sabemos.

Soltó el rey un grito penetrante de coraje, y fué acometido de nuevos calofríos y empezó de nuevo á delirar. Largas semanas pasaron, durante las cuales cada día amenazaba ser el postrero para el rey; por fin, triunfó de peligrosa recaída la robustez del cuerpo, mas las fuerzas de su mente no habían podido resistir á los demonios de la fiebre, y estuvo el rey como alelado y desconcertado, hasta su hora postrera.

Cuando pudo salir otra vez al aire libre y montar á caballo y tender el arco, se entregó al vino con mayor desenfreno, perdiendo así el último resto de la facultad de dominarse á sí mismo. Habíase fijado en su desconcertada mente, la idea de que Bardiya no había muerto, sino que se había convertido en el arco del rey de Etiopía, y que el férver de su difunto padre, le había mandado devolverle su primitiva figura, venciendo á aquel pueblo de negros.

Esta idea que confiaba como un gran secreto á cada uno de los que le rodeaban, le perseguía sin tregua, día y noche, hasta que por fin partió para Etiopía con un gran ejército. Pero hubo de retroceder sin lograr su intento, después de haber perecido miserablemente de calor y por falta de víveres y agua, la mayor parte de las tropas. Un escritor casi contemporáneo ¹¹³, cuenta que aquellos desgraciados guerreros, una vez se acabaron las provisiones, hubieron de mantenerse con las hierbas del campo mientras las encontraron, pero al llegar á los arenales, donde no había más vegetación, forzóles desesperada necesidad, á recurrir á un medio que la pluma resiste á apuntar, y fué, que echaron suertes sobre sus cabezas, á fin de que uno de cada diez, alimentase con su carne á nueve de sus compañeros.

En trance tan cruel, las tropas obligaron al rey demente á regresar á casa, no sin dejar de obedecerle á ciegas, á pesar de su demencia, y conforme al servilismo asiático, tan pronto como estuvieron en regiones habitadas.

Cuando Kambises entró en Menfis con los restos del ejército, los egipcios acababan de hallar un apis nuevo, y vestidos de gala celebraban una gran fiesta, en honor del dios reaparecido, en figura del toro sagrado.

Como se sabía ya en Tebas que el ejército enviado contra el oasis de Amón en el desierto líbico, había perecido lastimosamente por la arena y el viento¹¹⁴, y que la escuadra á la que se encargó la conquista de Cartago, se había negado á combatir con sus compatriotas, el rey creyó que los menfitas celebraban aquella fiesta como en señal de júbilo, por la falta de éxito de sus expediciones, y después que hubo llamado á las personas principales de la ciudad, echóles en cara su conducta y preguntóles por qué se habían mostrado somбрíos y tétricos después de la victoria y ahora, con la derrota, extremadamente alegres. Los menfitas le explicaron la causa de su alegría, asegurando que cada vez que parecía un toro divino, se celebraba en todo Egipto con procesión y algazara. Kambises les llamó embusteros, y como tales, les condenó á muerte. Luego, citados los sacerdotes, diéronle la misma contestación.

En són de escarnio y mofa, dijo entonces que le gustaría conocer el nuevo dios, y mandó que se lo trajeran. Llevaron al apis delante del rey, y le explicaron que era engendrado en una vaca virgen por un rayo de luna, que debía ser negro y tener en la frente un triángulo blanco, en el dorso la imagen de un águila, y en el costado la de la luna, en cuarto creciente, con más, en la cola dos clases de pelo, y en la lengua una excrecencia en figura del escarabajo sagrado.

Cuando tuvo delante al toro divinizado, y no pudo descubrir en él nada extraordinario, Kambises se puso furioso, y le hundió la espada en el costillar. Viendo que brotaba la sangre y que caía al suelo el apis, soltó una carcajada, y dijo:

—¡Estúpidos! Vuestros dioses tienen, pues, sangre y carne y se dejan herir... Tal sandez es digna de vosotros... Pero veréis que no me dejo embromar impunemente. ¡Ea, satélites! azotad á esos sacerdotes, y matad á los que encontréis en esta fiesta de locos.

Sus órdenes fueron ejecutadas, y el coraje de los egipcios llegó á su colmo.

Habiendo muerto el apis de su herida, los egipcios le enterraron clandestinamente en los nichos de los toros sagrados, situados cerca del Serapeo, é intentaron después, bajo el mando de Psamtik, una rebelión contra los persas que, empero, fué ahogada pronto y costó al desgraciado hijo de Amasis una vida, cuyas manchas y durezas merecen el olvido por su incansable afán de libertar á su pueblo de la tiranía extranjera, y por su muerte en aras de la libertad.

Mientras esto ocurría, la locura de Kambises había tomado nuevas formas. Después del fracaso de su tentativa por devolver á su antigua figura á Bardiya, convertido en arco, su irritabilidad había aumentado tanto, que una palabra ó una mirada le eran bastantes para disgustarle y ponerle rabioso.

Su leal consejero Kresos no se apartó tampoco de su lado, aunque el rey le entregó varias veces á los satélites para que le dieran muerte. Estos, empero, como conocían á su amo, se guardaban muy bien de poner la mano sobre el viejo favorito, y estaban seguros de su impunidad, porque al día siguiente, el rey por lo general había olvidado la orden, ó se había arrepentido de ella. Una vez, sin embargo, los desgraciados latigueros hubieron de pagar cara su desobediencia, pues, Kambises, aunque contento de la salvación del anciano, hizo matar á los propios salvadores.

La pluma se resiste á reproducir muchos otros rasgos de la bárbara crueldad que cuentan cometió el rey loco por aquel entonces. Unos pocos, empero, que nos parecen especialmente significativos, no podemos dejar de mencionarlos.

Un día, durante la comida, y estando borracho, el rey preguntó á Prexaspes, qué decían de él los persas. El mensajero, que con el afán de acallar los gritos de su conciencia con actos de generosidad, aunque peligrosos, no perdía ocasión alguna de influir benéficamente en su desgraciado rey, contestó que le elogiaban bajo todos conceptos, pero que opinaban que tenía excesiva afición al vino.

Estas palabras pronunciadas casi en tono de broma, exasperaron al demente, quien exclamó:

—¡Eso dicen los persas!... que el vino me quita la razón. Pues voy á demostrarles que ellos son los que perdieron el juicio.

Y diciendo esto, tendió su arco, apuntó y tiró sobre el hijo mayor de Prexaspes que, como copero, estaba en el fondo del salón, esperando las señas del soberano. Luego mandó abrir el pecho del infeliz joven y examinarle. La flecha le había traspasado el corazón.

Alegróse de esto el enagenado tirano, y exclamó riéndose:

—Ya ves, ahora, Prexaspes, que no soy yo sino los persas los que han perdido el entendimiento. ¿Quién podría dar en el blanco sin errar nunca como yo?

Prexaspes, pálido é inmóvil, como la Niope petrificada en el Sipilos, contempló el espectáculo con horror. Su alma de esclavo doblábase ante la omnipotencia del rey, en vez de ponerle el puñal de la venganza en la mano. Lejos de ello, cuando el loco repitió su pregunta, puesta la mano sobre el corazón, murmuró:

—Ningún dios acertaría con más seguridad.

Pocas semanas después el rey se fué á Sais. Cuando le enseñaron las habitaciones de su antigua amada, el recuerdo de ella, olvidada hacía mucho tiempo, surgió en su alma con nuevo vigor, y al par el del engaño de que habían sido víctimas él y ella por parte de Amasis. Sin poderse dar cuenta de los pormenores, maldijo al muerto y se hizo conducir furioso al templo de Neith, donde descansaba la momia del rey de Egipto. Llegado allí sacó del sarcófago el embalsamado cadáver, y mandó que lo azotaran, le pincharan con alfileres, le arrancaran los cabellos, le maltrataran, de todos modos, y finalmente lo hizo quemar contra lo prescrito por la religión persa, que tenía por pecado mortal la impurificación del fuego puro con un cadáver. A igual suerte fué condenada la primera esposa de Amasis, cuya momia descansaba en su sarcófago en Tebas, patria de la difunta.

De regreso á Menfis, no tuvo reparo en maltratar con su propia mano á su propia esposa y hermana Atosa. Un día dispuso un combate de animales, y entre otros, un perro debía luchar con un leoncito. Cuando el león hubo vencido á su adversario, otro perro, hermano del vencido, rompió su cadena, arrojóse sobre el león, y le venció con ayuda del hermano herido. Este espectáculo que gustó mucho á Kambises, hizo llorar á Kasandana y Atosa, que hubieron de pre-

senciarlo por orden del rey. El tirano les preguntó admirado la causa de sus lágrimas, y recibió de la impetuosa Atosa esta respuesta: que el valiente animal que había expuesto su vida por su hermano, le recordaba á Bardiya muerto impunemente por quien ella no quería nombrar.

Estas palabras excitaron la ira y los amortiguados remordimientos del furioso, de tal modo que dió de puñetazos á la atrevida mujer, y la hubiera muerto, sin duda, si su madre no le hubiese detenido, exponiéndose también por su parte á sus golpes.

El semblante sagrado y la voz de la madre bastaban á refrescar su rabia, pero la mirada de ésta que le dió de lleno en el rostro, expresaba un enojo tan vivo y un desprecio tan profundo, que no la podía olvidar, y le inspiró la nueva manía de temer que los ojos de las mujeres llegasen á envenenarle. Desde entonces, en cuanto veía á una mujer, se asustaba y se escondía detrás de los que le acompañaban, hasta que por fin dispuso que todas las moradoras del palacio de Menfis, sin exceptuar á su madre, fuesen trasladadas á Ecbatana. Araspes y Giges recibieron el encargo de llevarlas á Persia.



El convoy de viaje de las regias señoras había llegado á Sais. Las viajeras se apearon en el palacio de los Faraones acompañadas de Kresos, que fué con ellas hasta dicha ciudad.

Kasandana había cambiado mucho en los últimos años. Con profundas arrugas había surcado su rostro antes bellísimo el pesar y la congoja, mas el dolor no pudo doblar su erguida estatura.

Atosa, la hija de la anciana, estaba más hermosa que antes, á despecho de todas sus cuitas. La petulante niña, era ya una mujer completamente desarrollada y juiciosa: la impetuosa y porfiada adolescente se había convertido en señora, de genio vivo, pero formal. Fueron para ella excelentes maestros de paciencia y resignación, la gravedad de la vida y los tres tristes años pasados junto á su colérico hermano y esposo, pero no lograron hacerle olvidar el primer amor de su alma.

Sólo la amistad de Sappó la indemnizaba hasta cierto punto de la pérdida de Daríos.

La joven griega se había transformado también en un sér distinto desde la desaparición de su esposo. Perdieron las mejillas su carmín y los labios su graciosa sonrisa. De maravillosa hermosura, á pesar de su palidez, bajas las pestañas, y con su aspecto de fatiga, parecía aquella Ariadna que esperaba la vuelta de Teseo. Anhelos y esperanza expresaban la mirada de sus ojos, el tono de su apagada voz, la gravedad de su andar. En cuanto sonaban pasos, ó se abría una puerta, ó se dejaba oír de súbito una voz varonil, se estremecía, se levantaba, y aplicaba el oído para entregarse luego al anhelo, desengañada, pero no desesperanzada, y á meditar y soñar, según su antigua afición.

Sólo cuando se entretenía jugando con su hija y en su cuidado, parecía volver á ser la que antes, pues entonces sus mejillas se coloraban de nuevo, chispeábanle los ojos y toda su naturaleza parecía vivir otra vez, no en el pasado ni en el porvenir, sino en el presente, real y efectivo.

La niña lo era todo para ella; en ella veía á Bardiya, á ella podía dedicar la plenitud de su cariño, sin robar nada al desaparecido esposo; con ella, la Providencia había dado un objeto de su vida, un lazo que la unía de nuevo con el mundo que parecía haber perdido sus encantos á los ojos de la esposa, desde la desaparición del esposo. Alguna vez, mirando los ojos azules de la linda criatura, sumamente parecidos á los de su padre, pensaba:

—¿Por qué no es varón? Entonces sí que se le pareciera cada vez más y un día se me presentaría como otro Bardiya, si fuese posible que hubiese otro.

Pero semejantes pensamientos solían durar poco y terminaban en abrazos y caricias á la pequeñuela, y en llamarla á sí misma loca é ingrata.

Un día Atosa exclamaba en el mismo sentido:

—¡Ojalá Parmis fuese varón! Sería igual á su padre y gobernaría Persia como otro Kiros.

Sappó dió la razón á su amiga, sonriéndose melancólicamente y cubriendo de besos á la chiquilla, pero Kasandana dijo:

—Considera como un favor de los dioses que te hayan deparado una niña. Si Parmis fuese varón, te quitarían á tu hijo apenas hubiesen pasado los seis años para educarle en compañía de los demás ajemenidas, mas la hija te pertenecerá por mucho tiempo más.

Sapfó temblaba á la sola idea de tener que separarse un día de la niña; con esto, apretó contra el corazón su rubia y rizada cabeza, y desde entonces nunca más volvió á mostrarse descontenta de tan precioso tesoro.

La amistad de Atosa servía de lenitivo al acerado corazón de la joven viuda. Con ella podía hablar de Bardiya cuanto y cuantas veces quería, segura siempre de ser escuchada con simpatía y amabilidad, pues también Atosa había amado mucho á su hermano. Pero incluso un extraño, hubiera escuchado con placer los cuentos de Sapfó, pues con frecuencia tomaba su discurso un vuelo muy elevado, y cuando revestía de palabras los recuerdos de los sonrosados tiempos de felicidad, parecía una poetisa inspirada, y más aun, cuando cogía la lira para cantar, con pura melodiosa voz y lastimero acento, las coplas de anhelo ardiente del cisne lesbio que expresaban sus propios y más profundos sentimientos; entonces se figuraba hallarse con el amado en silenciosa noche bajo aromáticos acantos y se olvidaba del presente sombrío, volando de la realidad á las mágicas regiones de la fantasía. Y siempre al dejar la lira, para volver con un profundo suspiro del país de los sueños, Kasandana aunque no entendía de griego, se enjugaba las lágrimas y Atosa se inclinaba hacia su cuñada para besarle la frente.

Tres largos años habían pasado así, durante los cuales vió raras veces á su abuela, porque por orden del rey y con motivo de Parmis, no podía salir nunca del harén sin el acompañamiento y permiso de Kasandana y los eunucos.

En esta época, Kresos que seguía amándola como una hija, había llamado á Sais á Rodopis. Sapfó no podía alejarse sin decir adiós á su más fiel amiga, y tanto Kasandana como el anciano lidio comprendieron perfectamente este deseo de su corazón. Además, la viuda de Kiros, había oído hablar tanto de la noble abuela de su nuera, que deseaba conocerla, y la

hizo llamar después que Sappó celebró con ella una tierna entrevista.

Nadie hubiera podido decir viendo frente á frente á las dos ancianas, cual de las dos era la reina; las hubiera tomado á ambas por princesas soberanas.

Kresos, que estimaba tanto á la griega como á la persa, hizo de intérprete, y ayudado por el flexible ingenio de la helena, logró mantener la conversación á una misma altura, sin que se interrumpiera ni flaqueara.

Cuando Rodopis con sus propios hechizos, hubo conquistado el corazón de Kasandana, ésta á fuer de reina, y á estilo persa, no creyó poder manifestar mejor su bondad, que invitando á Rodopis á que manifestara un deseo.

La helena vaciló un instante antes de exclamar alzando las manos como si le dirigiera una plegaria:

—Déjame á Sappó, consuelo y adorno de mi vejez.

Kasandana replicó, sonriéndose dolorosamente:

—Este deseo no me es posible cumplirlo; pues nuestra ley manda que los hijos de los ajemenidas, han de educarse en la Puerta del Rey. No me es lícito abandonar á la pequeña Parmis, en su calidad de única nieta de Kiros, y Sappó por mucho que te ame, no querrá en ningún caso separarse de su hija. Además, se ha hecho querer de tal modo por mí y mi hija y es tan necesaria, que no me sería posible desprenderme de ella, aunque comprendo muy bien tu deseo.

Viendo que los ojos de la helena se llenaban de lágrimas, Kasandana continuó:

—Pero hay un medio de conciliarlo todo. Deja á Náukratís y vente con nosotras á Persia. Allí pasarás tus últimos años con nosotras y tu nieta, y serás tratada como soberana.

Rodopis meneó la hermosa cabeza cana diciendo con apagada voz:

—Te agradezco tu bondad, augusta reina, pero siento que no la puedo aceptar. Todas las fibras de mi corazón me atan á Grecia, y se romperían con mi vida si me separase de ella para siempre. Acostumbrada á continua actividad, al animado comercio de las ideas, á una libertad absoluta, en la estrechez del harén enfermaría y moriría pronto. Kresos me habló de

Tomo II.—17

tu amable propósito, y he sostenido grave lucha antes de decidir que mi deber exige que sacrifique mi bien más querido por mi bien supremo. Cuanto más cueste vivir y renunciar á la dicha por la belleza y la bondad, tanto más glorioso y digno del nombre heleno seguir el deber antes que la dicha. Mi corazón va con Sappó á Persia; mi experiencia y mi ingenio pertenecen á los griegos. Si oyes decir un día que en Grecia ya sólo gobierna el pueblo, y que éste sólo se dobla ante sus dioses y sus leyes, ante lo bueno y bello, piensa que está cumplida la tarea á que dedicó su existencia Rodopis en unión con los mejores de su patria. No le guardes rencor á la helena porque, debo confesarlo, prefiere morir víctima de sus ansias como mendiga libre, á vivir como afortunada princesa pero no libre.

Kasandana escuchaba á Rodopis con admiración. Sólo la entendía en parte, pero conocía que Rodopis estaba pronunciando frases generosas, y cuando concluyó, le ofreció la mano para que se la besara. Luego, tras corta pausa, dijo:

—Obra según tu parecer, pero puedes estar segura que no ha de faltarle á tu nieta cariño ni amistad, mientras vivamos mi hija y yo.

—Me lo fia tu noble rostro y la gran fama de tu virtud— contestó Rodopis.

—Y también mi deber de compensar en cuanto pueda lo que han hecho con tu nieta.

La reina suspiró dolorosamente, y continuó luego:

—También cuidaremos de la educación de la pequeña Parmis con todo esmero. Parece ricamente dotada, y ahora ya repite las melodías que su madre le canta. No me opongo á su inclinación á la música, aunque en Persia, fuera del culto divino, este arte suele cultivarse solamente por la gente de familias humildes.

Estas palabras inflamaron á Rodopis, que dijo:

—¿Me permites hablar con franqueza, oh reina?

—Habla sin temor.

—Ahora cuando suspirabas pensando en tu excelente hijo desaparecido, pensaba yo para mis adentros: Tal vez estaría aún con vida el noble joven, si los persas supiesen educar á sus hijos mejor, es decir, más universalmente. Me hice re-

ferir por Bardiya lo que se enseña á los muchachos persas. Tirar el arco, arrojar la lanza, montar á caballo, cazar, decir la verdad ya caso aún distinguir unas cuantas hierbas nocivas y saludables, he aquí todo el caudal de conocimientos que se cree necesario para la vida ¹¹⁵. Nuestros muchachos helénicos ejercitan y vigorizan su cuerpo con no menor diligencia, pues el médico no es más que el zurcidor, y la gimnasia la fragua de la salud. Mas aun cuando un joven heleno, con el continuo ejercicio, llegase á ser más fuerte que un toro, más verídico que un dios y más sabio que el más docto sacerdote egipcio, sin embargo, le miraríamos encogiéndonos de hombros, si le faltase lo que solamente el temprano ejemplo y el esmerado cultivo de la «música,» enlazada con la gimnasia, pueden dar: la gracia y la armonía. Te sonríes porque no me entiendes; pero me darás la razón si te demuestro que la música, que á juzgar por los relatos de Sappó parece interesarte, es tan importante para la educación como la gimnasia. Las dos coadyuvan de igual manera, por más que esto parezca paradójico, al perfeccionamiento del espíritu y del cuerpo. Quien se dedique exclusivamente á la música, si es de carácter violento, se hará ciertamente blando y flexible como el cobre en el fuego, mitigando su rígida dureza; pero al fin su ánimo caerá en la molicie y será poco apto para guerrero, lo que vosotros los persas apetecéis en primera línea. Quien no cultive más que la gimnasia, ha de reunir ciertamente, como Kambises, fuerza y virilidad; pero también su alma, y aquí cesa mi comparación, se queda obtusa y ciega, y sus sentimientos carecen de pureza. Sordo á las razones discretas, y al par de un tigre, tratará de conseguirlo todo con su fuerza bruta; su vida, falta de gracia y moderación, es probable que sea una serie de enormidades y violencias. Por esto la música no es solamente para el alma, ni la gimnasia solamente para el cuerpo, sino que las dos, íntimamente unidas, han de robustecer el cuerpo y ennoblecer y suavizar el alma, dando al hombre entero donaire varonil y graciosa robustez ¹¹⁶.

Rodopis calló un momento, y luego prosiguió:

—El que no recibe semejante educación y puede además desde pequeño desahogar impunemente sus salvajes instin-

tos cómo y en quién quiera; el que oye siempre adulaciones y nunca censuras; el que puede mandar sin haber aprendido á obedecer; el que se cría en la idea de que la pompa, el poderío y la riqueza son los bienes supremos, aquel no podrá adquirir jamás esa virilidad noble y cabal que nosotros pedimos á los dioses para nuestros hijos. Y si este desgraciado ha nacido con un genio violento y sentidos concupiscentes, los solos ejercicios corporales sin el influjo suavizador del arte de los tonos, aumentarán su natural altivez, y así el niño que quizá no ha venido al mundo sin buenas disposiciones, por culpa de su educación, llegará á ser una fiera brutal, un crapuloso perdido y un tirano demente.

Callóse la anciana acalorada; y cuando su mirada se encontró con los ojos húmedos de la reina, comprendió que se había propasado lastimando á un noble corazón de madre; cogió, pues, el vestido de Kasandana, llevó la orilla á sus labios, y dijo en tono de súplica:

—¡Dispénsame!

Kasandana hizo una seña afirmativa, saludó á la helena é iba á salir de la sala. En los umbrales se volvió diciendo:

—No me enojo, pues tus reconvencciones son justas. Pero procura también perdonar á tu vez, pues te digo que quien mató la felicidad de tu hijo y el mío es el más poderoso, sí, pero también el más desgraciado de todos los mortales. Adiós, y si te hiciere falta alguna cosa, acuérdate de la viuda de Kiros que desea demostrarte que á los persas se les enseña ante todo magnanimidad y liberalidad.

Diciendo esto, Kasandana abandonó la sala.

Aquel mismo día Rodopis recibió la noticia que Fanes había muerto hacía pocos meses, con filosófica resignación, en Krotón, donde había vivido enfermizo á consecuencia de su herida, meditando al lado de Pitágoras.

Esta noticia afectó mucho á Rodopis que dijo á Kresos:

—En Fanes, Grecia pierde uno de sus hombres de más valía; pero muchos hay en ciernes y creciendo que se le parecen. Por esto yo, como él, no temo el exuberante poder de los persas; hasta creo que mi patria con sus muchas cabezas, cuando la brutal manía conquistadora extienda su mano hacia ella, ha de convertirse en gigante de una sola cabeza de fuer-

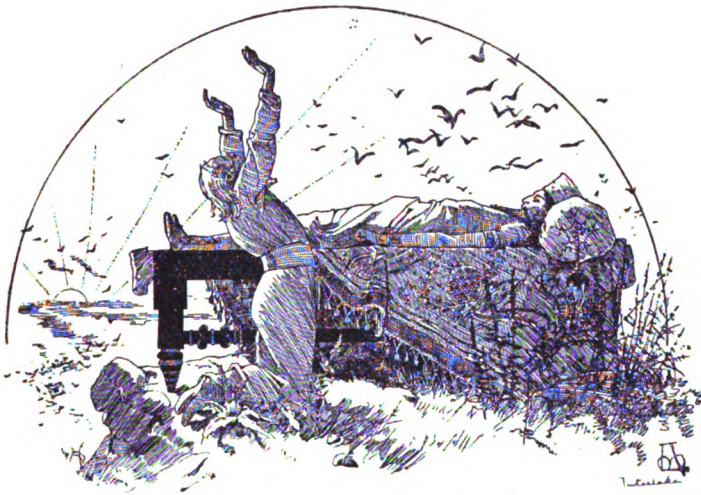
za divina, que domeará la fuerza bruta con tal seguridad, como el espíritu gobierna el cuerpo.

Tres días después, Sappó se despidió definitivamente de su abuela para acompañar á las reinas á Persia, donde creyendo siempre, á pesar de los acontecimientos que siguieron, en la posibilidad de que Bardiya volviera, y henchida de amor, esperanza y recuerdos, se dedicó enteramente á la educación de su hija y al cuidado de su suegra, la vieja Kasandana.

La pequeña Parmis creció con rara belleza y, después de los dioses, aprendió á no estimar nada con tan entrañable cariño como la memoria de su padre, al que por los mil relatos de su madre conocía como si viviera.

Atosa conservó á Sappó la antigua amistad, á pesar de la gran dicha que le esperaba, llamándola siempre con el nombre de hermana. En verano Sappó habitaba los jardines pensiles de Babilón, recordando muchas veces en sus conversaciones con Kasandana y Atosa, á la inocente bella autora de tantos sucesos fatales para grandes imperios y nobles individuos, á la «hija del Rey de Egipto.»





CAPITULO XVI

Aquí podríamos terminar nuestra narración, si no quisiéramos dar al lector un relato del fin de Kambises, después que hubo perdido la inteligencia, así como de la suerte ulterior de varios personajes secundarios de nuestra historia.

Poco después de la salida de las dos reinas, llegó á Náukratis la nueva de que el sátrapa de Lidia, Oroetes, había atraído á Sardes, por medio de un ardid, á su antiguo enemigo Polikrates, y le había crucificado. Así tuvo el tirano el triste fin que le pronosticó Amasis. El sátrapa realizó semejante acto, con un arranque de osadía, sin autorización del rey, porque en el imperio medo ocurrieron tales mudanzas que amenazaban derrocar la dinastía de los ajemenidas.

Con la larga permanencia del rey en apartado país, menguó ó desvaneci6se el temor, que en tiempos anteriores, su solo nombre solía infundir á todos los inclinados á la rebeldía. La nueva de su demencia fué parte á que perdiera el rey el respeto de los súbditos. Luego, cuando supieron que por pura soberbia había entregado á miles de paisanos á una muerte segura en los desiertos de Libia y Etiopía, creció en el pe-

cho de los asiáticos el odio que, fomentado y atizado por los magos poderosos, llevó muy pronto á la sedición y abierta rebeldía, primero á los medos y asirios y también á los persas.

Inspirado por el egoísmo, el ambicioso gran sacerdote Oro-pastes, instituido regente por el mismo Kambises, se puso al frente de este movimiento; y sedujo al pueblo con la remisión de contribuciones, grandes regalos y mayores promesas. Por fin, viendo que era recibida con agrado su benevolencia, trató de vincular en su casa la corona de Persia por medio de un engaño.

Como recordara la maravillosa semejanza de su desorejado hermano Gaumata con Bardiya, apenas tuvo conocimiento de la desaparición de ese joven, tan apreciado por todos los persas, determinó suplantar al príncipe asesinado con Gaumata, y ponerle en el trono en lugar de Kambises. Era tanto más asequible la empresa, cuanto el rey demente se había muy odioso, y Bardiya inspiraba á todos hondo afecto.

El falso Bardiya, obedeciendo á su hermano el gran sacerdote, á cuyo talento superior se sometía gustoso, se había instalado en el palacio de Nisea, en la llanura meda, ciñéndose la corona, declarando suyo el harén del rey, y mostrándose de lejos al pueblo que debía reconocer en sus facciones las del verdadero Bardiya asesinado. Después, para eludir todo descubrimiento, se encerró en el palacio, y al estilo de los soberanos asiáticos entregábase á toda suerte de deleites, mientras su hermano empuñó el cetro con mano firme y confió todos los puestos y destinos de importancia á sus amigos y compañeros de casta, los magos.

Una vez afirmada la situación, fué enviado á Egipto el eunuco Ixabates para comunicar al ejército el cambio de soberano, y con el objeto de persuadirle á abandonar á Kambises y ganar amigos para Bardiya en quien idolatraban principalmente los soldados.

El mensajero, escogido con acierto, cumplió su misión con habilidad, y había ganado ya para el nuevo rey gran número de aquéllos, cuando fué detenido por unos cuantos siros que, por la recompensa que esperaban, le condujeron á Menfis.

Llegado á la ciudad de las pirámides y presentado al rey,

ese le aseguró la impunidad, si declaraba la verdad entera.

Entonces el mensajero confirmó la nueva que hasta aquel instante sólo fuera en Egipto vago rumor, á saber, que Bardiya había subido al trono de Kiros y era conocido soberano por la mayor parte del imperio.

Grande fué el susto de Kambises, como de quien viera salir de la tumba á un muerto. A pesar de su demencia, recordaba que había dado orden á Prexaspes de asesinar á Bardiya, y que aquél le había asegurado que estaba cumplido su mandato. Con esto sospechó que Prexaspes le engañara, y que había perdonado la vida al joven. A seguida, y con amargas palabras manifiesta el rey este repentino pensamiento, y reconviene á Prexaspes por su traición, y éste contesta con juramento que el desgraciado Bardiya había sido muerto y enterrado por su propia mano.

Entonces se pregunta al emisario de Oropastes, si había visto al nuevo rey con sus propios ojos. Dijo que no; añadió además que el supuesto hermano de Kambises sólo había salido de palacio una sola vez para mostrarse al pueblo de lejos. Prexaspes comprendió en seguida la engañosa trama del gran sacerdote, y recordó aquellas malhadadas equivocaciones que había ocasionado la maravillosa semejanza de Gaumata con Bardiya. Apostaba la cabeza que aquello era la verdad. El rey demente, satisfecho de esta explicación, no tuvo otro pensamiento desde entonces que el de prender y matar á los magos.

El ejército hubo de aprestarse para la marcha. Ariandes, un ajemenida, fué nombrado sátrapa de Egipto, y las tropas partieron inmediatamente para Persia. Empujado por su nueva manía, el rey no se concedió descanso ninguno, y hacía de noche día, hasta que en Siria su caballo, maltratado por el impetuoso jinete, dió en tierra con él, y quiso la desgracia que en la caída se hiriera gravemente con su propia daga.

Después de permanecer varios días sin conocimiento, abrió los ojos y pidió ver á Araspes, luego á su madre, y después á Atosa, aunque estas tres personas habían partido algunos meses antes. De cuanto iba diciendo se desprendía que los últimos cuatro años, desde aquella calentura hasta su caída, los había pasado como dormido. Todo lo que le

contaban de aquel intervalo, parecía serle nuevo y llenar su corazón de pesadumbre. Sólo de la muerte de su hermano tenía perfecto conocimiento. Sabía que Prexaspes le había asesinado por orden suya, y que le había contado que Bardiya yacía enterrado en la playa del Mar Rojo. En la noche siguiente á este despertar llegó á convencerse también que durante largo tiempo debía de haber estado demente. Hacia la mañana cayó en un sueño profundo, que le devolvió fuerza bastante para llamar á Kresos y hacerle referir extensamente lo que había hecho durante los últimos años.

El anciano consejero obedeció á la voluntad del rey, y no le calló ninguna de sus fechorías, aunque no podía esperar que volviera al buen camino el extraviado que fué confiado á su tutela.

Así su satisfacción fué doble cuando vió que sus palabras hacían una impresión profunda en el alma resucitada del rey. Con lágrimas en los ojos, Kambises se lamentó de sus malas acciones y de su locura, y avergonzado como un niño, pidió perdón á Kresos, dióle las gracias por su fidelidad y perseverancia, y acabó por encargarle que pidiera en su nombre el perdón de Kasandana y Sápfo, y también de Atosa y de todos los que había lastimado injustamente.

El encanecido lidio, al oír esto, lloraba lágrimas de contento, y no se cansaba de asegurar al enfermo que curaría y tendría abundante ocasión de compensar todo lo hecho con actos de noble generosidad. Kambises, empero, movía la pálida cabeza en señal de negación decidida; rogó al anciano le hiciera llevar al aire libre, colocando su lecho en un punto elevado, y que convocara á los ajemenidas en torno suyo.

No bien fueron ejecutadas sus órdenes contra el parecer de los médicos, se incorporó, y dijo con voz perceptible á gran distancia:

—Ha llegado la hora, persas, que os descubra mi mayor secreto. Alucinado por una visión, enojado y mortificado por mi hermano, le he hecho asesinar en un arrebato de cólera. Prexaspes ejecutó por mi orden este crimen, que en lugar de la tranquilidad que había de proporcionarme, me trajo la demencia y una muerte dolorosa. Esta confesión os convencerá de que mi hermano Bardiya no existe. Los magos se

han apoderado del trono de los ajemenidas. Al frente de ellos están Oropastes al que dejé en Persia de regente, y su hermano Gaumata que se parece tanto á mi difunto hermano, que hasta Kresos, Intafernes y mi tío, el noble Histaspes, le tomaron un día por Bardiya. ¡Ay de mí que asesiné al que en calidad de consanguíneo habría vengado la ignominia que me hacen los magos! Mas no pudiendo resucitarle, os nombro á vosotros mis albaceas. Os conjuro, pues, por el férver de mi difunto padre, y en nombre de todos los espíritus puros y buenos, que no dejéis que caiga el poder en manos de los pérfidos magos. Si se han apoderado de la corona con astucia, procurad arrancársela con astucia; si se han hecho dueños del cetro con la fuerza, arrebatádselo del mismo modo. Si cumplís esta mi última voluntad, la tierra os dará ricos frutos, vuestras mujeres y vuestros rebaños serán fecundos y tendréis la libertad para siempre; si no tratáis de recuperar el poder, así os suceda lo contrario, y todos y cada uno de vosotros tenga el mismo fin que yo.

Cuando los ajemenidas vieron llorar y recostarse exánime á su rey, después de estas palabras rasgaron sus vestidos, y prorrumpieron en llantos y lamentos. Pocas horas después, Kambises expiró en los brazos de Kresos. En su última hora se acordó de Nitetis, y murió con su nombre en los labios y las lágrimas del arrepentimiento en los ojos.

Apenas los persas hubieron abandonado el inmundo cadáver, Kresos se arrodilló delante del mismo, y alzando sus manos al cielo, exclamó:

—¡Gran Kiros! ¡He cumplido mi juramento permaneciendo como leal consejero al lado de este infeliz hasta su fin!

A la mañana siguiente, el anciano con su hijo Giges, se marchó á la ciudad de Barene que le pertenecía, y vivió allí muchos años más, como padre de sus súbditos, muy apreciado por Daríos y ensalzado por todos sus coetáneos.

Después de la muerte de Kambises, los jefes de las siete tribus de los persas, deliberaron y determinaron cerciorarse ante todo de quién era el usurpador; con este fin Otanes envió con una misión secreta á un eunuco de confianza á su

hija Fedima, que con todo el harén de Kambises había pasado á poder del nuevo rey. Antes que el enviado volviera, la mayor parte del ejército se desbandó. Los soldados aprovechaban con el mayor afán la ocasión favorable que se les ofrecía para juntarse con los suyos después de algunos años de separación. Llegó por fin el eunuco con la nueva de que Fedima había sido visitada una sola vez por el nuevo rey, pero que no había perdido la ocasión de convencerse durante el sueño del mismo, y con gran peligro para ella, de que realmente le faltaban ambas orejas. Más aun, sin este descubrimiento podía sostener con certeza que el usurpador, el cual se parecía extraordinariamente al príncipe asesinado, no era otro que el hermano de Oropastes, Gaumata. Su antiguo amigo, Bogues, otra vez jefe de los eunucos, la había iniciado en el secreto de los magos. A Bogues le encontró el gran sacerdote, mendigando por las calles de Susa, y le repuso en su antiguo empleo, diciendo:—Bien mereces la muerte, pero yo necesito de hombres de tu jaez. Por fin, Fedima rogaba á su padre hiciera todo lo posible para derribar al mago, que la trataba con gran descortesía, y creyera que su hija era la mujer más desgraciada del mundo.

Aunque ninguno de los ajemenidas pudo convencerse nunca de que Bardiya viviese todavía, y se hubiese apoderado realmente del trono, no obstante, se alegraron de recibir por Fedima informes tan terminantes acerca de la verdadera persona del usurpador, y resolvieron sin tardanza marchar con los restos del ejército á Nisea 117 con el intento de derrocar á los magos por la fuerza y la astucia.

Después de haber entrado en la nueva capital sin resistencia, y habiendo visto que la mayor parte del pueblo estaba contento con el nuevo gobierno, aparentaron creer también en la identidad del nuevo rey con el hijo menor de Kiro, y estar dispuestos á prestarle homenaje. Pero los magos no se dejaron engañar, mantuviéronse encerrados en el palacio, con la promesa de crecidos sueldos reclutaron un ejército que reunieron en la llanura de Nisaya, y siguieron en su empeño de afirmar la creencia del pueblo en la máscara de Gaumata. En este respecto, nadie podía serles más perjudicial, ó por el contrario más útil que Prexaspes, porque gozaba de gran con-

sideración entre los persas, y si afirmaba que no había dado muerte á Bardiya, podía desacreditar el rumor que iba difundiendo cada día más, de haber sido asesinado aquel príncipe. Así fué que Oropastes llamó al mensajero, á quien desde las últimas palabras de Kambises, todos sus compañeros le huían, y como proscibían, y le prometió una suma enorme si quería subir á una torre y decir al pueblo reunido en la plaza de palacio, que algunos malévolos le habían llamado asesino de Bardiya, siendo así que acababa de ver con sus propios ojos al nuevo rey, reconociendo en él al hijo menor de Kiros, su bienhechor. Prexaspes aceptó este encargo sin réplica, despidióse cariñosamente de los suyos, mientras el pueblo se reunía en la plaza, dirigió ante la sagrada ara de fuego una corta plegaria á los dioses, y fué á palacio con altivo porte. En el camino encontró á los jefes de las siete tribus, y notando que se apartaban de él, les dijo:

—Merezco vuestro desprecio, pero procuraré merecer vuestro perdón.

Y como Daríos se volviera para mirarle, se le acercó, cogió su mano, y dijo:

—¡Yo te he querido como un hijo, ampara á mis hijos cuando yo deje de existir, y échala á volar, alado Daríos!

Luego subió arrogante á la torre elevada.

Muchos miles de vecinos de Nisea le oyeron cuando alzó la voz, y les dirigió la siguiente arenga:

—Todos sabéis que los reyes que hasta hoy os han colmado de gloria y honor, pertenecían á la familia de los ajenidas. Kiros os gobernó como verdadero padre, Kambises como soberano severo, y Bardiya os habría guiado cual amante si no hubiese sido asesinado por esta mi propia mano, en la playa del Mar Rojo. Esta acción ruin que, por Mitra, cometí con el corazón desgarrado, la llevé á cabo obedeciendo como servidor leal, á la orden de mi rey y señor. Sin embargo, ni de día, ni de noche podía encontrar sosiego, y durante cuatro largos años he sido perseguido y angustiado como un animal de caza, ojeado por los espíritus de las tinieblas, que ahuyentan el sueño del lecho del asesino; mas ahora he resuelto terminar esta vida de congoja y desesperación con una acción digna, y si bien no hallaré gracia en

el puente Sinvat, al menos conquistaréme de nuevo en la memoria de los hombres, el honrado nombre que tenía y he perdido. Sabed, pues, que el hombre que se da por el hijo de Kiros, me ha mandado aquí prometiéndome rica recompensa si os engañaba, asegurando que es Bardiya el ajemenida. Mas yo me río de sus promesas y os juro con el juramento más grande que conozco, por Mitra y los férveres de los reyes, que el que ahora os gobierna, no es otro que el mago desorejado Gaumata, hermano del gran sacerdote y regente Oropastes, al que todos conocéis. Si queréis olvidaros de la gloria que debéis á los ajemenidas, si queréis juntar la ingratitud á la humillación, entonces reconoced á los miserables y llamadles reyes vuestros; mas si despreciáis la mentira y os dais vergüenza de obedecer á ruines embusteros, entonces arrojad á los magos, antes que Mitra abandone el cielo, y proclamad rey al más noble de los ajemenidas al que promete ser un segundo Kiros, á Daríos, el noble hijo de Histaspes. Mas para que creáis en mis palabras, y no sospechéis que Daríos me ha enviado aquí á disponer vuestro ánimo en su favor, voy á cometer un acto que destruya toda duda, y os demuestre que aprecio en más la veracidad y la honra de los ajemenidas que la vida misma. Benditos seáis si seguís mi consejo; malditos, si no volvéis á apoderaros del gobierno, y no os vengáis de los magos. Mirad, muero como hombre veraz y honrado.

Diciendo esto, subió al punto más elevado de la torre, y arrojóse de ella cabeza abajo. Con tan honrosa muerte expió el único crimen de su vida.

El pueblo que hasta entonces le escuchara en silencio, prorrumpe en gritos de rabia y de venganza, hunde las puertas de palacio, y estaba á punto de penetrar en el interior gritando «mueran los magos,» cuando los siete caudillos de los persas se opusieron á la enfurecida turba.

Apenas los ciudadanos advirtieron su presencia, estallaron el júbilo y la impetuosa gritería:

—¡Abajo los magos! ¡Viva el rey Daríos!

Entonces el hijo de Histaspes, llevado en hombros por la multitud, se colocó en un punto elevado, y refirió al pueblo que los magos acababan de morir como mentidos usurpado-

res á manos de los ajemenidas. Su discurso fué contestado con nuevos vítores. Enseñáronse luego al pueblo las ensangrentadas cabezas de Oropastes y Gaumata; con esto, la rugiente multitud con rabioso encono, empezó á recorrer las calles de la ciudad, matando á todos los magos que encontró á su paso. Sólo la noche puso término á la terrible matanza 118.

Cuatro días más tarde, en vista de su alcurnia y personales prendas, el hijo de Histaspes fué elegido rey por los jefes de los ajemenidas y aclamado como tal por los persas con gran algazara.

Daríos había matado al mago Gaumata con su propia mano, y Megabizos, el padre de Zópiros, al gran sacerdote; pues, mientras Prexaspes arengaba al pueblo, los siete príncipes conjurados, Otanes, Intafernes, Gobrias, Megabizos, Aspatines, Hidarnes y Daríos, en representación de su muy anciano padre Histaspes, habían entrado en palacio por mal custodiada puerta, y allí averiguaron pronto dónde se hallaban los magos, y penetraron sin dificultad hasta sus habitaciones, ya que conocían la distribución interior del alcázar, y los guardias estaban ocupados en vigilar al pueblo que escuchaba la arenga de Prexaspes. Los eunucos que se les opusieron, bajo el mando de nuestro conocido Bagues, fueron acuchillados todos hasta el último, y murió aquél á manos de Daríos, quien le había reconocido y atacado con doble encono. Los magos acudieron espantados por los alaridos de los eunucos, y viendo lo que ocurría intentaron defenderse. Oropastes arrancó la lanza de manos de Bagues, herido de muerte, sacó un ojo á Intafernes y á Aspatines hirióle en el muslo, pero al fin hubo de sucumbir bajo el puñal de Megabizos. Gaumata se había refugiado en el aposento contiguo é iba á correr el cerrojo, cuando Daríos y Gobrias se precipitaron sobre él, le cogieron y le derribaron, cayendo Gobrias encima. Como el cuarto estaba obscuro, Daríos no sabía qué hacer, pues temía herir también á su compañero, hasta que éste le dijo:

—Descarga el golpe más que nos parta á los dos.

Entonces Daríos asestó la puñalada, acertando felizmente sólo al mago.

Así murieron Oropastes el gran sacerdote, y Gaumata, más conocido bajo el nombre de «Pseudo-Smerdis» ó «falso Esmerdes.»

Pocas semanas después de la elección de Daríos, favorecida, según decía el pueblo, por milagrosos signos celestiales y el ardid de un caballero, el hijo de Histaspes celebró en Pasargadas una magnífica fiesta de coronación, y aun más esplendentes festejos de boda, con la amada de su alma, Atosa, la hija de Kiros 119. Esta joven señora, madurada por la desgracia, fué hasta el fin de la activa y laboriosa vida de su esposo, su más fiel y querida compañera, como Daríos por su parte, confirmando la predicción de Prexaspes, realizó tan grandes hechos y empresas como rey, que bien pudieron conquistarle el nombre de «segundo Kiros, el grande.»

General valiente y circunspecto, supo dividir y administrar sus inmensos dominios con tal talento, que debe ser contado entre los más grandes políticos de todos los países y de todas las épocas. Sólo á él debieron sus menguados sucesores el sostenimiento del imperio colosal por espacio de doscientos años más. Liberal de sus tesoros, y económico de los del Estado, sabía hacer regalos verdaderamente regios, sin exigir más contribuciones que las debidas. Substituyó las arbitrarias exacciones del tiempo de Kiros y Kambises, por un sistema regular de impuestos, sin que fuera obstáculo para él á la ejecución de lo que consideraba bueno, ni las mayores dificultades, ni las chanzas de los ajemenidas que le dieron el apodo de «mercader,» á causa de sus medidas financieras que les parecían mezquinas, pues las juzgaban como guerreros. No fué el menor de sus méritos el haber introducido un sistema monetario uniforme en todo su imperio, es decir, en la mitad del mundo conocido á la sazón.

Ganoso de respetar las costumbres y la religión de cada pueblo, permitió á los judíos que continuaran la construcción del templo de Jehová, después de haberse hallado en el archivo de Ecbatana aquel documento de Kiros, del cual Kambises no tenía noticia. Concedió, además, á las ciudades jonias la autonomía administrativa. Tampoco hubiera llevado probablemente sus armas á Grecia, si los griegos, especialmente los atenienses, no le hubiesen dado motivo para ello.

El arte de administrar la hacienda pública, como algunos otros, lo había aprendido en Egipto, cuyo pueblo tenía en particular aprecio y muchos favores le otorgó, como el de enlazar el Nilo con el Mar Rojo, por medio de un canal, para el fomento del comercio egipcio ¹²⁰.

En su largo reinado, puso empeño en compensar con bondades la crueldad con que Kambises había tratado á los egipcios, y aun en sus últimos años gustaba de ocuparse con los tesoros intelectuales de aquella sabia nación, cuya religión y costumbres, mientras él vivió, nadie fué osado á atacar. El anciano y supremo sacerdote Neithotep que había sido su maestro, gozó hasta su tardía muerte del favor del soberano, que no pocas veces acudía á los conocimientos astrológicos del viejo.

Los egipcios reconocían la bondad del nuevo rey, y le llamaban «dios» como á sus reyes anteriores ¹²¹, pero en los últimos años de aquel reinado, echaron en olvido la gratitud que le debían, é intentaron sacudir el blando yugo que les pesaba, porque les fué impuesto contra su voluntad.

No estaba destinado á ver el fin de aquella lucha aquel su noble señor y protector; á Jerjes, sucesor é hijo de Daríos y Atosa, estaba reservado reducir á los habitantes del valle del Nilo á una obediencia forzada y por tanto insegura.

Como digno monumento de su grandeza, Daríos mandó construir en la montaña de Rajmed, cerca de Persépolis, un magnífico palacio cuyas ruínas excitan aún hoy el asombro y la admiración de los viajeros. Seis mil albañiles egipcios, que habían sido internados en Asia por Kambises, ayudaron en esta obra á los trabajadores encargados de construir un sepulcro Real para Daríos y sus descendientes. Los aposentos tallados en la roca y difícilmente accesibles, han resistido al tiempo, y sirven hoy de albergue y refugio á numerosas palomas silvestres.

En una pared pulimentada de la roca lisa de Bisitún ó Bohistán, cabe el punto en que salvó la vida de Atosa, Daríos hizo grabar la historia de sus actos en caracteres cuneiformes, y en los idiomas persa, medo y asirio. La parte persa de estas inscripciones se lee ahora con certeza; contiene una comuni-

cación, acorde en general con nuestro relato y el de Herodoto, de los acontecimientos referidos en los últimos capítulos. Entre otras cosas se lee: «Dice Daríos el rey: Lo que hice, se hizo en todo por la gracia de Auramazda. Después de la defección de los reyes, les he dado diecinueve batallas. Por la gracia de Auramazda les batí. A nueve reyes he hecho prisioneros. Uno (de ellos,) fué Gaumata de nombre, un medo; éste mintió diciendo así: ¡Yo soy Bardiya, hijo de Kiros! éste causó la defección de Persia.»

Más abajo enumera los nombres de los príncipes que le ayudaron á derrocar á los magos, y en otro pasaje se lee: «Dice Daríos el rey: Lo que hice, lo he hecho en todo por la gracia de Auramazda. Auramazda me auxilió y los demás dioses que existen. Por esto me trajo auxilio Auramazda y los demás dioses que existen. Porque no fuí impío, ni mentiroso, ni soberano violento, ni yo ni mi familia. Al que había ayudado á mis parientes, le he favorecido; al que fué hostil, le he castigado severamente. Tú que serás rey después, al hombre que sea mentiroso ó rebelde, no le seas benévolo, castígale con pena severa. Dice Daríos el rey: Tú que vieres después la tabla que he escrito ó estos cuadros, no los destruyas, sino mientras vivas consérvalos, etc., etc.»

Finalmente, falta decir, que Zópiros, hijo de Megabizos, permaneció hasta su fin siendo el amigo más fiel de Daríos.

Como un cortesano mostrara un día al rey una granada, y le preguntara:

—¿Qué dón quisieras poseer tantas veces como granos tenga esta granada?—Daríos contestó sin vacilar:—A mi Zópiros.

Este sabía corresponder al afecto de su real amigo; pues cuando Daríos hubo sitiado en balde durante nueve meses á Babilón, que se había separado del reino persa después de la muerte de Kambises, y ya quería levantar el sitio, Zópiros se presentó al rey ensangrentado, con la nariz y las orejas cortadas, y declaró que él mismo se había mutilado así para engañar á los babilonios que mucho debían conocerle, sin embargo, porque en otros tiempos fué muy amigo de sus hijas. Su intento era convencer á aquellos soberbios de que Daríos le había desfigurado tan inhumanamente, razón por la

cual se pasaba á ellos para vengarse. Ellos le darían el mando de las tropas; con éstas quería hacer unas cuantas salidas felices para atraerse la confianza de los babilonios, y proporcionarse luego las llaves de las puertas y abrir á los suyos la de Semíramis.

Estas palabras proferidas en tono chancero, y la triste figura de su amigo, enternecieron al rey hasta verter lágrimas, y cuando por el ardíd de Zópiros, la fortaleza casi inexpugnable fué tomada, dijo:

—Daría cien ciudades como Babilón, porque Hópiros no se hubiese mutilado así.

Luego nombró al amigo, señor de la gigantesca plaza conquistada, y le dejó todas las contribuciones de la misma, con otros magníficos regalos que le hizo anualmente ¹²².

Posteriormente decía Daríos á menudo, que fuera de Kiros, con quien no podía compararse hombre alguno, nadie había hecho una acción tan noble como Zópiros.

Pocos soberanos han tenido amigos tan dispuestos á sacrificarse por ellos, porque pocos han sabido practicar la gratitud como Daríos.

Cuando Silosón, el hermano del asesinado Polikrates, vino un día á Susa para recordarle los servicios que le había prestado, Daríos le recibió como amigo, puso á su disposición tropas y naves, y ayudóle á apoderarse del mando de los samios.

Los isleños se defendieron desesperados contra el extranjero ejército del nuevo tirano, y cuando, por fin, tuvieron que rendirse, dijeron que por causa de Silosón tenían mucho espacio en el país.

Rodopis alcanzó aún antes de su muerte, el asesinato del tirano Hiparjos de Atenas por Harmodios y Aristojitón, y expiró por fin, en brazos de sus mejores amigos Teopompos de Mileto y Kalías de Atenas, confiando firmemente en la elevada misión de los helenos.

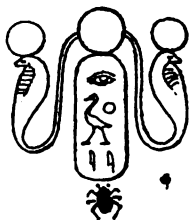
Todo Náukratis lloró á la noble anciana; Kalías mandó un emisario á Susa para comunicar al rey y á Sappó la muerte de su amiga.

Pocos meses después, el sátrapa de Egipto recibió el rescripto siguiente de puño y letra de Daríos:

«Habiendo conocido y apreciado á la helena Rodopis fallecida en Náukratis hace poco; siendo su nieta viuda de un legítimo heredero del reino persa, la cual goza aun los honores de soberana, y su biznieta Parmis, hija de Bardiya y Sappó, mi tercera esposa legítima por haberla hecho tal en estos últimos días, paréceme justo tributar igualmente honores reales á los restos de la difunta, abuela de dos augustas princesas. Así mando que hagas sepultar con regia pompa las cenizas de Rodopis que hemos creído siempre la mujer más grande y extraordinaria que hemos conocido, en el más grande y extraordinario monumento, esto es la más hermosa de las pirámides. En la adjunta preciosa urna que envía Sappó, deben conservarse las cenizas de la difunta.

»Dado en el nuevo palacio imperial de Persépolis.

»DARIOS, *hijo de Histaspes,*
el Rey.»





NOTAS

1 (Pág. 4.) El ordinario «pishkesh» ó regalo de convidado que aún suelen hacerse los persas modernos, consta de dulces ó de frutas dispuestas con mucho gusto en lindas cestitas.

2 (Pág. 5.) Los persas despreciaban el comercio, que abandonaban á las naciones vencidas, y les estaba prohibido hacer deudas para no tener ocasión de mentir. (Herodoto I, 138.)

3 (Pág. 6.) La religión obligaba á los persas á casarse, y los solterones eran despreciados; fomentar la vida se consideraba como un deber, y el tener muchos hijos como mérito especial.

4 (Pág. 7.) Homero sabía ya que Egipto abundaba en medicamentos. En las inscripciones de las paredes de los laboratorios de los templos y en los papiros médicos, se menciona un número sorprendente de drogas, y los venenos egipcios eran muy conocidos, especialmente el estricnos (nuez vómica,) y el halicacabón llamado «moly» por Homero (Odis. X, 304.) Véase también Odis. IV. 299 y Plinio XXI. 15 y XXV. 2. El número y la diversidad de las drogas prescritas

en el papiro Ebers, es prueba de la riqueza de la «materia médica» egipcia.

5 (Pág. 10.) Herodoto I, 133, dice que los persas acostumbraban tener consejos y tomar acuerdos cuando estaban borrachos, meditando empero lo acordado cuando volvían á estar sobrios. Lo mismo hacían los antiguos germanos, según refiere Tácito, Germania 22.

6 (Pág. 12.) Paródar era el nombre del gallo, ave sagrada para los persas, porque ahuyentaba á los malvados devas de la noche. También se le llamaba «Karkates.»

7 (Pág. 15.) Las cacerías de los reyes eran naturalmente grandiosas como sus viajes. La caza era una ocupación favorita de los nobles persas, que se aplicaban á ella desde su niñez. Según Estrabón, los reyes mismos se jactaban de haber sido grandes cazadores, y en las ruínas de Persépolis se ha encontrado un bajo relieve en que el rey estrangula una leona con el brazo derecho. Véase también lo que dice Jenofonte, Ciropedia I, 9, etc. Por el «libro de los reyes» de Firdusi, sabemos que se empleaba también el lazo para cazar. Hace 900 años que los persas practicaban ya la cetrería. En la caza de aves usaban del bumerán como los egipcios, y hoy los salvajes de Australia. Según Brugsch, el shah «Nasred-din» es un cazador atrevido y apasionado.

8 (Pág. 23.) Hemos tomado esta idea de los indios, cuyo dios del amor Kama hiere los corazones con flores puntiagudas. El ruisenior, «bülbül,» desempeña un gran papel en las canciones de los persas. Su canto se considera como la quintesencia de la armonía, y es el ave de los enamorados. Véase «Hammer,» Historia de las bellas letras de Persia.

9 (Pág. 25.) Los «amesha spenta» (santos inmortales,) corresponden á los arcángeles hebreos; rodean el trono de Auramazda simbolizando las grandes virtudes. Posteriormente su número se fijó en seis.

10 (Pág. 25.) En el extremo anterior del los timones de los coches persas, había un yugo que se sujetaba al dorso de los caballos supliendo las modernas colleras. Los egipcios enganchaban sus caballos de un modo parecido, aunque los

caballos representados en los monumentos pérsicos y asirios eran de otra raza que los egipcios.

11 (Pág. 32.) El tercer día después de la muerte, á la salida del sol, los devas conducen el alma al puente Sinvat, donde es preguntada por su vida y conducta. Entáblase una lucha por el alma entre las dos potencias celestes. El alma de los buenos, cuyo olor los devas temen como el cordero al lobo, halla socorro en los espíritus puros, los yazatas, que la llevan al cielo, mientras que el alma del impuro, desamparada, es ligada por el deva Vizareshó y conducida al infierno.

12 (Pág. 37.) Apreciando tanto la vida los persas, era natural que cultivasen mucho la medicina. Plinio XXX. I, afirma que toda la religión de Zoroastro estriba en la medicina, y realmente hay muchos preceptos médicos en el avesta. El séptimo «fargard» del «Vendidad» contiene una tarifa médica detallada: «A un sacerdote cúrele el médico por una piadosa bendición, al dueño de una casa por un jumento pequeño, etcétera, al señor de una comarca por un tronco de cuatro bueyes. Cuando el médico cura primero la señora de una casa, su recompensa será una burra, etc., etc.» En el mismo Fargard leemos que el médico ha de pasar una especie de examen. Habiendo operado felizmente á tres hombres malos, en cuyo cuerpo podía probar su arte, era tenido «capaz para siempre.» Si los tres sucumbían entre sus manos, era reputado «incapaz de curar jamás.» Plinio enumera una multitud de recetas extrañas de los magos. Como primera calidad de Trita, gran héroe de Fábula, conocido también de los indios, el «Vendidad» (XX. farg. II,) menciona sus conocimientos médicos.

13 (Pág. 39.) Un mal espíritu que mata á los hombres. «Vendidad» XVIII, 45, dice: «Venga á mí el azis creado por los devas, el que parece para arrebatarme del mundo.»

14 (Pág. 40.) Mazenderán, comarca septentrional de Irán (costa sudeste del Mar Caspio,) tenía fama en la epopeya por su fertilidad, pero también era reputada asiento de los malos espíritus. Aun hoy tiene vegetación casi tropical aquella

comarca, y los grandes de Mazenderán tienen orgullo en llamarse «div» (deva.)

15 (Pág. 41.) Esta bella canción se halla en el «libro de los reyes,» de Firdusi, cantor imperecedero de la antigua historia persa, (nació por el año de 940 de nuestra era.) La belleza del pasaje y la fidelidad con que el autor reproduce la antigua tradición persa, justificará el anacronismo. La familia de los Kayonides, si no es del todo mítica, era anterior á la de los ajemenidas.

16 (Pág. 42.) Este cuento se halla en la ciropedia (libro V,) de Jenofonte, quien lo habrá inventado para amenizar su novela.

17 (Pág. 51.) A lo dicho en el tomo I, acerca del dogma de los egipcios, cómo el bienestar del alma depende de la conservación del cuerpo, podemos añadir que el difunto recupera el uso de sus miembros, de su boca y corazón, á menos que estas partes falten en el cadáver. En general han sabido explotar en todos los sentidos la idea de la inmortalidad. Como el sol no está muerto durante la noche sino que alumbrá á los infiernos, asimismo el difunto vive en el infierno para ser rectificado y unirse con Osiris el alma del mundo, ó para sufrir horribles tormentos y verse arrojado de nuevo al mundo empezando la transmigración. En varios pasajes el alma es representada en figura de un cerdo que es arrojado del infierno al purgatorio á latigazos. Pitágoras ha tomado su metempsícosis de los egipcios, los cuales, por lo demás, no le daban á esta doctrina la misma significación que los indios. Véase «Lepsius,» cronología P. 181.

18 (Pág. 52.) Según un epitafio conservado en el museo de Berlín.

19 (Pág. 53.) Traducción libre de los primeros párrafos del cap. 83 del «Libro de los muertos,» en verso, por el autor. Dicho capítulo lleva como viñeta la imagen de un fénix y el epígrafe: «Capítulo de la transformación en el ave Bennu.» Generalmente las almas son representadas en figura de algún ave.

20 (Pág. 56.) Los egipcios no comían alubias, tal vez á causa de su flatuosidad. «Herod.» II, 37. «Cicerón.» de Divn. I, 30. «Plutair.» Isis y Osiris, 9. Pitágoras adoptó esta costumbre. Según Diodoro I, 89, la prohibición no se refería á todos los egipcios, absteniéndose unos de las habichuelas, otros de las lentejas, etc. Hoy las judías no faltan sino raras veces en la comida de los egipcios, alimentándose los pobres casi exclusivamente de ellas. En el papiro Ebers se mencionan entre los medicamentos.

21 (Pág. 57.) Simurg es el ave milagrosa de los persas, comparable con el rok ó grifo de otros pueblos. En su nido fué criado Sal, padre de Rustem. Calificanla no solamente de grande y fuerte, sino hasta de sabio.

22 (Pág. 63.) Según Firdusi: «Luego escribió una carta en un tejido de seda perfumada toda de almizcle, vino y ámbar.»

23 (Pág. 66.) Según el luto por Iredeh. Firdusi I, 132. El traje pardo según Rosenmüller.

24 (Pág. 67.) Significa «rayo,» y era también el nombre del célebre caballo de Rustem.

25 (Pág. 73.) Semejante botiquín de viaje se conserva en el museo egipcio de Berlín. Su arreglo es muy bonito y compendioso. Es muy antiguo, pues la inscripción de la caja que lo contenía dice que fué construído bajo la dinastía XI (es decir á fines del tercer milenio antes de J. C.,) y bajo el rey Mentuhotep.

26 (Pág. 85.) El ave del paraíso se llama en persa «homai.»

27 (Pág. 89.) Los «mobed» son sacerdotes; el nombre no se halla en el avesta, y lo derivan de «magu pat,» señor de los magos.

28 (Pág. 93.) En la inscripción de Behistán hallamos la genealogía de Daríos, acorde con la que da Herodoto.

29 (Pág. 93.) De varios pasajes de los autores clásicos, resulta que los antiguos griegos solían llevarse en sus viajes recomendaciones en forma de cartas ó simples estampas de sellos. Ya en la Iliada Glaukos, hace mención de

semejante «símbolo;» asimismo en una inscripción se habla del símbolo que el rey de Sidón, Straton, diera á sus embajadores cuando fueron á Atenas. También en las «Aves» de Aristófanes, se halla un «sfragis» que llevaba el sello del Estado. Los locros tenían en el suyo el héspero, los samios una lira, etc. Al lado de una momia de los tiempos de los Ptolomeos, Passalacqua ha encontrado una carta escrita sobre papiro y dirigida por cierto Timoxenes á Mosjión, en favor de un hombre cuyo nombre está destruído, y que murió en el camino antes de poder entregar su recomendación, que colocaron en el ataúd á su lado. Dice así: Timoxenes, saluda á Mosjión. M... dador de esta carta es el hermano de Filón que está de secretario en casa de Lisis. Procura que nadie lastime á este hombre. Su padre está también aquí, en casa de Petonuris segundo. Estas líneas le han sido entregadas junto con el signo de los míos.» El signo era una paleta de las que usaban los escribientes egipcios, y á la que la carta estaba unida.

30 (Pág. 94.) Esta superstición existe aún hoy.

31 (Pág. 94.) Hib significa Ibis; muchos de los antiguos egipcios llevaban los nombres de animales sagrados.

32 (Pág. 95.) El viento sudoeste tan peligroso para los sembrados del fértil valle del Nilo, y más conocido bajo el nombre de Simún temido por las caravanas del desierto.

33 (Pág. 96.) El hijo seguía ordinariamente la carrera ú oficio del padre. Lepsius ha encontrado genealogías de extraordinaria longitud, cuyos miembros todos se habían dedicado á la misma ocupación. Sin embargo, las castas egipcias no eran tan rigurosamente cerradas como las indias; los monumentos prueban que un hijo de sacerdote, podía hacerse guerrero y vice-versa, que en general los jóvenes podían elegir carrera. En toda la antigüedad, no solamente en Egipto, era regular que el hijo siguiera la profesión del padre.

34 (Pág. 101.) En las listas de los reyes encuéntranse varias reinas, cuyo reinado confirman los monumentos. Lauth,

en su Manetón, dice que la división en dinastías está en relación con los reinados de las reinas.

35 (Pág. 101.) A juzgar por las figuras que presentan los monumentos, y por el Exodo, cap. I., la obstetricia incumbía como en el Egipto moderno, á las comadres; sin embargo, en los casos difíciles se habrá llamado á los médicos. El papiro hierático número 1558 de Berlín, que trata de medicina, habla varias veces de mujeres asistentes, y en el papiro Ebers hay capítulos instructivos dedicados á las enfermedades de mujeres. Había aposentos especiales de parir, simbólicos en los templos para las diosas y probablemente efectivos en las casas particulares para las mujeres que iban de parto. Estos aposentos se llamaban «meshen,» y las comadres «ta meshenu,» las del meshen.

36 (Pág. 101.) Acerca de las doctrinas secretas de los egipcios, los autores griegos, sobre todo los neoplatónicos, han desvariado mucho, y á pesar de todo lo que se ha escrito sobre el asunto, la luz no se ha hecho aún; pero es de esperar que no tarde en hacerse, ya que la fuente principal, el libro de los muertos, y varios manuscritos funerarios se han publicado y traducido.

37 (Pág. 104.) Según Diodoro, I, 80, una ley egipcia mandaba que los que querían dedicarse á la industria del robo, debían inscribirse en el registro del jefe de los ladrones y llevarle inmediatamente las cosas robadas. Las personas víctimas de un robo, debían asimismo hacer inscribir los objetos robados con indicación del lugar, día y hora en que el robo se había verificado. Entregando la cuarta parte de su valor se recuperaban los objetos. Esta extraña costumbre era acaso una consecuencia de la ley que obligaba á cada egipcio, bajo pena de la vida, á manifestar sus medios de embustería. (Debe de haber habido una mala inteligencia por parte de Diodoro, atribuyendo este historiador á una ley la organización privada de los ladrones.)

38 (Pág. 104.) Plutarco refiere que los egipcios tenían por indecente el ir descalzo por las calles, y por esto escondían

el calzado á sus mujeres cuando querían obligarlas á quedarse en casa. Herodoto II, 35, nos dice que en Egipto las mujeres iban al mercado, cosa ciertamente rara para él, en vista de la costumbre contraria de los griegos, que iban ellos mismos á la compra acompañados de sus esclavos.

39 (Pág. 106.) Al traidor que denunciaba los secretos del Estado, le cortaban la lengua. Diodoro I, 78.

40 (Pág. 107.) Tadmor, la Palmira de los romanos, fué construída por Salomón (las leyendas árabes la hacen anterior,) más bien para ofrecer á las caravanas un parador seguro en un oasis del desierto siro que para defender sus Estados contra las incursiones de los siros y árabes. Esta ciudad alcanzó un gran desarrollo como lo demuestran aún las ruínas.—Karjemish, célebre por la batalla de Neco contra Nebukadnezar, era el Circesium de los romanos, y parece haber sido la estación principal de la carretera de Palmira á Babilón.

41 (Pág. 113.) Al dios Tot con la cabeza de Ibis, el escribano celestial, que los griegos comparan con su Hermes, se le atribuye la invención de todas las ciencias. Así también habría compuesto seis libros sobre la medicina, comprendiendo la anatomía, la patología, la terapéutica y hasta la oftalmología. El libro de la terapéutica se ha conservado íntegro en el papiro Ebers. Isis y Serapis eran también dioses de la medicina.

42 (Pág. 113.) Los autores egipcios solían quedar desconocidos, diciéndose que los escritos se habían encontrado bajo tal ó cual estatua de una deidad, ó que habían sido compuestos en tiempos de los reyes antiguos. Entre los pocos nombres de autores mencionados, hay el de Anana, autor del cuento de los hermanos «(Papyrus d' Orbiney)», y los siete que se leen en el papiro «Anastasi» IV: Kagabu, Hora, Merapu, Bek en Ptah, Amen mer, Sunro y Mer Ptah. Uno de los libros herméticos era dedicado únicamente á las afecciones de los ojos, de los que trata también una sección grande del papiro Ebers. En la p. 56, l. 1, empieza «El libro de los ojos.» La primera receta se prescribe con-

tra «el incremento de la inflamación en las partes sanguíneas del ojo.» Otros remedios se dirigen contra «el agua en el ojo» las legañas, las inflamaciones, etc., etc., p. 63, 8, comunica un medicamento para los ojos según las indicaciones de un semita de Biblos. También se hace mención en el papiro de Ebers, de un médico Nebsejt y de un autor sacerdotal Jui.

43 (Pág. 113.) La biblioteca de Tebas que, según Diodoro (I, 49,) tenía la inscripción de «Sanatorio del alma,» (Psijés iatréion,) poseía según Jámblijos (De myst. aegypt. VIII, 1.) 20,000 obras herméticas ó sacerdotales. Se hallaba en el Rameseo, construído, según Diodoro, por Osimandias, el Ramsés Miamun (querido de Amón,) de los monumentos, en el siglo XIV antes de J. C. Champollión ha reconocido las salas de biblioteca en las ruínas del Rameseo. En la pared de una sala de detrás, hay representaciones de Tot, dios de la sabiduría y de Safej, diosa de la historia. Varios papiros hieráticos que poseemos aún hoy, proceden de esta biblioteca que se menciona con alguna frecuencia en los libros egipcios. Lepsius encontró en Tebas los sepulcros de dos bibliotecarios, padre é hijo, de la época de Ramsés Miamun, cuyo título era el de jefe ó superior de los libros. Parece que cada templo tenía su biblioteca; al menos las inscripciones de Denderah, Edfu y Filae, señalan la parte del templo en la que se conservaban los rollos de manuscritos. El libro de los muertos menciona las bibliotecas de ciertos dioses, y Galeno habla de una colección de libros perteneciente al templo de Ptah de Menfis, en la cual había manuscritos médicos. Sabemos que una gran biblioteca formaba parte del Serapeo de Alejandría. Federico Ritschl, con la perspicacia que le distinguía, determinó el número de los rollos conservados en las bibliotecas alejandrinas.

44 (Pág. 114.) Cuando un persa muere, viene precipitadamente en forma de mosca la «drukhs nasus,» el impuro demonio de la muerte, á sentarse sobre el cadáver, y uno de los presentes, trayéndoles podredumbre y perdición. Los parsis modernos siguen la misma costumbre de presentar

perros á los moribundos, según dicen para que ahuyenten á la mala drukhs.

45 (Pág. 117.) En invierno al cabo de nueve días, en verano al cabo de un mes, puede volverse á encender lumbré en la habitación de un difunto.

46 (Pág. 117.) Todo el décimo Fargard del Vendidad está lleno de tales conjuraciones.

47 (Pág. 118.) El número de las oraciones fúnebres para los diferentes grados de parentesco se halla fijado en Vendidad farg. XII. 1, y siguientes.

48 (Pág. 118.) Herodoto (II, 86, 88 y Diodoro I, 91,) describen tres clases de embalsamamientos, una muy barata, otra de 2,000 pesetas y la tercera de 6,000. Primero se sacaba el cerebro por la nariz, llenando luego el cráneo de especias. Después se sacaban los intestinos para llenar el abdomen de aromas. Finalmente se guardaba el cuerpo durante setenta días en una solución de sosa, y después se envolvía en vendas engomadas de «byssos,» que según las investigaciones microscópicas de Ure y Czermak era lino, no algodón. El microscopio ha demostrado también la maravillosa conservación de las más pequeñas partículas del cuerpo, confirmando las afirmaciones de Herodoto. Conocemos la significación de casi todos los amuletos que se daban á las momias.

49 (Pág. 119.) El nombre de este monte se halla en la inscripción de Behistán. En la misma se refiere que al nobilísimo rebelde Fravartis (Fraortes,) le fueron cortadas las orejas, la lengua y la nariz, confirmando así el relato de Herodoto, con respecto al falso Smerdes.

50 (Pág. 123.) Según Herodoto, II, 169, Amasis trató muy bénevolmente á su antecesor destronado, dejándole vivir hasta que fué asaltado y estrangulado por los egipcios. Para justificar la edad de Nitetis, hemos de suponer que Hofra vivió aún veinte años después de su destronamiento. Sólo así se explica el relato de Herodoto, III, que sirve de base al nuestro. Amasis no habría osado ofrecer al gran rey de Persia para esposa á una mujer de cuarenta años, máxime

cuando se tiene en cuenta que una egipcia de cuarenta años parece más vieja que una europea de sesenta.

51 (Pág. 124.) En la época de Amasis existían ya las tres clases de letra egipcia, si bien las primeras muestras de escritura ó cursiva que poseemos no se remontan mucho más allá de la dinastía de Amasis (la 26.)

52 (Pág. 125.) Respetar la vejez era un deber sagrado para los egipcios según se ve por Herodoto, Cicerón y los papiros; en el de Prisse se encuentra el cuarto mandamiento del decálogo mosaico, hasta con la promisión.

53 (Pág. 126.) El mes de Tot ó Taut correspondía á las cuatro semanas del 29 de Agosto al 27 de Septiembre, de modo que el 5 de Tot era el 2 de Septiembre.

54 (Pág. 126.) Del libro de los muertos y de muchos otros textos resulta que la beneficencia, especialmente para con las viudas y los huérfanos, era obligatoria para los egipcios. Un ilustre gobernador, en su tumba de Benihasán se alaba de no haber perjudicado á ningún niño débil (acaso circunlocución por huérfano,) ni hecho mal á ninguna viuda.

55 (Pág. 131.) Los gastos diarios de támara Real casa eran, según Ateneo, de 400 talentos, es decir, de unos dos millones de pesetas.

56 (Pág. 134.) El lago gigeo ó de Giges ya lo conocía Homero (H. II, 863 y XX y 386.) Según Prokesch tiene tres horas de largo y una de ancho. Herodoto, I, 93, llama el sepulcro de Aliates la obra más grandiosa después de los monumentos egipcios y babilonios. Estos túmulos cónicos se ven aún hoy cerca de las ruínas de Sardes no lejos del lago. Hamilton contó unos sesenta y gastó diez minutos en dar la vuelta á caballo alrededor del cerro de Aliates; Prokesch vió cien túmulos. El mayor (sepulcro de Aliates,) tiene una base de 4.400 pies de circunferencia y 650 pies de ladera. Según Prokesch, sobre alguno de estos túmulos se encuentran enormes astiles de Falo; Spiegelthal, cónsul en Esmirna, halló una cámara sepulcral en el túmulo de Aliates. Sardes fué visitada y descrita por Starck.

57 (Pág. 135.) Los griegos del Asia menor adoptaron el culto de esta diosa representándola montada en un león ó acompañada de leones, llevando en la mano un tamboril, instrumento que solía tocarse en sus fiestas vertiginosas. «Pablo Heyse» ha dado una bella descripción de una fiesta de Kibele en su «Tecla.» Véase Duncker, Historia de la antigüedad, tomo I.

58 (Pág. 137.) Los lidios parecen haber inventado los juegos de dados, pelotas y otros, menos el de las damas que habrá sido de origen egipcio. También es probable que la pelota se conocía en Egipto antes que en Lidia.

59 (Pág. 138.) En la época de nuestra historia el palacio de Persépolis no existía aún; Daríos mismo habría empezado la construcción, haciendo alternar el mármol blanco con la piedra negra de la sierra de Rajmed. El palacio de Susa era de ladrillos; el de Ecbatana era de madera revestida de láminas de oro, de inmenso valor y cubierto de tejas de metales preciosos.

60 (Pág. 142.) Hecateos de Mileto puede llamarse «padre de la geografía,» como á Herodoto le han llamado «padre de la historia.» Enmendó los mapas de Anaximandro y escribió una gran obra, «Viaje alrededor del mundo,» que se ha perdido por desgracia, teniéndola los antiguos por la mejor de su clase. Según asegura Herodoto, (V. 36.) Hecateos conocía perfectamente todas las partes del imperio persa y había viajado aún en Egipto. Vivía en la época de nuestro relato, pues nació por los años de 550 en Mileto, cuya toma (496,) vió. Su mapa ha sido reproducido por Klausen en su edición de los fragmentos de Hecateos. Por lo demás, ya mucho antes de él hubo mapas, siendo el más antiguo conocido el de las minas de oro, conservado en el museo egipcio de Turín. La mano de un sacerdote egipcio lo ha trazado con gran habilidad, y es una proyección que da una idea bastante clara de la región representada.

61 (Pág. 145.) Los orientales tenían ya en aquella época la desnudez por muy indecente, mientras que los griegos no conocían nada más bello que el cuerpo desnudo.

62 (Pág. 147.) Los reyes de Persia debían comer una piña de terebinto el día de su coronación. Plutarco Artajerjes, 3.

63 (Pág. 148.) Color que se sacaba de la planta «zandix» y era apetecido en la antigüedad. Aristófanes lo menciona en los Ajarnienses (p. 46 del tomo I de la traducción española, tomo 27, de la «Biblioteca clásica.»)

64 (Pág. 149.) El ejército persa estaba dividido por el sistema decimal, llamándose «hekatontayos» el que mandaba á 100 hombres, «jiliarjos» el jefe de 1,000; taxiarjos era el título de un jefe intermedio.

65 (Pág. 152.) Prescindiendo de que semejantes casos no faltaban en ninguna parte de la antigüedad, las de la boca canónica se hallan mencionadas expresamente en Estrabón, 87.

66 (Pág. 152.) La afición que los griegos tenían al mercado resulta de la siguiente anécdota que refiere Estrabón, 658. Un flautista de Jasos se vió abandonado de sus oyentes, en cuanto sonó la campana del mercado, no quedándose sino uno solo. El músico le dió las gracias porque no se había dejado arrastrar por la campana. ¡Ah, sí! ¿ya han tocado la campana? dijo el hombre y echó á correr también.

67 (Pág. 152.) Las mercancías se ofrecían á la venta en puestos separados como hoy, llamados «Kyklos» (círculo.) El puesto de las floristas que tenían fama de no ser muy recatadas, se llamaba el mercado de arrayanes (myrrina.)

68 (Pág. 153.) Hemos tenido presente el siguiente epigrama de Dionisios:

¿Tú con las rosas en la cesta, rósea niña, qué vendes?

¿Rosas? ¿A ti misma, dímelo, ó las dos á la vez?

Una moneda de oro (la persa valía 27 pesetas,) era muchísimo. En los Ajarnienses de Aristófanes el esclavo de Limaíos ofrece un precio ridículamente elevado cuando quiere pagar tres pesetas por una anguila de Kopais y una peseta por un par de tordos.

69 (Pág. 154.) Hasta los griegos distinguidos no se des-

deñaban de hacer compras en el mercado acompañados de sus esclavos. En cambio una mujer honrada no podía presentarse en el mercado. Generalmente se enviaba á los esclavos.

70 (Pág. 156.) Los papiros nos han conservado semejantes cédulas. Wilkinson reproduce un cuadro de Tebas en el cual un hombre que hace reverencias es conducido ante el escribano que parece extenderle una cédula.

71 (Pág. 162.) En la parte de la bolsa llamada «deigma» los negociantes griegos solían vender sus géneros según muestra.

72 (Pág. 165.) Diodoro (V. 73.) menciona solamente á Zeus y Hera como los dioses á quienes se hacían sacrificios nupciales. Plutarco (Solón, 20,) dice que una ley mandaba á los novios atenienses comer un membrillo antes de la boda, fruto que parece haber tenido aún otro significado para los amantes. No cabe duda que entre los griegos existía la misma costumbre del «noviazgo» que entre nosotros; para probarlo, ahí está la Antigone de Sófocles, la novia ó sea prometida de Hemón.

73 (Pág. 165.) Según la «boda aldobrandina» de Böttiger, el himeneo ó canto nupcial se acompañaba con flautas. No es dable determinar quién llevaba las hachas; asimismo queda dudoso, si el banquete de boda se celebraba en casa del novio ó de la novia, porque hay pasajes en favor de los dos. Como aquí no tenemos la casa del novio, no podemos reproducir toda la marcha ordinaria de un casamiento griego; así, por ejemplo, no cabe la descripción de cómo la novia va á casa del novio en coche acompañada de un coro que cantaba el canto cochero («harmáteion mélos»), y precedido de esclavas llevando antorchas encendidas.

74 (Pág. 166.) El encubridor de un asesinato era castigado con azotes y dejado tres días sin comer ni beber. Diodoro, I, 77.

75 (Pág. 169.) Estos sombreros de fieltro («pétasos»), servían de abrigo contra los rayos del sol, entre los griegos primero y después también entre los romanos. En vista del

sol que hace en Egipto, no puede dudarse que los llevaban también los helenos establecidos allí. En la célebre cabalgada del Partenón (ahora en el Museo británico,) casi todos los jinetes llevan el pétasos, que era también el sombrero de viaje, hasta el punto de bastar para indicar que una persona era viajero, representarla con el pétasos, colgando por detrás. Aun en la Edad media se pintaba así á los romeros.

76 (Pág. 170.) La vida y la actividad de los artesanos se halla representada en muchos monumentos antiguos; especialmente en las mastaba de Saggaras, y los sepulcros de Benihasán y Tebas, reproducidos por Wilkinson, Rosellini, etc. En el Museo de Berlín se conservan varios husos del antiguo Egipto, y en el de Leyden se halla una hermosa devanadora, que lleva todavía el hilo encarnado, y muchas muestras de tejidos antiguos.

77 (Pág. 170.) La cerveza egipcia, llamada «zythos» por los griegos, era conocida, pero no muy apreciada en la antigüedad; decían que era como el vino un regalo de Osiris. La mejor se hacía en Peusio; los egipcios la llamaban «hek,» y distinguían una variedad como «hek nezem,» cerveza dulce. Se ha querido poner en relación á nuestro Gambrinus rey de la cerveza con Gambrinus hijo de Isis, según Aventinus, Amul. Boj. I, 6. 11.

78 (Pág. 171.) Célebre hétera de Náukratis mencionada por Herodoto II, 135. Las flautistas «(auletridas),» no faltaban nunca en los banquetes de los jóvenes griegos.

79 (Pág. 174.) Los sacerdotes que en las procesiones habían de llevar las imágenes de los dioses, escarpatos, animales sagrados, etc. El clero egipcio se componía, según Clemente de Alejandría, y los decretos bilingües de Roseta y Campo, de grandes sacerdotes, profetas, estolistas, á los que incumbía la guarda de las santas imágenes, los sacrificios y la enseñanza, de portacálamos ó escribientes de la escritura sagrada, hieragramatos ó sabios, (en egipcio: sabedores de las cosas,) á cuyo número pertenecían los yoróscopos, astrólogos, almanaqueros y agoreros; de los santos padres, á los que pertenecían los cantores y los guardas

de los preceptos de la vida del rey, y de los sacerdotes inferiores, de los pastoforos, tarjeutas (embalsamadores,) neokoros (sacristanes,) etc.

80 (Pág. 174.) Instrumento trabajado á veces con mucho arte y usado en el culto. Consta de un arco con unos travesaños de los que pendían unos aros que se hacían chocar unos con otros. Plutarco (Isis y Osiris 63,) lo describe exactamente diciendo que se empleaba para ahuyentar á Tifón. Un sistro de bronce se conserva en el museo de Berlín. Dicen que formaba parte de la música militar egipcia; pero no en lugar de la trompeta, porque ésta se usaba también como prueban los monumentos, v. gr., los de «Der el bahri.»

81 (Pág. 174.) Semejantes procesiones de mujeres se hallan representadas en los monumentos de Tebas, yendo á rezar la esposa de Ramsés el Grande con la madre, hija y hermana de un sacerdote. Los monumentos han decidido afirmativamente la cuestión de si existían ó no sacerdotisas en Egipto.

82 (Pág. 176.) El Rampsínitos de Herodoto (II. 121.) Apiano hace la afirmación apenas creíble, que el tesoro de Ptolemeos Filadelfos, contenía 75,000 talentos egipcios, ó sea más de 2,000 millones de pesetas. Tal vez se trata, como presume Boekh, de la suma total de los ingresos durante su reinado de 38 años. Por lo demás, según una inscripción del tesoro de Ramsés el Grande (Osimandias,) las minas de oro y plata de los egipcios habrían reportado anualmente aquella suma. Según Diodoro (I. 62.) el tesoro de Rampsínitos, contenía cuatro millones de talentos, es decir, unos doce mil millones de pesetas. Una representación del célebre tesoro de aquel rey, se ha conservado en el templo de Medinet Habu, y ha sido publicada por Dümichen. En efecto, se nos presenta una riqueza colosal en oro, plata, ámbar, lápiz lázuli, cristal «(mafek)», hasta en especias de Arabia; los metales preciosos se ven en sacos, vasijas y montones sueltos, los demás en barras en forma de ladrillos.

83 (Pág. 179.) El apodo «señora» de la balanza, proviene

de que la diosa de la verdad pesaba las almas de los difuntos en el «amenti.»

84 (Pág. 184.) El bárbitos ó bárbiton, era á la lira lo que el violoncelo es al violín.

85 (Pág. 186.) Aunque las tempestades son una cosa rara en Egipto, no dejan de ocurrir. Nosotros vimos una cerca de Antioe, en el Egipto alto, en Enero de 1870. Fué tan recia, que unas lanchas arábigas en el Nilo zozobraron, y de la montaña se abalanzaron rápidos torrentes arrastrando varias chozas, y arrancando palmeras. El viejo alcalde nos aseguró que nunca había visto cosa parecida. Herodoto cuenta como un milagro el haber llovido en el Egipto alto en la época de nuestra narración. (III, 10.)

86 (Pág. 186.) Los griegos al acercarse una tempestad, solían inmolar un cordero negro á los huracanes, divinidades infernales. A esta costumbre se refiere Aristófanes (Ranas 853,) cuando al acometer Esjilos á Eurípides con extraordinaria violencia, Dionisos exclama: «Esclavos, traed un cordero, un cordero negro; vamos á tener una tempestad horrorosa.»

87 (Pág. 189.) Los cantos nupciales llamábanse «himeneos» por la continua repetición del estribillo: Himen oh, Himenéoh. Esto dió lugar á la creación de un diós del matrimonio, rodeado de muchos mitos, y que según el bello canto de Cátulo, vivía con las Musas en el Helikón. Köchly califica los himeneos de una especie de drama lírico, porque se pueden considerar como constando de varios actos, descriptivos de la marcha de la fiesta y acompañados de acción rítmica alusiva al objeto.

88 (Pág. 189.) La novla helénica se presentaba magníficamente ataviada, y también los padrinos recibían vestidos de gala. Después del baño obligatorio también para el novio, la novia se aromatizaba con esencias.

89 (Pág. 189.) La madre de la novia encendía la antorcha, y el que la llevaba debía de representar á Himen.

90 (Pág. 190.) Reproducimos este canto según la restauración magistral de Köchly. Del original de Sápfo no tene-

mos sino los dos primeros versos; para el resto se ha aprovechado la imitación ó traducción de Cátulo.

91 (Pág. 194.) Este edificio recuerda directamente la disposición arquitectónica de los griegos. Herder y Anquetil opinan igualmente que los persas han aceptado más del estilo helénico que del egipcio.

92 (Pág. 195.) Según Anquetil, los persas modernos consideran especialmente meritorio el matrimonio entre los parientes cercanos.

93 (Pág. 197.) Herodoto (II, 164,) refiere que todo el ejército egipcio constaba de dos divisiones, los calasirios y los hermotibios, nombres acerca de cuya significación se han hecho muchas conjeturas desde Herodoto mismo. En egipcio los calasirios se llamaban Klashr y eran arqueros; hermotibios es acaso una corrupción de hemitibios por el taparrabo «(hemitibion)», que llevaban. Casi todos los monumentos llevan representaciones, en parte con mucha naturalidad, de carristas ó combatientes en carro. En cuanto á caballería, resulta de las inscripciones y de los relatos de autores extranjeros, que la tenían, aunque hasta ahora no se han encontrado sino cinco representaciones de jinetes (la más bella se conserva en el museo etnográfico de Boloña.) Según Diodoro, Ramsés tenía 24,000 jinetes en su ejército, y Sesonjis (Sheshenk,) llegó á Jerusalén con 60,000 caballos. Amasis se hallaba á caballo cuando se le presentó el mensajero de Hofra. Un gran número de banderas se hallan reproducidas en las obras de Wilkinson y Rosellini. Cada provincia tenía su escudo de armas. Muy instructivas son las listas de las comarcas halladas en los templos, de la época de los Ptolemeos, cuya significación ha sido comprendida primero por el S. Harris, cónsul inglés de Alejandría.—Todas nuestras indicaciones acerca de las armas, se fundan en los monumentos mismos ó sus reproducciones por Champollión, Wilkilsón, Rosellini y Lepsius. En el museo de Berlín, se conserva un puñal cuya hoja es de bronce, el puño de marfil y la vaina de cuero. Las espadas grandes las llevaban

solamente las tropas auxiliares extranjeras, mientras que los egipcios no tenían más que dagas. La más larga que se conoce, lo es de unos dos pies y se halla en el poder del Sr. E. Brugsch del Kairo.

94 (Pág. 199.) También Temístocles, cuando llegó á la corte persa, fué casado por el rey con una persa ilustre.

95 (Pág. 199.) Diodoro, III, 12, describe extensamente el trabajo forzado de las minas de oro, de las que se han encontrado vestigios y dos inscripciones, halladas en Radesiéh y Kubán: hablan de la conducción de agua potable á las minas de oro situadas en el desierto arábigo entre Kubán y el Mar Rojo. En el museo de Turín se conserva un papiro interesante que representa un mapa de aquella región en una proyección singular. En las figuras rojas de las montañas auríferas se lee en escritura hierática las palabras «tu en nub,» montaña de oro.

96 (Pág. 202.) Firdusi menciona los colores del estandarte Real. La bandera de Kave consistía en el mandil del bizarro herrero de la mitología persa, quien provocó la rebelión contra el malvado Zohak y ayudó á Feridún á derribar al cruel asolador del reino.

97 (Pág. 202.) Que los aurigas eran próceres, se deduce de la manera como los trataban los reyes. En el poema de Pentaur, la epopeya nacional de los egipcios, las relaciones del faraón con su cochero son íntimas. Además el papiro Anastasi III, nos da una descripción de los males que ha de pasar un joven auriga egipcio. Vémosle frecuentar una escuela militar y luego recibir los regios corceles de la propia mano del faraón, todo lo cual indica que no se trata de mozos plebeyos.

98 (Pág. 205.) Los vencedores perdían mucha menos gente en la antigüedad que los vencidos y una cosa parecida sucede aún hoy, aunque la desproporción no es tan grande; prueba la campaña franco-prusiana.

99 (Pág. 209.) Una estatua naofora del museo gregoriano del Vaticano tiene una inscripción que da las mismas noticias acerca de la estancia de Kambises en Sais.

100 (Pág. 213.) El último Daríos señaló de la misma manera para el suplicio á su excelente general griego Memnon cuya franqueza le había ofendido y cuyas últimas palabras: «Tu arrepentimiento aquilatará mi valía; mi vengador no está lejos,» se referían á Alejandro.

101 (Pág. 217.) Los egipcios como los griegos, se casaban frecuentemente con sus hermanas ó las viudas de sus hermanos, como se ve en la historia de la dinastía ptolemaea.

102 (Pág. 219.) De esta «lijnokaía» (candelaria,) en honor de Neith (Palas Atene,) refiere Herodoto, II, 62; Homero (Od. XIX, 34,) representa á Palas Atene con un candil en la mano. Estrabón (396,) menciona una lámpara eterna del templo antiguo de Palas en la acrópolis.

103 (Pág. 223.) La fama de que despreciaban á los dioses proviene del odio del pueblo por sus opresores que lo forzaban á trabajar en la construcción de las pirámides.

104 (Pág. 224.) Estos espectáculos representados en el bosque de Neith parecen haber formado parte del aparato exterior de los misterios.

105 (Pág. 225.) Aquí nos apartamos un poco del relato de Plutarco que dice que Tifón indujo á Osiris arderamente á que se metiera en la caja.

106 (Pág. 228.) «Hamestegan» es el paradero de los persas cuyas acciones buenas y malas se compensan; «dusal» es el infierno y «garotman» el paraíso.

107 (Pág. 229.) En todas las obras modernas sobre el país de los faraones, encuéntranse descripciones y reproducciones de semejantes sepulcros de los antiguos egipcios.

108 (Pág. 233.) Según el libro de Ester, I, 6; sólo que decimos azul en vez de blanco, porque así tenemos los colores pérsicos: rojo, amarillo y azul.

109 (Pág. 234.) Herodoto, III, 30, etc., refiere este suceso y los siguientes: Según Estrabón (730,) en la tumba de Daríos había una inscripción que decía: «Yo era un amigo de mis amigos, el mejor jinete y tirador de arco, el cazador más perfecto; todo lo podía llevar á cabo.»

110 (Pág. 240.) Los monumentos prueban que los egip-

cios solían untarse de muchas maneras desde los tiempos más antiguos. El teñirse las uñas ha sido prohibido recientemente.

111 (Pág. 244.) En los monumentos egipcios no se encuentra ninguna representación de camello como tampoco de gallo, aunque estos animales eran frecuentes; parece que su representación estaba prohibida. En Berbería se introdujo el camello sólo después de J. C.

112 (Pág. 251.) Según Herodoto, Prexaspes fué á Susa para matar á Bardiya (Smerdis,) llevándole según unos á la caza y según otros al mar «Eritreo,» es decir, al golfo de Persia, no á nuestro Mar Rojo que es el golfo de Arabia.

113 (Pág. 251.) Herodoto visitó á Egipto unos sesenta años después de la muerte de Kambises; describe la expedición á Etiopía, III, 25.

114 (Pág. 252.) El «jamsin» es un viento terrible que sopla en el desierto líbico y en Egipto. Otro viento parecido se conoce bajo el nombre de «samún ó Simún.»

115 (Pág. 260.) Brugsch dice que en ningún país ha encontrado embusteros más descarados que en la Persia actual y que antiguamente habrá sucedido lo mismo, motivando las leyes severas contra la mentira.

116 (Pág. 260.) Hemos tomado las ideas fundamentales de este discurso del «Estado ideal» de Platón.

117 (Pág. 269.) La inscripción de Behistán dice: «Hay una fortaleza, Cikathauvatis y una comarca Nisaya, en Media; allí le maté.» No es dable identificar la ciudad; la comarca Nisaya ó Nisea era célebre por sus caballos grandes y numerosos. Según Herodoto, todo esto pasó en Susa.

118 (Pág. 272.) Según Herodoto, III, 79, los persas celebraban el aniversario de este día como una gran fiesta bajo el nombre de la «matanza de magos.»

119 (Pág. 273.) Atosa es mencionada muchas veces como esposa favorita de Daríos. Su hijo Jerjes fué nombrado rey por Daríos, aunque tenía tres herederos mayores, hijos de la hija de Gobriás. Herodoto (VII. 3.) dice expresamente que

la autoridad de Atosa era grande, y Esjilo en sus «Persas» la llama anciana noble y venerada.

120 (Pág. 274.) En este canal trabajaron Setos I, Ramsés II, Nejo, Daríos y los Ptolemeos. Herodoto, II, 58 y Diodoro, I, 33.

121 (Pág. 274.) El nombre egipcio de Daríos presenta la forma de Ntariush.

122 (Pág. 276.) El regalo honorífico más insigne que un súbdito persa podía recibir de su soberano, era un molino de mano de oro, como Daríos recibió uno de seis talentos de peso.

FIN DE LA OBRA

Biblioteca de Arte y Letras

Esta interesante colección, la mejor sin duda de las que se han publicado hasta el día, consta de primorosos tomos profusamente ilustrados, esmeradamente impresos y artísticamente encuadrados.

Agotados muchos de ellos se hicieron casi todas las reimpressiones, y están completos ya los dramas de SHAKSPEARE, los de SCHILLER, los de VICTOR HUGO. Igualmente han quedado reimpresas las siguientes obras: LA DAMA JOVEN, por Emilia Pardo Bazán, MIREYA, por Federico Mistral, LAS MUJERES DE GOETHE, por Saint-Victor, LAS POESÍAS DE HEINE, HISTORIAS EXTRAORDINARIAS de Edgardo Poe, FAUSTO de Goethe, MISCELÁNEA LITERARIA, por Gaspar Núñez de Arce.

Quedan, pues, muy pocos por reimprimir.

La colección completa la forman las siguientes obras á 3 pesetas el tomo:

Dramas de GUILLERMO SHAKSPEARE, traducidos por don Marcellino Menéndez Pelayo.—4 t.

I.—*El mercedero de Venecia*.—*Macbeth*.—*Romeo y Julieta*.—*Otelo*.

II.—*Sueño de una noche de verano*.—*Medida por medida*.—*Coriolano*.—*Cuento de invierno*.

III.—*Hamlet*.—*Rey Lear*.—*Cimbolina*.

IV.—*Julio César*.—*Como gustéis*.—*Comedia de equivocaciones*.—*Las alegres comadres de Windsor*.

Fortuný, por JOSÉ YXART.

Cuentos, por ANDERSEN.

Vida del escudero Marcos de Obregón, por VICENTE ESPINEL.

Dramas de SCHILLER. (Traducciones de José Yxart).—3 tomos.

I.—*Guillermo Tell*.—*Marta Stuardo*.—*La doncella de Orleans*.

II.—*Don Carlos*.—*La conjuración de Fiesco*.—*Cábalas de amor*.

III.—*La novia de Mesina*.—*Wallenstein*.

La hija del rey de Egipto, por JORGE EBERS.—2 tomos.

El Nabab, por ALFONSO DAUDET.

La razón social, Fromont y Risler, por ALFONSO DAUDET.

Mireya, por FEDERICO MISTRAL.

Odas de HORACIO. (Traducciones de los mejores ingenios españoles; coleccionadas por Menéndez Pelayo.)

Maria (novela americana), por JORGE ISAACS.

Sainetes de RAMÓN DE LA CRUZ.—2 tomos.

I.—*La comedia de Maravillas*.—*El café de máscaras*.—*La duda satisfecha*.—*Manolo*, tragedia para reír ó sainete para llorar. —*La maja majada*.—*La presumida burlada*.—*El casamiento desigual*.—*Los bandos del Avapiés*.—*El Petimetre*.—*El fandango de candil*.—*Las tertulias de Madrid ó el por qué de las tertulias*.—*El Muñuelo*, tragedia por mal nombre. —*La Petra y la Juana ó El buen casero*, ó *La Casa de Tócame-Roque*.—*El sarao*.—*El reverso del sarao*.

II.—*La pradera de San Isidro*.—*Las majas vengativas*.—*El desco de seguidillas*.—*Las frioleras*.—*La comida casera* (1.^a y 2.^a parte).—*El careo de los majos*.—*La visita de duelo*.—*Las castañeras picadas*.—*El majo de repente*.—*La cena ó escote*.—*La plaza Mayor*.—*Las escopeteras*.—*Inesilla la de Pinto*.—*Los majos vencidos*.

Perfiles y colores, por FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

Fausto, por JUAN WOLFGANG GOETHE. (Traducción de Teodoro Llorente.)

Bocetos californianos, por BRET HARTE.

Tres poesías, por O. WALLIN, T. SCHILLER y T. DE ANDRADA (Traducciones de J. E. Hartzembusch y J. Izart.)

Poesías de RAMÓN DE CAMPOAMOR.

El hijo de la parroquia, por CARLOS DICKENS.

La niña Dorrit, por CARLOS DICKENS.—2 tomos.

Narraciones de la selva negra, por AUERBACH.

Romancero selecto del Cid.

Nora, por la BARONESA DE BRACKEL. (Prólogo de D. Juan Mañé y Flaquer.)

Mujeres de Goethe, por PABLO DE SAINT-VICTOR. (Traducción de José Yxart; prólogo de Urbano González Serrano.)

Viaje artístico de tres siglos, por PEDRO DE MADRAZO.

Elena de la Selgliere, por JULIO SANDEAU.

Novelas escogidas de MATEO B NDELLO. (Traducción de José Felu y Codina.)

Músicos célebres, por Félix Clement.

Dramas de VÍCTOR HUGO.—2 tomos.

I.—*Hernani*.—*El rey se divierte*.—*Los burgraves*.

II.—*Lucrecia Borgia*.

La Regenta, por LEOPOLDO ALAS (CLARÍN).—2 tomos.

Mil y un fantasmas, por ALFONSO DUMAS (PADRE.)

El conde Kostia, por VÍCTOR CHERBULIEZ.

Dramas musicales de RICARDO WAGNER.—2 tomos.

I.—*Riensi*.—*El buque Fantasma*.—*Lohengrin*.—*Tristán é Isolda*.—*Los maestros cantores*.

II.—*Tanhauser*.—*El anillo del Nibelungo*, tetralogía que comprende las óperas *El oro del Rhin*, (*Pre-ludio*).—*La Walkiria*.—*Sifredo y El crepúsculo de los dioses*.—*Parísal*.

La dama joven por EMILIA PARDO BAZÁN.

Poesías.—*Libro de los cantares*, por ENRIQUE HEINE. (Traducciones de Teodoro Llorente.)

Hijo mío por SALVADOR FARINA.

Cabellos rubios, por SALVADOR FARINA.

Oro escondido, por SALVADOR FARINA.

Murillo.—*El hombre*.—*El artista*.—*Las obras*, por LUIS ALFONSO.

La mariposa, por NARCISO OLLER.

Miscelánea literaria, por GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

A orillas del Guadarrama, por J. RAMÓN MÉLIDA.

Cuentos fantásticos de E. TEODORO HOFFMAN.

Historias extraordinarias, por EDGARD POE.

Ana Karenine, por el CONDE LEÓN TOLSTOY.—2 tomos.

Magdalena, por JULIO SANDEAU.

Leoni Leone, por JORGE SAND.

Leyenda del rey Bermejo, por RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

Biblioteca de Maravillas

La forman una colección de interesantísimos tomos de lectura amena, impresos en magnífico papel satinado, con multitud de ilustraciones artísticas y elegantemente encuadernados en tela.—A 2 pesetas cada tomo.

Fuerza y destreza.—Agilidad.—Ligereza.—Flexibilidad.—Ejercicios corporales en la antigüedad y en los tiempos modernos, por *Guillermo Depping*.

Parques y jardines, por *Andrés Lefèvre*.

Naufragios célebres, por *Zurcher y Margollé*.

Volcanes y terremotos, por *Zurcher y Margollé*.

El año mil, por *Julio Boy*.

El teatro por dentro, por *M. J. Moynet*.

Enanos y gigantes, por *Eduardo Garnier*.

El amor maternal en los animales, por *Ernesto Mesauit*.

Los bufones, por *A. Gaseau*.

Colosos antiguos y modernos, por *E. Lesbascilles*.

Biblioteca clásica española

Forman esta BIBLIOTECA una colección de tomos admirables, dignos de estudio detenido y de figurar en la estantería de todo hombre culto.

Los tomos están primorosamente encuadernados en tela con planchas.—Su precio: 1'50 pesetas.

Extravagantes.—Opúsculos amenos y curiosos de ilustres autores.—Contiene: *Diálogos de apacible entretenimiento*.—*Cartas de Juan de la Sal*.—*Tratado de los Tres grandes y del Amor*.—*Los tres maridos burlados*.—*Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*.

Obras escogidas de Fr. Benito J. Feijoo.

Artículos escogidos de Juan Cortada.

Molestias del trato humano, por el P. D. *Juan Crisóstomo Olórís*.

Colección de artículos escogidos de Mariano José de Larra.

Guía y avisos de forasteros

que vienen á la Corte.—Historia de mucha diversión, gusto y apacible entretenimiento donde verán lo que les sucedió á unos recién venidos. Se les enseña á huir de los peligros que hay en la Corte, y debajo de novelas morales y ejemplares escarmentos se les avisa y advierte de cómo acudirán á sus negocios cuerdamente, por el licenciado D. *Antonio Llázn y Verdugo*.

Comedias escogidas de Francisco de Rojas Zorrilla. Contiene las comedias: *García del Castañar*.—*Entre bobos anda el juego*.—*Lo que son las mujeres*.—*Donde hay agravios, no hay celos*.

Novelistas del siglo XVII.—Contiene las siguientes novelas: *Gregorio Guadaña*.—*Los tres hermanos*.

- Eduardo, rey de Inglaterra.*—*Nadie crea de ligero.*—*Los primos amantes.*—*La vengada á su pesar.*—*El hermano indiscreto.*—*El castigo de la miseria.*—*El disfrazado.*
- Obras escogidas de D. José Cadalso.**
- Examen de ingenios,** por el doctor *Juan Huarte.*
- Epístolas familiares y escogidas,** por *Antonio de Guevara.*
- Corona Gótica,** por *Diego de Saavedra Fajardo.*
- Vida de San Ignacio de Loyola,** fundador de la Compañía de Jesús, por el P. *Pedro de Bivandensira.*
- Novelas ejemplares,** por Don *Miguel Cervantes Saavedra.* Son dos tomos que contienen: el primero: *La gitaniilla.*—*El amante li-*
- beral.*—*Bisconete y Cortadillo.*—*El licenciado Vidriera.*—*La española inglesa.*—*La fuerza de la sangre.*—
- El segundo: *El celoso extremeño.*—*La ilustre fregona.*—*Las dos doncellas.*—*La señora Cornelia.*—*El casamiento engañoso.*—*Coloquio de los perros.*—*La tía fingida.*
- Romancero general selecto.**
- La Celestina,** por *Fernando de Rojas.*
- Guerra de Cataluña.**—Contiene la historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña, por *Francisco Manuel de Melo,* con un prólogo de *José Yzart.*
- Comedias escogidas de Leandro Fernández Moratín,** con el discurso preliminar del mismo autor y un prólogo de *José Yzart.* Contiene: *La comedia nueva.*—*El sí de las niñas.*—*La escuela de los maridos.*—*El médico á palos.*

Obras de Gny de Maupassant

De la colección de EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS. Versiones de *Luis Buis Contreras.*

A DOS PESETAS

El señor Parent.
Las hermanas Rondoli.
El doncel de la señora Husson.
Rollo de Manteca.
Claror de Luna.
El Horla.
Cuentos del día y de la noche.
Las termas de Monte Oriol.

A PESETA el tomo en rústica y á 1'50 encuadernado.

El buen mozo.—2 tomos.
La señorita Perla.
La criada de la granja Berta.
Bajo el sol de Africa.
El testamento.
La loca.
La abandonada.
Miss Harriet.
Inútil belleza.
El suicidio del cura.

EL COCINERO UNIVERSAL

Es un tomito de gran utilidad para las familias y que no debe faltar en el ajuar de ninguna mujer que pretenda ser buena ama de gobierno.

Se recomienda asimismo por su economía.

Precio: 50 céntimos.

"LA ESTRELLA POLAR,, EN EL MAR ÁRTICO

POR EL

DUQUE DE LOS ABRUZOS

Relato de la PRIMERA EXPEDICIÓN ITALIANA AL POLO NORTE. Esta lujosa obra, impresa en excelente papel satinado, consta de 725 páginas en dos tomos con 250 ilustraciones, 2 panoramas, 3 mapas en colores y un plano de las regiones exploradas.

PRECIOS DE LA OJRA: En 18 cuadernos sueltos.—18 pesetas.

Encuadernada en dos tomos y en rústica, con artísticas cubiertas en colores.—20 ídem.

Lujosamente encuadernada en dos tomos y en tela, con lomos de piel y planchas doradas.—25 ídem.

Encuadernada en un solo tomo, con lomo de piel y planchas doradas.—23'50 ídem.

JUEGOS DE TAPAS: Para encuadernar en un solo tomo.—2'75 pesetas.

Para encuadernar en dos tomos.—3'75 ídem.

VIAJE AL POLO SUR

POR

OTTO NORDENSKJOLD

Esta obra consta de dos tomos de 592 y 654 páginas respectivamente, con 350 ilustraciones, 4 mapas y 5 láminas tricolores, y está traducida directamente del sueco por ROBERTO RAGAZZONI.

SUS PRECIOS SON: En rústica (dos tomos.)—24 pesetas.

Lujosamente encuadernada en tela, con lomo de piel y plancha dorada.—30 ídem.

Encuadernada en pasta española.—30 ídem.

JUEGOS DE TAPAS: Para los dos tomos 4 pesetas.

METODO

PARA

Aprender á cortar y confeccionar

*toda clase de prendas de vestir para señora y niñas.
Lencería para caballero. Camastilla para recién nacido. Abrigos y sombreros*

POR

D.^a VICENTA JANER JUBERT

Profesora de Instrucción primaria, elemental y superior, premiada en todas las asignaturas. Socia de mérito, numeraria y corresponsal de varias academias y sociedades científico-literarias y filantrópicas. Premiada con medalla de oro, plata y bronce en varias Exposiciones Universales y Regionales de Industrias Artísticas.

Segunda edición.

Precio: 3 pesetas.







DIS-URBANA
000562

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 11400562

